

FE EN CADA PASO

La Biografía de Gordon B. Hinckley

PREFACIO

A nadie que conozca al presidente Gordon B. Hinckley habrá de extrañarle saber que él era la última persona en querer que se publicara esta obra. Por varios años se opuso a la insistencia de muchos compañeros y familiares y rechazó a varios editores que trataron de persuadirlo a que permitiera la publicación de la historia de su vida. Y aunque finalmente transigió y consintió en colaborar con este proyecto, sin duda que preferiría que su historia No se contara.

Su reticencia se debe a varias razones. Una de ellas es que No le agrada la notoriedad y No cree realmente que alguien tenga necesidad de saber lo que él ha logrado durante las seis décadas de servicio a la Iglesia y a la comunidad. Otra razón es que el hecho de ser descrito en una reseña literaria como algo más de lo que él se considera a sí mismo ha sido muy poco atractivo y un tanto riguroso. "Nadie puede transformar quince centavos en un dólar", me ha dicho más de una vez. Nunca habré de olvidarme de la reunión que tuve con él después de que leyera las tres primeras partes del manuscrito. Al cabo de una pausa algo incómoda, durante la cual parecía estar buscando la manera adecuada para rebatirme con delicadeza, comenzó a decir: "Estoy hastiado, muy hastiado de leer acerca de Gordon Hinckley. Es demasiado lo que este manuscrito contiene acerca de Gordon Hinckley". Tratando de buscar una respuesta, pensé en decirle: "¿Y a quién cree que debiera referirme en su biografía?", pero No encontré palabras lo suficientemente respetuosas para verbalizar mi pensamiento y me quedé callada.

Fue entonces que recibí el primer sermoncito que, en los meses subsiguientes, habría de repetirme por lo menos una docena de veces. "La adulación es algo venenoso", dijo, recalcando cada palabra. "La adulación ha arruinado a mucha gente buena y No quiero que este libro me describa como algo que No soy". Finalmente, le respondí: "Presidente, me parece que tenemos aquí un pequeño problema. Usted quiere que yo escriba un libro que diga que usted es simplemente una persona común y corriente". "Es que lo soy", dijo, interrumpiéndome. "Yo fui un muchacho normal que jugaba con canicas, solía tomarme a los puñetazos con otros muchachos y les metía en un tintero las trenzas a la jovencita que se sentaba adelante de mí en la escuela. No he hecho nada más que tratar de hacer siempre lo que se pedía y de hacerlo de la mejor manera posible. No quiero que haga de mi vida mucho más de lo que realmente ha sido".

Así que tal es mi cometido. Mi personaje No quiso que lo presentara como alguien extraordinario, pero desde el principio me di cuenta de que eso era precisamente lo que él era. George W. Durham II, el hijo del élder G. Homer Durham, cuya amistad con el presidente Hinckley data de los días de su adolescencia, lo resumió con elocuencia al decirme: "No la envidio en absoluto. Se le ha pedido que describa un retrato cuando en realidad se trata de todo un panorama. No puedo imaginar cómo habrá de lograrlo". Ésa fue una afirmación desafiante.

Cierto poeta ha dicho: "Aquí y allá, y de cuando en cuando, Dios pone a un gigante entre los hombres". Y cuánto más notable es cuando ese gigante No se considera como tal a sí mismo, que es lo que sucede con el presidente Hinckley. Por más que he tratado y con todo lo que he investigado, No he podido encontrar nada que sugiera que él es una persona común y corriente. Por supuesto que ha experimentado los desafíos de la vida mortal. Ha reído y ha llorado, ha padecido sinsabores y logrado triunfos, ha cometido errores y ha sabido esforzarse por corregirlos. También ha mantenido un paso febril, ha conservado la serenidad ante la oposición, ha encarado diligentemente cada asignación que se le ha encomendado y, en general, ha procedido en base a una simple máxima que él mismo ha predicado durante toda su vida: que la única manera de llevar a cabo lo que deba hacerse consiste en doblar las rodillas y orar al Señor pidiéndole ayuda para después ponerse de pie y dedicarse a la tarea.

Fue John Ruskin el que dijo que "la mayor recompensa No está en lo que recibimos por nuestra labor, sino en lo que nos convertimos al realizarla". Si jamás ha habido un verdadero ejemplo de ello, ése es el presidente Hinckley. Cuando llegó a ser el Presidente de la Iglesia, ya había trabajado durante casi seis décadas en las Oficinas Generales de la misma, los primeros veintiún años en relativo anonimato. Pero ahora, al cabo de treinta y ocho años como Autoridad General y de quince de ellos en la Primera Presidencia, su influencia en cuestiones tan importantes como la obra misional, la construcción de templos, la obra que se realiza en ellos, las finanzas de la Iglesia y los asuntos públicos está muy bien documentada. Su segundo consejero, el presidente James E. Faust, ha sugerido que quizás ningún otro hombre haya llegado a ser Presidente de la Iglesia más ampliamente o mejor preparado para el oficio. En efecto, No es exagerado afirmar que el presidente Hinckley ha ejercido una extraordinaria influencia en cuanto al progreso del reino del Evangelio que muy pocos han igualado. Y al hacerlo, ha sabido modelar una vida digna de emulación.

En otras palabras, éste es un hombre cuya historia merece ser relatada. El mismo presidente Hinckley dijo una vez que "el prospecto más persuasivo del Evangelio es la vida ejemplar de un Santo de los últimos Días". No dudo que todo lector habrá de encontrar en esta biografía la historia de un hombre cuya vida constituye un prospecto indiscutible del Evangelio.

Esto No quiere decir que el presidente Hinckley haya resultado ser una persona fácil de convencer. Aun me ha parecido ser toda una serie de contrastes. Es un hombre profundamente espiritual y sin embargo No hace ostentación de su testimonio. Sus colegas afirman que es una persona brillante pero, más que eso, es pragmático y sabio. Su inmenso respeto por el pasado lo relaciona casi de manera tangible con los fundadores de esta dispensación; No obstante, es un hombre vigoroso, No intimidado por reglas convencionales ni por las tradiciones, un verdadero pionero por derecho propio siempre dispuesto a aventurarse en territorios inexplorados. Tiene pasión por el Evangelio y por la gente, y aun así No es excesivamente sentimental. Tiene un profundo conocimiento de las Escrituras y de la doctrina de la Iglesia, pero compone sus discursos de modo que nunca aflijan o atemorizan a nadie. Es muy elocuente, pero emplea con precaución su lenguaje y de tal manera que No llame la atención en sí mismo. Toma con seriedad todo lo que hace, pero

No es demasiado serio consigo mismo-de ahí que su modesto ingenio atraiga a la gente de cualquier condición social. No sería muy fácil encontrar que alguien haya defendido con mayor diligencia la posición de Presidente de la Iglesia mas, sin embargo, se siente incómodo cuando se le presta indebida atención ahora que ocupa ese cargo. Y aunque posee una gran habilidad natural, nunca se ha entregado a la tendencia humana de gloriarse en su propia fortaleza. Ha centrado su fe en un poder más grande que el suyo propio.

A pesar de toda su renuencia en permitir la realización de este proyecto- demostrando en ello tanto la disponibilidad como la inmensidad de su carácter personal-el presidente Hinckley ha sido accesible y cooperativo en todo momento. Ha leído varios bosquejos del manuscrito, ofrecido sugerencias y hecho correcciones a la vez que me han permitido la libertad de conservar la integridad de esta obra. Estoy muy agradecida por su paciencia, su buen humor y su ejemplo. Además, todos aquellos que trabajan en la oficina del presidente Hinckley me han sido de gran ayuda. Agradezco en particular a Lowell R. Hardy, su secretario personal, quien ha sabido responder a innumerables pedidos y, al hacerlo, ha contribuido enormemente a este proyecto, y a Debbie Burnett, también de la oficina del Presidente, quien me ha suministrado una interminable cantidad de documentos, transcripciones y otros materiales informativos.

Siento una inmensa gratitud para con la familia Hinckley, especialmente hacia la hermana Marjorie P. Hinckley, quien con tanta voluntad me concedió varias entrevistas y siempre me ofreció su apoyo con gran amabilidad. El presidente Hinckley tiene a su lado una mujer de comparable estatura, fortaleza, convicción y buen humor. Cada minuto que pasé con ella fue verdaderamente placentero. Los hijos de los hermanos Hinckley-Kathleen Barnes, Richard Hinckley, Virginia Pearce, Clark Hinckley y Jane Dudley-no podrían haber sido más cooperantes, alentadores y pacientes. Cada uno de ellos consintió en mantener entrevistas, me suministró materiales relacionados con la familia y, en general, me proporcionó gran ayuda. Estoy muy agradecida por su amistad. La familia Hinckley es muy especial. A pesar del encandilamiento propio de la popularidad a través de los años, nada ha alterado su sencillez.

Ambos consejeros del Presidente Hinckley, los presidentes Thomas S. Monson y James E. Faust, accedieron a mis entrevistas, como así también cada uno de los miembros del Quórum de los Doce y muchas otras Autoridades Generales. Estoy agradecida por su discernimiento y su ayuda. En especial, expreso mi gratitud al élder M. Russell Ballard, quien ha patrocinado esta obra desde el principio, y al élder Yoshihiko Kikuchi, presidente del Templo de Tokio en la actualidad, quien hizo los arreglos para importantes entrevistas con miembros asiáticos de la Iglesia cuyos lazos de amistad personal con el presidente Hinckley datan de principios de la década de 1960.

Finalmente, agradezco a mis padres, JoAnn y Charles Dew, y a mis hermanos y hermanas quienes con sus respectivas familias constituyen mis más entusiastas alentadores. Tanto ellos como varios de mis íntimos amigos, me han rescatado una y otra vez durante casi dos años, llevando con frecuencia sobre sus hombros parte de mi yugo a fin de que yo pudiera dedicar cada posible minuto extra a un proyecto que, por lógica, requirió una dedicación total. Su apoyo ha sido emocional, espiritual y, a veces, extremadamente práctico. Una simple expresión de agradecimiento no podrá jamás ser suficiente.

Aunque muchas personas me han ayudado de varias maneras significativas e importantes, yo soy la única autora de esta biografía y en consecuencia asumo completa responsabilidad por esta interpretación de la vida del presidente Hinckley.

Lo que he aprendido acerca del presidente Hinckley durante este proyecto abarca varias fases. He leído cada una de las páginas de su diario personal, lo cual me proporcionó una incomparable idea de sus actividades, motivos y sentimientos. A través de unas treinta entrevistas le hice innumerables preguntas sobre cada aspecto de su vida, preguntas que él siempre contestó con candidez y consideración. Yo le he visto personalmente animar a los misioneros e inspirar a los miembros en media docena de países, como así también presidir o dirigir las ceremonias dedicatorias de dos templos en cada una de las cuales habló sin la ayuda de notas declarando diferentes mensajes. Su preparación y sus geniales expresiones se han puesto de manifiesto al ser entrevistado por periodistas en muchos países y ha sabido explicar la obra de la Iglesia a reporteros que No eran miembros de ella, y a otros que ni siquiera eran cristianos, sin ánimo de predicarles, de serles condescendiente o de manifestar arrogancia. Yo le he escuchado orar en un país donde ninguno de sus anfitriones era cristiano y hacerlo de una manera que suscitó el agradecimiento y el evidente respeto de ellos. Yo he presenciado el inmenso afecto que siente por los pueblos del mundo, como asimismo el amor que ellos le han manifestado a él. He leído miles de páginas de los discursos, artículos y libros que él ha escrito durante los últimos sesenta años y he podido percibir cuán espiritualmente sagaz era cuando, como misionero, solía escribir a mediados de la década de 1930 para el *Millennial Star*, así como también me ha maravillado la amplitud y profundidad de la sabiduría de sus consejos en años más recientes. Aprovechando esas experiencias y los esfuerzos de mi investigación, he tratado de poner en palabras la vida del presidente Hinckley.

Probablemente alguien me preguntará si esta biografía es un tratamiento ecuánime. A tal pregunta yo, sin disculparme y con sencillez, respondo que "No". En primer lugar, dudo que tal proeza sea posible. Muchos biógrafos se abocan a la difícil tarea de seleccionar y asimilar toda una montaña de informaciones para decidir entonces cuánto material abreviado tendrían que incluir. A la misma vez, determinan en cuanto a las contribuciones, los sueños, las aspiraciones y aun los propósitos que motivan a los personajes de sus obras. En todo esfuerzo biográfico, tal responsabilidad es algo muy serio-pero cuando el personaje es el Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los últimos Días, eso implica una sagrada obligación. Teniendo esto en cuenta, reconozco que ha sido imposible para mí separar de esta obra mi básica creencia personal de que, en tanto que admiro al presidente Gordon B. Hinckley y considero que es un hombre extraordinario, tal opinión es superada por mi convicción de que él es aún mucho, mucho más que eso.

Aunque fuéramos a evaluarlo basándonos solamente en una lista de realizaciones, el presidente Hinckley ocuparía un lugar preponderante entre los grandes contribuidores del mundo. Pero todo lo que él ha hecho, todo lo que ha experimentado-en fin, todo lo que a él respecta-da testimonio de que No se trata simplemente de un hombre de éxito. Más bien, éste es un hombre que el Señor ha cuidado y conservado durante toda su vida, un hombre cuya labor trasciende su curriculum vitae, un hombre que fue preordenado para asumir una gran responsabilidad y que ha sido refinado, preparado y alistado por un Tutor Divino para ocupar el cargo que hoy desempeña y cuyo programa ha sido completo e integral. Dicho sencillamente, el presidente Gordon B. Hinckley es un Profeta de Dios.

Una presidenta de Sociedad de Socorro de California me contó una vez acerca de un grupo de mujeres No miembros de la Iglesia con quienes salía a caminar todas las mañanas. Una de ellas era una persona muy amable que se lamentaba profundamente en cuanto a los problemas sociales y la decadencia moral. Cierta mañana, a medida que se esforzaban cuesta arriba por una colina, aquella mujer se refirió a un problema que parecía No tener solución. De pronto, en medio de la

conversación, se dirigió a la presidenta de la Sociedad de Socorro y dijo: "¿Sabe usted lo que este mundo necesita? Necesitamos un profeta. Tal como en las épocas bíblicas. Necesitamos a alguien que nos explique este embrollo que hemos creado aquí abajo, alguien que hable con Dios". Mi amiga suspiró profundamente y se quedó en silencio por un breve momento antes de responderle: "Nosotros tenemos un profeta. Y él se comunica con los cielos".

Los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, quienes creen que el presidente Hinckley es un Profeta de Dios, hacen esta significativa pregunta: ¿Qué más da que haya un profeta en la tierra? Una experiencia que tuve durante la preparación de esta biografía grabó en mi alma esta pregunta y su respuesta.

Yo he disfrutado la bendición de tener un testimonio del Evangelio durante toda mi vida. A través de los años, los susurros que me ha dado el Espíritu han sido muy dulces y alentadores. Aunque he vivido momentos de desaliento, soledad y dificultades, nunca he sentido el peso del descreimiento y siento una gratitud indescriptible por el don del testimonio. Yo sé que José Smith fue un Profeta. He caminado por la Arboleda Sagrada y entrado al pequeño cuarto en el segundo piso de la Cárcel de Carthage donde él selló su testimonio con su sangre. En esos lugares y en muchos otros, he recibido una confirmación de que la obra que él ayudó a restaurar es la obra del Maestro.

Nunca, sin embargo, había sentido yo tanta gratitud por los profetas actuales como desde el día en que, pocos meses atrás, recibí un llamado telefónico temprano en la mañana con la horrible noticia de que mi hermano menor acababa de fallecer a consecuencia de una ataque cardíaco. Nunca se me había ocurrido pensar que en mi existencia en este mundo la compañía de mi vigoroso y aparentemente saludable hermano de treinta y nueve años de edad iba a, ser tan breve. Siempre pensé que íbamos a envejecer juntos, disfrutando de las bromas, la camaradería y el respeto mutuo que caracterizaba nuestra relación. Pero No había de ser así.

El fallecimiento de mi hermano ha causado un vacío indescriptible en mí. Ésa es la parte más difícil. Pero también me ha hecho pensar profundamente en cuanto a la fe que he abrigado durante toda mi vida, porque en los momentos de angustia que resultan de tales experiencias uno llega a descubrir las cosas en las que realmente cree-y esas creencias nos fortalecen o nos engañan.

¿Qué más da el saber que en la actualidad tengamos un profeta que preside en el reino del Señor, restaurado hoy en la tierra? Tiene mucha importancia. Una de las primeras cosas que pensé después del fallecimiento de mi hermano Steve fue en lo inmensamente agradecida que estoy por el profeta José Smith, por cuyo intermedio se restauró el Evangelio con un total entendimiento del plan de nuestro Padre Celestial. ¡Cuán agradecida estoy por saber que la vida tiene un propósito, que No termina en el sepulcro y que se han restaurado sagradas ordenanzas que se extienden más allá de nuestra esfera terrenal y nos unen para siempre a nuestras familias! ¡Cuán reconfortante es, en un mundo de "inestables valores morales", como el presidente Hinckley ha descrito repetidamente el ambiente actual de moralidad, estar aferrados a la sólida roca de fundamentos morales y teológicos que No fluctúan con los años, las tendencias u opiniones políticas del momento! ¡Cuán alentador es saber que los cielos están abiertos, que Dios No nos ha abandonado y que se comunica con los que acuden a Él! ¡Cuán trascendente es el don de saber que Jesucristo, el Creador de este mundo, está a la cabeza de esta Iglesia y que Su misión, y en realidad la razón misma de Su existencia, es ayudarnos para que regresemos a una esfera más sagrada! Y qué privilegio es ser dirigidos por un Profeta que se comunica con los cielos y cuyas súplicas y

admoniciones nunca denotan la más mínima muestra de interés propio, predilección personal o impostura.

Tal como el presidente Hinckley lo ha dicho muchas veces, si tenemos un Profeta, lo tenemos todo, y si No, nada tenemos. Mi convicción es que José Smith vio lo que dijo haber visto en aquella arboleda en el norte de Nueva York, y que él fue un instrumento en las manos del Todopoderoso para restaurar el Evangelio en la tierra. Y al haber tenido yo el privilegio de estar frecuentemente en la presencia del actual Presidente de la Iglesia y podido explorar en detalle su vida, declaro sin vacilar que también él es un Profeta, que toda su existencia da testimonio de su bondad, su preordenación y su preparación para dirigir la Iglesia en estos días. Ciertamente, lo tenemos todo una guía segura, una voz clara y un siervo ecuánime cuyo único objetivo es llevar almas a Cristo.

"No tengo ninguna duda en cuanto a que el hombre que llega a ser el Presidente de la Iglesia ha sido educado y disciplinado por el Señor durante largo tiempo para tal responsabilidad", dijo el presidente Hinckley hace ya más de diez años. "En dicho proceso, No se le quita la individualidad, sino que más bien se le agudiza. El Señor capacita y disciplina al hombre. Pone a prueba su corazón y su misma esencia. Y mediante un proceso natural, lo dirige, lo adelanta a través del Quórum de los Doce hasta que llega a ser el Apóstol mayor quien, cuando muere el Presidente, pasa entonces a ser el Presidente de la Iglesia. No hay tal cosa como una campaña electoral, sino solamente el silencioso proceder de un plan divino que proporciona un liderazgo inspirado y comprobado. El Señor está a la cabeza de esta obra y el Presidente de la Iglesia es un instrumento en Sus manos para llevarla a cabo y fortalecer Su reino".

Es esta jornada la jornada de la vida del presidente Gordon B. Hinckley, el más singular de todos los hombres comunes y corrientes lo que me he propuesto a relatar.

RECONOCIMIENTOS

Aunque para escribir un libro de esta naturaleza es necesario hacerlo en plena soledad, su publicación ha sido una tarea de equipo.

Las exigencias del tiempo hicieron que fuera imposible para mí llevar a cabo por mí misma toda la investigación primordial. Ariel Silver, Camille Lots, Joan Willes Peterson y Blake Johnson me ayudaron, cada uno de ellos, en varios aspectos de esta importante función. Siendo que determinadas partes de mi investigación requirieron que viajara a otros países, estoy muy agradecida a Peter Trebilcock, de Preston (Inglaterra), Hanno Luschin, del Templo de Preston (Inglaterra), el presidente Pak Byung Kyu, de Seúl (Corea), y David Fewster, de las Filipinas. También agradezco a Bruce Olsen, Director General del Departamento de Asuntos Públicos de la Iglesia, por haberme ayudado a coordinar importantes entrevistas y tener acceso a conferencias de prensa.

Compañeros de confianza leyeron varias versiones o secciones del manuscrito. Agradezco las constructivas opiniones y las provechosas ideas que recibí de Eleanor Knowles, Robert L. Millet y Richard Turley.

Finalmente, estoy inmensamente agradecida por el apoyo que he recibido de mis colegas en Deseret Book. Ron Millet, nuestro presidente, me ha alentado y reconfortado desde el principio. Aprecio inmensamente sus expresiones de estímulo. Mis colegas vicepresidentes Gary Swapp, Keith Hunter y Roger Toone me

han brindado gran respaldo y entusiasmo. Y el personal del Departamento Editorial supo acudir a mi rescate una y otra vez. En particular, agradezco a Jack Lyon por su constante optimismo, a Suzanne Brady por su gran capacidad técnica como editora, a Anne Sheffield por su sagacidad en supervisar eficazmente la producción de esta obra tan compleja, y a Elisha Ulberg por brindarme su continua colaboración. Mayormente, quiero expresar mi más sincera gratitud a Emily Watts, mi editora, a Kent Ware, nuestro director gráfico, y a Tonya Facemyer, nuestra tipógrafa, quien procesó miles de cambios y correcciones. Estas tres personas convirtieron el manuscrito en un producto total y, al hacerlo, dieron forma a un libro mucho mejor de lo que, de otra manera, podría haber sido. Estoy agradecida no sólo por sus excelentes aptitudes profesionales, sino también por su paciencia, perseverancia y amistad.

INDICE

[CAPÍTULO 1](#) ¡ADELANTE!

[CAPÍTULO 2](#) DE PEREGRINOS A PIONEROS

[CAPÍTULO 3](#) NACIMIENTO Y ADOLESCENCIA

[CAPÍTULO 4](#) EL MUCHACHO SE CONVIERTE EN HOMBRE

[CAPÍTULO 5](#) UNA MISIÓN Y MÁS ALLÁ

[CAPÍTULO 6](#) PONIÉNDOSE EN CAMINO: COMIENZAN LAS DIFICULTADES

[CAPÍTULO 7](#) MARJORIE Y EL ARTE DE FORMAR UN HOGAR

[CAPÍTULO 8](#) LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL Y SUS CONSECUENCIAS

[CAPÍTULO 9](#) EN LA LÍNEA DE FUEGO

[CAPÍTULO 10](#) LA VIDA CON PAPÁ

[CAPÍTULO 11](#) TEMPLOS PARA CUBRIR LA TIERRA

[CAPÍTULO 12](#) AYUDANTE DE LOS DOCE

[CAPÍTULO 13](#) EL OCCIDENTE SE ENTRELAZA CON EL ORIENTE

[CAPÍTULO 14](#) EL OUORUM DE LOS DOCE

[CAPÍTULO 15](#) EL PROGRESO EN ASIA

[CAPÍTULO 16](#) NUEVAS TIERRAS NUEVOS DESAFÍOS

[CAPÍTULO 17](#) CONSTANCIA EN LOS CAMBIOS

[CAPÍTULO 18](#) LA IGLESIA PROGRESA

[CAPÍTULO 19](#) LA PRIMERA PRESIDENCIA

[CAPÍTULO 20](#) SIEMPRE ADELANTE SIN DAR PASO ATRAS

[CAPÍTULO 21](#) PRIMER CONSEJERO

[CAPÍTULO 22](#) SE ABREN NUEVAS PUERTAS

[CAPÍTULO 23](#) PRIMER CONSEJERO POR SEGUNDA VEZ

[CAPÍTULO 24](#) PRESIDENTE DE LA IGLESIA

[CAPÍTULO 25](#) DE LA LUZ A LA OBSCURIDAD

[APENDICE](#)

RESEÑA HISTORICA

NOTAS Y FUENTES DE INFORMACION

CAPÍTULO 1

¡ADELANTE!

El lunes 13 de marzo de 1995, exactamente a las 9 de la mañana, el presidente Gordon B. Hinckley encabezó una procesión de catorce hombres distinguidos que salían del llamado Salón Nauvoo del histórico Edificio Conmemorativo José Smith, en el centro de Salt Lake City, y se dirigieron a la elegante antecámara en la que se hallaba un gran número de periodistas locales, nacionales e internacionales. Una vez que todos se hubieron sentado y que fue presentado formalmente al grupo, el presidente Hinckley se acercó al micrófono. A su izquierda se encontraban los presidentes Thomas S. Monson y James E. Faust; sentados en semicírculo detrás de ellos, estaban los miembros del Quórum de los Doce Apóstoles. Todos se hallaban ante una magnífica escena: una impresionante estatua del profeta José Smith que parecía estar presidiendo la ocasión. El propósito de la asamblea era presentar formalmente ante la prensa y el mundo a Gordon Bitner Hinckley como el decimoquinto Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los últimos Días.

Durante aproximadamente catorce años, el presidente Hinckley se había sentado junto a tres distintos Presidentes de la Iglesia, había asumido responsabilidades adicionales a medida que cada uno de ellos fue experimentando las deficiencias propias de una edad avanzada y había ayudado a afianzar el progreso de la Iglesia como consejero en la Primera Presidencia. Pero a raíz del fallecimiento del presidente Howard W. Hunter, acaecido diez días antes, ahora pasaba a ser el Apóstol de mayor antigüedad. Y de acuerdo con la norma establecida por el Señor y rigurosamente observada un siglo y medio antes desde que Brigham Young pasó a ocupar la sagrada posición que había quedado vacante al morir José Smith, Gordon B. Hinckley fue ordenado y apartado por las demás Autoridades Generales como Presidente de la Iglesia en solemne asamblea realizada en el Templo de Salt Lake.

Con breves palabras, el presidente Hinckley prometió dedicarse con mayor determinación al progreso de la obra de Dios y expresó un sincero reconocimiento por sus consejeros, por su querido amigo y colega de tanto tiempo, el presidente Howard W. Hunter, y por los nueve millones de miembros de la Iglesia en todo el mundo. También declaró que la obra del Señor continuaría avanzando y, de la manera en que pasaría a ser distintiva su presidencia, expresó un gran optimismo en cuanto al futuro, diciendo: "Nos sentimos particularmente orgullosos de nuestros jóvenes. Yo creo que nunca hemos tenido una generación tan fuerte de hombres y mujeres jóvenes como la que hoy tenemos... Rodeados de fuerzas que podrían arrastrarlos y de tremendas presiones que podrían alejarlos de virtudes ya comprobadas, siguen avanzando con una existencia productiva y fortaleciéndose tanto intelectual como espiritualmente. No tenemos temores ni duda alguna en cuanto al futuro de esta obra".¹

A continuación de su discurso, también hablaron brevemente los presidentes Monson y Faust. Luego, y por primera vez desde que el presidente Spencer W. Kimball lo había hecho en 1973, invitó a los periodistas a que le formularan preguntas. Durante treinta minutos, el presidente Hinckley respondió a una variedad de interrogantes relacionados principalmente con la condición y el futuro de la Iglesia. Con marcada serenidad desde el comienzo, puso de manifiesto su calidez, su ingenio y la vastedad de sus conocimientos. Fue de inmediato evidente que éste es un hombre que comprende cabalmente la enorme y heterogénea organización que hoy preside. Un prominente reportero calificó la ocasión como "vigorizante"; otro describió el "debut" del presidente Hinckley como impresionante.² Tomadas en conjunto, sus respuestas no sólo destacaron su fe y su devoción en cuanto a la obra a la que había estado dedicándose por casi sesenta años, sino que también revelaron las cualidades, virtudes y actitudes tan especiales con las que ha contribuido a su nuevo llamamiento.

El presidente Hinckley demostró sentirse cómodo ante los periodistas y contestó aun las más comprometedoras preguntas con destreza y afabilidad. En respuesta al corresponsal en asuntos religiosos de Radio Londres, quien le preguntó si la Iglesia estaba dispuesta a reinterpretar su posición con referencia a temas esenciales, tal como otras importantes organizaciones religiosas lo han hecho, el presidente Hinckley fue muy respetuoso al afirmar nuevamente la posición de la Iglesia diciendo: "Toda iglesia hace lo que desea hacer y tienen la libertad para hacerlo. Nosotros esperamos no ser desviados por cada viento de doctrina y cada cambio social que se produzca... sino que esta Iglesia se mantenga como un ancla de fe y de verdad en este mundo de cambiantes valores. Como guías, contamos con las Escrituras la palabra del Señor recibidas en la antigüedad y en la actualidad. Creemos en el principio de la revelación contemporánea y proclamamos que es una función fundamental de la Iglesia bajo su sistema ejecutivo y dependeremos de ella a medida que sigamos adelante con nuestro programa, aquí y en todo el mundo".

Cuando un reportero de televisión local le preguntó si proclamaría algún lema especial durante su administración, el presidente Hinckley le respondió: "Sí. '¡Avanzara' Nuestro lema será el de adelantar la gran obra que promovieron nuestros antecesores, quienes han servido tan admirable y fielmente, y con tanta eficacia. ¿Fomentar valores familiares? Sí. ¿Impulsar la educación? Sí. ¿Fortalecer un espíritu de tolerancia y condescendencia entre la gente de todo el mundo? Sí. Y proclamar el Evangelio de Jesucristo. Es Su nombre lo que esta Iglesia lleva y de Él son las enseñanzas y los ideales que procuramos emular y promover. Y continuaremos haciéndolo".

Durante casi sesenta años desde el verano de 1935, cuando regresó de su misión en Inglaterra y aceptó una designación en las Oficinas Generales el presidente Hinckley ha dedicado toda su vida a algún determinado servicio en la Iglesia. Con frecuencia, sus labores han requerido que abriera camino por territorios inexplorados y que perseverara ante el desaliento y aun el fracaso. Algunas de sus tareas fueron llevadas a cabo en el anonimato, reconocidas y atestiguadas por solamente las pocas personas con quienes trabajaba; otros servicios, en particular como Autoridad General y finalmente como consejero en la Primera Presidencia, han sido cada vez más notables y expuestos al escrutinio público. A lo largo de todo eso, al viajar por todo el mundo y superar las dificultades propias de una Iglesia progresista, ha sabido demostrar su carácter como hombre cuyos cimientos nunca fueron sacudidos ni siquiera en momentos inestables, como líder que confía en un rumbo del cual no se desviará aunque su posición no fuere popular, como visionario que puede ver en lontananza y que sin embargo realza con un reconfortante sentido de estabilidad todo lo que toca, y como devoto discípulo de Dios el Padre y de Su Hijo Jesucristo, en Quienes tiene una fe inquebrantable. Una y otra vez ha demostrado su incesante optimismo en cuanto a que el reino del Evangelio continuará progresando sin jamás dar un paso hacia atrás. "Ésta es la mejor época en los anales de esta obra", declaró en cierta ocasión como en tantas otras. "¡Cuán maravilloso es el privilegio y qué grande es la responsabilidad que tenemos de ser parte importante de esta obra de Dios en los últimos días! No permitan que les afecten las artimañas de Satanás, tan desenfrenadas en estos tiempos... Más bien, sigamos adelante con fe y con la visión del extraordinario y magnífico futuro que nos aguarda a medida que esta obra se fortalece y engrandece" ³

Fue con tal concepto y marco de referencia que Gordon B. Hinckley asumió sus nuevas responsabilidades como el Apóstol de mayor antigüedad y Presidente de la Iglesia. Y aunque con toda seriedad se consideraba incompetente, como se describió a sí mismo en la conferencia de prensa, y había esperado que este llamamiento nunca cayera sobre sus hombros, lo aceptó con la firme determinación de continuar edificando sobre los fundamentos del pasado y seguir avanzando. En tal sentido, ahora se encontraba en una cómoda posición porque es el beneficiario del constante ejemplo de sus padres, de sus antepasados y de los líderes de la Iglesia a través de las edades todos quienes influyeron en su vida y le dejaron ejemplos de dedicación, perseverancia y fe.

Treinta y siete años antes, el 6 de abril de 1958, el día en que, a la edad de cuarenta y siete años, fue sostenido como Ayudante de los Doce, Gordon B. Hinckley había dicho: "He estado pensando en el sendero que me ha conducido hasta aquí. Yo sé que no lo he recorrido por mí mismo y estoy muy agradecido por el sinnúmero de hombres y mujeres... que me han ayudado. Lo mismo sucede con cada uno de nosotros en la Iglesia. Ninguna persona procede por sí sola... Todos somos mayormente el producto de otras vidas que han afectado la nuestra, y hoy me siento profundamente agradecido por todos aquellos que han influido sobre mi vida". En aquel lejano día, él había pronunciado esas palabras con sinceridad y

emoción. Con cuánto ardor las sentía ahora, porque no había llegado a este momento y lugar, a este alto y sagrado llamamiento, por sí solo.⁴

CAPÍTULO 2

DE PEREGRINOS A PIONEROS

Para poder comprender a Gordon B. Hinckley, es menester saber algo acerca de los Hinckley que le precedieron.

Fue en 1635 que Samuel Hinckley salió de su pueblo natal en Inglaterra y se dirigió a América, donde se radicó en Cape Cod, Massachusetts. Su hijo mayor, Thomas, había de distinguirse más tarde como gobernador de la Colonia de Plymouth, entre 1681 y 1692.

Ira Nathaniel, el sexto biznieto del gobernador Thomas Hinckley, nació en Ontario, Canadá, el 30 de octubre de 1828. A la edad de 14 años, Ira quedó huérfano de padre y madre y debió mantenerse a sí mismo con trabajos ocasionales en Springfield, Illinois. Habiendo tenido la oportunidad de conocer las enseñanzas de la Iglesia, caminó casi 200 kilómetros desde Springfield a Nauvoo, donde escuchó predicar al profeta José Smith y a su hermano Hyrum. El espíritu del Evangelio restaurado comenzó a henchir y sanar su alma, y el primer día de julio de 1843, tres meses antes de cumplir sus quince años, fue bautizado. En el Evangelio, Ira encontró una gran paz interior y el propósito del que su vida había carecido.

Pero los ataques y las persecuciones quebrantaron la paz en Nauvoo y al año siguiente causaron que José y Hyrum fueran brutalmente asesinados en la cárcel de Carthage. Ira y el resto de los Santos lamentaron la pérdida de su profeta y líder, pero no demoraron en responder a la dirección de Brigham Young y reanudaron el trabajo a fin de completar el templo y prepararse para una intensa emigración hacia el Oeste. A medida que los miembros de la Iglesia se alistaban para salir de Nauvoo, fueron construyendo carros a pasos agigantados y la destreza de Ira como herrero demostró ser muy valiosa?

Ira demoró en partir debido a ciertas razones económicas y personales. A mediados de 1848 contrajo matrimonio con Eliza Jane Evans y en julio del año siguiente nació su hija Eliza Jane. No fue sino hasta abril de 1850 que Ira y Eliza, habiendo acumulado bastantes suministros, pudieron iniciar su éxodo hacia el Oeste. Su grupo cruzó el río Misuri en Council Bluffs y se hallaban viajando por el río Platte en dirección a Sweetwater cuando se desencadenó una plaga de cólera en su campamento. Eliza cayó violentamente enferma y falleció. Abrumado por la tragedia, Ira sepultó a su esposa en una tumba sin marca. No había cumplido todavía veintidós años de edad y ya había perdido a sus padres y quedado ahora viudo con una hija de once meses, con quien arribó al Valle del Lago Salado en septiembre de 1850.³

Ira construyó una casa en Salt Lake City y en 1853 se casó con Adelaide Noble. Dieciocho meses después contrajo enlace polígamo con Angelina, hermana de Adelaide. ⁴

En 1867, Brigham Young encomendó a Ira Hinckley la construcción de un fuerte y la supervisión de una granja de la Iglesia en Cove Creek, en la región central de Utah. Sin vacilar, a los veintiocho años de edad, aquel esposo y padre de doce hijos abandonó la idea de residir en un hogar permanente y volvió su atención a la perspectiva de edificar un fuerte en las solitarias y ventosas llanuras del Condado de Millard. Ira dejó atrás por un tiempo a sus esposas e hijos hasta poder prepararles una cómoda vivienda en el proyectado fuerte.

El presidente Brigham Young tenía un doble propósito en construir aquella ciudadela en Cove Fort: proteger la diligencia, los portadores de correos y los operadores y las líneas del telégrafo, y también facilitar a la gente que viajaba a lo largo del "Corredor Mormón" desde y hacia el sur de Utah un refugio contra las inclemencias del tiempo y los ataques de indígenas.

A poco de ausentarse Ira del hogar, Angelina dio a luz a otro hijo-Bryant Stringham Hinckley que tenía cuatro meses de edad cuando su padre regresó para llevar consigo a su familia a Cove Fort, el cual ya estaba listo para brindarles albergue.

Bryant Hinckley recuerda cómo era la vida en Cove Fort, donde él y sus hermanos aprendieron a cabalgar tan pronto como habían aprendido a caminar. En numerosas ocasiones durante las tardes se encaramaban sobre la muralla del fuerte, con prismáticos en sus manos, para observar cómo los vaqueros en sus veloces potrillos acorralaban los caballos y el ganado salvaje que correteaban por las colinas hacia el este.

A pesar de su aislada existencia, a los niños les parecía estar viviendo en el centro mismo del universo territorial. Las noticias acerca del floreciente territorio colmaban las líneas de la oficina telegráfica del fuerte y los niños se sentaban por largas horas para observar cómo los operadores pulsaban los mensajes. La diligencia paraba allí dos veces por día llevando pasajeros hacia y desde la costa occidental y el sur de Utah. Por los cuatro portales del fuerte pasaban exploradores de minas, funcionarios de gobierno y aristócratas.' Para todo viajero, el fuerte era un agradable oasis en el desértico territorio.

Bryant Hinckley pasó los primeros diez años de su vida en Cove Fort, hasta que su familia se mudó a Fillmore. A la edad de dieciséis años se inscribió en la Academia Brigham Young, en Provo, donde habría de recibir la influencia del Dr. Karl G. Maeser, el director de la misma. El Dr. Maeser era muy conocido por su talento como orador y Bryant, que se perfilaba ya como muy comunicativo, se esforzó conscientemente por emular los métodos de su maestro. Después de su graduación en 1890, Bryant viajó a Nueva York y asistió a la Facultad de Comercio Eastman, de la que se graduó dos años más tarde. También completó sus estudios en la Universidad de Comercio Rochester antes de regresar a Utah para enseñar en la Academia Brigham Young. Eso fue en 1893, el mismo año en que contrajo matrimonio con Christine Johnson, con quien tuvo nueve hijos y juntos pasaron una vida muy feliz.⁵

Bryant fue nombrado director del flamante Instituto Superior de Comercio LDS, en Salt Lake City. Sus instintos naturales para los negocios, como también su capacidad para la enseñanza y la comunicación, beneficiaron enormemente al instituto. Como maestro, sabía cómo captar la atención tanto de los jóvenes como

de los adultos, y llegó a ser difícil conseguir asiento en sus clases de historia, ciencias políticas, álgebra, ciencias económicas y sobre el Antiguo Testamento.

En 1904, Bryant fue llamado a servir en la mesa directiva de la Asociación de Mejoramiento Mutuo de los Hombres jóvenes. Desde tal posición instó a la Iglesia en 1913 que adoptara el programa de los Boy Scouts como parte integral del programa para sus hombres jóvenes. También se estima que Bryant escribió más manuales de la A.M.M. que ningún otro hombre en la historia de la Iglesia .⁶ Sus varias actividades y su prestigio pusieron a Bryant en contacto directo con líderes de la Iglesia y funcionarios cívicos. Pero la relativa insignificancia de sus realizaciones se le manifestó angustiosamente en 1908, cuando su amada esposa Christine enfermó y luego falleció.

Después de quince años de casado, Bryant se encontró entonces solo y el dolor de la separación fue abrumador. La muerte de Christine lo dejó muy desconsolado; así también quedaron sin madre sus hijos, el menor de los cuales tenía apenas dos meses de edad. Dos de los hijos fueron a vivir con sus abuelos maternos en Provo, mientras que los demás permanecieron en su hogar merced a la ayuda de amas de llave y algunos familiares.

Pasado cierto tiempo, Bryant consideró casarse nuevamente. Comenzó entonces a pensar en Ada Bitner, una hermosa y muy culta mujer que integraba el cuerpo docente del colegio y enseñaba inglés y estenografía. Durante el cortejo, Ada "se enamoró locamente" de Bryant, quien era trece años mayor que ella. El 4 de agosto de 1904 se casaron en el Templo de Salt Lake y desde ese instante pasaron a ser, mutuamente, el centro de atención de su vida .⁷

Con su casamiento a los veintinueve años de edad, Ada obtuvo no solamente un esposo sino también una casa llena de hijos que todavía sufrían la pérdida de su madre. Sin tener el lujo de contar con el tiempo necesario para adaptarse a la vida de casada, debió encarar la responsabilidad de satisfacer las necesidades tanto físicas como emocionales de "sus" hijos. En una bendición patriarcal, se le había prometido que encontraría un esposo "a quien honraría con mucho agrado". Ella estaba segura de que Bryant Hinckley era ese hombre y estaba dispuesta a aceptar todo-y a cada uno que con él viniera. Esa misma bendición concluyó con una significativa profecía: "La mirada del Señor ha estado sobre ti desde tu nacimiento y el Padre ha decretado que tú tendrás una misión para cumplir, una obra que realizar... Tu nombre será conservado y vivirá en el recuerdo de los Santos".⁸

También Bryant tuvo una promesa en su bendición patriarcal: "No solamente llegarás a ser grande sino también tu posteridad; de tus lomos provendrán estadistas, profetas, sacerdotes y Reyes para el Más Alto Dios. El Sacerdocio nunca se desprenderá de tu familia, jamás. Tu posteridad no tendrá fin... y el nombre Hinckley llegará a ser honrado en toda nación bajo los cielos".⁹

Dos años después de su matrimonio, Ada y Bryant Hinckey dieron la bienvenida a su primer vástago. No podrían haber previsto entonces que ese hijo cumpliría en gran manera las profecías de aquellas bendiciones patriarcales. Nacido el 23 de junio de 1910 y habiendo recibido el apellido de soltera de su madre, habría de conocerse como Gordon Bitner Hinckley.

CAPITULO 3

NACIMIENTO Y ADOLESCENCIA

Aquella era una época muy interesante para hacer su entrada en el escenario mundial. El siglo veinte había comenzado sólo una década antes de que Gordon llegara al hogar de los Hinckley, y los Estados Unidos eran una nación muy diferente de lo que llegaría a ser.

En 1910, el índice de longevidad de un hombre nacido en Estados Unidos era de cincuenta años. Una lata de sopa Campbell costaba diez centavos, una camisa para hombre valía menos de un dólar y el kilo de carne se vendía a 65 centavos.¹

Los estadounidenses se encontraban al borde de una transformación fenomenal. Apenas dos años antes, Henry Ford había fabricado su primer automóvil Modelo T. Y el día en que nació Gordon, los periódicos anunciaron la inauguración del "primer servicio aéreo regular de pasajeros" del mundo entre dos ciudades de Alemania.'

El presidente Joseph F. Smith dirigía la Iglesia que entonces alardeaba tener casi 400.000 miembros, con 993 misioneros en el campo mundial. Los cuatro templos en funcionamiento se encontraban en el estado de Utah: St. George, Logan, Manti y Salt Lake City. Sólo veinte años antes, el presidente Wilford Woodruff había declarado con el "Manifiesto" la finalización del matrimonio plural y habrían de pasar dos décadas antes de que la Iglesia celebrara el centenario de su organización. Poco a poco, sin embargo, iba progresando desde su era inaugural de persecuciones a una de prosperidad y moderado respeto. El reino del Evangelio se preparaba para un gran impulso después de haber soportado ochenta años de dificultades.

Tal era el ambiente que esperaba al joven Gordon Hinckley, quien, aunque era el primer vástago de su madre, fue bienvenido por una numerosa familia de hermanos y hermanas. Con el correr de los años, no había tal cosa como hermanastros o hermanastras, ni se trataba de "la familia de Christine" o "la familia de Ada". Eran todos una sola familia, los Hinckley, sin distinción de quién había nacido de quién.

Dieciséis meses después, nació Sherman, a quien siguieron tres hermanas: Ruth, Ramona y Sylvia. Aunque todos los de la familia Hinckley eran muy unidos, Gordon y Sherman, por ser varones de edad semejante, eran casi inseparables. Gordon era mayor, pero Sherman era más grande, más veloz y más fuerte que él. Gordon era un muchacho delgado y débil, susceptible a dolores de oído y otras enfermedades. También padecía alergias, asma y fiebre del heno. A la edad de dos años contrajo un grave caso de tos convulsa, tanto que un médico le dijo a Ada, su madre, que el único remedio era el aire libre del campo. Bryant decidió entonces comprar una granja de unas dos hectáreas en la región de East Millcreek en el Valle del Lago Salado, donde construyó una pequeña casa de veraneo. Y así empezó-en 1914-la tradición de los Hinckley de pasar los inviernos en el centro de la ciudad y los veranos en East Millcreek.²

Gordon y Sherman disfrutaban inmensamente la vida rural. Tenían libertad para explorar y jugar en el badén que había al sur de la propiedad. Saltaban desde las parvas de heno, tomaban leche de vaca recién ordeñada, jugaban a las escondidas

en el sembrado de maíz, se acoplaban a un carro tirado por caballos y volaban en una hamaca sobre la frondosa hondonada.

La vida agreste cultivó el ingenio de Gordon y Sherman, que aun como niños demostraron tener talento en cuestiones mecánicas y aprovecharon su inventiva natural para una serie de artefactos. Fabricaron toda clase de aparatos con ruedas y tablas, incluso un carro tirado a caballo y una ducha con un viejo tanque expuesto de modo que el sol calentara el agua.

Con el tiempo, sus proyectos fueron siendo cada vez más complicados y tal como le sucede a todo inventor, algunas veces les fracasaban-tal como les pasó el día en que decidieron construir una bomba de carburo con una lata. Los muchachos entendían lo suficiente sobre química para preparar un dispositivo incendiario que explotó al prenderle un fósforo. No se les hirió ni fracturó nada, excepto el orgullo y su reputación como ingenieros. Sin embargo, eso no impidió que Sherman utilizara dinamita para romper una porción de terreno que creían no poder cultivar de ninguna otra manera. Y nuevamente los resultados fueron explosivos.

En numerosas ocasiones, los muchachos dormían de noche en un carro al aire libre, bajo un cielo tachonado de estrellas. Cuando llovía, juntaban apresuradamente sus mantas y corrían hasta el pórtico en busca de protección, donde a la mañana siguiente los encontraría Ada, su madre, profundamente dormidos después de una agitada aventura nocturna.

La granja ofrecía también a los hijos de la familia Hinckley oportunidades de trabajo. Comúnmente, Bryant se levantaba a las 5 de la mañana y esperaba que el resto hiciera lo mismo. Siembre había muchas tareas para los muchachos y a diario esperaban recibir una lista de cosas que debían completar antes del mediodía. Una vez terminadas esas tareas, podían entonces hacer lo que quisieran por el resto del día, pero durante las horas frescas de la mañana tenían que librar de malezas el enorme jardín, irrigar el extenso terreno, excavar hoyos donde colocar postes, recoger frutas, juntar huevos, cuidar caballos y atender dos vacas-una lechera Guernesey llamada Polly y otra Jersey de pura raza y vivaracha llamada Babe. Los muchachos tenían que vaciar el agua de la nevera en el sótano, pero con frecuencia se olvidaban de hacerlo y terminaban secando y limpiando el piso inundado.

Los Hinckley cultivaban la mayoría de las cosas que consumían. Las vacas les daban toda la leche que la familia podía tomar y un extenso huerto con una gran variedad de árboles frutales-manzanas, melocotones, cerezas, peras, albaricoques y ciruelas-les proveían de abundantes cosechas. Cuando Gordon y Sherman fueron creciendo, su padre requería que le ayudaran en el huerto y los llevaba a demostraciones de poda presentadas por el colegio de agricultura. La mayoría de los días sábado en enero y febrero, Bryant y sus hijos iban a la granja y podaban los árboles. No era una tarea muy agradable, pero los muchachos volvían a demostrar su naturaleza inventiva al construir andamios con piso de madera de arce para alcanzar las ramas más altas. Todas esas tareas, año tras año, les enseñaron a Gordon una importante lección que había de quedarle embebida en el subconsciente: la calidad de la fruta recogida en septiembre es determinada por la manera en que se moldean y podan los árboles en febrero.³

Los muchachos participaban en el proceso desde el principio hasta el fin, aunque no les agradaba mucho cosechar las frutas, tarea que les resultaba cansadora y rigurosa. Pero a los melocotones había que recogerlos, clasificarlos, empaquetarlos y venderlos, y requería que todos colaboraran en ello.' Ciertamente, la granja ofrecía un ambiente muy fértil para un sinnúmero de lecciones, y quizás ninguna de ellas fue más eficaz que la de que sólo cosechamos lo que sembramos. Los jóvenes

Hinckley percibieron que esta lección se repetía de una temporada a otra a medida que araban la tierra y la sembraban en la primavera, cuidaban los sembrados en el verano y obtenían la recompensa de las cosechas en el otoño.

El día en que la energía eléctrica llegó a la granja resultó ser un verdadero acontecimiento. Para Ada, el contar con luces y una pequeña cocina eléctrica era como estar en el cielo. Traer agua a la casa era más difícil pero, con el tiempo, Bryant solucionó también ese problema.⁴

No obstante el notable adelanto que significó tener electricidad y agua corriente, la señal más emocionante de progreso en el hogar de los Hinckley se produjo aquel día en el verano de 1916 cuando Bryant manejó un auto negro Modelo T con un refulgente radiador de bronce. Al verlo llegar, los muchachos lo contemplaron con ojos azorados. Aunque el Modelo T fue un gran paso adelante en materia de transporte, también resultó ser una máquina rústica y temperamental. Requería que dos personas le plegaran o desplegaran la capota y el parabrisas estaba dispuesto de manera que, cuando llovía, el agua se escurría adentro del condensador eléctrico y era entonces poco menos que imposible hacer arrancar el motor, lo cual resultaba ser toda una aventura aun en las mejores circunstancias. Siendo que el auto no tenía arranque eléctrico, Bryant llamaba frecuentemente a los muchachos para que le dieran vuelta a la manija en la parte delantera tarea bastante peligrosa si no se ejecuta apropiadamente. Ellos aprendieron rigurosamente que si no atrasaban la chispa y mantenían el dedo pulgar extendido en forma indebida, la manija podía retroceder y fracturarles un dedo o toda la mano. Algunas veces, después de que los muchachos hubieran dado vuelta en vano a la manija, solían empujar el caprichoso vehículo cuesta abajo para hacerlo arrancar. Puesto que el auto carecía de batería, recibía la electricidad de un magneto, cuyo rendimiento dependía de la velocidad del motor. Si el motor disminuía su marcha, las luces se volvían de un color amarillo pálido y eran casi inservibles. La persona que manejaba el vehículo durante la noche tenía que mantener el funcionamiento del motor a paso firme. De su experiencia al manejar aquel Modelo T, Gordon destacó tiempo después cierta analogía al decir: "La industriosisdad, el entusiasmo y el trabajo afanoso nos conducen hacia un brillante progreso. Para obtener luz en la vida, uno tiene que permanecer con pie firme y continuar moviéndose".⁵

Aunque a todos en la familia les encantaba la vida de campo, también les agradaba mucho regresar a su hogar en el centro de la ciudad durante el otoño. Después de su ausencia en el verano, los muchachos estaban ansiosos por visitar otros lugares predilectos y volver a reunirse con sus amigos del vecindario.

Una de las ventajas de regresar a la ciudad era que a Bryant su trabajo le quedaba más cerca. Hasta 1910, fue el director del Instituto Superior de Comercio LDS. Ese año, cuando la Iglesia edificó el Gimnasio Deseret como centro de recreo para la comunidad, se le designó gerente general de esa empresa y encargado de sus operaciones diarias. Bryant era un hombre de negocios muy capacitado y mantuvo el gimnasio en constate operación aun en épocas de dificultades económicas.

Bryant y Ada fomentaron mucho la educación en su familia. Habiendo sido maestra de inglés, Ada era muy instruida y también exigente en cuanto a la gramática. No toleraba ningún lenguaje inapropiado y sus hijos aprendieron a hablar con precisión y cuidado. El que pronunciaran mal una palabra o que emplearan palabras de jerga era algo prácticamente imperdonable.

Ada había sido una alumna excepcional y lo mismo esperaba de sus hijos. Los libros y la educación eran también muy importantes para Bryant, y entonces transformó en biblioteca uno de los amplios cuartos de la casa. Sus estantes estaban repletos con más de mil libros.

Lo que es de sorprender, con todo el énfasis que los Hinckley ponían en la literatura y la enseñanza, a Gordon no le agradaba ir a la escuela. A los seis años de edad, cuando tenía que empezar con el primer grado, el primer día de clases se escondió para que sus padres no lo vieran. Puesto que era un pequeño niño de salud delicada, Bryant y Ada decidieron que sería mejor esperar entonces hasta el año siguiente para que asistiera a la escuela junto con Sherman.

Cuando llegó el primer día de clases al año siguiente, Gordon se escapó corriendo alrededor de la casa tratando de evitar que su madre lo alcanzara, pero Ada lo alcanzó. Ambos niños iniciaron juntos el primer grado en la Escuela Hamilton. No pasó mucho tiempo hasta que Gordon se unió con los de su propia edad en el segundo grado, pero a pesar de todo el esfuerzo de sus padres y hermanos, continuó sin mucho entusiasmo en cuanto a su educación formal durante sus años de escuela primaria.

Aunque los primeros antecedentes académicos de Gordon no eran muy sobresalientes, en el hogar de los Hinckley se establecieron, y se esperaba que se cumplieran, ciertas normas de conducta y rendimiento. Bryant y Ada no eran muy estrictos; Bryant nunca le levantó la mano a ninguno de sus hijos.

Alguna reprimenda era, por supuesto, necesaria en ciertas ocasiones. Un día, cuando tenía siete u ocho años de edad, Gordon se hallaba conversando con algunos de sus amigos en el pórtico de la casa e hizo unos comentarios despreciativos acerca de una familia de personas negras que venían por la calle. Ada, al oírle, se horrorizó y ordenó que él y sus amigos pasaran a la sala de estar y les dio un serio sermón sobre el respeto y la bondad.⁶

Aunque Gordon y Sherman eran buenos amigos y se habrían defendido mutuamente contra cualquier amenaza o insulto exterior, la semejanza de sus edades fue creando una cierta rivalidad que solía provocar riñas entre ellos. Sherman, siendo el más fuerte de los dos, tenía la ventaja física, pero su hermano mayor era más agresivo y obstinado. Ninguno salía fácilmente victorioso de esas refriegas. Años más tarde, Gordon dijo: "Yo solía andar siempre bien. Con la cabeza sangrando, pero sin doblegarme". Finalmente, cansado ya por las peleas de sus hijos, Bryant trajo a casa unos guantes de boxeo y les dijo que resolvieran de una vez por todas sus problemas. "Lo hicimos", dijo Gordon, "y desde entonces hemos sido buenos amigos".⁷

En efecto, la personalidad de Gordon tenía un cierto rasgo impetuoso. Al prepararse para iniciar el séptimo grado, él y sus amigos esperaban ser la primera clase en entrar a la Escuela Intermedia Roosevelt. Pero cuando llegaron allí, se les dijo que el edificio ya estaba repleto y que su clase debía retornar a la escuela primaria por un año más. Gordon y sus amigos pensaban que merecían algo más que pasar otro año con los grados inferiores y al día siguiente se pusieron en huelga y no fueron a clase. Cuando regresaron a la escuela un día después, el director de la misma, Harold J. Stearns (quien según Gordon era muy estricto), los recibió a la entrada y les dijo que solamente se les admitiría de nuevo si presentaban una carta explicativa de sus padres. Ada no se sintió muy complacida cuando se enteró de lo que había acontecido y su carta al director manifestó un reproche que perturbó a su hijo mayor: "Estimado Sr. Stearns, tenga a bien disculpar la ausencia de Gordon en

el día de ayer. Su proceder se debió a un impulso de hacer lo que hacen los demás". Tiempo después, Gordon habría de explicar por qué el comentario de su madre fue tan punzante: "No fue un impulso de hacer lo que hacen los demás. Yo fui uno de los instigadores. Pero que mi propia madre me calificara como alguien que hizo algo sólo para imitar a otros me llamó a la realidad, y decidí entonces que jamás haría nada simplemente porque otros lo hacen".⁸

En otra ocasión, después de un día particularmente difícil en la escuela, Gordon regresó a su casa, arrojó los libros sobre la mesa dirigiéndose hacia la cocina y dejó escapar una mala palabra. Ada, horrorizada por tal lenguaje, le dijo que jamás, bajo ninguna circunstancia, tal palabra habría de salir otra vez de su boca y lo llevó al cuarto de baño donde empapó abundantemente con jabón una toallita con la cual le refregó la lengua y los dientes. Él escupió, se encolerizó y sintió como que quería blasfemar, pero resistió la tentación.⁹

Los Hinckley vivían en la Estaca Liberty y su barrio, el Barrio Primero, era para ellos el centro del universo. No sólo era un importante centro espiritual, sino también social. El obispo John C. Durham, cuyo barrio tenía más de mil miembros, sirvió a su congregación durante un cuarto de siglo. A pesar del número de familias en ese barrio, el hermano Durham era no solamente su obispo pero asimismo su amigo y consejero. Él estuvo presente cuando a Gordon y sus hermanos y hermanas se les dio un nombre y fueron bendecidos. Más tarde, el obispo Durham entrevistó a Gordon y lo encontró digno de ser ordenado diácono, lo llamó a ocupar su primera asignación como miembro de la presidencia del quórum de diáconos, lo recomendó luego para que recibiera el Sacerdocio de Melquisedec y confirmó su dignidad para que sirviera una misión. Gordon amaba y respetaba mucho a su obispo, quien ejerció una gran influencia sobre él durante su adolescencia.

Era la casa del obispo Durham, enfrente a su hogar, a donde anualmente los Hinckley iban a entrevistarse con él para el ajuste de diezmos. En el caso de Gordon, su diezmo total de todo un año podría haber sido apenas veinticinco o treinta centavos, pero se le había enseñado a pagarlo de todos modos.¹⁰

El centro de reuniones del barrio estaba casi siempre ocupado en las noches de semana con bailes, obras teatrales, concursos de oratoria y otros programas de la A.M.M., y desde temprana edad Gordon participaba en todo lo que allí se ofrecía y le interesaba. Cuando tenía cinco años, su padre le escribió una carta a Ada, quien en ese momento se encontraba visitando familiares en la costa occidental del país, diciéndole: "Los niños [Gordon y Sherman] asistieron hoy a la Primaria y esta noche Gordon ha estado haciéndome algunas preguntas muy interesantes".

En el hogar, Bryant y Ada siempre encontraron maneras de mantener los principios del Evangelio frente a sus hijos. Con frecuencia, antes de irse cada cual a su cama, Ada reunía a todos y de la obra *Mother Stories from the Book of Mormon* (Relatos maternos del Libro de Mormón), publicada por primera vez alrededor del año 1911 por William Albert Morton, les leía en cuanto a Nefi, Lehi y otros héroes del Libro de Mormón.

En 1915, cuando el presidente Joseph F. Smith aconsejó a las familias de la Iglesia que se reunieran por lo menos una vez por semana para efectuar una noche de hogar, Ada y Bryant respondieron: "El Presidente de la Iglesia nos ha pedido que tengamos una noche de hogar. Por lo tanto, tendremos una noche de hogar". El anuncio fue recibido con desagrado por los niños, quienes pocas ganas tenían de que se les acorralara para otra reunión más, pero desde ese momento en adelante la noche de los lunes era reservada para la familia. Bryant o Ada les daban una

lección y alentaban a los niños para que actuaran, cosa que les incitaba a las imitaciones, la farsa o las risas. Los niños no eran artistas por naturaleza y pedirle a uno que cantara frente a los demás era, como Gordon diría tiempo después, "como pedirle a un helado que se conserve congelado sobre la estufa de la cocina. Nos llevó mucho tiempo llegar al punto en que pudimos cantar en conjunto sin reírnos. Tiene que haber sido algo mortificante para nuestros padres que nos riéramos de ese modo".¹¹

Pero Bryant y Ada perseveraron. Todos participaban de la oración familiar con regularidad y frecuentemente escuchaban historias aparentemente inextinguibles que Bryant les relataba para cultivarles la fe. El efecto cabal de ello fue positivo. Aquellas sencillas reuniones fueron creando sólidos lazos entre padres e hijos, y entre hermanos y hermanas-un elemento muy importante para la unificación de esa familia.

A través de éstas y otras experiencias, Gordon comenzó a aprender por sí mismo que era mucho lo que sus padres creían tan profundamente en cuanto a la Iglesia. Ya para el momento de ser bautizado por su padre, Gordon quería ser miembro de la organización. "Asistíamos a la Iglesia, pero no bajo compulsión", comentó años después. "De alguna manera nuestros padres nos hacían saber lo que esperaban de nosotros, y nosotros les seguíamos sin mucho reparo".¹²

Una experiencia en particular influyó grandemente en Gordon. No mucho tiempo después de haber sido ordenado diácono, asistió con su padre a su primera reunión del sacerdocio de la estaca. Para comenzar la reunión, los trescientos o cuatrocientos hombres allí presentes se pusieron de pie y cantaron el himno de William W. Phelps en honor al profeta José Smith: "Al gran profeta rindamos honores. Fue ordenado por Cristo Jesús a restaurar la verdad a los hombres y entregar a los pueblos la luz". Gordon no estaba preparado para lo que experimentó. Tiempo después comentó: "Algo sucedió en mi interior cuando escuché cantar a aquellos fieles hombres. Me llegó al corazón. Me produjo un sentimiento difícil de describir. Sentí un gran poder conmovedor, tanto emocional como espiritual. Nunca antes lo había sentido en ninguna otra experiencia en la Iglesia. Sentí que mi corazón se henchía con la convicción de que el hombre en cuanto a quien cantaban fue realmente un Profeta de Dios. Supe entonces, por el poder del Espíritu Santo, que José Smith fue verdaderamente un Profeta de Dios".¹³

Con frecuencia, Gordon había escuchado a su padre hablar con respeto y reverencia acerca de los Presidentes de la Iglesia, a la mayoría de los cuales conoció personalmente. Bryant consideraba al profeta José Smith como el hombre de mayor trascendencia, con excepción del Salvador, que jamás haya vivido, y también sentía tener una relación personal con Brigham Young, sobre cuyas rodillas se había sentado cuando era niño. Éstos y los demás Presidentes de la Iglesia eran los héroes de Bryant Hinckley. Y también llegaron a serlo de Gordon.

Los Hinckley disfrutaban de bienestar y estabilidad en su hogar. Varias décadas más tarde, Gordon recordó: "En realidad no hablábamos abiertamente del amor entre unos y otros con frecuencia en aquellos días. No teníamos necesidad de hacerlo. Podíamos sentir esa seguridad, esa paz, y la tácita fortaleza que poseen las familias que oran en conjunto, trabajan juntas y se ayudan mutuamente". Los hijos sabían que sus padres los amaban, tenían fe en ellos y los consideraban, no una molestia, sino una inversión para el futuro.¹⁴

La inherente disposición positiva de Bryant y de Ada impregnaba el ambiente familiar. Ada creía-y lo aseveraba con frecuencia-que una actitud feliz y un semblante alegre contribuyen a superar cualquier contratiempo, y que cada persona es responsable de su propia felicidad. Los hijos solían escuchar a su padre decir: "Los cínicos nada contribuyen; los escépticos nada crean; los que dudan nada logran". A pesar de las comunes frustraciones relacionadas con la crianza de una familia numerosa, aquella combinación de optimismo y responsabilidad individual que ejemplificaban creó un hogar emocionalmente sano y equilibrado.

Así y todo, había momentos de sufrimiento y angustia. Ninguna experiencia durante los primeros ocho años de la vida de Gordon fue más lamentable que la de cuando recibieron la noticia, a fines de noviembre de 1918, de que Stanford, el hijo mayor de Bryant, quien se había alistado en el ejército durante la Primera Guerra Mundial, había fallecido en un hospital de Francia a causa de pulmonía. Su muerte había acaecido menos de un mes antes de que se firmara el Armisticio, y Stanford fue sepultado en un cementerio americano en las afueras de París. Fue la primera vez que Gordon y Sherman vieron a su padre llorar, y también ellos lloraron. Fue un momento muy penoso que dejó en Gordon una marca indeleble. Aquella experiencia fue algo que jamás olvidaría.¹⁵

CAPÍTULO 4

EL MUCHACHO SE CONVIERTE EN HOMBRE

La vida era realmente buena para los adolescentes que vivían en Salt Lake City en la década de 1920. Aunque a Gordon le correspondían algunas tareas y otras responsabilidades, tanto en la granja como en la casona de la familia en el centro de la ciudad, pocas eran las exigencias y muchas las oportunidades.

Quizás Gordon haya tratado de eludir su asistencia al primer grado escolar, pero ya cuando ingresó a la Escuela Secundaria LDS, su actitud acerca de la educación cambió notablemente. Existía un gran espíritu y armonía entre los alumnos y al comenzar a reconocer sus propios intereses y talentos, la enseñanza adquirió para él un nuevo atractivo.

Aun cuando era un adolescente, Gordon revelaba una evidente inclinación hacia el lenguaje. Su apetito por la literatura fue desarrollándose naturalmente y no era extraño encontrarlo sentado ante la extensa mesa de la biblioteca asimilando algún otro libro más. Sin embargo, no todos sus talentos eran intelectuales porque también poseía excelentes instintos mecánicos. Le encantaba tratar de reparar casi cualquier cosa. Cuando el gramófono se averiaba, siempre conseguía hacerlo funcionar otra vez. Su maestro de carpintería en el taller de la escuela fue inculcándole una pasión por las herramientas bien afiladas y el dulce aroma de la madera, y Gordon llegó a tallar y producir una gran variedad de figuras. En la escuela intermedia tomó una clase de dibujo y descubrió entonces que le gustaba hacer bocetos de automóviles y de casas, dibujándolos en proporción y con cada detalle. Trabajaba por largas horas en el auto Modelo T de la familia, sacándolo a probar por el camino para entonces intentar nuevamente repararle algo más.

Como acontece con la mayoría de los adolescentes, lo que sucedía fuera del hogar fue convirtiéndose en algo cada vez más importante para Gordon. El Barrio 1 de la Estaca Liberty ofrecía a los jóvenes del vecindario un lugar donde reunirse. Los teatros ambulantes, las obras teatrales, los concursos de oratoria, los bailes y una variedad casi interminable de actividades les proporcionaban oportunidades para

pasar momentos juntos y a la vez mantenerse activos en la Iglesia. El barrio era, en verdad, el centro de reunión para ellos.

Enfrente al hogar de los Hinckley vivía la familia de Georgetta y LeRoy Pay, cuya hija Marjorie se granjeó el interés de Gordon desde aquel momento en que, cuando todavía era una niña que peinaba trencitas, ofreció una lectura en una reunión social del barrio. Gordon notó el oscuro y ondulado cabello de la jovencita y sus grandes ojos pardos, pero también percibió con cuánto talento se comportó ante el auditorio. Ramona, la hermana de Gordon, dijo en otra ocasión: "Pese a ser tan joven, Marge siempre se mostró muy primorosa y agradable en sus lecturas y presentaciones en nuestro barrio. Todos los otros jovencitos se quedaban en silencio y murmuraban algo, pero Marjorie actuaba siempre con mucha propiedad".¹

En el barrio había muchas familias que eran numerosas y tenían dificultades para subsistir. Pero en su mayoría eran gente honrada y devota que vivía en sus propios hogares y trataba de criar familias responsables. Los entretenimientos fuera del hogar eran pocos y a Gordon le encantó cuando su familia adquirió su primer receptor de radio con audífonos. A los doce años de edad, disfrutaba sobremanera escuchar la estación KZN Deseret News, precursora de la que es hoy KSL.

En el hogar de los Hinckley siempre se estuvo al tanto de lo que acontecía en el mundo que les rodeaba, pero la Iglesia estaba primero. Ada sirvió en varias presidencias de organizaciones auxiliares, tanto a nivel de barrio como de estaca, y Bryant se desempeñó como segundo consejero de la presidencia de estaca desde 1907 a 1919 y desde entonces hasta 1925 como primer consejero. Ese año fue llamado a servir como presidente de la Estaca Liberty, la mayor de todas las estacas de la Iglesia, con unos quince mil miembros. Bryant ocupó ese cargo hasta 1936.²

La influencia que Bryant Hinckley ejerció se extendió más allá de los confines de su estaca. Era un prolífico autor y un orador elocuente; en ocasiones, hablaba aun en conferencias generales de la Iglesia. Bryant se sentía realmente apasionado en cuanto a los sacrificios y las contribuciones de sus antepasados y escribió copiosamente sobre temas de la Restauración y la labor de los pioneros, y también publicó numerosos artículos acerca de los líderes de la Iglesia. Estas cosas no pasaron desapercibidas para Gordon, puesto que él asimilaba todo lo que su padre tenía que decir. Bryant poseía una habilidad particular para extraer inspirados ejemplos de aquellos cuya vida estudiaba. Creía que uno debe esperar lo mejor en otras personas, que el hombre común está dotado de virtudes y de bondad y que hay nobleza de sentimientos en la clase obrera.

Si había algo de nobleza entre los de la clase obrera, a fines de la década de 1920 y en los primeros años de la de 1930 se manifestaba también algo extremadamente complicado. El 24 de octubre de 1929 se produjo el derrumbe del mercado de valores, lo cual precipitó en los Estados Unidos la llamada Gran Depresión. Ya para la primavera de 1933, aproximadamente una tercera parte de la clase obrera había quedado sin empleo. Como presidente de estaca, Bryant Hinckley debió encarar el problema de cuidar no solamente a su familia sino también de ayudar a quienes estaban bajo su mayordomía, porque la crisis resultó ser un duro golpe de guadaña en cuanto al bienestar espiritual, temporal y emocional de toda su gente. Muchos hombres con buenos empleos de pronto se encontraron literalmente en la calle. Tanto el empleado de oficina como el obrero de fábrica se vieron obligados a deambular entre una y otra faena. Cierta familia de la vecindad perdió su hogar porque no pudo seguir pagando los ocho dólares mensuales de la hipoteca.

Décadas más tarde, Gordon comentó: "Aquellos fueron días muy, pero muy difíciles. Nadie se imagina cuán difíciles fueron, a menos que los haya experimentado en carne propia".³

Por alguna extraña razón, el Gimnasio Deseret continuó funcionando, aunque no sin dificultad. Durante cierto tiempo, Bryant recibió sólo una parte de su salario anual de tres mil dólares, distribuyendo el resto del dinero entre algunos empleados que lo necesitaban para vivir. ' Él y Ada se dedicaron a componer, remendar y renovar sus cosas o a simplemente privarse de otras. Pero la comida nunca les faltó en la mesa y la ropa de la familia estaba siempre limpia y bien planchada, aunque no estuviera de moda.

En 1928, justamente un año antes de la Gran Depresión, Gordon se graduó de la Escuela Secundaria LDS y se matriculó en la Universidad de Utah. Tanto su agudeza intelectual como su sagacidad mental eran extraordinarias y, siendo que se había dispuesto a prepararse para ganarse respetablemente la vida, vislumbraba largos años de educación en su futuro. Esperaba trabajar con mucho afán, pero quería hacerlo en una carrera que pudiera disfrutar y por medio de la cual contribuir algo a la sociedad. Una vez había considerado la posibilidad de estudiar arquitectura, pero al aproximarse al nivel universitario decidió seguir un curso diferente y obtuvo su asignatura en idioma inglés. Tomó difíciles cursos de gramática y composición, estudió las obras literarias de Milton y Longfellow, Emerson y Carlyle, Shakespeare y otros autores europeos. También tomó cursos menores de latín y de griego, y leyó La Ilíada y La Odisea, como así también el Nuevo Testamento, en griego. Su educación en humanidades le significó un amplio caudal de conocimientos.⁴

En aquellos días de la Depresión no resultaba fácil continuar estudiando. Los derechos de matriculación en la Facultad de Humanidades y Ciencias costaba diecinueve dólares por trimestre, suma difícil de conseguirse. Una taza de trigo hervido con higos, azúcar y crema podía comprarse por diez centavos en la cafetería de la universidad y ése era el plato preferido de Gordon. Los libros de texto eran caros y, en lo posible, a veces se privaba de ellos; no obstante, compró el de Shakespeare y lo conservó a lo largo de toda su vida. Solventó sus propios estudios universitarios pagando los derechos de matriculación y demás gastos con lo que ganaba trabajando en tareas de limpieza y mantenimiento en el Gimnasio Deseret. Al ir avanzando en sus estudios, decidió graduarse en periodismo y empezó a ahorrar dinero para tal propósito.⁵

En el transcurso de su carrera universitaria, Gordon, como muchos de sus compañeros, comenzó a cuestionar ciertas presu posiciones en cuanto a la vida, el mundo y aun la Iglesia. Sus inquietudes se vieron complicadas por el cinismo propio de la época. "Sólo quienes hayan vivido en aquel período podrían realmente comprender cuán grave fue la catástrofe económica que azotó al país", explicó una vez. "Fue una época de terrible desaliento, y lo sentimos intensamente en el campo universitario. Yo mismo lo sentí. Empecé a dudar de algunas cosas, incluso quizás, en cierta medida, de la fe de mis padres. Eso no es nada extraño para los estudiantes universitarios, pero el ambiente era particularmente serio en aquel entonces".

Afortunadamente, pudo conversar con su padre acerca de algunas de sus preocupaciones y juntos analizaron las preguntas que formulaba: la natural falibilidad de las Autoridades Generales; por qué padece dificultades la gente que vive de acuerdo con el Evangelio; por qué permite Dios que sufran algunos de Sus hijos, etc. El ambiente pleno de fe que reinaba en su hogar fue algo fundamental para Gordon en aquellos días de introspección, y así lo explicó tiempo después: "La

fe de mi padre y de mi madre era absolutamente sólida. No trataron de imponerme el Evangelio ni de obligarme a participar, pero tampoco vacilaron en manifestarme sus sentimientos. Mi padre era muy sabio y sensato y de ningún modo intransigente. Había enseñado a estudiantes universitarios y entendía a los jóvenes con sus diversos puntos de vista y sus problemas. Tenía buena disposición hacia la tolerancia y la comprensión y no vacilaba en hablar sobre cualquier cosa que me interesara".⁶

Por debajo de los interrogantes y de la actitud crítica de Gordon existía un hilo de fe que por largo tiempo había estado enhebrando. Poco a poco, no obstante sus preguntas y su incertidumbre, fue reconociendo un testimonio que no podía negar. Y aunque comenzó a entender que no siempre hay una solución simple o fácil para cada problema, también descubrió que su fe en Dios sobrepujaba todas sus dudas. Desde aquella noche muchos años antes en que había asistido a su primera reunión de sacerdocio en su estaca, supo siempre que José Smith fue un profeta de Dios. "El testimonio que recibí cuando era muchacho permaneció conmigo y llegó a ser un baluarte al que pude aferrarme durante aquellos años tan difíciles", dijo. Cuando Gordon era todavía un adolescente, los doctores diagnosticaron que su madre tenía cáncer del seno y entonces su médico la sometió a cirugía. Durante un par de años, el cáncer entró en remisión pero después le reapareció.⁷

Ada empezó a recibir tratamientos de radioterapia, lo cual agravó aún más su enfermedad. Ella y Bryant acostumbraban a sentarse juntos en el pórtico de su casa de campo en las tardes, y eso a Gordon le apenaba sobremanera. Peor todavía, le agobiaba el temor de lo que se presentaría. Por un lado, trataba desesperadamente de ejercer su fe en el Señor y le suplicaba que sanara a su madre; por otro, era difícil no temer lo peor.

A pesar de que su salud declinaba rápidamente, Ada insistió en acompañar a Beulah, su nuera, en un peregrinaje a Europa una excursión con todos los gastos pagos para las madres y viudas de los soldados que perdieron la vida en la Primera Guerra Mundial-con el fin de visitar la tumba de Stanford. Bryant no estaba muy seguro en cuanto a permitir que su esposa viajara, pero Ada insistió. A pesar de su mala salud, ella habría de disfrutar inmensamente la aventura.⁸

El grupo zarpó hacia Francia en el barco SS George Washington, y Ada aprovechó todo lo que le permitió su energía: Versailles con sus hermosos jardines, el museo Louvre y la catedral de Notre Dame, y otros fascinantes lugares históricos. Las experiencias más emotivas, sin embargo, fueron sus visitas al Cementerio Militar Americano en las afueras de París, donde estaba la tumba de Stanford. El día de su última visita a ese lugar, ella escribió en su diario personal: "Salí de allí con la satisfacción de saber que nuestros soldados americanos estaban muy bien cuidados y que no se podría haber levantado un mejor monumento a su memoria".¹⁰

Durante el viaje, Ada no mencionó a nadie que su salud se estaba deteriorando rápidamente. Cuando regresó, Bryant trató desesperadamente de encontrar algo que curara a su esposa o que al menos demorara su empeoramiento. Se enteró que en Los Ángeles (California) había dos facultativos que habían desarrollado una posible cura para el cáncer. A principios de octubre, dispuso que, acompañada por su hermana Mary, Ada viajara a California para recibir ese tratamiento. Sin embargo, aunque los potentes medicamentos le aliviaron el dolor, no lograron detener el avance de su enfermedad.

Ada Bitner Hinckley falleció una hermosa mañana de domingo, el 9 de noviembre de 1930. Para Gordon y sus hermanos y hermanas, el tiempo pareció detenerse. Nunca había sentido Gordon tanta desolación y angustia. Todos fueron a la estación del ferrocarril para recibir a su padre que regresaba de California, pero les pareció increíble-aun inconcebible-que la carroza fúnebre estacionada cerca de la estación estuviera allí para llevar el cuerpo de su madre a la funeraria. Tiempo después, Gordon comentó: "Mi acongojado padre... bajó del tren y saludó a sus hijos desconsolados. Juntos caminamos hasta el vagón de donde descargaron el féretro para que el personal de la funeraria se lo llevara. Pudimos comprender mucho más que antes la ternura del corazón de nuestro padre... Asimismo, yo pude comprender algo en cuanto a la muerte-la absoluta angustia de los hijos que pierden a su madre-pero también un sentimiento de paz sin dolor y la certidumbre de que la muerte no puede ser el fin del alma".¹¹

Aquel jueves 30 de noviembre en que sepultaron a Ada fue un día sombrío y gris. Más tarde, Gordon dijo: "Adoptamos una actitud de bravura y tratamos de contener nuestras lágrimas. Pero, por dentro, nuestras heridas eran profundas y dolorosas". Bryant no alcanzaba a comprender por qué tenía que soportar otra vez una pesadilla tal. A sus hijos, la experiencia les resultaba devastadora; algunos de ellos perdían ahora una segunda madre. Gordon tenía veinte años de edad; su hermana menor, Sylvia, tenía diez. Todos, más allá de su edad, lamentaban haber perdido a la mujer que les había proporcionado un hermoso hogar pleno de alegría y protección.

Con el fallecimiento de Ada, Bryant se encontró nuevamente ante la angustiada responsabilidad de criar por sí mismo una familia numerosa y soportar la dolorosa separación de la mujer que tanto amaba y atesoraba, esta vez después de veintiún años de casados. Para Gordon, los primeros meses subsiguientes parecieron transcurrir lentamente en extremo. El acostumbrarse a la pérdida de su madre era mucho más doloroso de lo que jamás había imaginado. Le parecía que el mundo entero se obscurecía y no podía siquiera imaginar que jamás volvería a estar contento en su vida. Como hijo mayor de Ada, había disfrutado de una íntima y afectuosa relación con su madre. Lo había atendido de una a otra enfermedad infantil y, en cierto modo, fue transformándose en una reflexión de ella-un joven inteligente y virtuoso a quien le encantaba aprender y que era, a la vez, genuino y lleno de fe. Ahora hubiera querido titubear menos en decirle a su madre cuánto la amaba, aunque tales expresiones no eran muy comunes en la familia y tanto él como los demás sufrían en silencio su angustia.¹²

A pesar de lo difícil que era acostumbrarse a vivir sin su querida madre, los Hinckley siguieron, día tras día, hacia adelante. Según lo recordaba, Gordon escuchó decir a su padre que, aunque las cosas no siempre son como uno querría que fueran, había que seguir andando sin volver atrás la mirada. "Nunca hay que mirar hacia atrás", era un lema de la familia Hinckley. Sin embargo, ante la ausencia de su madre, Gordon solía pensar acerca de la inmensa riqueza del hogar en el que se le había nutrido-una riqueza no evaluada en dinero, sino en amor, apoyo y esmero. "Para todos quedó un remanente que nos dotó de fortaleza, guía y disciplina", dijo tiempo después. "De mi madre aprendí muchas cosas, entre ellas el respeto por la mujer y un profundo aprecio por la enorme fuerza que ella poseía y que manifestó al gozar su vida con entusiasmo y felicidad".¹³

Siendo el hijo mayor de su madre, Gordon se sentía responsable por ayudar a sus hermanos y hermanas a fin de que se adaptaran a las nuevas circunstancias y pasó a ser como un segundo padre para ellos. Por ejemplo, con parte del dinero ahorrado para sus estudios universitarios le compró a Ramona un vestido para que

asistiera a un importante evento del colegio. Asimismo, cuando no se cumplían los quehaceres domésticos, él preparaba un programa de trabajo para sus hermanos menores y se aseguraba de que la empleada supiera cuáles eran las tareas que era necesario realizar."

Quizás Gordon suponía que la vida continuaría como de costumbre, asumiendo él mismo algunas de las responsabilidades del hogar y ayudando a cuidar de sus hermanos y hermanas. Así que no estaba en realidad preparado aquel día, a principios de 1932, en que Bryant reunió a sus hijos y les informó que iba a casarse nuevamente. Su prometida era May Green, la administradora de la Clínica Salt Lake. May era una mujer de notable capacidad, una trabajadora muy dedicada que poseía un contagioso sentido del humor. Pero a Gordon no le interesaban sus virtudes. Se había propuesto preservar el recuerdo de su madre y le molestó que su padre estuviera dispuesto a reemplazarla.

Los hijos de Bryant no podían siquiera imaginar a su padre junto a otra mujer que no fuera Ada. Una noche, varios días después, Gordon y su padre hablaron sobre el tema y su conversación fue muy emotiva. Finalmente, Bryant le preguntó: "¿Quieres que envejezca completamente solo? ¿Quieres acaso que tus hermanas se sientan responsables por cuidarme cuando llegue a ser un anciano?". Le aseguró a Gordon que amaba profundamente a Ada y que nunca dejaría de amarla. Pero también le señaló cuán desolada sería su existencia terrenal si se viera forzado a vivir el resto de ella en soledad. Padre e hijo hablaron durante casi toda la noche y Gordon sintió enternecerse su corazón al reconocer cuán devastadora había resultado para su padre la muerte de su madre.

El 22 de febrero de 1931, Bryant y May contrajeron matrimonio. Al principio hubo cierta tirantez y se produjeron algunos momentos desagradables entre los jovencitos y su nueva madrastra. Pero, con el tiempo, la Tía May-como solían llamarla-se ganó un rinconcito del corazón de cada uno; y Gordon y sus hermanos y hermanas llegaron a amar a aquella mujer que con tanto afán los amaba a ellos.

Entretanto, se acercaba el momento de la graduación de Gordon. En junio de 1932 recibió de la Universidad de Utah su diploma de Licenciado en Letras, con un grado de especialización en inglés y una asignatura secundaria en idiomas antiguos. Habiéndose propuesto continuar su educación y prepararse mejor para su carrera en la vida, pensó en inscribirse en la Facultad de Periodismo de la Universidad Columbia en Nueva York, la que en aquellos días era considerada como quizás la mejor escuela de periodismo en el país.¹⁴

Tal como resultaron las cosas, sin embargo, la preparación de Gordon había de ser más amplia y muy diferente de lo que había previsto. Un domingo por la tarde, antes de que cumpliera veintitrés años de edad, el obispo Duncan lo invitó a que fuera a su casa. El obispo fue directamente al grano: ¿Había pensado alguna vez en servir una misión? Gordon se quedó pasmado. En aquellos días de depresión económica, el servicio misional era más una excepción que una regla. La abrumadora situación monetaria había convertido el compromiso de mantener a un misionero en algo prácticamente imposible para la mayoría de las familias; en realidad, muy pocos misioneros eran llamados. No obstante, tan pronto como el obispo Duncan le hizo esa pregunta, Gordon supo cuál debía ser su respuesta y le contestó que sí.

Sin embargo, la realidad de tener que financiar su misión era algo muy serio. Bryant aseguró a su hijo que encontrarían la manera de hacerlo y Sherman se ofreció a ayudar en ello. Gordon planeó dedicar los escasos fondos que había ahorrado para sus estudios. Desafortunadamente, poco después de haberse

comprometido a aceptar el llamamiento, el banco en que guardaba sus ahorros se presentó en quiebra y Gordon perdió todo lo que tenía. Pero algo más tarde la familia descubrió que, durante varios años, Ada había acumulado algunos fondos con las monedas que recibía como vuelto al comprar comestibles, con la idea de financiar el servicio misional de sus hijos. Gordon se sintió profundamente impresionado ante los años de callado sacrificio y la sagaz previsión de su madre. Aún después de fallecida continuaba cuidando de él. Más importante todavía era el ejemplo de consagración que había sido su madre y por lo tanto consideró que ese dinero ahorrado por ella era algo sagrado.

En aquella época, a los misioneros se les preguntaba en qué lugar les agradaría servir. El idioma diplomático internacional era el francés y a raíz de su interés particular en el periodismo y de cierta inclinación personal, Gordon sugirió que se le enviara a Francia. Pero no habría de ser así. Cuando recibió su llamamiento, se enteró de que se lo necesitaba del otro lado del Canal de la Mancha, en el centro mismo de una de las regiones más literarias del mundo. El élder Gordon B. Hinckley había sido llamado a servir en la Misión Europea, cuya sede era Londres, Inglaterra.

CAPÍTULO 5

UNA MISIÓN Y MÁS ALLÁ

La noticia de que Gordon Hinckley había sido llamado a la Gran Bretaña provocó gran conmoción en el Barrio 1. El servir una misión no era tema acostumbrado de conversación en la mayoría de los hogares de la Iglesia. Las misiones costaban dinero y en su mayoría las familias se consideraban afortunadas con sólo mantener un techo sobre sí. Muy pocos hombres y mujeres jóvenes estaban dispuestos y se creían capaces de aceptar un llamamiento misional. Gordon Hinckley era uno de solamente 525 misioneros que habrían de ser llamados ese año a servir en las 31 misiones existentes. Para mayor complicación, vivir en Inglaterra era excesivamente caro, costando en esos días el equivalente aproximado a \$500 por mes en dólares del año 1990.¹

Para entonces, Gordon y Marjorie Pay, la jovencita que vivía enfrente de su casa a quien había estado cortejando, estaban cada vez más interesados entre sí. Ella quería que él sirviera en una misión, pero a medida que se acercaba la fecha de su partida, sentía más y más cuánto extrañaría a aquel joven a quien consideraba su mejor amigo y confidente. Ella tendría casi veinticuatro años de edad cuando él regresara. ¿Estaría aún soltera? ¿Y cómo se sentirá entonces él con respecto a ella? No era posible saber lo que el futuro habría de depararles.

En junio de 1933, el élder Hinckley fue a la Casa de la Misión en Salt Lake City. Durante la semana en que permaneció allí, fue apartado como misionero regular por el élder George Albert Smith. Junto con sus colegas misioneros, recibió también instrucciones de varias Autoridades Generales, entre ellas del élder David O. McKay, quien pidió a cada élder y hermana que escribieran un comentario sobre lo que significaba para ellos ser misioneros. Así lo hizo el élder Hinckley y un par de días después se le pidió que fuera a la oficina del élder McKay. Al presentarse ante el apóstol, vio que sobre el escritorio estaba su comentario. El élder McKay lo felicitó tanto por el estilo como por el contenido de su escrito y agregó que era el mejor que había leído jamás. Quería asimismo saber si le permitiría referirse alguna vez al mismo. Gordon se sintió muy sorprendido y también complacido.

Sin embargo, al prepararse días más tarde a tomar el tren en la estación de Union Pacific en Salt Lake City, experimentó cierta inseguridad y aun temor por lo que le

esperaba. Su padre, quien debe haber sentido las preocupaciones de su hijo, le entregó una tarjeta en la que había escrito las cuatro palabras de Jesús que se encuentran en Marcos 5:36: "No temas, cree solamente". Entonces, al cabo de una rápida pero cálida despedida de sus familiares y amigos, inclusive Marjorie-quien había ido a saludar a su mejor amigo sabiendo que no existía compromiso alguno entre ellos-se fue. "Aunque yo anhelaba que sirviera en una misión", dijo Marjorie tiempo después, "nunca olvidaré cuán vacía y sola me sentí al ver el tren alejarse de la estación".²

Gordon y sus compañeros de viaje habían comprado boletos de segunda clase en ese tren que se dirigía a Chicago (Illinois), donde se estaba llevando a cabo la Feria Mundial de 1933. Pasó un día en Chicago, fascinado por la ciudad más grande que jamás había visto, y asistió a la feria. Le impresionó sobremanera el tema futurista de la exposición y las imaginativas creaciones que mostraba. También disfrutó de la exhibición presentada por la Iglesia. Al día siguiente tomó el tren a Nueva York y se embarcó en el S. S. Manhattan para la travesía oceánica de una semana. Fue en altamar que cumplió sus veintitrés años de edad.

Durante el viaje, el élder Hinckley sacó la bendición patriarcal que había recibido a la edad de once años y que desde entonces no había leído con mucha frecuencia. "Alcanzarás tu cabal estatura de madurez y llegarás a ser un fuerte y valiente líder en medio de Israel", le había prometido el patriarca Thomas E. Callister. "Disfrutarás del Santo Sacerdocio y lo administrarás en medio de Israel sólo como aquellos que son llamados de Dios pueden hacerlo. Serás siempre un mensajero de paz; las naciones de la tierra escucharán tu voz y serán llevadas al conocimiento de la verdad mediante el maravilloso testimonio que habrás de manifestar". -Quizás esa misión en Inglaterra llegaría a cumplir al menos una parte de su bendición.³

Al cabo de casi una semana en el mar, el Manhattan arribó en horas de la medianoche al puerto de Cobb, cerca de Cork, en Irlanda. Al contemplar el muelle, el élder Hinckley escuchó a un tenor irlandés que a pleno pulmón cantaba "Danny Boy ", la cual para siempre jamás habría de ser una de sus canciones predilectas. Su permanencia en Irlanda, sin embargo, fue breve y el barco zarpó nuevamente hacia Plymouth, Inglaterra, donde ancló el martes 27 de junio de 1933. 'Siendo que no allí nadie les esperaba, el élder Hinckley y sus dos compañeros de viaje tomaron el ferry desde Plymouth a Londres, llegando a la Estación Paddington a eso de la medianoche. Otra vez, nadie les esperaba allí y se encontraron solos, en plena noche, en una de las ciudades más grandes del mundo. Contando con escasos recursos, alquilaron un cuarto en un hotel cercano. A la mañana siguiente, llevando en sus manos la dirección de la casa misional-33 Tavistock Square, Londres WC1-comenzaron a andar. Tiempo más tarde, durante su misión, después que el élder Hinckley hubo residido en Londres por casi diecinueve meses, no podía imaginar cómo pudieron orientarse aquel día en esa intimidante metrópolis inglesa.⁴

No obstante esa inhospitalaria introducción a Inglaterra y su ciudad capital, el trío llegó ileso a la casa de la misión. El élder Hinckley había sido llamado a servir en la Misión Europea, entonces bajo la dirección del presidente John A. Widtsoe, pero el presidente Widtsoe se encontraba de viaje por el continente europeo y le había pedido al presidente James H. Douglas, de la Misión Británica, que pusiera a trabajar de inmediato al nuevo misionero. El élder Hinckley fue asignado sin demora a la llamada Conferencia Liverpool, con oficinas en Preston, a unos 320 kilómetros al norte. Los dos compañeros con quienes había viajado a Inglaterra permanecieron en Londres.⁵

Así fue que Gordon debió viajar sin compañía y al tomar el tren hacia Preston se sintió terriblemente solo. Todo era nuevo y extraño para él. Su breve acogida en la casa de la misión no le había resultado alentadora ni placentera. No le era difícil preguntarse en qué enredo se había metido.

Al bajar a la plataforma de la estación en Preston, el élder Hinckley vio al élder Kent Bramwell, un joven de Ogden, Utah, quien lo estaba esperando. El élder Bramwell no tenía intención alguna de capacitar gradualmente a su nuevo compañero, así que le informó que tenían que llevar a cabo una reunión callejera esa misma noche. La sola idea de predicar a transeúntes desinteresados fue muy desalentadora y de inmediato el élder Hinckley le respondió: "Yo no soy la persona indicada para ello". Pero el élder Bramwell estaba determinado y unas pocas horas después los dos misioneros se dirigieron a la plaza central y comenzaron a cantar. Poco a poco, algunas personas fueron agrupándose y los misioneros les enseñaron y expresaron su testimonio. "Yo estaba aterrorizado", confesó después el élder Hinckley. "Subí a una pequeña plataforma, contemplé a esa multitud y me pregunté qué estaba yo haciendo allí".⁶

Según la providencia del Señor, Gordon había sido enviado al área en que Heber C. Kimball y sus colegas del Quórum de los Doce Apóstoles habían bautizado a miles de personas casi un siglo antes. Esa primera noche en la plaza central-o plaza de la bandera, como la gente del lugar la llamaba-Gordon fue presentado a un sitio rebotante de historia. Fue en Preston que el élder Kimball y Brigham Young habían predicado por primera vez las doctrinas del Evangelio restaurado de Jesucristo en Gran Bretaña. Todos los presidentes de la Iglesia, desde Brigham Young a Heber J. Grant, habían servido en Inglaterra. Preston ocupaba un lugar importante en la historia de la Iglesia y Gordon se deleitaba con estar allí.'

Así y todo, el clima social y religioso que Gordon encontró en Preston difería significativamente de lo que había conocido en su país. Las casas eran tan grandes como en Salt Lake City y en su mayoría se calentaban con pequeñas estufas, hasta cuatro o cinco de ellas en cada casa. Una broma habitual entre los misioneros era que primero debían calentarse de un lado y luego darse vuelta para calentarse el otro. Mucha gente dependía de las dádivas y aun aquellos que no estaban tan mal contaban con muy pocos bienes materiales. El élder Hinckley, sin embargo, pudo comprobar que los británicos eran gente de elevados principios, muy resuelta, franca y sincera que sabía cómo emplear debidamente el inglés real y que, en general, eran personas honradas.

La religión, no obstante, era un tema difícil de tratar. Muchos rehusaban descartar la pregunta fundamental en cuanto a que, si hay un Dios, ¿por qué permite tanto sufrimiento? A pesar de encontrarse entre los que proverbialmente eran la sal de la tierra, los residentes de Preston no estaban, por lo general, interesados y hasta abrigaban prejuicio contra lo que consideraban una incipiente religión norteamericana.⁷

Para empeorar aún más las cosas, el élder Hinckley no se sentía bien. Padeciendo alergia por causa del polen de la pradera tan abundante en la región, se sintió muy mal desde el momento en que bajó del tren. Su vigor, su energía y su estado de ánimo habían disminuido considerablemente.

Después de haber soportado todo lo que pudo, le escribió a su padre diciéndole que no estaba logrando nada con su labor misional y que no veía por qué tenía que malgastar su tiempo y el dinero de su familia. Dirigiéndose a él a la vez como padre y como presidente de estaca, Bryant Hinckley le envió esta respuesta breve y

elocuente: "Querido Gordon, he recibido tu carta y tengo una sola sugerencia: olvídate de ti mismo y pon manos a la obra".

Temprano ese mismo día, él y su compañero habían estado estudiando la promesa mencionada en los Evangelios: "Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará" (Marcos 8: 35). Ese pasaje de las Escrituras, combinado con el consejo de su padre, atravesó su misma alma. Llevando en sus manos la carta, fue a su habitación en aquella casa de 15 Wadham Road y se arrodilló para orar. Al derramar su corazón ante el Señor, le prometió que trataría de olvidarse de sí mismo y dedicarse a Su servicio. Muchos años después comentó acerca de tan significativos acontecimientos diciendo: "Aquel día de julio en 1933 fue mi hora decisiva. Una nueva luz resplandeció en mi vida y un nuevo gozo llenó mi corazón. La niebla de Inglaterra pareció disiparse y pude ver la luz del sol. Todo lo bueno que me ha sucedido desde entonces ha sido el resultado de la decisión que tomé aquel día en Preston" ⁸

La rama de Preston se reunía en un deteriorado salón que alquilaban en el segundo piso de una tienda. El presidente de la rama trataba de que los pocos miembros locales participaran activamente, pero al contar con tan reducido número sus reuniones dejaban mucho que desear.

Cambiar la naturaleza de la rama no resultaba cosa fácil, siendo que la labor de los misioneros no era particularmente fructífera. La obra misional arrojaba, sin embargo, algunos beneficios además de las conversiones. El testimonio y el entendimiento que Gordon tenía del Evangelio fueron incrementándose constantemente a medida que estudiaba cada mañana con su compañero⁹.

Los dones literarios del élder Hinckley fueron enriqueciéndose en el campo misional. Había residido apenas un mes en Inglaterra cuando publicó su primer artículo en el *Millennial Star*. "A Missionary Holiday" ["El feriado de un misionero"] relataba la experiencia que él y otros misioneros habían tenido el 4 de julio (día de la celebración de la independencia de los Estados Unidos) cuando visitaron el hermoso Lago District, al norte de Preston, y durmieron en una verde pradera que se extendía entre los lagos Windermere y Grasmere. "¡Qué panorama!", decía describiéndolo. "Una perla fina y resplandeciente que descansa silenciosa en las verdes colinas onduladas y boscosas, con el sol de un nuevo día reflejándose sobre las aguas." En su edición del 14 de septiembre de 1933, el *Star* publicó un artículo suyo elogiando las virtudes de la Asociación de Mejoramiento Mutuo que revelaba también su idea sobre el efecto del Evangelio en la vida de una persona: "El 'mormonismo' es una religión de refinamiento. Demuestra que todo hombre tiene en su interior posibilidades divinas, y que la salvación, esencialmente, es un desarrollo. Sostiene que todo hombre es potencialmente una gran persona. Y por medio de un inspirado sistema, ofrece las más amplias oportunidades en todo el mundo para que cada persona se descubra a sí misma y descubra sus posibilidades para vivir de manera que pueda enaltecer su vida y contemplar una huella de realizaciones y no un estero de energías derrochadas. Un escaso número, a lo sumo, y quizás ninguno de nosotros, podría cincelar un nombre inmortal cuando se pase lista entre las grandes personalidades de la tierra. Probablemente ninguno de nosotros logrará algo más allá del estrecho margen del ambiente que nos rodea. Pero esto es indiscutible: feliz habrá de ser el hombre o la mujer que haya aprovechado algún recurso escondido y le haya dado expresión. Tal persona recibirá el grato sentimiento benéfico de poderes fortalecedores, de haber hecho algo que ha ennoblecido más aún su vida. Dios nos ha bendecido generosamente a todos con talentos... ¡Apreciemos la silente emoción del progreso!"^{10 11}

Aun las cartas de Gordon demostraban su ingenio periodístico. No eran ordinarios recitados de acontecimientos semanales. Una de sus cartas a Marjorie describía un incidente que experimentó en un autobús:

"Ustedes son todos unas ratas infames", fueron las últimas palabras de aquel obeso y afectado gerente de oficina al dirigirse a la puerta del autobús y arrojar por la ventanilla los fragmentos de mi tarjeta sin siquiera haberla leído.

En la próxima parada, tres o cuatro mineros sucios y harapientos subieron al autobús. Uno de ellos se sentó a mi lado. Sus labios enrojecidos y el blanco de sus ojos resaltaban cual espectros en su tiznado rostro. Su ropa arrojaba el hedor húmedo e irrespirable del polvo de las minas. Su espalda y sus hombros eran musculosamente amplios y redondos, y su pecho encogido. Hasta parecía murmurar en vez de respirar.

En aquellas minas desde su niñez-todo el día en ellas, recuperándose en la noche para volver a ellas a la mañana siguiente. ¿Qué significado tenían los cielos, las flores, los dioses para aquel hombre? A mi mente acudieron las palabras de Edwin Markham:

"¿Es esto lo que el Señor Dios hizo y mandó hacer Para que tenga dominio sobre la tierra y el mar; Para que explore estrellas y cielos en procura de poder; Para que anhele con pasión la eternidad?" Traté de entablar conversación. "¿Ha sido un día duro hoy?"

El hombre me miró sorprendido al pensar que alguien estaba prestándole atención. "Sí, pero tenemos que hacer nuestra parte".

Hablamos un poco acerca de su trabajo. Entonces le dije quién era yo y le entregué un folleto.

"Gracias", dijo; "yo no sé leer, pero nuestra Anita sabe hacerlo. Gracias". El autobús se detuvo. El hombre saludó con la cabeza; cuando fue a bajarse, su vasija de té resonó al dar contra el marco de la puerta. Pude oír el golpeteo de sus zapatos sobre los mojados adoquines.

A excepción del conductor, quien iba contando sus boletos, quedé solo en el autobús a lo largo de las próximas cinco millas. La lluvia repiqueteaba contra la ventanilla y en silencio me puse a pensar en los dos hombres que conocí ese día.¹²

Al cabo de ocho meses en la Conferencia Liverpool, Gordon había distribuido 8.785 folletos, compartido más de 400 horas con los miembros, asistido a 191 reuniones, participado en 200 conversaciones sobre el Evangelio, confirmado a una persona y bautizado a ninguna. En marzo de 1934 fue transferido a Londres para trabajar en las oficinas de la Misión Europea como ayudante del élder Joseph F. Merrill, del Quórum de los Doce, quien para entonces presidía todas las misiones en Europa.

Gordon se sintió inmediatamente encantado con Londres. No demoró en enamorarse de esta joya del imperio británico y el hecho de que un joven misionero trabajara junto a un apóstol era un raro privilegio. El élder Merrill era un líder metódico y sensato, un científico que había sido decano de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Utah, y a su cargo tenía la responsabilidad administrativa de las misiones europeas. En general, la Iglesia trabajaba allí afanosamente y no era fácil lograr conversos. Aunque el élder Hinckley no lo acompañaba en sus viajes por el continente europeo, solía conversar por largo tiempo con el presidente Merrill

cada vez que éste regresaba. Y gracias a estas numerosas conversaciones, Gordon pudo formarse una idea cabal del funcionamiento de la Iglesia, tanto en Gran Bretaña como en el resto de Europa.¹³

Todos los días domingo, a menos que estuviera lloviendo torrencialmente, dos misioneros de las oficinas de la Misión Europea y dos de la Británica tomaban el autobús desde la calle Oxford hasta Hyde Park, donde llevaban a cabo reuniones al aire libre junto a otros predicadores y vendedores callejeros que allí concurrían. Después de entonar un himno y ofrecer una oración, predicaban a la indisciplinada multitud desde sus estrados portátiles. En ciertas ocasiones, algunos hombres y mujeres de la congregación se mostraban sinceramente interesados en religión, pero con mayor frecuencia aquellas reuniones públicas atraían a un número de grupos de expertos provocadores que se complacían en tratar de distraer y humillar a los jóvenes misioneros. Para aquella gente, eso era como un deporte, una oportunidad para divertirse. Y mientras no tocaran físicamente a los oradores- lo cual constituía una razón para ser arrestados- podían hacer cuanto se les antojara. Gordon llegó a disfrutar particularmente la actitud de los provocadores más experimentados, quienes acostumbraban agitar una vara tan cerca de la nariz de los misioneros como fuera posible sin llegar a tocarles la cara. Al hacerlo, se burlaban de los jóvenes norteamericanos gritándoles: "Vamos, muchacho. Vete de aquí. Vuélvete a tu casa, yanqui". Al élder Hinckley le intrigaba en particular uno de los provocadores que parecía saber siempre cuándo estarían allí los misioneros y le gustaba argumentar con aquel detractor y sus compinches.

Muchos domingos por la tarde los misioneros solían reanudar las reuniones en Regents Park. La actividad probablemente beneficiaba más a los misioneros que a quienes les escuchaban, porque si un misionero era tímido, como era al principio el élder Hinckley, lograba superar sin demora su timidez. Las reuniones públicas servían para enseñarles a hablar con aplomo en medio de la confusión y a mantener la serenidad aun ante una concurrencia hostil. El élder Wendell J. Ashton, quien fue transferido a las oficinas de la Misión Británica en la primavera de 1935 para que sirviera como editor ayudante del *Millennial Star* y como compañero de Gordon, dijo: "En esos días no bautizamos a muchas personas en Londres, pero el élder Hinckley era descollante en aquellas reuniones en Hyde Park. Aprendimos a hablar de pie sin vacilar y el élder Hinckley era el mejor de todos. Desde el principio obtuvo una tremenda experiencia defendiendo la Iglesia y declarando valientemente sus verdades".¹⁴

Gordon tuvo otras oportunidades para pulimentar sus habilidades oratorias. Cuando fue llamado a enseñar en la Primaria de la Rama Londres Sudoeste, el presidente Merrill le dijo: "Vaya, élder Hinckley. Si usted logra aprender cómo mantener el interés de los niños, nunca tendrá dificultades en mantener el interés de los adultos".¹⁴ En otra ocasión, aceptó la asignación de enseñar a un grupo de indisciplinados adolescentes que habían amedrentado a varios maestros. Gordon decidió concentrarse en el comportamiento de los jóvenes y con el tiempo la clase se convirtió en una de sus mayores satisfacciones. Se deleitaba en el desafío de convencer a aquellos alumnos desinteresados.

La principal responsabilidad educacional del élder Hinckley, por supuesto, se relacionaba con la obra misional. El presidente Merrill no estaba muy contento con los escasos materiales disponibles para que los misioneros pudieran predicar. Al ver que, al desempeñar la asignación de supervisar la publicidad en la misión, su ayudante demostraba poseer excelentes cualidades comunicativas, el presidente Merrill le encargó que preparara varias filminas con transparencias en blanco y negro como ayudas para la enseñanza. Una filmina representaba la aparición del Libro de Mormón, otra describía importantes eventos de la historia de la Iglesia y

una tercera mostraba una apropiada imagen de Salt Lake City. Cada una de estas filminas demostró ser muy útil para que los misioneros pudieran entrar en los hogares de la gente y para eliminar los desagradables rumores que por años habían persistido en Inglaterra acerca de los mormones.

El élder Hinckley también continuó escribiendo y muchos de sus artículos fueron publicados en el Millennial Star. Su campo de intereses era amplio y su habilidad para expresarse realmente envidiable. Pero quizás su influencia más trascendente como escritor tuvo lugar en febrero de 1935, cuando la revista London Monthly Pictorial publicó su artículo titulado "La historia inicial de los Santos de los últimos Días". Esto pareció contribuir a que se produjera un cambio significativo en la actitud de la prensa londinense hacia la Iglesia.¹⁵

Cierta mañana, el presidente Merrill mostró al élder Hinckley varios periódicos de Londres que contenían reseñas de un libro recientemente publicado declarando ser una historia de los mormones. El libro, sin embargo, no era halagador. "Élder Hinckley", le dijo el presidente Merrill, "quiero que vaya a donde el editor y le proteste en cuanto a la publicación de este libro".

Aunque aparentó sentirse tranquilo, el élder Hinckley sintió que se le retorció el estómago. Tal asignación era un tanto aterradora. Pero fue a su habitación y se arrodilló a orar, pensando que probablemente así debe haberse sentido Moisés cuando el Señor le encomendó que fuera a hablar con Faraón. Sabiendo que el Señor lo ayudaría, tomó el tren subterráneo hasta la calle Fleet y fue a las oficinas de Skeffington & Son, Ltd., de Inglaterra, editores del ofensivo libro.

Con la intrepidez de un joven misionero, Gordon entregó su tarjeta personal a la recepcionista y pidió hablar con el Sr. Skeffington. La mujer desapareció tras la puerta de una oficina interior y luego regresó para informarle que el editor estaba muy ocupado y que no podía atenderle. El élder Hinckley le dijo entonces que se hallaba allí en representación de la Iglesia Mormona, que había viajado ocho mil kilómetros para ello y que tendría mucho gusto en esperar. Durante la hora subsiguiente, la recepcionista iba y venía de la oficina del Sr. Skeffington. Finalmente, dijo a Gordon que el editor le concedería unos pocos minutos.

A esto, el élder Hinckley entró a la amplia oficina y se presentó al hombre que fumaba un largo cigarro. Con una mirada despectiva que claramente parecía decirle: "Usted está importunándome", el Sr. Skeffington le preguntó qué podía hacer por ese joven norteamericano. Gordon le mostró las reseñas que sobre el libro habían publicado los periódicos y comenzó a hablar. Al principio, el editor se puso a la defensiva, pero a medida que el élder Hinckley fue razonando y explicándole los problemas relacionados con el libro, la actitud del Sr. Skeffington fue suavizándose. "Estoy seguro", concluyó diciendo el élder Hinckley, "que un hombre de tan elevados principios como usted no querrá perjudicar a un pueblo que ya ha sufrido tanto por causa de su religión". Al escucharle, el editor expresó su sincero reconocimiento y prometió recoger el libro de todas las librerías y agregarles una aclaración de que su contenido no debía considerarse como una historia del pueblo mormón, que por el contrario tenía una historia respetable y valiente, pero que debía interpretarse como algo ficticio y carente de realidad. El élder Hinckley reconoció que ésa era una decisión extraordinaria para un comerciante que tanto habría de perder y nada que ganar económicamente con un esfuerzo tal.

El Sr. Steffington fue fiel a su palabra. Mandó que se retiraran los libros y cuando fueron devueltos a los estantes de las librerías contenían la prometida aclaración. Desde aquel momento hasta la fecha de su fallecimiento, el editor se mantuvo en

contacto con Gordon enviándole todos los años una tarjeta de Navidad. "Ésa fue una extraordinaria lección para mí", habría de comentar luego el élder Hinckley. "Aprendí que si ponemos nuestra fe en el Señor y continuamos confiadamente, Él nos irá abriendo camino. No debemos tener miedo al defender lo que creemos. Nunca lo olvidé. Aquella experiencia dejó una marca en mi vida".¹⁶

Pero no era tan fácil y favorable. Había momentos en que parecía que nadie estaba interesado en el mensaje del Evangelio, períodos en que la oposición llegaba a ser violenta, y días en que habría resultado más fácil volver a casa. En ocasiones, particularmente cuando las cosas se tornaban deprimentes, el élder Hinckley sentía la reconfortante y alentadora influencia de su madre. En esas horas le parecía que ella estaba a su lado, fortaleciéndolo y animándolo. "Esa vez, como lo he hecho desde entonces, traté de vivir y de cumplir con mi deber de manera que pueda honrar su nombre", dijo. "La simple idea de vivir por debajo de las expectativas de mi madre ha sido algo penoso, pero me ha permitido desarrollar una disciplina que de otro modo no habría logrado obtener". Aun después de muerte, la influencia de Ada en su hijo era muy profunda."¹⁷

El método particular del élder Hinckley era esperar lo mejor en todo y entonces ponerse a trabajar para lograrlo. Se concentraba en lo que podría hacerse en vez de lo que no, buscaba soluciones a los problemas en lugar de resignarse a ellos, y trataba de sentirse feliz aun cuando las cosas no le iban bien. Su actitud reflejaba abundancia en vez de escasez y con frecuencia meditaba acerca del espíritu de regocijo que su madre había cultivado en su hogar. Para reforzar su optimismo, él y su compañero acostumbraban a darse todas las mañanas un apretón de manos y a decir: "La vida es buena". Y, verdaderamente, a diferencia de lo que experimentó en aquellas primeras semanas en Preston, Gordon fue descubriendo que, estando al servicio del Señor, la vida era tan agradable y provechosa como jamás lo había percibido.¹⁸ Por el resto de su existencia habría de predicar y practicar el valor de una actitud positiva.

Al aproximarse el fin de sus dos años como misionero, el presidente Merrill preguntó al élder Hinckley si consideraría la posibilidad de quedarse otros seis meses. Gordon estaba muy dispuesto a ello, siempre que su padre consintiera en seguir manteniéndolo. Pero unos pocos días después, cuando habló con él nuevamente, el presidente Merrill le preguntó si más bien estaba dispuesto a regresar a su hogar. Acababa de recibir una carta de la Primera Presidencia con una respuesta desalentadora acerca de sus preocupaciones en cuanto a la falta de materiales disponibles para ayudar a los misioneros en su proselitismo. "No he conseguido que la Primera Presidencia entienda nuestras preocupaciones", le explicó el presidente Merrill. "Quiero que vuelva usted a su casa, vaya a ver personalmente a la Primera Presidencia y les hable con respecto a nuestras necesidades. Quizás usted logre describirles la situación de una manera que yo no puedo hacerlo en una carta". La simple idea de reunirse con la Primera Presidencia y conversar con ellos sobre cualquier tema le pareció al élder Hinckley un tanto presuntuoso, pero aceptó la asignación de su líder y comenzó a prepararse para salir de Inglaterra en compañía de Homer Durham y Heber Boden, a quienes se les relevaba en esa oportunidad. Los jóvenes deseaban pasar unos días en Europa antes de partir para los Estados Unidos, como acostumbraban hacer los misioneros en esa época, y el presidente Merrill estuvo de acuerdo en que demorar por un par de semanas la presentación del élder Hinckley ante la Primera Presidencia no iba a ser un problema.

Con cien dólares cada uno en sus bolsillos, los tres misioneros emprendieron su aventura europea. El élder Hinckley quedó fascinado por lo que vio en Europa. Su excursión fue empañada por la amenaza de guerra que saturaba el ambiente. En

Alemania los trenes iban llenos de soldados nazis y a Gordon le deslumbraban su apariencia y su comportamiento.

En Munich, el trío pudo presenciar un desfile de la juventud Hitleriana. "Fue algo increíble", dijo Gordon, "contemplar que un pueblo pudiera tomar a sus jovencitos de catorce y quince años de edad, colocarlos en batallones y alistar una generación de soldados. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, no habría podido comprender lo enajenado del caso".¹⁸

Los misioneros arribaron a Nuremberg apenas tres días después de que Hitler se hubo presentado en un enorme campo deportivo y enardecido a la ciudad entera. Los estandartes y las banderas nazis flameaban todavía en los mástiles alrededor del estadio. Gordon salió de Alemania con la impresión de que habían estado "sentados en la primera fila de las gradas de la historia"?

Pero no todo fue triste y sombrío para los misioneros, porque doquiera que iban fueron visitando los lugares históricos y culturales de Europa. En París fueron al Museo del Louvre y también consiguieron costosas entradas para asistir a una presentación de la Ópera de París. Homer Durham parecía saber donde se habían firmado los tratados importantes y visitaron un monumento y un museo tras otro sirviéndoles él como guía. Pero lo sobresaliente de toda la aventura tuvo lugar en una hermosa colina que se levanta a un lado de París, en el Cementerio Militar Norteamericano de Suresnes. Homer recordó luego la experiencia con estas palabras: "Extendiéndose hasta el portal, había 1.541 tumbas marcadas con cruces de mármol blanco... Entonces GBH [Gordon B. Hinckley] nos llevó hasta la hilera 11, N° 5, y dijo: 'Hermanos, aquí yace mi hermano mayor'. Entonces leímos: 'Stanford Hinckley, Utah, 19 de octubre de 1918'. Después de algunos momentos de silencio, el hermano GBH habló de nuevo: 'Hermanos, es probable que esta tumba nunca haya sido dedicada'. Ahora lo está. Permanecemos de pie en silencio mientras, con poder, nuestro compañero suplicó que ése fuera un lugar sagrado hasta el día que tanto esperamos". La paz reinante en ese paraje le pareció a Gordon que era un notable contraste con la maquinaria bélica alemana que había presenciado pocos días antes, y entonces pensó en ese hermano al que había perdido en la guerra, y en su madre, quien había hecho su último peregrinaje en este sagrado lugar.

Después de haber deambulado por Europa durante dos semanas, los misioneros se dirigieron a El Havre, en Francia, donde el 4 de julio se embarcaron en el SS Manhattan, la misma nave que el élder Hinckley había tomado en el viaje de ida a Inglaterra. Ello constituyó un alegre comienzo para la última etapa de su regreso a casa. Una banda de música tocaba canciones patrióticas y la bandera estadounidense flameaba en la brisa. Después de todo lo que había presenciado, Gordon se sintió orgulloso y agradecido de ser un ciudadano norteamericano. Amaba a Inglaterra y a los británicos, pero ¡cuán maravilloso era regresar a su patria!

Siete días más tarde, el 11 de julio, el barco echó anclas en la ciudad de Nueva York. Al cabo de su excursión europea, la ropa de Gordon se había arrugado y estirado. Quería estar presentable al llegar porque su hermana Christine planeaba recibirlo cuando descendiera por la planchada, pero su traje no estaba en condiciones de inmediata compostura. Entonces se acordó del traje cruzado de lana azul que había comprado en la calle Regent, en Londres. Sacó de su baúl esa bonita pero arrugada ropa y aunque hacía un calor sofocante en esa húmeda atmósfera neoyorquina del mes de julio, Gordon decidió que lucía mucho mejor que cualquier otra cosa que tenía.

Cuando el barco hubo anclado y su hermana no aparecía por ningún lado, Gordon salió corriendo del barco y fue hasta una sastrería para que le plancharan sin demora su traje. Se introdujo en la primera tienda que encontró, donde el propietario, quien estaba fumando un cigarro, le indicó que fuera a desvestirse a un cuarto de atrás. Cuando el sastre fue en busca del pesado traje de lana de Gordon y lo vio allí parado vistiendo lo que parecía ser otra capa de larga ropa interior de algodón, se sacó el cigarro de la boca y exclamó: "¡Diablos, hombre! ¿Qué viento le ha traído aquí? ¿El del Polo Norte?" Gordon ni siquiera trató de explicárselo.

Antes de partir de Nueva York, Gordon tomó el autobús hasta la calle 116 y caminó luego a través del campus de la Universidad Columbia sólo para ver lo que había dejado atrás y averiguar qué debía hacer para inscribirse. Luego los misioneros fueron a Washington, D.C., y desde allí tomaron el tren hacia el norte hasta Rochester, Nueva York, y el Cerro Cumorah. El presidente Heber J. Grant acababa de llegar allí para inaugurar y dedicar la impresionante estatua de Moroni que ahora se encuentra sobre la cumbre de ese cerro legendario. Unas dos mil personas se habían congregado para escuchar al presidente David O. McKay, Segundo Consejero en la Primera Presidencia, quien pronunció el discurso dedicatorio, y al presidente Grant, quien ofreció la oración dedicatoria. Gordon y sus compañeros presenciaron la ceremonia y asistieron al espectáculo subsiguiente, que fue la segunda representación dramática anual.'

Desde el norte del estado de Nueva York los misioneros tomaron el tren hasta Detroit, donde Gordon tenía que buscar un automóvil sedán Plymouth para su padre, el cual costaba 741 dólares. Ésa era una costumbre que se les permitía a los misioneros. Su itinerario los llevó a través de Illinois, donde hicieron un alto en Cartaghe para visitar la cárcel en la que asesinaron a balazos a José y a Hyrum Smith y luego recorrieron las polvorientas calles de Nauvoo. Desde allí siguieron, tanto como les fue posible hacerlo, la trayectoria de las compañías de vanguardia de los pioneros.

Al manejar hacia Salt Lake City, Gordon pensó que se había cumplido por lo menos una de las promesas de su bendición patriarcal. Se le había dicho que levantaría su voz en testimonio a las naciones de la tierra. Durante aquellos últimos momentos había dado su testimonio en Londres, en Berlín, en París y en Washington, D.C. - cuatro de las grandes capitales del mundo. "Bueno, esa parte de mi bendición se ha cumplido", se dijo a sí mismo.

Pocos días más tarde, después de una reunión con su familia, Gordon programó su cita con la Primera Presidencia de la Iglesia para cumplir con la asignación que le había encomendado el presidente Merrill antes de que partiera de Londres. El martes 20 de agosto, el ex misionero de veinticinco años de edad se presentó ante el presidente Heber J. Grant y sus consejeros, los presidentes J. Reuben Clark, hijo, y David O. McKay.

Ello podría haber sido una experiencia atemorizante, pero Gordon iba animado aún de su confianza como misionero. "Nadie iba a asustarme en esos días", comentó. "Bien podría haber ido a ver la reina con la misma disposición". Sin embargo, cuando lo llevaron a la augusta cámara donde la Primera Presidencia se había reunido durante décadas y estrechó la mano de cada miembro de la Presidencia, se sintió de pronto atemorizado por las circunstancias en las que se hallaba. El presidente Grant le habló diciendo: "Hermano Hinckley, le daremos quince minutos para que nos diga lo que el presidente Merrill quiere que sepamos".¹⁹

Gordon describió las preocupaciones que él y el presidente Merrill habían considerado antes de partir de Inglaterra-que los escasos materiales de que

disponían los misioneros para cumplir sus labores eran inadecuados y sin atractivo. Después de que Gordon hubo tomado sus quince minutos, la Presidencia empezó a hacerle preguntas. Una cosa llevó a la otra y transcurrieron una hora y quince minutos hasta que el misionero recientemente relevado salió del cuarto.

Desde el punto de vista de Gordon, lo habían recibido cordialmente y se sintió aliviado al cumplir la asignación del presidente Merrill. Según pensaba, realmente su misión había concluido ya y era tiempo ahora de seguir adelante y planear su futuro-un futuro que, a criterio suyo, incluiría su graduación en periodismo de la Universidad Columbia, lo cual estaba decidido a procurar.

Pero dos días después de su reunión con la Primera Presidencia, Gordon recibió una llamada telefónica del presidente McKay, quien le dijo: "Hermano Hinckley, en una reunión de la Primera Presidencia con los Doce hemos tratado acerca de lo que hablamos durante su entrevista con nosotros. Hemos organizado un comité integrado por seis miembros de los Doce, con el élder Stephen L. Richards como director, para considerar las necesidades que usted ha descrito. Queremos invitarlo a que venga y trabaje con dicho comité".

Gordon no había ni pensado en que su reunión dos días antes se convertiría en una entrevista de empleo. Aunque se sintió atormentado entre la idea de seguir la carrera que había escogido y la de responder a la Primera Presidencia, Gordon consideró la invitación del presidente McKay como un mandamiento y aceptó el cargo. Para comenzar, su posición como secretario ejecutivo del recientemente organizado Comité de Radiodifusión, Publicidad y Publicaciones Misionales era de media jornada, con un sueldo de 65 dólares mensuales.

Preocupado en cuanto a su propia manutención-y la de alguien más, si la ocasión se presentase-luego recibió con agrado un llamado del élder John A. Widtsoe, el Comisionado de Educación de la Iglesia, quien lo empleó para que en horas de la tarde enseñara una clase de seminario en la Escuela Secundaria South por 35 dólares mensuales. 100 dólares por mes eran, por ahora, suficientes. Y así fue que, una vez más, Gordon Hinckley guardó los folletos de la Universidad Columbia en un cajón y tomó un desvío de su planeado rumbo. Esta nueva dirección habría de cambiar su vida para siempre.

CAPITULO 6

PONIENDOSE EN CAMINO: COMIENZAN LAS DIFICULTADES

La expectativa de trabajar en las oficinas generales de la Iglesia dio lugar a un torrente de íntimas emociones en el joven ex misionero quien no demoró en reconocer que él era muy particular. La gran depresión económica había causado un agotamiento en los recursos de la Iglesia y en 1935 el número de empleados que trabajaban en sus oficinas centrales podría contarse con los dedos de la mano. Así que emplear a un "civil" para que trabaje con las Autoridades Generales y darle libre acceso a casi cualquier sección en el edificio era algo sin precedente.

También resultó ser una nueva experiencia aun para las Autoridades Generales, quienes no estaban acostumbrados a desenrollar los tapetes de bienvenida a un principiante. El primer día, el élder Stephen L. Richards dijo a Gordon que podía ocupar una oficina vacante junto a la suya. No demoró entonces en comprobar que las palabras del élder Richards eran literales: la oficina no sólo estaba desocupada, sino totalmente vacía. No le habían proporcionado un escritorio ni una silla y carecía hasta de un cubo para basura.

Sin inmutarse, llamó a un amigo cuyo padre vendía artículos de oficina y con su ayuda encontró una antigua mesa combada con una pata más corta. La llevó a su nueva oficina, le colocó un bloque de madera debajo de la pata estropeada y trajo de su casa su vieja máquina de escribir.

Cuando le pidió una resma de papel al empleado que distribuía los suministros, el hombre le preguntó con asombro: "¿Sabe usted cuánto papel hay en una resma?" "Sí, quinientas hojas", le contestó Gordon. "¿Qué piensa usted hacer con quinientas hojas de papel?", le preguntó el empleado, a quien aparentemente nadie antes le había hecho tal pedido. "Voy a escribir en ellas, una a la vez", le respondió Gordon. Y obtuvo la resma de papel.¹

Antes de 1935, las actividades en materia de relaciones públicas en la Iglesia habían sido desorganizadas, casuales y por lo general ineficaces. El Comité de Radio, Publicidad y Publicaciones Misionales recibió la asignación de cambiar todo eso. Aunque Gordon trabajaba bajo la dirección del comité en pleno, se esperaba que fuera él quien se ocupara de las tareas cotidianas.

Lenta pero ordenadamente, el comité empezó a publicar los primeros materiales originados en las oficinas generales de la Iglesia-presentaciones en filmina, folletos, panfletos y grabaciones sonoras sobre temas que variaban desde los profetas y pioneros de tiempos modernos hasta los templos y el Libro de Mormón. Gordon tenía la responsabilidad no solamente de conceptualizar y escribir los libretos sino también de hacer los arreglos necesarios para su producción y distribución. En primer lugar, tenía que determinar qué temas y programas abordar y entonces decidir cómo habría de proceder con cada uno de ellos de manera que resultaran de provecho sin distinción de cultura o circunstancia. Cada material se diseñaba como un instrumento que facilitara a los misioneros una mejor enseñanza y presentación del Evangelio restaurado. Los nuevos materiales fueron recibidos con gran entusiasmo por los presidentes de misión y por los misioneros, y la queja más frecuente era que necesitaban más materiales y con mayor rapidez.

La demanda excedía el abastecimiento, al menos en parte, debido a que los misioneros encontraban que los nuevos materiales era realmente eficaces. Las experiencias de los misioneros en Nueva Inglaterra son evidencia del gran valor de una serie de 24 programas de 15 minutos cada uno que las estaciones locales de radio consintieron en transmitir como parte de sus programas. Un misionero informó que el gerente de una de las estaciones que había escuchado previamente las grabaciones se quedó "muy impresionado. Se oponía a cualquier programa de larga duración que exhortara al arrepentimiento, pero pensó que las predicaciones breves armonizarían muy bien con sus programaciones. Así que, a partir del 18 de agosto, saldremos al aire".²

El presidente Joseph F. Merrill elogió con estas palabras las tres filminas referentes a predicar en base al Libro de Mormón: "Nuestros presidentes han encontrado que estas pláticas ilustradas son nuestros medios más provechosos para establecer nuevos contactos con la gente, así que les llamamos 'pláticas de contacto'. No son sermones y muchas personas que nunca asistirían a una reunión de predicación vendrán a escuchar estas pláticas. Estas pláticas despiertan su interés y estamos descubriendo que muchas de estas personas quieren entonces saber algo más acerca de nuestra religión". El presidente Merrill, cuya inspiración de que su joven misionero se reuniera con la Primera Presidencia resultó en éste y muchos otros programas, agregó: "Nuevamente quiero decirle que estamos inmensamente agradecidos por el dedicado y competente servicio que nos ha prestado en esta causa".¹

El empleo de "media jornada" de Gordon fue muy gratificador, pero también extenuante. Preparaba las agendas para las reuniones del comité, organizaba eventos de relaciones públicas, formulaba ideas en cuanto a la producción de los programas y los dirigía, y tecleaba centenares de propuestas, libretos, discursos y folletos en su vieja máquina de escribir sobre el destartado y torcido escritorio de su oficina. El élder John A. Widtsoe lo había denominado "el Esclavo" y luego le quedó ese apodo. Cuando el grupo trataba alguna asignación adicional, el élder Widtsoe, con cierto humor, decía generalmente: "Que lo efectúe el Esclavo", y por lo que podía esperarse, tal asignación recaía sobre Gordon. Aunque estaba seguro de que las Autoridades Generales apreciaban sus esfuerzos, tales elogios no redundaban en ventajas monetarias. En los primeros seis meses del año 1936, había ganado un total de \$450.³

El campo de responsabilidades de Gordon fue más allá de tener que conceptualizar y dirigir la producción de nuevos materiales de relaciones públicas y obra misional. La estación de radio KSL propalaba una serie de programas de la Iglesia los días domingo por la noche. Estos programas estaban ahora bajo la dirección del comité y durante casi un cuarto de siglo Gordon planeó, organizó y frecuentemente escribió los libretos para su transmisión semanal, y para los cuales se invitaba a muchos miembros de la Iglesia de varias condiciones de vida a fin de que hablaran sobre temas del Evangelio.

Gordon parecía comprender intuitivamente la potencial influencia de los medios electrónicos y ansiosamente aprovechó el poder de la radio para comunicar el mensaje de la Iglesia a un auditorio más amplio y rápido que cualquier otro medio.' Pero existían otras oportunidades para llevar el Evangelio a grandes números de personas. A fines de la década de 1930, por ejemplo, el comité decidió preparar una exhibición para la Feria Mundial de 1939 en Treasure Island, cerca de San Francisco (California). Como era de esperarse, "el Esclavo" recibió la asignación de conceptualizar una idea y recomendarla al comité.

Atento al hecho de que la mayoría de la gente tenía un concepto equivocado de la Iglesia, Gordon sugirió que la exhibición se basara en la fama del Coro del Tabernáculo y presentara una réplica de la Manzana del Templo, incluyendo un Tabernáculo con su cúpula ovalada que tuviera su propio órgano y una capacidad para cincuenta personas. Gordon trabajó varios meses en el proyecto, coordinando los talentos de artistas, fotógrafos, constructores y otros artesanos que contribuyeron sus habilidades profesionales a tan complicada empresa. El resultado valió bien todo ese esfuerzo. La exhibición de la Iglesia atrajo a más de 1.400 personas el día inaugural y a unas 320.000 durante los trece meses que duró la feria.⁴

A fines de la década de 1930, se le presentó al comité otra magnífica oportunidad. Mertens and Price Radio Feature Service, una compañía de promoción radiotelefónica de Hollywood, le propuso a la Iglesia que desarrollara y auspiciara una serie de treinta y nueve programas de radio de media hora cada uno. Bajo el título de "El cumplimiento de los tiempos", presentaría episodios dramatizados de la historia de la Iglesia. En consecuencia, Gordon supervisó lo que llegó a ser un extraordinario proyecto que habría de mejorar significativamente la calidad y el alcance de las programaciones relacionadas con la Iglesia. "Lo que deseamos", dijo a G. L. Price, uno de los dirigentes de la compañía radiotelefónica, "es presentar la historia de la Iglesia de una manera que atraiga el interés de quienes nos escuchen, les haga sentirse, prestar atención y reconocer que... hay algo estimulante y digno en el Mormonismo".⁵

Chase Varney, un autor de Hollywood, escribió los primeros trece libretos. Gordon viajó a California para exponer el punto de vista de la Iglesia en la producción de cada episodio. Hubo, por ejemplo, uno de los miembros del elenco de actores que insistía en pronunciar "Moronei" en vez de Moroni y "Nafi" en vez de Nefi. "Se había obstinado a pronunciarlos así", recordó Gordon, "pero yo era más obstinado que él".⁶ Aunque nunca llegó a estar muy conforme con la música utilizada, los actores eran de primera clase y realizaron profesionalmente las producciones.

A pesar de ciertas diferencias, Gordon se relacionaba muy bien con sus colegas no miembros, tal como lo indicaba una carta que recibió de G. L. Price diciéndole: "Estoy especialmente agradecido... de que sea usted miembro del comité [encargado] de los libretos. Nosotros dos percibimos que, además de sus cualidades espirituales como élder y de su absoluta e innegable lealtad hacia la Iglesia, usted posee una gran perspicacia y gran tolerancia ante el punto de vista de los gentiles, todo lo cual le constituye en un colaborador particularmente valioso tanto para Chase como para mí".⁷

Al suscitarse algunas circunstancias que impidieron que el Sr. Varney continuara escribiendo los libretos de la serie, le pidieron a Gordon que lo reemplazara temporariamente y escribiera un par de ellos. Su labor fue tan admirable que los productores le instaron a que continuara haciéndolo.

No era fácil preparar buenos libretos. Aunque todos los encargados de su revisión elogiaban su estilo como muy elocuente y conmovedor, Gordon se preocupaba sobremanera ante el complicado proceso de hilvanar palabras. A fin de prepararse para ello, pasaba largas horas en la biblioteca histórica de la Iglesia escudriñando diarios personales y artículos para obtener relatos que pudiera narrar con eficacia por radio.

Sus primeras asignaciones de escribir y producir tales programas llegaron a cimentar su extraordinaria educación en cuanto a la historia de la Iglesia. Una y otra vez fue reconstruyendo en su mente las circunstancias que sus antepasados pioneros habían experimentado en generaciones anteriores. Cuanto más estudiaba y escribía, más reales iban haciéndose aquellas escenas para él. Su genuino interés en la historia de la Iglesia fue convirtiéndose en un profundo y conmovedor respeto, al reconocer cuán íntima era su relación con aquellos que se sacrificaron para consolidar el reino del Evangelio.⁸

A medida que examinaba los diarios personales y artículos, comenzó no solamente a entender sino a sentir el fervor y la visión de los Santos acerca de un reino espiritual que finalmente habría de extenderse más allá de su humilde comienzo. Y su visión de lo que podría ser-y llegaría a ser-fue motivándolo mucho más que las horas de cierre que cada programa demandaba.

Su sentido visionario era asimismo fortalecido por el privilegio de trabajar íntimamente con las Autoridades Generales y poder observarlos cuando evaluaban los problemas, tomaban decisiones y consideraban situaciones importantes. La oportunidad que Gordon tenía era algo excepcional para una persona de su edad y experiencia. Y a raíz de que no demoraron en reconocer su intuición, sus motivos y su razonamiento, los miembros del comité hablaban abiertamente con él, respondían francamente a sus preguntas y depositaron en él su confianza.

Cuando tomó el empleo, varias personas lo llamaron hacia un lado y le ofrecieron una cordial advertencia, diciéndole: "No podrá jamás trabajar con el élder Richards. Nadie puede hacerlo. Él es muy estricto, muy exigente". El élder Richards era exigente y minucioso, y quienes trabajaban con él habían aprendido a planear

cuidadosamente las cosas y a ejecutarlas con precisión. Pero Gordon también, por naturaleza, era meticuloso y esmerado en sus recomendaciones y en sus presentaciones. Y aunque había momentos en que se preguntaba si podría ponerse a la altura del élder Richards, su dinamismo y su naturaleza optimista lo estimulaban en horas de desaliento. Con el transcurso del tiempo, llegó a valorar los frutos de su rigurosa preparación y su inclinación hacia los detalles, y desarrolló un enorme respeto y admiración por su jefe. En verdad, a excepción de su padre, quizás ninguna otra persona haya llegado a ejercer tanta influencia en el joven Gordon Hinckley como Stephen L. Richards.

Desde su ventajosa posición, Marjorie, en cuya compañía Gordon ahora pasaba tanto tiempo como le era posible y a quien le contaba muchas de sus experiencias, pudo ver que el élder Richards y su novio eran verdaderamente amigos del alma: "Ambos eran muy listos. El élder Richards era inteligente y también lo era Gordon. Y se llevaban bien en sus tareas gracias a su intelecto. Gordon aprendió mucho de él, particularmente en cuanto a tratar con la gente. Aprendió que uno no debe altercar con la gente, sino arreglar sus diferencias".⁷

Fue una clase de educación que aun las más importantes universidades no podrían haberle ofrecido, aunque de vez en cuando Gordon solía lamentarse de que sus planes de cursar estudios avanzados parecían haber quedado permanentemente interrumpidos. No se arrepentía de haber decidido aceptar el cargo que la Primera Presidencia le había ofrecido, pero a veces se preguntaba (y aun se preocupaba) en cuanto a lo que el futuro le depararía trabajando para la Iglesia. En una carta a su amigo Homer Durham, comentaba: "Aprecio tus felicitaciones con respecto a los programas de radio. Actualmente estamos trabajando para continuarlos. Hay mucho que hacer. La tarea de este comité de tan largo nombre se está volviendo cada vez más extensa, más complicada y más interesante... [La] radio, las películas y las publicaciones de diverso tipo también sirven para mantenerme orando, humilde, ocupado y trabajando largas horas... [como así también] a los golpes en altas horas de la noche para batir las horas de plazo que parecen acelerarse tanto como mi bien lubricado fotómetro. Todo esto me ha forzado a depender más de mis anteojos... [a tener] hombros más abultados, a tranquilizarme un poco más y a maravillarme algo más en cuanto a en qué terminará todo esto".⁸

Aunque a Gordon le era imposible adivinar lo que le esperaba en el futuro, una inmediata y aun notable consecuencia de su empleo era la oportunidad de instruirse en temas relacionados con el reino bajo la tutela de los maestros del Señor. Con el tiempo, Gordon adquirió un extraordinario concepto de los hombres llamados a servir como Autoridades Generales. Tiempo después dijo: "Me llevé a las mil maravillas con aquellos hombres notables que tan bondadosos fueron conmigo. Pero aprendí que eran seres humanos. Tenían sus debilidades y sus problemas, pero eso no me molestaba. En realidad, incrementó aun mi aprecio por ellos al ver que por sobre su naturaleza mortal se manifestaba un fundamento divino, o al menos un elemento de consagración a la magnífica causa que tenía preponderancia en sus vidas. Pude ver la inspiración que se manifestaba en su diario vivir. No tuve duda alguna de sus proféticos llamamientos o del hecho de que el Señor hablaba y actuaba por su intermedio. Podía ver yo su carácter humano, sus flaquezas-y todos ellos las tenían. Pero también presencié la avasalladora fortaleza de su fe y de su amor por el Señor, y su absoluta lealtad hacia la obra encomendada y la confianza depositada en ellos".⁹

Durante aquellos primeros años, Gordon enseñaba también en las tardes una clase de seminario en la Escuela Secundaria South. No era fácil mantener la atención de los adolescentes al cabo de un largo día escolar, pero disfrutaba mucho de

apacentar a su clase con las Escrituras. Cuando le ofrecieron un empleo regular como maestro de seminario, estuvo tentado a aceptar. Pero al enterarse de tal ofrecimiento, el élder Richards le dijo: "No, queremos que se dedique a trabajar totalmente con nosotros". Gordon aceptó la invitación del élder Richards y tiempo después comentó: "Decidí trabajar para los apóstoles en vez de enseñar seminario. Tomé la decisión correcta, aunque no era fácil hacer todo lo que ellos esperaban que hiciera".¹⁰

Aunque su "carrera", por así decirlo, había tomado un rumbo completamente inesperado, estaba teniendo experiencias que nunca había soñado tener y adquiriendo poco a poco una perspectiva panorámica de la Iglesia y del mundo. Y aunque se estaba educando bajo la tutela de las Autoridades Generales e incrementando diariamente su comprensión en cuanto a las tareas que se requieren para administrar la Iglesia, también iba progresando en otro importante aspecto.¹¹

CAPÍTULO 7

MARJORIE Y EL ARTE DE FORMAR UN HOGAR

Durante todo el tiempo desde que Gordon regresó de su misión en Inglaterra, él y Marjorie habían llegado a ser inseparables. Cualquier otro interés romántico había desaparecido ya al reconocer, ambos, que su relación iba a ser permanente. Pero vivían aún en la "plenitud de la Depresión", como Gordon denominaba entonces-y más tarde-esos años, los salarios eran mezquinos, había muy pocos empleos estables y ellos, como la mayoría de las parejas jóvenes, pensaban con prudencia en el matrimonio. "En aquellos días", explicó más tarde Marjorie, "una persona no se casaba a menos que tuviera y pudiera mantener un empleo. Pero no teníamos ninguna duda de que sí nos casaríamos. Era sólo cuestión de tiempo".¹ A pesar de toda precaución en cuanto a las ramificaciones económicas del matrimonio, su compatibilidad era indudable. Gordon y Marjorie sentían una atracción mutua por su sentido del buen humor, su amor por el Evangelio, su innato optimismo y su amor por la vida. Marjorie poseía una animada y alegre disposición que era como un elixir para Gordon. A su vez, a ella le encantaba su translúcido humorismo, dado el hecho de que a pesar de ser su novio una persona sensata, autodisciplinada y correcta en cuanto a las cosas que consideraba importantes no tomaba la vida con mucha seriedad y con frecuencia era el primero en mofarse de sus propias sutilezas.

Tal como Gordon, Marjorie tenía antepasados relacionados con el Evangelio que abarcaban varias generaciones. También ella estaba vinculada a antecesores que habían aceptado el Evangelio y establecido los cimientos para las comodidades de que disfrutaba y las creencias que ella misma había adoptado.¹

En 1855, los misioneros le habían enseñado el Evangelio a Mary Goble, una niña de 12 años de edad, y a su familia en Brighton, Sussex (Inglaterra), y la madre de ella, también llamada Mary, estaba ansiosa por reunirse con los Santos en Utah. En la primavera siguiente, el 19 de mayo de 1856, ella y su esposo, William (Bill), y sus seis hijos-Mary, Edwin, Caroline, Harriet, James y Fanny-tomaron el barco Horizon en Liverpool y viajaron a los Estados Unidos.

Después de seis semanas en altamar, arribaron a Boston [Massachusetts] y de allí fueron por tren a Iowa City, donde se prepararon para el viaje a través de las llanuras. El verano llegaba ya casi a su fin cuando partió la compañía pionera que dirigía Dan Jones (y luego John Alexander Hunt), y no llegaron a Council Bluffs sino

a fines de septiembre. Esperaban poder llegar a Utah antes del invierno, pero la compañía no se hallaba muy lejos de Council Bluffs cuando el clima pareció cambiar antes de lo acostumbrado. La joven Mary contó después acerca del tormento consiguiente, incluso el nacimiento de una hermanita llamada Edith que vivió solamente seis semanas antes de fallecer por falta de nutrición. Sin otra alternativa que la de sepultarla en una sencilla tumba en la pradera, la familia Goble soportó su dolor y continuó viajando.

Bill Goble era el cazador del grupo y obtuvo alimentos para sus compañeros de jornada. Cuando la compañía de carros alcanzó al grupo de carretones de mano dirigido por Martin, a Bill se le designó para que se quedara con dicho grupo de pioneros por si necesitaran su ayuda. La buena voluntad de la familia para quedarse atrás fue causa del terrible precio que debió pagar por ello. Mary escribió: "Cuando llegamos a Devil's Gate, hacía un frío espantoso. Debimos abandonar muchas cosas allí... Mi hermano James comió una cena abundante y se sentía muy bien al acostarse. A la mañana siguiente, había muerto. A mí se me congelaron los pies, y también mi hermano Edwin y mi hermana Caroline tenían los pies congelados".²

El nombre de Devil's Gate (El portal del diablo) era muy apropiado. Allí quedaron atrapados los pioneros de la compañía de carretones de mano Martin y del grupo de carros Hunt-Hodgett, al impedir que continuaran el viaje debido al continuo azote de las nieves. Con el diario aumento en el número de muertos, parecía que todos perecerían en los altiplanos de Wyoming. Lo que la familia Goble y sus compañeros no sabían era que Brigham Young había recibido noticia de la situación en que se hallaban. El domingo 5 de octubre de 1856, en horas de la mañana, el profeta pronunció el discurso de apertura de la conferencia general en la Enramada de la Manzana del Templo y dijo: "Muchos de nuestros hermanos y hermanas se encuentran en las llanuras con sus carretones de mano... y debemos ayudarles a llegar aquí... Quiero decirles a todos que su fe, su religión y su creencia religiosa no lograrán salvar a ninguno de ustedes en el reino celestial de nuestro Dios, a menos que cumplan justamente los principios que les estoy enseñando hoy. Vayan y traigan acá a esa gente que se encuentra ahora en las llanuras".³

Cuando un explorador del grupo de rescate llegó a donde estaban las compañías de carretones de mano cerca de South Path (Wyoming), los que aún tenían energías para hacerlo entonaron canciones y hasta bailaron. Pero al cruzar las últimas montañas antes de entrar al valle, la madre de Mary falleció. La joven escribió luego: "Llegamos a Salt Lake City el 11 de diciembre de 1856, a las nueve de la noche. Tres de cada cuatro personas aún con vida estaban congeladas. Mi madre yacía muerta en la carreta... Temprano a la mañana siguiente, llegaron el hermano Brigham Young y un médico... Al ver [Brigham Young] la condición en que estábamos-los pies congelados y nuestra madre muerta-las lágrimas humedecieron sus mejillas. El doctor amputó los dedos de mis pies empleando un serrucho y un cuchillo de carnicero. Brigham Young me prometió que nada más sería cortado de mis pies. Las hermanas estaban vistiéndome a mi madre por última vez. Oh, ¿cómo pudimos soportarlo? La familia de Mary se mudó luego a Nephi (Utah).

Un joven llamado Richard Pay había inmigrado también de Inglaterra y soportado adversidades al cruzar las llanuras. La hijita con que habían sido bendecidos en Iowa murió en [el lugar llamado] Chimney Rock, y la esposa de Richard falleció después en Fort Bridger. Él llegó solo a Salt Lake City y en la primavera siguiente ató todas sus pertenencias con un pañuelo de mano y caminó hasta Nephi (Utah), donde tiempo después conoció a Mary y se casó con ella.

Con el correr de los años, Richard y Mary Pay fueron bendecidos con trece hijos; el menor de ellos, llamado Phillip LeRoy, nació el 14 de noviembre de 1885. Siendo el último vástago de la familia, recibió mucha atención por parte de sus hermanos y hermanas mayores, pero su primera experiencia con el pesar se manifestó muy temprano en su vida. Tenía sólo siete años de edad cuando una noche su padre regresó de un viaje al templo quejándose de un dolor en el abdomen. Mary llamó inmediatamente a un médico, pero éste llegó demasiado tarde. Richard murió de apendicitis el 18 de abril de 1893, a los setenta y un años de edad.

Roy se sintió muy acongojado a raíz del fallecimiento de su padre y Mary se vio obligada a reanudar su capacidad como enfermera para sostener a su familia. Aunque nunca consiguió tener ningún dinero adicional, logró satisfacer las necesidades de sus hijos. Como adolescente, Roy trabajaba durante el verano en una granja en la vecina localidad de Eureka, donde aprendió de primera mano en cuanto a la ley de la cosecha y llegó a apreciar los frutos de la obediencia y de la fe. Más tarde lo emplearon para que atendiera una tienda de dulces en Nephi, donde luego conoció a Georgetta Paxman, una menuda jovencita de espeso y brillante cabello negro y hermosos ojos pardos de profundo mirar.' Con el tiempo, su amistad fue floreciendo y ambos presintieron que su relación podría llegar a ser permanente. Antes de ello, sin embargo, Roy habría de servir en la Misión de los Estados del Sur.

Mientras Roy se hallaba en el campo misional, Georgetta se mudó con Frances, su hermana, y su madre a Salt Lake City, donde ambas hermanas continuaron su educación. Como buena estudiante, Georgetta se recibió tras dos años en la Universidad de Utah en la primavera de 1908. A pesar de sus muchas oportunidades sociales, no podía dejar de pensar en su amigo de la ciudad de Nephi. Cuando Roy regresó de su misión en mayo de ese año, lo que había sido apenas un romance de adolescentes se convirtió en algo más y el 7 de septiembre de 1910 contrajeron enlace en el Templo de Salt Lake. Su primera hija, llamada Marjorie, nació catorce meses después, el 23 de noviembre de 1911, en Nephi. Tres años más tarde, la familia se mudó a Salt Lake City.

Marjorie fue hija única por casi cinco años. Entonces, el 18 de julio de 1916, Roy y Georgetta fueron bendecidos con la llegada de un hijo, Harold George. Su felicidad duró muy poco, no obstante. Unos días después de la Navidad de ese año, despertaron para encontrar a Harold padeciendo convulsiones. Tras ver a su hijo sufrir durante varias horas, Roy y Georgetta se arrodillaron en oración para suplicarle al Señor que preservara su vida, pero concluyeron su pedido con las palabras "no se haga mi voluntad, sino la tuya"-las palabras más duras que ninguno de ellos jamás había pronunciado. Harold falleció pocos minutos después.³

Un segundo hijo, Douglas LeRoy, les nació el 24 de agosto de 1918 y sólo entonces pudo Marjorie saber lo que era tener un hermano en su hogar. Con el transcurso del tiempo, ella y Douglas tuvieron cuatro hermanas-Helen, Evelyn, Dorene y Joanne-y las cinco muchachas desarrollaron un sólido vínculo que a lo largo de los años les proporcionó un gran apoyo y camaradería.

Después del nacimiento de Evelyn, los Pay decidieron edificar un hogar suficientemente grande para la comodidad de su creciente familia en el barrio de la Iglesia que habían llegado a querer tanto desde que se mudaron a Salt Lake City-el amplio Barrio 1 de la Estaca Liberty. Adquirieron un terreno contiguo a la casa del obispo John C. Duncan y enfrente a lo de Bryant y Ada Hinckley.

Ésos fueron años felices. Los niños hicieron muchos amigos en el vecindario y la familia participó de inmediato en las actividades del barrio. Georgetta enseñó a las abejitas y Roy fue presidente de los hombres jóvenes en la AMM. "Aun antes de que tuviéramos edad para asistir a la Mutual", recordó Marjorie, "nos vimos envueltos en todo lo que hacía nuestro padre. Nos quedábamos levantados hasta que él regresaba a casa y lo convencíamos a que nos contara todo lo que había acontecido. La Iglesia era muy entretenida y nos encantaba todo lo que con ella se relacionaba".¹ Tiempo después, como abejita, el entusiasmo de Marjorie fue aumentando. Según parecía, todas las principales actividades del vecindario se concentraban en la Mutual del ra Nathaniel Hinckley y Angeline Wilcox Noble, los abuelos paternos de Gordon Habiendo sido designado para ello por Brigham Youn& Ira Nathaniel Hinckley supervisó, en 1867, la construcción de Cove Fort (don en ocasión de su primer viaje a Asia, en mayo de 1960⁵

El 28 de abril de 1961, el élder Hinckley condujo una histórica reunión en el Cementerio Militar Americano en Manila, durante la cual inauguró la obra misional en la Islas Filipinas.⁶ (El presidente Robert S. Taylor está a su derecha). Sólo un miembro filipino de la Iglesia, David Lagman (foto a la derecha) estuvo presente en la misma Barrio 1, y Marjorie pensaba que era una suerte fenomenal el que su padre estuviera envuelto en el programa.

Georgetta y Roy eran gente muy amable y generosa que abrían de manera acogedora las puertas de su casa, lo cual atraía a muchos amigos y familiares. En las tardes del día domingo, Marjorie y sus amigas iban después de la reunión sacramental a comer panqueques-una celebración tan sagrada que cada vez que la plancha de hacer panqueques se descomponía, las amigas de Marjorie hacían una colecta para comprarle otra a los Pay.⁷

Ambos padres manifestaban gran condescendencia cuando se trataba de disciplinar a la familia. El modo más severo de Roy para reprender a sus hijos consistía en levantar la vista del periódico cuando se comportaban mal y les decía con firmeza: "Eso es suficiente, niños". Georgetta tenía su propio método para tratar a sus hijos: "Yo no recuerdo que mi madre me dijera jamás. que yo era desobediente", recordaba Marjorie años después. "Si me portaba mal, ella me decía: 'Ésta que se encuentra en mi cocina debe ser Sally, la de las montañas. Mi niña nunca actuaría de esta manera'. Y entonces yo me corregía".⁸

En general, Marjorie era una muchacha feliz y de buen temperamento. Le iba bien en los estudios, estaba ansiosa de conocer nuevas cosas y, al igual que sus padres, era infaliblemente optimista. Refiriéndose a los años de su niñez, Marjorie dijo: "Mis padres crearon un ambiente de satisfacción y paz. Aun durante la Depresión no nos sentíamos desposeídos ni preocupados sobre lo que habría de sucedernos. De alguna manera, mamá siempre se las arreglaba para tener un dólar en su cartera y eso nos daba un sentido de seguridad. No teníamos mucho dinero, pero nos divertíamos".⁹

Roy le decía frecuentemente a su familia que quizás no les dejaría mucho en cuanto a herencia temporal, pero que nunca les faltaría algo de mayor valor-su amor y su testimonio de que Dios vive. Cuando tenía más de ochenta años de edad resumió así la experiencia de su vida: "Nunca hemos tenido dinero en demasía, pero tampoco nos hemos muerto de hambre. Lo que poseemos es mucho más valioso que cualquier dinero que podríamos haber acumulado en alguna parte... No sé si habrá habido en el mundo dos personas que hayan sido más felices que mi esposa y yo... Tenemos una familia de la que nos sentimos orgullosos... Si tuviéramos que

vivir de nuevo esta vida, no podríamos pedir nada mejor de lo que hemos tenido. Si sólo pudiéramos vivir de modo que logremos estar juntos en el Reino Celestial, sería algo muy, pero muy maravilloso".¹⁰

En este ambiente de fe, amor y optimismo, creció y desarrolló Marjorie Pay su propio concepto del mundo. Principalmente, su idea de la vida era sencilla, aun quizás un tanto ingenua. Criada en el ambiente relativamente protegido de Salt Lake City, era muy poco lo que sabía acerca del mundo. Cuando tenía dieciséis años de edad, sus padres le permitieron que acompañara a una de sus amigas en una excursión a San Francisco por una semana. Fue aquélla una aventura que excedió la más encantadora de sus expectativas. Cuando contempló el Océano Pacífico por primera vez, Marjorie sintió como que ya no le quedaba nada por ver. Pero cuando el guía de la excursión las llevó a un restaurante junto a la playa famoso por sus platos de mariscos y les informó que era un excelente lugar para comer cóctel de pescado, Marjorie y su amiga se miraron asombradas y, casi al unísono, exclamaron: "¡Cóctel! ¡No, esperaremos en el autobús!"

Desde su tierna edad, Marjorie aceptó la fe de sus padres, algo que les atribuía, en parte, a ellos. "El amor de mis padres por el Evangelio era contagioso", dijo, "y mamá nos enseñó desde pequeños a amar a Jesucristo. Orábamos en cuanto a todo y sobre todo, aun pidiendo que no se nos quemara la sopa. Yo crecí creyendo que mis oraciones serían contestadas y que si oraba por algo, sucedería". En la habitación donde dormían ella y sus hermanas había un amplio cuadro del Salvador. "Todas las mañanas, al despertar", dijo, "lo primero que veía era el rostro hermoso de Jesucristo. Ya era grande y había salido de casa cuando me di cuenta del efecto que ese cuadro había tenido sobre mí".

Siendo que ambos asistían a distintas escuelas secundarias, Gordon y Marjorie no se relacionaban socialmente, excepto en actividades de la Iglesia-y ni aún así. Al principio, Marjorie ni siquiera le había prestado mucha atención, pero al cursar el último año Gordon la invitó a que lo acompañara al Baile de Oro y Verde [de la Mutual]. Para ese entonces, él era estudiante universitario. Aquella primera cita fue el comienzo de una amistad que luego se tomó en idilio.

Marjorie se graduó de la Escuela Secundaria East en junio de 1929. El día en que fue a inscribirse en la Universidad de Utah, cuando regresó a casa se enteró que la compañía donde trabajaba su padre había cerrado. Sin vacilar, Marjorie consiguió un empleo de jornada completa como secretaria, pero nunca volvió a tener la oportunidad de continuar su educación universitaria.¹¹

Cuando Gordon fue a cumplir su misión, Marjorie lo extrañó inmensamente. Gracias a sus cartas, pudo compartir sus experiencias en forma vicaria y, aunque todo un océano los separaba, pudo percibir que él estaba cambiando. "Antes de que saliera para su misión", dijo ella, "Gordon todavía trataba de entender algunos puntos del Evangelio. Pero cuando regresó, no había nada que pudiera hacerle desistir de lo que consideraba tan importante. El Evangelio pasó a ser lo principal en su vida". 'Z Ahora que se encontraba de vuelta y totalmente dedicado a trabajar para la Iglesia, Marjorie pudo ver algo proverbial escrito en el aire: "Al aproximarse la fecha de nuestra boda", dijo, "tuve la completa seguridad de que Gordon me amaba. Pero también alcancé a comprender que yo nunca llegaría a ocupar el primer lugar en su vida. Supe que yo estaría en segundo lugar y que el Señor vendría primero. Y así lo acepté"⁷.¹²

Tal reconocimiento podría haber descorazonado a cualquier otra futura esposa, pero no a Marjorie. "Me pareció", explicaba ella, "que si entendemos lo que es el

Evangelio y el propósito por el que estamos aquí, una debería esperar que su esposo pusiera primero al Señor en su vida. Me sentí protegida sabiendo que [Gordon] era esa clase de hombre".`

No obstante saber que eran el uno para el otro, Gordon y Marjorie experimentaron algunos momentos de tirantez en su largo noviazgo-como resultado, al menos en parte, de la espera que se impusieron a sí mismos. A Gordon le preocupaban mucho las realidades económicas del matrimonio. La noche antes de su boda, llamó a Marjorie y le pidió que se encontraran en una confitería en el centro de la ciudad, donde le explicó el problema: Había hecho cuentas y todo lo que tenía era menos de 150 dólares. Y lo que era más alarmante aún, él ganaba apenas 185 por mes.

Marjorie no se preocupaba por eso. Su concepto fundamental era que, de alguna manera, todo saldría bien. Para ella, ciento cincuenta dólares era una fortuna y entonces respondió con su optimismo característico que esperaba tener un esposo y que ahora venía a enterarse de que también estaba obteniendo 150 dólares. "Todo andará a las mil maravillas", le dijo a Gordon. "Si tienes 150 dólares, estaremos bien".¹³

Finalmente, el 29 de abril de 1937, Gordon Bitner Hinckley y Marjorie Pay fueron casados por el élder Stephen L. Richards en el Templo de Salt Lake. La ceremonia fue hermosa por lo simple y magnífica por su promesa. Horas después Gordon dijo: "Marjorie ha llegado a ser una joven maravillosa y yo he tenido la sensatez de casarme con ella. Un fulgor prodigioso de femineidad descansaba sobre ella. Se veía hermosa, y yo fascinado".¹⁵

Siendo que el dinero no era suficiente para una tradicional fiesta de bodas, los recién casados no tuvieron una recepción. Después de la ceremonia del templo, salieron hacia los hermosos parques nacionales del sur de Utah en luna de miel.

Aunque el mundo se encontraba en el apogeo de una nueva era desde donde se podía vislumbrar el fin de la Depresión y el comienzo de lo que resultaría en la guerra más devastadora de los tiempos modernos, la vida de Gordon y Marjorie fue, desde el principio, sin complicaciones. Después de su luna de miel en el sur de Utah, se mudaron a la casa de campo de Bryant y May en East Millcreek, el cortijo en el que cuando era muchacho Gordon había pasado los meses de verano. Pero aunque la casa había acogido a la familia de Bryant en muchas vacaciones agradables, ahora necesitaba serias mejoras para convertirla en una vivienda adecuada para todo el año. Por ejemplo, no tenía alacenas en la cocina ni armarios en los dormitorios. Y lo que era más grave aún, carecía de calefacción y eso era esencial si habían de vivir allí durante el invierno.

Gordon encargó un calentador y empezó a estudiar las complicadas instrucciones para instalarlo. Al no tener dinero con qué pagar a un experto para que lo hiciera, tendría que instalarlo él mismo. Le llevaron el aparato el primero de septiembre e inmediatamente se puso a construir la chimenea de ladrillo y a instalar el equipo. Aunque hubiera podido pagar para que le hicieran el trabajo, no lo habría hecho porque siempre pensó que no era lógico emplear a un profesional cuando su lema siempre fue, "Uno es tan capaz como cualquier otra persona, y quizás un poco más todavía". Una vez que el calentador quedó instalado y en funcionamiento, construyó alacenas y agregó otras comodidades. Con el tiempo, los recién casados convirtieron la casa de campo en un hogar placentero y cómodo.

La casa de campo no fue el único proyecto que requirió el tiempo y la atención de Gordon. A los siete meses de casados, fue llamado a servir como miembro de la Mesa Directiva de la Escuela Dominical .¹⁶ Los miembros de la Mesa Directiva

escribían los manuales de lecciones, dirigían convenciones en las estacas a través de la Iglesia, publicaban la revista *Instructor*, servían en diversos comités y por lo general cumplían funciones de supervisión en cuanto al amplio programa de la Escuela Dominical de la Iglesia. Para Gordon, el privilegio de asociarse con sus colegas de la Mesa Directiva, muchos de los cuales eran líderes experimentados con años de servicio en diferentes cargos, era todo un beneficio inesperado."

Él y Wendell Ashton, quien poco después fue llamado a servir en la Mesa Directiva, eran manifiestamente más jóvenes que muchos de sus colegas. Cierta fin de semana, ambos llegaron temprano a una conferencia de Escuela Dominical de estaca que tenían que dirigir y fueron a presentarse y a hacer las preparaciones necesarias. Cuando la presidencia de la estaca los vieron caminar por los pasillos del edificio, suponiendo que estos dos jóvenes desconocidos viajaban con los miembros de la Mesa Directiva, les preguntaron: "¿Dónde están los hermanos de Salt Lake City?". Los de la presidencia de estaca se quedaron azorados cuando Gordon y Wendell les informaron que eran ellos "los hermanos".

Las experiencias que adquirió en la Mesa Directiva expandieron el concepto juvenil de Gordon. Aparte de su misión en Inglaterra, ésta era la primera vez que participaba en la Iglesia fuera de Utah, y el panorama fue toda una revelación. Comenzó a ver que la Iglesia no era una simple organización provincial basada en Utah y que existía gran fortaleza, fe, testimonio y poder lejos de su sede central.

A fines del verano de 1938, los Hinckley recibieron la noticia que tanto anhelaban recibir: al llegar la primavera, tendrían una criatura. No mucho antes del vivificante acontecimiento, Gordon expresó cierta incertidumbre en una carta a Homer Durham, diciendo: "Marge y yo nos hemos alejado un poco de los círculos sociales últimamente, dedicándonos a limpiar la casa, plantar zanahorias y arvejas y a hacer otras cosas, lo cual no nos deja tiempo para fiestas, programas y demás-todo en anticipación de la llegada de nuestro primer vástago en la próxima quincena. Todo marcha bien, pero ando un poco nervioso. Estoy seguro que me entiendes".⁶ El 31 de marzo de 1939, los nueve meses de expectativa culminaron en el nacimiento de su primer retoño, una hija, a la que dieron el nombre de Kathleen.

El evento trascendió cualquier otra cosa que ninguno de ellos podía haber imaginado. "Era alarmante pensar en ser responsable por otro ser humano, pero también fue maravilloso sentirse como me sentía", dijo Gordon.⁷ En lo que a Marjorie respecta, la experiencia fue "realmente emocionante", y reconoció: "No sabía lo suficiente como para preocuparme acerca de lo que podría suceder. No sabía que la gente suele a veces tener problemas con sus hijos. Así que el tener una hija propia era mucho mejor de lo que había imaginado".⁸

Esa Navidad, en el boletín informativo de la familia, Gordon sintetizó la vida tal como la percibía: "Les habla el labrador... ¡Saludos!-y ¡Feliz Navidad! Los tres aquí andamos como de costumbre-Marjorie, Kathleen y Gordon B. Salimos a cavar tierra los sábados por la tarde, corremos a la Iglesia los domingos de mañana y de noche, los lunes nos ponemos a lavar, los martes vamos saltando a las reuniones de la Mesa Directiva de la Escuela Dominical, los miércoles acudimos temblando a las reuniones del Comité de Radiodifusión, los jueves nos apresuramos a gastar lo que hemos ganado y esperamos que las tardes del sábado lleguen los viernes. Maravillosas son las semanas que vivimos, convirtiéndose en años abundantes. El auto que manejamos está empezando a verse tal como eran las carretas de los peregrinos de 1620 que la historia describe. La casa en que vivimos es la misma en que crecimos... Y el trabajo que realizamos es el mismo que hemos estado haciendo durante los últimos cuatro años. Pero tenemos algo nuevo: Ella es la niña más dulce que jamás haya agitado una pestaña".⁹

Gordon y Marjorie descubrieron que el agregado de una criatura a la familia requería algunos ajustes en su previamente bien ordenada existencia. Aunque los tres se acomodaban muy bien en esa casa de un solo dormitorio, era evidente que pronto necesitarían una vivienda más grande y permanente. Cuando en el otoño de 1940 los Hinckley se enteraron de que iban a tener otro hijo, Gordon comprendió que tenía que encontrar una solución para el problema. Además, en abril de 1939 su padre y la Tía May habían regresado del campo misional y estaban ansiosos por mudarse de vuelta a la casa de campo.

Bryant Hinckley le ofreció a su hijo una parcela de su terreno en East Millcreek. Gordon se lo agradeció mucho; el terreno estaba a corta distancia de la casa de campo, al otro lado del huerto. Ahora le pertenecía a él, libre de gravámenes, y se hallaba en un lugar al que consideraba su hogar.

A principio de su adiestramiento universitario, Gordon había pensado en estudiar arquitectura. Poseía aptitudes naturales para la mecánica y podía trazar planos y construir casi cualquier cosa. Con estas habilidades fundamentales, se preparó para edificar su propia casa. No habría de ser su hogar a menos que interviniera en ello desde el principio y, de todas maneras, tampoco estaba en condiciones de pagar para que alguien más se lo construyera. Y así fue que con algunos instrumentos para dibujar que le habían quedado de sus clases en la escuela intermedia, preparó un plano, armó un modelo de cartón a escala y puso manos a la obra en el hogar al que Marjorie se referiría luego como "la casa que edificó el Supernumerario".

En verdad, cuando tiempo después los hijos de Gordon y Marjorie solían decir que su padre había construido su casa, muy pocos les creían. Desde el comienzo del proyecto, sin embargo, la visión que Gordon tenía en cuanto al resultado final le sirvió de guía en cada decisión que tomaba. Sabía cómo quería que se hicieran las cosas y sólo contrataba gente para las tareas que requerían una aptitud especial o que eran tan complejas que no podría efectuarlas a tiempo sin ayuda alguna.

Durante muchos meses, el proyecto había de consumirle a Gordon sus vacaciones, las horas tempranas de cada mañana, las noches, los sábados y sus días libres. Además de actuar como contratista general, hizo la instalación eléctrica y de plomería y hasta trabajos de carpintería. Los días volaron y aunque las cañerías y la electricidad fueron terminadas y funcionaban a fines de abril, la casa no era habitable todavía para el 2 mayo de 1942, el día en que nació Richard Gordon Hinckley. Marjorie estaba sin embargo tan feliz con la llegada de su primer hijo varón, que muy poco le preocupó la condición en que se hallaba su vivienda.

Gordon trabajaba noche y día para terminar la casa. La empresa fue extenuante, física y mentalmente. A través de su vida llegarían a haber muchas ocasiones en que se sentiría exhausto, pero cada vez que comenzaba a quejarse de cuán cansado estaba, él mismo se corregía diciéndole a su esposa: "Pero no estoy tan agotado como aquel día en que te mudé a nuestro nuevo hogar":'

La casa en East Millcreek no sólo permanece como un monumento a su tenacidad y destreza sino que también ha sido como una cortina de fondo para muchos años de recuerdos familiares. Los Hinckley fueron una de muchas parejas jóvenes que trataron de establecerse en la región. La comunidad rural de East Millcreek fue transformándose rápidamente en un vecindario suburbano. Con el desarrollo metropolitano se sucedieron las dificultades de adaptarse al progreso, y como nuevo propietario de su hogar a Gordon le interesaba tener voz y voto en las decisiones cívicas. Durante una temporada sirvió como director de la Compañía de Irrigación de East Millcreek y como presidente de la Sociedad de Mejoramiento de East Millcreek, que era una cámara de comercio voluntaria.

En tanto que Gordon se dedicaba a cuestiones relacionadas con su comunidad, una oscura nube amenazaba a la humanidad a medida que la guerra iba agravándose y un país tras otro era arrastrado a las hostilidades. Aun a fines de 1940, la guerra de ultramar todavía parecía tener lugar en un mundo aparte para muchos norteamericanos. Pero el 7 de diciembre de 1941 la aparente complacencia de los Estados Unidos se vio quebrantada cuando los aviones japoneses bombardearon la flota norteamericana en Pearl Harbor (Hawai). En cuestión de horas, la vida cambió para casi cada norteamericano al entrar Estados Unidos en la guerra.

De una manera u otra, se requirió el trabajo de casi toda persona fuerte y sana para apoyar el esfuerzo bélico. Una mezcla de temor y de fervor patriótico se propagó por todo el país. No había nada que pudiera separar a los Hinckley de las consecuencias de la guerra, las que afectaron aun el suburbio de East Millcreek y extendieron sus tentáculos en torno a la joven familia.

CAPITULO 8

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL Y SUS CONSECUENCIAS

En la víspera del Año Nuevo, 1941, Gordon le escribió a uno de sus amigos diciéndole: "Aquí nos encontramos al fin de otro año y al principio de uno nuevo. Ningún año en toda mi vida ha transcurrido con mayor rapidez... [Pero] el Año Nuevo empieza con cierto presagio para todos nosotros. No hay necesidad de decir que experimentaremos grandes cambios en nuestras vidas. Hay un solo rumbo a seguir y yo creo que nuestro país está haciendo todo lo posible por seguirlo. Los valores cambiarán, pero las verdades eternas habrán de perdurar. Y tenemos que aferrarnos a ellas".¹

En cuestión de minutos, el ataque japonés a Pearl Harbor había transformado completamente el concepto político de los Estados Unidos, disipando toda resistencia norteamericana en cuanto a su intervención en el conflicto global. A raíz de la consecuente declaración de guerra de Estados Unidos contra el Imperio del Sol Naciente y de Alemania contra Estados Unidos, la mayoría de los norteamericanos se encontraron de pronto procurando, de una manera u otra, determinar cómo sostener la enorme maquinaria bélica.

No sólo se vio profundamente afectado cada ciudadano, sino que las instituciones también tuvieron que adaptarse al cambio de prioridades. Para acomodar las circunstancias de sus miembros, la Iglesia modificó sus operaciones. El 17 de enero de 1942, la Primera Presidencia notificó a todas las mesas directivas y a las organizaciones auxiliares que debían suspender la realización de conferencias y otras reuniones de estaca para facilitar que los miembros pudieran obedecer las restricciones propias en época de guerra en cuanto a viajes, y también para reducir gastos personales a raíz del aumento de los impuestos debido al conflicto. La conferencia general anual de abril se limitó a las Autoridades Generales y a las presidencias de las 141 estacas que entonces existían. El 5 de abril de 1942, la Primera Presidencia cerró el Tabernáculo hasta que terminara la guerra. Durante todo ese tiempo, las sesiones de las conferencias se llevaron a cabo en el Salón de Asambleas de la Manzana del Templo y en el salón de asambleas solemnes, en el quinto piso del Templo de Salt Lake.²

Lo que resultó más perjudicado fue el programa misional. Los misioneros fueron evacuados de muchos países, algunas misiones fueron clausuradas por completo y cesó el llamamiento de nuevos misioneros.

Al suspenderse la obra misional, el trabajo que Gordon tenía para proporcionar publicaciones eficaces para el proselitismo fue cada vez menos necesario. Percibiendo que sus tareas habrían de disminuir mientras durara la guerra y consciente de su responsabilidad ciudadana de apoyar el esfuerzo bélico, respondió con un amigo suyo al aviso de un periódico respecto al alistamiento de candidatos a oficiales en la fuerza naval. Se sintió muy desalentado al saber que aceptaron a su amigo pero que a él lo descalificaban por causa de que padecía de alergias y fiebre del heno.³

Atormentado a raíz del rechazo de la marina y sintiendo que de alguna manera tenía que colaborar con su país, Gordon consiguió que lo entrevistara un gerente del Ferrocarril Denver-Río Grande. Por simple casualidad, le pidió empleo justo el día en que necesitaban un ayudante de jefe de estación en la terminal de Salt Lake City. Aunque carecía de experiencia con respecto a la industria del transporte, solicitó y obtuvo el cargo como superintendente auxiliar en la compañía ferroviaria. Era el año 1943.

Gordon había trabajado en las oficinas generales de la Iglesia por más de siete años en un empleo muy riguroso, pero ahora tenía que encarar lo que calificó como la "tremenda" responsabilidad de mantener en movimiento el tránsito ferroviario a través de Salt Lake City en una época en que los trenes entraban y salían de la estación como si fueran simples tranvías. A pesar de no conocer mucho en cuanto a la operación ferroviaria, no lo acobardaba el trabajo duro y asumió sus responsabilidades con energía, buen sentido común y con la disposición de aprender lo más rápidamente posible todo lo que pudiera. Su primera lección era sencilla pero imperativa: Mantener los trenes en funcionamiento, a tiempo y sin que se estorbaran entre sí.

En aquellos días, las perspectivas internacionales eran desalentadoras. Los alemanes en Europa y los japoneses en el Pacífico parecían conservar la delantera, aunque los norteamericanos que respaldaban la guerra en el país y en el extranjero se movilizaban como nunca antes. Entretanto, el ferrocarril se encontraba en la obligación de operar más rápida, inteligente y eficazmente. A pesar de las condiciones económicas impuestas por la guerra, el notable progreso de la industria ferroviaria exigía contar con supervisores y jefes de estación mejor adiestrados.' Consecuentemente, Gordon fue una de las personas invitadas a asistir, en el verano de 1944, y bajo los auspicios del ferrocarril, a un curso en Denver (Colorado) para candidatos aventajados en concepto administrativo.

Aunque la industria ferroviaria era un campo nuevo para él, algunas de sus aptitudes naturales resultaron ser muy importantes para la tarea de supervisar la estación de Salt Lake City. Gordon era ingenioso y productivo, un administrador innato que mejoraba toda eficiencia y hacía cumplir las cosas con mínimo esfuerzo. Ávido por echar mano a todos los pormenores de su nuevo cargo, en el seminario hacía más preguntas que los demás participantes en conjunto. "Siendo que yo no había crecido en el ambiente ferroviario, era mucho lo que no sabía", dijo. "Estaba ansioso por aprender y aquella gente no me intimidaba. Considerando que ya había trabajado para hombres de un mayor calibre del que ellos jamás podrían obtener, no me preocupaba en lo más mínimo tener que hablar".⁴

Los oficiales de la compañía ferroviaria observaron al supervisor ayudante de Salt Lake City y dos semanas después lo llamaron por teléfono. ¿Aceptaría el cargo de gerente auxiliar de correos, equipaje y transporte expreso de todo el sistema férreo? La promoción le significaría un aumento de salario y oportunidades, pero le requeriría mudarse con su familia a Denver. Se dio cuenta de que, en realidad, la

"decisión" no estaba bajo su control siendo que la compañía esperaba que mudara su domicilio. Después de considerar todos los factores de importancia, los Hinckley llegaron a la conclusión de que no les quedaba otra cosa que trasladarse a Colorado.

Casi inmediatamente se fue a Denver para asumir sus nuevas responsabilidades y buscar una vivienda. Marjorie permaneció en Salt Lake City tratando de encontrar a alguien que les alquilara la casa. Las propiedades eran caras en Denver-aun los garages modificados y los altillos se alquilaban a alto precio-y encontrar algo adecuado le resultó a Gordon mucho más difícil de lo que esperaba.

Mientras aguardaba que algo conveniente se presentara, residió en un pequeño hotel y trabajaba casi día y noche. Después de dedicar largas horas durante el día, viajaba por las noches en los trenes para familiarizarse mejor con todo. En muchas ocasiones se lo encontraba viajando hasta Grand Junction (Colorado) para regresar entonces en el vagón de equipajes repleto no sólo de valijas sino también de féretros y otras cosas resultantes de la guerra. Ese ambiente le ofrecía muchas horas para meditar en cuanto a los horrores del conflicto bélico.

A Gordon y a Marjorie les afligía su separación, la cual se extendió por casi seis meses. Él aliviaba un tanto la situación utilizando los fines de semana su pase gratis para viajar durante doce horas en coche dormitorio, tomando el tren hacia el oeste en días viernes tan temprano como le fuera posible, regresando en el expreso nocturno de los domingos. La circunstancia no era muy conveniente, pero hacía que la separación fuera más tolerable. A fines de año, Gordon pudo finalmente conseguir una pequeña casa en el centro de la ciudad y en junio de 1945 llevó a su familia a la capital de Colorado. La Mesa Directiva [de la Escuela Dominical] rehusó relevarlo, ofreciéndole en cambio un permiso de ausencia y casi inmediatamente, al ser llamado a enseñar una clase en Denver, tuvo la oportunidad de practicar lo que había estado predicando. Según recuerdan, ésa fue la única vez en toda su vida que sus hijos pudieron sentarse con su padre en las reuniones sacramentales.

No había muchos miembros de la Iglesia en Denver y los Hinckley se hallaron viviendo en un ambiente totalmente ajeno a los Santos de los últimos Días. Era muy poco lo que la mayoría de sus vecinos-así como los colegas ferroviarios de Gordon-conocían en cuanto a la Iglesia. Muchos de los que habían oído hablar de los mormones tenían un concepto infundado o equivocado. A Gordon le interesaba, sin embargo, relacionarse con aquellos que no comprendían a la Iglesia y sus miembros, pues durante aproximadamente diez años había estado estudiando maneras de mejorar la presentación del Evangelio a esa clase de personas. Al vincularse con sus compañeros y amigos, fue mentalmente tomando notas y apuntando ideas para usarlas en el futuro. Y a pedido del élder Richards, solía en ocasiones tomar el tren a Salt Lake City por un largo fin de semana a fin de continuar algunos proyectos relacionados con la obra misional.

Gordon sospechaba que, una vez terminada la guerra, habría de regresar a su empleo de incógnito en relaciones públicas con la Iglesia. Pero por el momento, se dedicaba a mantener el ferrocarril en funcionamiento. Denver era un centro muy importante y el movimiento en la terminal ferroviaria bullía día y noche. No era extraño que cada una de las vías en la estación estuviera atestada y que otros trenes a la distancia esperaran recibir la señal para adelantarse y desembarcar sus cargas. "A toda costa", explicaba Gordon, "teníamos que mantener las vías abiertas y los trenes en movimiento, porque si algo causaba la detención del tráfico, ello provocaba una reacción en cadena por todo el sistema".'

Un día se produjo un descarrilamiento en un desfiladero a cierta distancia de Denver. A Gordon lo enviaron como rectificador para que resolviera rápidamente el problema. Encontró que se habían volcado cinco vagones bloqueando así la línea. Había sólo una posible solución y Gordon ordenó que tres vagones de carga se empujaran arrojándolos al río Colorado. Esta firme decisión despejó la línea y restableció el tráfico que se había acumulado por varios kilómetros. El episodio le quedó grabado en la mente. "Aprendí cuán importante es mantener el tráfico en funcionamiento y hacer todo lo posible por conservar abiertas las líneas", dijo .5 Dicho principio tuvo muchas aplicaciones que fueron grabándosele en el subconsciente.⁵

En febrero de 1945, Gordon y Marjorie recibieron un tercer agregado a la familia-Virginia, a quien sus familiares y amigos apodarían Ginny. Kathy tenía casi seis años de edad y Dick cuatro-ambos lo suficientemente grandes como para excitarse por la llegada a su hogar de esa pequeña hermanita pelirroja.

Tres meses después se rendían los alemanes. El regocijo de la victoria en Europa solo fue atenuado por la noticia del fallecimiento del presidente Heber J. Grant, a la edad de ochenta y ocho años. Aunque la salud del presidente Grant había sido delicada por varios años, Gordon tenía la esperanza de volver a verlo otra vez. Amaba mucho a ese hombre que fue presidente de la Iglesia desde que Gordon tenía ocho años de edad y no podía recordar a ningún otro profeta. Le habría gustado estar en Salt Lake City a fin de presentar sus respetos a ese líder que tan profunda influencia había tenido en él.

En agosto de ese mismo año se rindieron los japoneses, dando fin a la terrible guerra. Las tropas comenzarían a regresar y todos los civiles que trabajaban en relación con la economía debida a la guerra-entre ellas, Gordon-podrían volver a la normalidad.

El élder Stephen L. Richards se había mantenido en contacto personal con Gordon y le ofreció de vuelta su empleo anterior. Sin vacilación, Gordon presentó su renuncia a la compañía ferroviaria, pero a ésta le agradaba mucho lo que veía en el gerente oriundo de Utah y le hicieron otra oferta con un salario mayor del que podría jamás esperar trabajando para la Iglesia.

La oferta fue tentadora, pero su corazón estaba de regreso en las oficinas de administración de la Iglesia en Salt Lake City y sentía que ése era el lugar en que debía estar-siempre y cuando le permitieran modificar su antiguo trabajo. Le contestó entonces al élder Richards que estaba dispuesto a regresar si le dejaban "hornear tortas sin tener que lavar siempre los platos". Cuando el élder Richards le aseguró que podría emplear a alguien más para que lo ayudara en sus tareas, Gordon notificó a la compañía ferroviaria que había decidido regresar a Salt Lake City. "No se apresure a tomar decisiones todavía", le instaron. "Tómese noventa días de licencia y entonces decida. Le conservaremos su cargo hasta entonces".⁶ Gordon estuvo de acuerdo y partió rumbo a Utah.

Los Hinckley se sentían muy emocionados al regresar a su hogar en East Millcreek. Cuando entró en las oficinas generales de la Iglesia, a Gordon le pareció que nunca en realidad había salido de ahí. Era realmente agradable regresar a un ambiente más adecuado a su naturaleza personal y volver a concentrarse en temas que tanto lo apasionaban. Treinta días después llamó a los administradores de la compañía ferroviaria y les informó que no retornaría. Aún así los ferroviarios no se dieron por vencidos; volvieron a comunicarse con él para ofrecerle algo mucho mejor-la gerencia de un departamento con un sueldo de 510 dólares mensuales. No obstante la perspectiva de tan generoso aumento de sueldo, Gordon consideró que

su decisión era relativamente fácil. Así lo explicó a un amigo: "Ésta es la obra del Señor. Siento que mi mayor contribución en la vida consiste en continuar haciendo humildemente todo lo que pueda para promover Su causa".'

Las Autoridades Generales y los empleados de las oficinas generales de la Iglesia parecían complacidos de tener de vuelta a Gordon. Su reputación de "esclavo" continuaba intacta y de nuevo se necesitaban seriamente sus talentos. De inmediato reanudó la tarea de escribir y producir materiales para la obra misional y de relaciones públicas. Tal como antes, su estilo de escritor era claro, preciso y exento de excesos literarios: cada palabra tenía su significado, concepto tras concepto, y nunca su redacción atraía la atención sino simplemente comunicaba el mensaje.⁶

Su experiencia en Colorado lo había convencido de que mucha gente continuaba teniendo un concepto falso sobre los mormones y su religión, lo cual le proporcionó una idea diferente en cuanto a lo que podría hacerse para llevar de manera más eficaz el Evangelio a los que no eran miembros de la Iglesia. Tal discernimiento demostró ser muy valioso cuando el presidente George Albert Smith le pidió que escribiera una franca descripción del Evangelio que un miembro pudiera entregar con toda confianza a un investigador. El resultado fue un libro de 230 páginas dividido en dos secciones. La segunda sección reseñaba la historia de la Iglesia desde la Restauración hasta la fecha, la que luego se reimprimió por separado bajo el título de *La verdad restaurada*. Durante varias décadas, *La verdad restaurada* ha servido como un texto de referencia modelo para centenares de miles de misioneros.

Algunas de las obras de Gordon se ofrecieron a otra gente además de los miembros de la Iglesia. En la primavera de 1951, la revista *Look* lo invitó a que escribiera algo en respuesta a un artículo que se había publicado ese año en la edición del 24 de abril bajo el título "Los Mormones: Somos una gente peculiar", escrito por Lewis W. Gillenson. Gordon fue concluyente en su análisis de la interpretación que Gillenson había hecho en cuanto a la Iglesia: "[Este artículo] es una decepción después de haber leído algunos de los que ha escrito acerca de las iglesias protestantes de América... En general... es una caricatura de la gente mormona", comenzó diciendo a la vez que señalaba las razones específicas que daban pie a su comentario desfavorable: "El título de su artículo dice, 'El "pueblo escogido" de José Smith se deleita en su peculiaridad a medida que se prepara en el desierto para el recogimiento de Israel'. ¿Qué quiere decir con esto? ¿Pretende hacernos creer que los mormones son una secta de gente fanática de largos cabellos que vive alejada del mundo, preparando algún tipo de asilo en el desierto para el dispersado Israel?... El Sr. Gillenson sugiere que los adeptos de José Smith son un grupo de personas ingenuas-'discípulos fronterizos', hombres de 'vehementes esperanzas' y 'candidez'. La realidad es que la mayoría de los primeros conversos al mormonismo eran de los estados de Nueva Inglaterra. Eran por lo menos tan bien educados y cultos como cualquier otra clase del país". Gordon concluyó diciendo: "Es lamentable que para reseñar la historia de un pueblo que ha logrado tanto a pesar de enormes dificultades, el Sr. Gillenson haya dependido tanto de fuentes de información evidentemente indignas de confianza. Al hacerlo, sólo ha conseguido presentar un panorama mediante el cual sus lectores tendrán problema en distinguir entre lo verdadero y lo ficticio" 8

En general, como parecía indicar [la revista] *Look*, el prestigio de la Iglesia estaba en aumento. En 1947, cien años después de que la primera compañía de pioneros arribara al Valle del Lago Salado, el número de miembros de la Iglesia había alcanzado a un millón. En octubre de 1949, como resultado, al menos en parte, del entusiasmo y los esfuerzos de Gordon, la conferencia general fue por primera vez

transmitida por la estación KSL de televisión. Durante varios años antes de eso, él había hecho los arreglos para que mediante conexiones privadas se transmitieran las reuniones generales del sacerdocio a numerosas congregaciones en todo el mundo y continuó asimismo participando en otros programas radiotelefónicos .I

A medida que progresaba la obra misional, Gordon deseaba tener el tiempo necesario para llevar a cabo todas sus ideas y aprovechar cada oportunidad. Había momentos, sin embargo, en que le parecía haber llegado a su límite. Para complicar aún más su agenda, Gordon y Marjorie continuaban tratando de restablecer su hogar después de su mudanza desde Colorado cuando, el 20 de abril de 1946, a él lo sostuvieron como segundo consejero de Lamont B. Gundersen en la presidencia de la Estaca East Millcreek. Estaba complacido ante la perspectiva de trabajar entre sus propios amigos y vecinos y comenzó así un prolongado período de servicio a la Iglesia en East Millcreek. Después de servir dos años y medio como segundo consejero del presidente Gundersen, el 14 de noviembre de 1948 lo llamaron como su primer consejero en reemplazo de Ralph S. Barney, quien fue relevado por razones de salud.

Al ir cumpliendo sus varias asignaciones en el sacerdocio, Gordon fue conociendo a otros líderes de las estacas vecinas, aumentando de ese modo su círculo de amistades. Por ejemplo, trabajó con un joven abogado que servía como consejero en la presidencia de la Estaca Cottonwood, llamado James E. Faust, y con Thomas S. Monson, que servía como consejero en la Estaca Temple View.

Las actividades de Gordon fueron creando una interesante yuxtaposición: Durante el día proyectaba maneras de presentar el Evangelio a personas no miembros y en las noches procuraba obtener soluciones para la integración de numerosas concentraciones de Santos de los últimos Días a los programas de la Iglesia. Al mismo tiempo, él y Marjorie trataban de criar a sus propios pequeños Santos.

La vida en el hogar de los Hinckley era muy raramente monótona, frecuentemente alegre y casi siempre ruidosa. El 30 de octubre de 1947, fueron bendecidos con la llegada de su vástago número cuatro, el segundo varón, Clark Bryant. Madre ahora de dos varones y dos niñas, Marjorie no podía imaginar una mayor felicidad en su vida. Las obligaciones de criar hijos pequeños parecía darle más energías en lugar de desalentarla. Aunque con frecuencia tenía que entenderse por sí sola con su progenie mientras Gordon atendía sus obligaciones en la presidencia de estaca, siempre había aceptado la realidad de que él habría de tener exigentes responsabilidades en la Iglesia. Ella se sentía cómoda con la mayordomía de él y feliz con la suya.

Ninguno de los hijos, sin embargo, tenía dudas sobre quién mandaba en la casa, aunque Gordon rara vez tomaba parte en solucionar controversias o en disponer las numerosas labores que correspondían al cuidado de los niños. Ni él ni Marjorie eran muy estrictos, ya sea en disciplinarlos o en establecer normas severas. A Gordon le gustaba comentar que su padre nunca le puso la mano encima, excepto para bendecirlo, y que él pensaba hacer lo mismo. Tampoco era la pareja muy exigente, el uno con el otro. Marjorie lo explicó así: "Gordon siempre dejó que yo hiciera lo que quisiera. Nunca insistió en que lo hiciera a su manera-o de ninguna manera, en realidad. Desde el principio me dio libertad de acción y me dejó que alzara vuelo".¹⁰

En el horizonte se perfilaban maravillosas oportunidades. Habiendo dejado atrás el trauma de la Segunda Guerra Mundial, los jóvenes que habían dedicado varios años a su patria estaban ansiosos por sentar raíces, tal como las señoritas que habían permanecido atrás. A diferencia de la década que acababa de finalizar, la de 1950

comenzó con un sentimiento general de buena voluntad. Los ciudadanos en general confiaban en que sus líderes les dirían la verdad y mantendrían el país exento de guerras.

Por eso es que el estallido de la Guerra de Corea en 1950 fue como la descarga de un rayo. Los Estados Unidos se encontraron en medio de otro conflicto internacional. Fue entonces que, al aproximarse la fecha de la conferencia general de abril de 1951, falleció el presidente George Albert Smith después de haber servido casi seis años como Presidente de la Iglesia. Tanto el conflicto coreano como el fallecimiento del profeta habrían de tener una profunda y directa influencia en la vida de Gordon.

CAPÍTULO 9

EN LA LINEA DE FUEGO

Habiendo fallecido el presidente George Albert Smith justamente dos días antes de comenzar la conferencia general de abril de 1951, David O. McKay fue sostenido como Presidente de la Iglesia en una asamblea solemne efectuada el lunes 9 de dicho mes. Un oleaje de sorpresa se extendió por todo el Tabernáculo cuando el vigoroso nuevo profeta, dejando a un lado la tradición, nombró a Stephen L. Richards como su primer consejero y a J. Reuben Clark (hijo) como su segundo consejero. El presidente Clark había servido por dieciocho años como primer consejero en la Primera Presidencia; durante casi todo ese tiempo había llevado la mayor parte de las responsabilidades sobre sus hombros.¹ Gordon se preguntaba cómo la nueva asignación del presidente Richards habría de afectar sus relaciones de trabajo y pensó que quizás ahora tal vez tendría menos contacto con su buen amigo.

La nueva Primera Presidencia asumió el liderazgo de la Iglesia que para entonces se expandía rápidamente. Con 1.100.000 miembros en 42 misiones y 191 estacas, el paso iba acelerándose y todos los que trabajaban en las oficinas generales de la Iglesia y otros departamentos percibieron que el reino se preparaba para expandirse de una manera sin precedentes.

El presidente Richards no demoró en llamar a Gordon a su oficina y le dijo: "El presidente McKay me ha dado la responsabilidad del programa misional de la Iglesia y necesito que usted me ayude". La "ayuda" de Gordon había de ser mucho más que ocasional, porque el presidente Richards lo designó secretario ejecutivo del Comité General Misional y le encomendó la supervisión de las operaciones diarias del Departamento Misional. Ésa era una enorme y complicada responsabilidad. Anteriormente, las varias fases del programa misional habían estado divididas entre cuatro diferentes comités en las oficinas generales de la Iglesia; ahora se consolidaban en uno Solo.² Cuando, el presidente Richards describió las dificultades que debían encarar—incluso la incrementada conscripción militar ocasionada por la Guerra de Corea, con sus consecuencias para el programa misional—, Gordon respondió: "Presidente Richards, usted no me necesita en este cargo; usted necesita un abogado". La reacción del presidente Richards fue firme: "Yo soy abogado. Yo no quiero pleitear esto. Quiero solucionarlo".³

El Departamento Misional tenía la responsabilidad sobre prácticamente todo lo relacionado con la obra misional: la traducción de todo material misionero, incluso las Escrituras, a un creciente número de idiomas; el llamamiento y la capacitación de misioneros y presidentes de misión; la preparación y distribución de

publicaciones misionales y de materiales para la enseñanza; el continuo desarrollo de artículos para los medios de difusión y de proyectos de relaciones públicas; y la obligación de responder a los continuos problemas de varios miles de misioneros sirviendo en todo el mundo.⁴

Si ésa hubiera sido una época de tranquilidad, el peso de la labor y las consiguientes presiones habrían sido más que suficientes. Pero la Guerra de Corea lo complicaba todo y alteraba drásticamente el panorama misional. El gobierno [norteamericano] quería reclutar a los mismos jóvenes mormones que deseaban servir en una misión. El reclutamiento permitía ciertas excepciones, una de las cuales era la clasificación sacerdotal (4D). La posición de la Iglesia era que a un misionero le correspondía la clasificación de ministro sacerdotal, la que, por ser temporaria, sólo postergaba su servicio militar y no lo eximía. Pero algunas juntas de reclutamiento no estaban de acuerdo con ello. La nueva asignación de Gordon llevaba consigo la responsabilidad de hacer trámites a través de ese caos burocrático y representar a la Iglesia en las discusiones entre las juntas de reclutamiento y los misioneros.⁵

Algunas juntas de reclutamiento locales se negaban categóricamente a otorgar cualquier clasificación sacerdotal a los misioneros, no importa cuál fuese su condición como reclutas. Otras juntas ordenaban a los jóvenes dentro de sus respectivas jurisdicciones que abandonaran el campo misional y se presentaran para el servicio activo.' Irónicamente, las juntas de reclutamiento de Utah y de Idaho eran de las que menos cooperaban al respecto.

La incertidumbre era desconcertante, particularmente para los candidatos a misioneros, sus padres y sus líderes. No había joven que supiera lo que le deparaba el futuro o qué planes podía hacer. Y desde 1951 hasta 1953, tales circunstancias redujeron las fuerzas misionales en un cincuenta por ciento.

La desilusión fue en aumento. A un joven de Idaho la junta de reclutamiento le ordenó que regresara del campo misional y se presentara para el servicio activo. Apeló ante los tribunales estatales y federales, y perdió en ambos. La junta de reclutamiento en otro pueblo de Idaho dispuso que todos los jóvenes que estuvieran sirviendo como misioneros debían, en el término de una semana, presentarse a la entrada del edificio de los tribunales para someterse a un examen médico antes de ser reclutados.

Ante tales decisiones tomadas en un estado con tantos habitantes miembros de la Iglesia, era evidente que la Iglesia nunca lograría progresar mucho si continuaba tratando exclusivamente con las juntas locales de reclutamiento. Y así fue que el presidente Richards y Gordon viajaron a Washington, D.C., para tener una reunión con el General Lewis B. Hershey, Director Nacional del Servicio Selectivo. Su propósito era aclarar la intención del programa misional y asegurarle al general que la Iglesia no esperaba que se eximiera a sus jóvenes del servicio militar, sino simplemente que se postergara su reclutamiento por un período suficiente para que pudieran servir como misioneros.

El general Hershey no deseaba interferir con los programas de ninguna religión para llevar a cabo su ministerio y manifestó una disposición favorable hacia la causa de la Iglesia. Gracias a su apoyo y después de triunfar en una serie de apelaciones federales, Gordon cooperó con el Servicio Selectivo para llegar a lo que parecía ser un compromiso razonable: una cuota que permitía a un limitado número de misioneros servir en un determinado tiempo. Comenzando en julio de

1953, cada barrio y rama existente en los Estados Unidos podía llamar a un joven para que sirviera en una misión durante ese año y quizás a dos en el año siguiente.

El sistema de cuotas no era una solución ideal, aunque era preferible a tener que suspender todo el programa misional. Pero el sistema era, por naturaleza, motivo para disensiones y provocó resentimientos en barrios donde un joven iba a la guerra en tanto que otro salía como misionero. Gordon se enteró de muchos casos y aconsejó a muchas de las familias afectadas por tales circunstancias. Recordaba las dificultades de esos años como una "época terrible... [en la que] la continuidad misma del programa misional... estaba en juego y cada día presentaba una nueva batalla" ⁶

Al firmarse el acuerdo de paz que dio término a la Guerra de Corea se redujo la urgente necesidad de soldados y, finalmente, en junio de 1955, una resolución del Congreso declaró que los misioneros Santos de los últimos Días debían ser considerados legalmente como ministros ordenados de la Iglesia y por consiguiente supeditados al aplazamiento sacerdotal.⁷

Era difícil imaginar que una guerra librada al otro lado del mundo pudiera haberle provocado a Gordon tanto pesar, causándole tantas noches de insomnio y obligándolo a participar en un sinnúmero de reuniones, negociaciones, llamados telefónicos y deliberaciones. Un resultado positivo fue que continuó beneficiándose gracias a su amistosa relación con el presidente Richards, cuya tutela fue providencial. Gordon dijo: "Para crédito de este sabio e inspirado hombre, las situaciones que parecían imposibles de manejar se resolvían de tal manera que los jóvenes de la Iglesia podían cumplir con sus obligaciones militares y a la vez servir en misiones".⁸ Desde el punto de vista personal, Gordon aprendió de inmediato cómo encarar la burocracia y llegó a entender el efecto de las decisiones de los consejos supremos de la Iglesia. "El presidente Richards era un hombre concienzudo, considerado, cuidadoso y sabio", explicó. "Nunca tomaba decisiones apresuradas sin observar las cosas con cautela antes de proceder. Yo aprendí que en esta labor es mejor proceder cuidadosamente, porque cualquier decisión que uno tome tiene ramificaciones de largo alcance y afecta la vida de muchas personas".⁹

A su vez, el presidente Richards apreciaba mucho a su joven compañero. Después de terminada la Guerra de Corea, le expresó de esta manera su agradecimiento en una tarjeta de salutación: "No puedo manifestarle adecuadamente cuán profundamente aprecio su vinculación y su ayuda. No sé cómo podría yo llevar a cabo mis asignaciones sin el eficaz servicio que usted ofrece tan voluntariamente. Estoy seguro de que el Señor habrá de bendecirlo por ello, porque usted es un gran contribuyente a Su sagrada causa".¹⁰

Aun teniendo en cuenta los sacrificios relacionados con mantener funcionando el programa misional, los resultados obtenidos bien valieron el esfuerzo. Hacia fines de la década de 1950, el número de misioneros regulares en el mundo fue incrementándose hasta exceder los seis mil, y durante esos años se bautizaron más personas-casi medio millón-que en los primeros noventa años de la Iglesia.¹¹ A medida que el Departamento Misional fue ampliándose en alcance y tamaño, se iban agregando otros empleados para que ayudaran. Entretanto, sin embargo, aunque contaba con la ayuda de dos secretarías, Gordon continuaba siendo, en realidad, el Departamento Misional propiamente dicho. Consecuentemente, su teléfono sonaba a toda hora, noche y día, en su oficina y en su hogar: "Me iba a trabajar temprano en las mañanas y antes de que pudiera quitarme el sombrero, el

teléfono ya estaba sonando", explicó. "Durante todo el día y la mitad de la noche, mi teléfono sonaba con llamados de todo el mundo. Cada vez que algún misionero se enfermaba, extrañaba su familia, se mareaba o echaba de menos a su novia, yo recibía un llamado telefónico" .¹²

Día tras día, se ocupaba con marcada diligencia de los innumerables detalles que recaían sobre él. Tenía gran capacidad para absorber una inmensa cantidad de información y tomar medidas sin complicar las cosas o tratar de justificar sus decisiones. Conocía a cada presidente de misión en todo el mundo y había ayudado a capacitarlos antes de que fueran al campo misional. Y era, para cada uno de ellos, el primer punto de contacto en las oficinas generales de la Iglesia.

Ya para 1951, Gordon había sugerido al presidente Richards que el Departamento Misional adoptara un programa uniforme de estudio para los misioneros a fin de que los traductores pudieran ofrecer ayudas educativas en varios idiomas y que todos dispusieran del mismo manual.¹³ Ya existían tres o cuatro misiones que habían, para sí mismas, preparado planes al respecto, los cuales fueron evaluados y desarrollados en un "Programa sistemático para enseñar el Evangelio", el primer método modelo de proselitismo utilizado por la Iglesia en todo el mundo. Aunque al principio el uso de este programa era optativo, ya para 1961 la Primera Presidencia determinó que un plan uniforme de enseñanza fuera parte del programa obligatorio para capacitar misioneros en la casa de la misión de Salt Lake City.¹⁴

En tanto que Gordon adiestraba a los líderes locales, a los presidentes de misión y en ocasiones a los candidatos a misioneros en cuanto a los puntos esenciales de la obra misional, habitualmente recalca que debían convertir a los investigadores antes de bautizarlos. Y exhortaba a los líderes locales a intensificar la obra misional coordinada de miembros y misioneros.

Mediante esta participación, Gordon pudo constatar cuánto había aumentado su propio testimonio del Libro de Mormón como una clave para la conversión. La urgencia de proporcionar traducciones adicionales del Libro de Mormón fue creciendo continuamente a medida que más habitantes de países extranjeros se unían a la Iglesia y se ponía en evidencia la necesidad de contar con el Libro de Mormón en nuevos idiomas. Durante la década de 1950 el libro se publicó en nuevas, reevaluadas o actualizadas traducciones en alemán (1955 y 1959), noruego (1959), portugués (1951, 1952 y 1958), español (1950 y 1952), sueco (1959), francés (1952 y 1959), japonés (1957) y finlandés (1952). Gordon pasó muchas horas trabajando con traductores que comprendían la terminología y los diversos matices particulares de la Iglesia para producir correctas ediciones de las Escrituras en idiomas extranjeros. Había que traducir además todos los otros materiales relacionados con la obra misional y la supervisión de la Liahona, la revista oficial de la Iglesia en español, también recayó sobre su escritorio. Durante este período, se encontró frecuentemente coordinando la impresión de varias ediciones del Libro de Mormón, como también de otros materiales para los misioneros, con Thomas S. Monson, quien en esa época supervisaba la impresión de las publicaciones de la Iglesia como parte de sus responsabilidades en Deseret News Press. [Thomas S. Monson] describió con estas palabras su interacción: "Nuestro catálogo de publicaciones misionales contaba con más de cien artículos y el hermano Hinckley enfrentaba la enorme tarea de tener a mano una cantidad suficiente de cada uno de esos materiales. Juntos planeábamos lo que debía imprimirse, cuántos había que imprimir y cuándo ordenarlos de nuevo. La tarea más grande era procesar nuevos órdenes del Libro de Mormón. Cada vez que se imprimían, no importaba en qué idioma, planeábamos juntos la manera en que debía hacerse".¹⁵ En esa época, quizás no había nadie en toda la Iglesia que

estuviera mejor familiarizado con el programa misional y sus complicaciones operativas que Gordon B. Hinckley.¹⁵

El marcado énfasis de la obra misional se extendió hasta su propia vida familiar. Los hijos escuchaban la interminable narración de historias sobre misioneros que habían estado progresando en sus labores y algunas cosas relacionadas con los problemas que debían encarar en sus llamamientos. Después de haber escuchado durante meses acerca de los misioneros "en el campo", Dick-que acostumbraba a correr libremente a través de los campos que rodeaban su casa-hizo lo que para él era una pregunta lógica: ¿Por qué andaban los misioneros "en el campo"? ¿Por qué nunca venían adentro?

Inevitablemente, algunas dificultades solían suscitarse entre las numerosas tropas de misioneros que servían por todo el mundo, y cuando salían a relucir, se convertían asimismo en problemas para Gordon. Él empleaba un raciocinio natural al encarar cualquier circunstancia que surgiera y podía dedicarse personalmente a solucionar problemas basándose en algún precedente. Si no existía un criterio preestablecido para ello, procuraba entonces el consejo del presidente Richards.

Al ocuparse con la enorme variedad de detalles, preguntas y dificultades que iban a parar a su escritorio, llegó a amar tanto a sus compañeros de tarea como la tarea misma y se interesaba personalmente por el bienestar de los misioneros y de los presidentes de misión. En cierta ocasión, cuando un joven élder que padecía una seria enfermedad se vio forzado a volver del campo misional para someterse a una operación en un hospital de Salt Lake City, la Iglesia reservó una habitación cercana en la que el misionero y su madre pudieran quedarse durante su convalecencia. Desafortunadamente, el cuarto era muy sofocante debido a la alta temperatura de ese verano. Dándose cuenta de la desagradable condición en que se encontraba esa gente, Gordon les prestó el ventilador eléctrico de su oficina.

Teniendo que tomar decisiones en casos de mala conducta entre misioneros, en lo posible trataba de inclinarse hacia la clemencia. Cuando se hacía necesaria una reprimenda o una sanción, generalmente manifestaba que su primer interés era el bienestar y el futuro del infractor y que toda acción adoptada se basaba en el amor.

Las responsabilidades de Gordon requerían una íntima relación con la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce y le ofrecía un excepcional acceso a quienes servían en los más altos concilios de la Iglesia. Con gran frecuencia solía observar cómo encaraban cuestiones serias; participaba asimismo en evaluaciones que requerían tomar decisiones con consecuencias de gravedad y fue instruido en cuanto a la conducción y la administración de la Iglesia. A su vez, las Autoridades Generales fueron adquiriendo gran confianza y fe en sus opiniones, su capacidad y su integridad-por todo lo cual quedó en posición de aceptar responsabilidades adicionales.

CAPITULO 10

LA VIDA CON PAPÁ

A medida que las responsabilidades de Gordon iban aumentando en las oficinas generales de la Iglesia, también su familia iba creciendo. Al enterarse de que habrían de tener otra hija más, él y Marjorie se regocijaron mucho. Su hijo menor,

Clark, tenía seis años y había empezado a asistir a la escuela. Virginia tenía nueve años de edad, Dick casi trece y Kathy se aproximaba a los quince. Desde la mayor al menor, el nacimiento de Jane, la tercera niña de Gordon y Marjorie, el 27 de febrero de 1954, fue motivo de celebración.

La vida era realmente activa para los siete miembros de la familia Hinckley. Gordon estaba constantemente desenmarañando sus tareas en la oficina, cumpliendo sus asignaciones en la presidencia de la estaca y realizando trabajos en la casa o el jardín que necesitaban terminarse. Teniendo que cuidar a dos adolescentes, dos escolares, una bebé y un hogar, Marjorie apenas si daba a basto. Con cada temporada, el hogar de los Hinckley parecía cobrar una nueva vida.

No era fácil saber quién de todos esperaba con mayor entusiasmo la llegada del verano-si Gordon, quien sentía claustrofobia en los meses de invierno que lo confinaban a vivir entre paredes, o Marjorie, a quien le encantaba escuchar el sonido de las puertas cuando los niños la azotaban al entrar corriendo desde el patio, o los hijos, que tanto disfrutaban de su libertad para corretear por el amplio terreno que circundaba la finca de la familia. Marjorie se deleitaba en quedarse sola con sus cinco vástagos y se empeñaba en mantener cada verano sin restricciones a fin de que los niños tuvieran tiempo para echarse al suelo a disfrutar del ambiente y escuchar, si así lo querían, el trinar de los pájaros. Cada vez que llegaba el otoño, sollozaba al tener que mandar a sus hijos de vuelta a la escuela; aun en horas de clase, aguardaba ansiosa el momento en que los niños entrarían bulliciosos a la casa y empezaría a revolverlo todo en busca de algo para comer. Un día, cuando Dick tuvo que quedarse en la escuela después de hora por razones de disciplina, Marjorie fue hasta la clase y dijo a la sorprendida maestra: "Usted puede hacer lo que quiera con este niño, pero después de las 3 de la tarde él es mío".

Aunque a Gordon le encantaba East Millcreek, donde había disfrutado tanto sus despreocupados días de la infancia y ahora criaba a su propia familia, y pesar de que protegía tanto la propiedad que tan devotamente cuidaba y el hogar que había construido con sus propias manos, su decisión de mudar a la familia más cerca de la ciudad era tan fácil de vaticinar como el cambio mismo de las estaciones del año. Se exasperaba constantemente en cuanto a la distancia que tenía que viajar, como si los diecisiete kilómetros que recorría a diario fueran un fastidio insoportable. Pero cada vez que llegaba la primavera, al sentir el olor de las flores de cerezos y empezar a escarbar la tierra, y siendo que a Marjorie le encantaban las abundantes lilas de doble pétalo que florecían en su jardín, comentaban: "¿Cómo podríamos dejar atrás todo esto?"

Para los hijos, "todo esto" era realmente un cielo. Con los huertos, la pastura y el enorme patio que rodeaba una hondonada llena de senderos y escondites, creían estar viviendo en el mejor lugar de la tierra. La hondonada en la que Gordon había jugado cuando muchacho era igualmente atractiva para sus varones, quienes construían fortificaciones en la maleza y dormían por las noches en los huertos para "proteger" sus frutos contra posibles invasores. Las niñas iban de una casa a la otra en sus bicicletas o "merendaban" en el columpio del Papá Hinckley. En la mayoría de las tardes, todos jugaban hasta ya entrado el anochecer y nunca les faltaba algo que hacer en la casa para mantenerse entretenidos y ocupados.

Desde el principio, Gordon había diseñado su casa de modo que pudiera ampliarse a medida que fueran cambiando las necesidades de la familia. Aún continuaba haciendo reparaciones y modificaciones por sí mismo; por tanto, con frecuencia se encontraba envuelto en un proyecto u otro. En cualquier momento libre que le quedaba entre su trabajo y sus obligaciones en la Iglesia, ponía de inmediato manos a la obra, ya sea levantando una pared, derribando otra o agregando un

cuarto de baño, etcétera. Durante años, la mesa del comedor solía estar cubierta de planos arrollados.

El caos de las construcciones molestaba a veces a Marjorie, porque era prácticamente imposible renovar una parte de la casa sin crear confusión en otra. Pero las reparaciones de Gordon iban mejorando siempre su hogar, y siendo que las tareas tenían un efecto terapéutico en él-cuando se intensificaban las presiones en la oficina, él llegaba a casa, se ponía unos pantalones de trabajo y una desvencijada camisa blanca, se ajustaba un cinturón de carpintero y empezaba a martillar clavos-Marjorie era muy complaciente con sus proyectos.

Al ir creciendo, los muchachos tenían que trabajar a la par de su padre y si no estaban levantados entre las siete y las ocho de la mañana, Gordon iba a despertarlos: "¿Qué están haciendo en la cama todavía? Ya ha pasado la mitad del día", les decía. Sin embargo, a los muchachos les gustaba pasar los sábados con su padre. Juntos hacían reparaciones y modificaciones, plantaban y planeaban. Gordon terminaba de hacer todo lo posible ese día, sabiendo que solo de vez en cuando podría aprovechar unas pocas horas durante la semana. Aún entonces no era posible contratar a un artesano o constructor. Él sabía cómo quería que fueran hechas las cosas y aunque era ahorrativo y habilidoso, su empeño más apremiante era el buen resultado. No creía que era necesario contratar a alguien para que hiciera lo que también él mismo podía hacer-y aun mejor todavía.

"No importaba si papá ya había hecho algo similar o no", explicaba Ginny después. "Si decidía que era necesario hacer alguna cosa, la hacía. No creo que jamás se le haya ocurrido no ser capaz de hacer algo determinado y tampoco recuerdo que haya empezado nada sin completarlo".¹

Lo que lo limitaba no era su aptitud, sino disponer de tiempo; Gordon era habilidoso y podía construir o componer casi cualquier cosa. Ya fuera que se tratara de una caja de engranajes de la antigua máquina de lavar, el motor de la cortadora de césped o el automóvil, podía resolver el problema y por lo general sin tener que comprar repuestos. Cuando era necesario reparar algo, iba de inmediato al sótano o al galponcito detrás de la casa y ponía manos a la obra hasta que lo conseguía o encontraba la manera de reemplazar la parte defectuosa con algo similar. Kathy quedó muy sorprendida cuando en casa de una de sus amiguitas alguien mencionó que tenía que ir a buscar un tostador que había llevado para que se lo repararan. "No podía creerlo", dijo Kathy. "No sabía que fuera posible llevar un artefacto a alguna tienda para que alguien lo reparara. Pensaba que eso, el componer las cosas, era tarea de los padres".²

La casa era probablemente el monumento más evidente a las habilidades mecánicas, la visión, el ingenio y las cualidades naturales de Gordon. Cuando la construyó, dejó libre de travesaños ciertas secciones de las paredes, pensando en las futuras modificaciones cuando tuviera que abrir pasillos o colocar puertas a medida que fuera necesario ampliarla. Por varios años, en la sala de estar se hallaba un tocadiscos escondido que apareció cuando hubo necesidad de abrir una pared para colocar una puerta. Siendo un habilidoso plomero, Gordon tenía una caldera para derretir el plomo que usaba para ensamblar las cañerías. Con el tiempo, transformó el patio en una sala familiar y el dormitorio principal en una cocina, dividió el garaje en dos dormitorios, agregó una amplia entrada en el comedor y convirtió un cobertizo en cuarto de baño-entre muchas otras cosas. Solamente el cuarto de baño original se salvó de los martillazos de Gordon. A pesar de que la familia siempre se quejaba del repetido trastorno causado por sus construcciones, a él lo guiaba un solo motivo en su constante actividad renovadora:

'Pensaba en el aumento de mi familia y sabía que nuestro hogar podía ser cada vez más adecuado y cómodo. Lo hacía todo con la esperanza de mejorar las cosas'.³

Tal como la casa, también el jardín era el producto e inventiva de su creador quien, de acuerdo con el plan maestro de su cerebro, vislumbraba lo que llegaría a ser todo el terreno cuando concluyera su labor. Clark comentó que, desde el principio, su padre "tenía una visión y un plan para el futuro.⁴ No sólo pensaba en reparar las cosas, sino en ir mejorándolas para el futuro". Por ejemplo, el diseño original de los jardines incluía una hilera de pequeños olmos chinos en la parte sur del terreno, intercalados con otros árboles de madera dura algo más atractivos y de crecimiento lento. La idea era simple: una vez que los árboles de madera dura hubieran crecido lo suficiente, sacaría los olmos y entonces quedaría una hilera de hermosos árboles de sombra. Desafortunadamente, el proyecto tenía una falla: los vigorosos olmos crecieron tan rápidamente que terminaron por dominar todo el patio, produciendo millones de vainas de semillas que había que barrer constantemente de la entrada al garaje. Peor aún, una enorme cantidad de semillas fueron germinando abundantemente, llenando de pequeños arbolitos cada rincón del terreno. Durante todo un verano, habiéndosele asignado la tarea de arrancar todos los olmos que no fueran parte del diseño original, Clark recogió por lo menos doscientos arbolitos.

Al ir creciendo los hijos y mudándose a sus propios hogares, el mantenimiento del enorme jardín fue tornándose cada vez más difícil. Con el tiempo, llegó a ser evidente que, tal como la casa misma, la absoluta inmensidad del plan maestro contrarrestaba el empeño en llevarlo a cabo.

La familia creció acostumbrada a los constantes esfuerzos para tal fin que, aunque nunca se realizaron por completo, constituían un vigorizante objetivo. Si bien en base a las normas de la época era una residencia modesta, aquella maravilla progresista que al principio contaba con dos dormitorios y un baño tenía ahora cuatro dormitorios y dos cuartos de baño.

Desde que sus hijos eran pequeños, las reuniones requerían que Gordon volviera tarde a su casa muchas noches de la semana y virtualmente todos los domingos. Solamente Kathy podía recordar-y apenas vagamente-una temporada en que su padre no era el "presidente Hinckley". Había ocasiones en que sus hijos deseaban que él tuviera más tiempo disponible para ellos. "Solíamos, sí, estar juntos", dijo Dick, "pero nunca para ir a cazar o a pescar, sino martillando clavos y serruchando. De vez en cuando sentía lástima de mí mismo, pero con el paso de los años reconocí que, en realidad, pasamos mucho tiempo juntos".⁵

Los domingos, Gordon estaba siempre ocupado con los asuntos de la estaca, tanto en la mañana como en la noche, pero dedicaba las tardes a su familia. Habitualmente, al llegar a la casa después de las reuniones, juntaba a todos los miembros de la familia y a muchos amigos para conversar con ellos.

En esas horas de la tarde, parecía como si el tiempo se detuviera, lo cual era para deleite de todos. Así era porque Gordon tenía que comprimir una enorme cantidad de trabajo durante los otros seis días de la semana. La eficacia y la puntualidad eran "marca registrada" de Gordon-de ahí que fuera tan impaciente con todo lo que trastornara su tiempo, como ser las multitudes y tener que formar fila. El día en que se conmemora a los soldados muertos en la guerra, la familia acostumbraba a llevar flores al cementerio antes de las 7 de la mañana a fin de "adelantarse al gentío". (Ya siendo adultos, los hijos se sorprendieron al descubrir que bien podrían haberlo hecho aun al mediodía sin tener problemas de tránsito.) Para Gordon,

media docena de automóviles a la vez en cualquier lugar constituía una aglomeración.

Todos los veranos, la familia iba por lo menos una vez a un cine al aire libre, pero prácticamente nunca se quedaban hasta que terminara la película. Antes del final, Gordon encaminaba el automóvil hacia la salida para no arriesgarse a formar cola en el tráfico. Si una recepción de bodas comenzaba a las 6 de la tarde, él y Marjorie arribaban a las 5 y 30 para evitar la muchedumbre. Si programaba una reunión para que comenzara a una hora determinada, los que asistían a la misma sabían que tenían que estar sentados diez minutos antes porque era más probable que la comenzara antes de hora. En días de semana iba a trabajar bien temprano y por lo general estaba sentado a su escritorio antes de las 7, pero salía de su oficina en camino a su casa a eso de las 5 de la tarde para así evitar la conglomeración del tránsito automotor. Muchas veces, al llegar, se ponía ropa de trabajo y dedicaba una hora a su último proyecto antes de cambiarse de camisa y ponerse una corbata para ir al centro de estaca. "Papá nunca tuvo problema para hacer en veinticuatro horas más que nadie que yo conozca", dijo Kathy. "Nunca tuvo paciencia en cuanto a la falta de disciplina y menos todavía con los que malgastan el tiempo, particularmente el suyo".¹⁶

Desde el punto de vista de Gordon, siempre hubo una buena razón para que se preocupara en cuanto al tiempo. Según su propia experiencia, todo aquel que es disciplinado tiene una visión de lo que quiere realizar y si se esfuerza generalmente triunfa. "No hay nada que no podamos hacer cuando queremos hacerlo y estamos dispuestos a trabajar con afán", decía con frecuencia a sus hijos. "Ustedes son tan inteligentes y capaces como cualquier otra persona, y si quieren hacer algo, háganlo". Aunque nunca consideró en realidad que sus hijos e hijas eran extraordinariamente geniales o talentosos, siempre deseaba que pudieran, cada uno, apreciar sus posibilidades.

También le decía a Marjorie que esperaba que sus hijos se casaran en el templo, obtuvieran una buena educación, contemplaran el mundo y conocieran a su gente. También quería que vieran la vida más allá de lo que experimentaban en East Millcreek y captaran un sentido de las aventuras y el potencial que les esperaba en el futuro. Los libros y la educación eran medios para tal fin. A Gordon le encantaban las palabras y la hora de la cena frecuentemente le ofrecía una oportunidad para enseñar a sus hijos una lección de gramática al corregirles la manera en que empleaban el idioma, construían las frases y pronunciaban las palabras. Esperaba que sus hijos tomaran con toda seriedad su educación escolar e hicieran al respecto lo mejor que pudieran.

Al mismo tiempo que administraba el hogar, Marjorie cumplía con otras asignaciones complicadas. Servía ya sea como presidenta de la Sociedad de Socorro, de las Mujeres jóvenes o de la Primaria del barrio o como directora de la campaña contra el cáncer en la comunidad y aceptaba muchos otros programas que se beneficiaban mucho a raíz de su entusiasmo y habilidad para alentar a otros para que participaran. Durante años enseñó las lecciones de Refinamiento Cultural en la Sociedad de Socorro y se granjeó la reputación de ser una instructora sobresaliente. La familia se acostumbró a ver libros diseminados por toda la casa cuando ella se preparaba para la próxima lección.

Marjorie era un singular ejemplo de apoyo e independencia, una mujer cuya cálida y genuina disposición amigable atraía a mucha gente. Ella no era presumida, no pretendía poder o posición alguna ni trataba de figurar. Y tenía la capacidad para hacer que las personas con quienes se relacionaba se sintieran bien recibidas y cómodas consigo mismas.

La atareada agenda de Gordon requería que su esposa fuera tolerante y flexible. Pero aunque naturalmente optimista y serena, Marjorie era asimismo decididamente independiente e inclinada a hablar con toda franqueza y trazar límites donde lo consideraba justo. Si estaba convencida en cuanto a alguna cosa, no vacilaba en decírselo a Gordon, y él respondía en la debida forma. Así como no se imponía a sus hijos, tampoco trataba de dominar a su esposa. Gordon no tenía interés en controlarla porque sabía que ella era completamente capaz de administrar el hogar y de criar a sus cinco activos hijos.

Años más tarde, Clark observó: "El carácter independiente de mi madre es algo muy interesante. Siempre apoyó a papá, pero ella es también la única persona que puede refrenarlo. Si ella le decía, 'Esta semana no harás reparaciones en la cocina, y eso es todo', papá ni siquiera tocaba la cocina. A él siempre le ha encantado en ella ese rasgo de personalidad".⁸

Tiempo después, Gordon comentó ante un auditorio de toda la Iglesia: "Desafortunadamente, algunas mujeres quieren remodelar a sus esposos en base a sus propios designios. Algunos esposos consideran como una de sus prerrogativas el obligar a sus esposas a satisfacer las normas de lo que les parece ideal. Eso nunca resulta" Lo que ha resultado en el caso de los Hinckley es el respeto y la colaboración entre uno y otro.

Eso no quiere decir que no hayan tenido algunas discordias en el hogar. Los Hinckley han experimentado las lógicas irritaciones y molestias típicas de la vida familiar. Pero, en general, todo ha sido parte de una rutina natural. Los familiares y los amigos sabían que no debían llamarles muy tarde porque las luces se apagaban siempre a las 10 de la noche. A través de su vida, Gordon ha declarado: "Si se acuestan a las 10 de la noche y se levantan a las 6 de la mañana, todo les saldrá bien". Y también hay otras fórmulas que él no sólo predicaba sino que también llevaba a la práctica. Una de las reglas básicas que les destacaba repetidamente a sus hijos era ésta: "Pónganse de rodillas y pidan ayuda; entonces, levántense, pónganse a trabajar y podrán encontrar la manera de superar cualquier situación".

Un tema que los hijos incluían en sus oraciones cada verano era que no sucediera nada que pudiera postergar o, pero aún, cancelar las vacaciones anuales de la familia que Gordon siempre les prometía para cuando terminara de atender sus deberes en la oficina. Marjorie y sus hijos nunca estaban totalmente seguros del día en que ello sucedería, así que cuando él anunciaba que iba a ser al día siguiente, se producía un revuelo al ponerse todos a preparar las cosas, llenar las bolsas de agua que colgarían del paragolpes del auto y elegir libros para leer durante el viaje. El día señalado, se levantaban a las 4 de la mañana pero nunca salían antes de las 5- entre los rezongos de Gordon, claro está. Los niños casi siempre reñían entre sí antes de llegar a los límites de la ciudad y en tales circunstancias él detenía el automóvil y les anunciaba con impaciencia: "Si no pueden quedarse quietos, regresaremos ya mismo a casa". Una vez que la vacación estaba en plena marcha, todos pasaban un tiempo maravilloso.

Las vacaciones les llevaban por todo el panorámico oesteal cañón Bryce, donde Gordon, Kathy y Dick descendían hasta el fondo del impresionante desfiladero y luego escalaban hasta la cumbre; a Moab y el Valle de los Monumentos, donde un día Dick se mareó al ver que el automóvil tenía que andar por el borde de un precipicio y dijo: "Cuando nuestro Padre Celestial creó el mundo se olvidó de completar esta parte"; y al Parque Nacional Yellowstone, donde se tapaban la nariz al caminar en puntillas alrededor de los pozos de lava. Para cuando los hijos llegaron a ser adultos, ya habían visitado, según Marjorie, "cada pulgada cuadrada" de Utah y preferían éste, su estado natal, por las maravillosas formaciones de

arenisca roja y las cumbres de las Montañas Wasatch. También viajaban a muchos otros lugares fuera de Utah.

Marjorie acostumbraba a leerles a los miembros de la familia durante los viajes y juntos exploraban el mundo literario, y se ensimismaban con historias a las que ella daba vida con su manera de relatarlas. Cuando terminó de leerles el cuento *Where the Red Fern Grows*, todos en el auto sollozaban. El tierno capítulo final coincidió con su llegada a destino—el hogar de una tía en el estado de Nevada. Gordon dio varias vueltas alrededor de la manzana hasta que todos lograron tranquilizarse antes de llamar a la puerta.

Gordon consideraba que las vacaciones eran magníficas oportunidades educacionales, así que se detenía en cada mojón histórico a la vera de los caminos y les relataba el evento que conmemoraban. Parecía conocer las fechas y los detalles de casi todos los lugares de interés histórico. Cuando era posible, hacía un alto en el Fuerte Cove o en Fillmore, donde les narraba las historias sobre Ira Hinckley y otros de sus antepasados.

Con respecto a la disciplina, ni Gordon ni Marjorie eran propensos a imponer en sus hijos normas muy rígidas. Gordon siempre decía que ya había predicado lo suficiente en otros lugares y que no tenía deseo alguno de llegar a su casa y continuar haciéndolo. Manejaban la disciplina más o menos de igual manera. Ambos pensaban que toda medida correctiva sólo provocaba resentimiento. "Mamá y papá nos enseñaron que hay una diferencia entre los principios y los reglamentos", explicó Ginny. "No existen suficientes reglamentos que puedan decirnos lo que tenemos que hacer en cada circunstancia. Pero nos impartían algunos principios. Teníamos libertad para tomar decisiones porque conocíamos los principios fundamentales en los que debíamos basarnos".⁸

Los Hinckley enseñaban a sus hijos esos principios--ser responsables, trabajar con afán, cumplir con su palabra, obtener una buena educación, ser disciplinados, completar lo que comenzaran, guardar los mandamientos, etcétera--mediante el ejemplo, que es el mejor libro de texto. Dick recordó un período crucial en su propia vida, diciendo: "Cuando en mi adolescencia tuve ciertas interrogantes y dudas, mi padre era como un ancla para mí. No recuerdo haber analizado con él muchas de mis preocupaciones, pero en mi corazón yo sentía que él sabía que el Evangelio es verdadero, y eso era realmente significativo para mí. Yo sabía que él era un verdadero creyente--no porque manifestara abierta y repetidamente sus sentimientos, pero yo simplemente sentía en mi interior que él lo sabía. Para él, Dios era una persona real. Las experiencias de José Smith eran, para mi padre, algo real. Nunca se me ocurrió siquiera pensar que él dudara de su autenticidad. Nuestros padres nos enseñaban más por el ejemplo que por la predicación. Observábamos que se guiaban por principios y entonces hacíamos lo mismo".⁹

Cuando surgían los inevitables problemas relacionados con la crianza de los hijos--tales como las multas de tráfico, pequeños accidentes, las llegadas tarde a casa--Gordon tenía su propia manera de responder: tomaba las tijeras, salía afuera y se ponía a podar árboles. Ese ejercicio era, para él, una buena terapia.

A través de todo esto, los hijos de la familia Hinckley llegaron a entender que debían ajustarse a ciertas normas. Una vez establecido un código de conducta, Gordon y Marjorie no necesitaban estar vigilándolos constantemente. Querían que sus hijos y sus hijas se fortalecieran a sí mismos a fin de que aprendieran a tomar sus propias decisiones y entonces seguir adelante.

La oración familiar era uno de los fundamentos en los que Gordon y Marjorie dependían para proteger a sus hijos de los males del mundo. Años después, Dick conservaba un vívido recuerdo del efecto que las oraciones de su padre surtían en él: "No recuerdo que haya habido un solo día sin que tuviéramos la oración familiar. Cuando era su turno ofrecerla, mi padre oraba con profunda sinceridad, pero nunca con tono dramático o apasionado. Llegamos a saber cuán profunda era su fe con sólo escucharle orar. Se dirigía a Dios con gran reverencia, como que si se tratara de un sabio y venerado maestro o consejero, y se refería con intenso sentimiento al Salvador. Cuando era niño, yo sabía que, para él, se trataba de personajes reales- que él los amaba y reverenciaba, y que apreciaba profundamente el sufrimiento del Salvador". Gordon oraba con regularidad por sus hijos, por sus maestros y por todos aquellos que se hallaban "afligidos y oprimidos" y "abandonados y temerosos". Entre otras cosas, sus oraciones enseñaban a la familia a dónde podrían acudir siempre en caso de necesidad. Una de las frases que empleaba con frecuencia quizás no tuvo un efecto cabal cuando sus hijos eran niños, pero prevaleció en ellos tiempo después: "Oramos para poder vivir sin tener que lamentarnos".

Había otras características en la familia Hinckley que incrementaban un sentimiento de seguridad en sus hijos. Ni Gordon ni Marjorie fomentaban la actitud de hacer algo simplemente para figurar. "Siempre nos sorprendía que otras personas insinuaran que necesitábamos ser perfectos", dijo Ginny. "Mamá y papá nunca nos hicieron sentir que teníamos que hacer algo sólo para hacerles sentir bien".¹⁰ No obstante, Gordon y Marjorie les decían que esperaban que sus hijos procedieran con integridad y que cooperaran cada vez que se les pidiera. "Nuestros padres tenían una cierta manera de hacernos sentir que éramos los mejores niños que ellos conocían", dijo Clark. "Nunca nos hicieron creer que éramos mejores que los demás, pero pensábamos que para ellos probablemente éramos un poquito más inteligentes y más trabajadores que otros niños"¹¹. Frecuentemente, Gordon les decía que no estaba interesado en tener ningún genio en la familia, que las cárceles estaban llenas de genios que se habían creído demasiado vivos. "Pero mamá y papá nos hacían sentir que si bien no éramos los niños mejor dotados, ellos estaban inmensamente satisfechos con nosotros", agregó Ginny.¹²

De todas maneras, Gordon y Marjorie se las arreglaban para saber siempre lo que sucedía en la vida de sus hijos, aun mientras permanecían lo suficientemente a la distancia para que aprendieran a tomar sus propias decisiones. Cuando cursaba su último año en la escuela secundaria, Kathy sabía que se esperaba que comprara su propio distintivo al graduarse del seminario. El distintivo costaba cuatro dólares y cincuenta centavos, lo que parecía ser una extravagancia siendo que nunca volvería a usarlo, así que ella y varias de sus amigas decidieron no comprarlo. Sin embargo, al acercarse la fecha de su graduación, todos, a excepción de Kathy, accedieron a la exhortación de la directora del seminario de que compraran el distintivo. Kathy fue la única en oponerse. La situación fue aun más violenta cuando invitaron a Gordon para que hablara en el banquete de graduación y la directora temía avergonzarse cuando todos, excepto Kathy, recibieran el distintivo. Para entonces, todo era ya cuestión de principios y Kathy rehusó cambiar de idea. Una noche, sonó el teléfono. A juzgar por las palabras de su padre durante la llamada, Kathy pudo percibir que la directora le estaba refiriendo el caso del distintivo. "Oh, bueno, si así lo ha decidido ella, así debe ser", dijo Gordon, al terminar la conversación. "Ésa era la directora, que llamó acerca del distintivo del seminario", le informó a Kathy. Ésta respondió: "Yo no quiero gastar \$4,50 en ese distintivo, pero veo que va a ser difícil que asista al banquete si he de ser la única que no recibirá uno". Su padre dijo entonces: "Y bueno, ya oíste todo lo que yo puedo decir".

Kathy no compró el distintivo ni asistió al banquete. "Ni mamá ni papá me dijeron jamás otra palabra al respecto", comentó. "Estoy segura de que se tienen que haber preguntado por qué simplemente no me amoldé a la situación, pero ésa era mi decisión y ellos la respetaron. Ese incidente fue una de las cosas que me enseñaron lo que era importante para ellos-era yo, no el distintivo del seminario".

En otra ocasión, el maestro de la Escuela Dominical de Kathy insistió en que toda la clase diera su testimonio el domingo siguiente durante la reunión de testimonios. A Kathy le molestó que la obligaran a hacer algo tan personal para ella, así que informó a la familia que no tenía intención de participar. Nuevamente, sus padres decidieron no contribuir a que la situación se convirtiera en un problema. "Mamá y papá procedían en base al principio de que éramos bastante inteligentes para tomar nuestras propias decisiones", explicó Kathy. "No nos ponían obstáculos y por lo tanto no había nada que necesitáramos esquivar. Me dejaban probar mis propias alas y resolver las cosas por mí misma, confiando en que, a la larga, yo adoptaría la decisión que ellos esperaban en primer lugar".¹³

Cada uno de los hermanos y hermanas de Kathy tuvieron experiencias similares. La asistencia de Ginny a la Mutual era menos que perfecta durante su último año en la escuela secundaria. No había muchas jóvenes de su edad en el barrio y teniendo tantas tareas escolares a veces se quedaba a estudiar en su casa. En cierta ocasión, la presidencia de las Mujeres jóvenes fue a ver a Gordon y a Marjorie para explicarles que, a raíz de que la asistencia de Virginia era tan irregular, corría el riesgo de no recibir el Premio Individual del sexto y último año-un reconocimiento anual basado principalmente en la asistencia. Padeciendo la hipersensibilidad propia de la adolescencia, Ginny estaba segura de que aquellas líderes no estaban tan interesadas en el bienestar personal de ella como en lo inusitado que sería que la hija de Gordon Hinckley no recibiera el premio. Después de que las líderes se fueron, ni su padre ni su madre le dijeron absolutamente nada con respecto a la conversación que habían tenido.

Cuando era alumna de la escuela secundaria, Jane le mencionó por casualidad a su madre que una amiga suya no iría a estudiar con ella porque estaba en confinamiento. "¿En confinamiento? ¿Qué disparate es ése?", le preguntó Marjorie. Jane le explicó que su amiga se había comportado mal y que por un tiempo determinado podía salir de su casa solamente para asistir a la escuela. Considerándola como una manera arbitraria de castigo, Marjorie no podía creerlo y exclamó: "¡Ésa es la cosa más ridícula que jamás he escuchado!".¹⁴

Marjorie pensaba que había ciertas cosas que no merecen intervención, angustia o, peor aún, castigo alguno; y por supuesto no eran dignas de que suscitaran un conflicto entre padres e hijos. "Aprendí que tenía que confiar en mis hijos", dijo tiempo después, "así que nunca trataba de decir que no cuando era posible decir que sí. Mientras criábamos a nuestra familia, todo era cuestión de completar el día y en lo posible divertirnos a la vez un poquito. Sabiendo que de todas maneras no podría decidir nada por mis hijos, yo trataba de no preocuparme por nimiedades. Creo que heredé eso de mis padres, porque ellos tenían absoluta confianza en mí y en mis hermanos. A pesar de algunas dificultades, Gordon y yo tratábamos de tener esa misma confianza en nuestros hijos".¹⁵

Un domingo por la mañana, al prepararse la familia para asistir a la iglesia, Ginny se quejó preguntando a su madre: "¿Tengo que ir a la iglesia hoy?", a lo que Marjorie, sin vacilar, respondió con calma: "No, no tienes que ir si no quieres hacerlo". Después de una breve pausa y como si se tratara simplemente de algo lógico, agregó: "Pero si has de quedarte en casa, ¿por qué no preparas la cena?"

Sería maravilloso regresar a casa después de la iglesia y que alguien estuviera esperándonos con la cena lista". Ginny estuvo de acuerdo y Marjorie se fue pensando que quizás tendría que haber encarado las cosas de otra manera. "Virginia jamás se quedó otra vez en casa", dijo Marjorie. "Descubrió que era mejor ir con la familia que quedarse sola en la casa. En aquella ocasión, hice bien en no provocar un altercado con el asunto".¹⁶

Hubo circunstancias en que la enseñanza entre padres e hijos fue más directa. Un día, Kathy le preguntó a su padre cómo era que había diferentes opiniones entre las Autoridades Generales y que sin embargo los miembros de la Iglesia tenían que seguir al profeta. La respuesta de Gordon fue concluyente: "Préstale atención al Presidente de la Iglesia y nunca cometerás errores". En otra oportunidad, Kathy y su padre se hallaban caminando por el centro de la ciudad y se detuvieron a conversar con un conocido de él. Kathy se quedó mirando al hombre, algo perturbada por su aspecto. Al seguir caminando por la calle, le preguntó a su padre qué pasaba con ese hombre. "Su apariencia me dice que es un hombre que no honra su sacerdocio", respondió Gordon. Ésa fue una lección que Kathy no habría de olvidar nunca. "El comentario de papá produjo en mí un gran impacto", dijo. "Llegué a la conclusión de que algo que hace del mundo un lugar seguro es el hombre que honra su sacerdocio"¹⁷

Gracias a tales experiencias, Kathy y sus hermanos y hermanas aprendieron, a confiar implícitamente en sus padres. "Aun cuando era jovencita pude reconocer que mi padre poseía lo que yo consideraba buen juicio y sabiduría", comentó una vez. "Él parecía saber y entender las cosas por encima de lo que es obvio. No nos obligaba, no se ponía a filosofar, sino que nos hacía preguntas que inevitablemente daban lugar a una adecuada declaración. Parecía tener la innata capacidad para comprender toda situación. Yo tenía el presentimiento de que él siempre sabía exactamente lo que era apropiado y lo que no lo era".¹⁸

Las reacciones de Gordon y Marjorie en cuanto a los distintivos del seminario, los premios y otras cuestiones semejantes, se veían siempre templadas por su proverbial naturaleza sencilla. "Era de gran ayuda", dijo Jane una vez, "que tanto mamá como papá pudieran reírse de sí mismos y tomar las cosas con humorismo. De alguna manera, siempre evitaban reaccionar exageradamente ante todas nuestras rencillas cotidianas"¹⁹. Marjorie admitió: "Tratábamos de no tomar las cosas muy en serio, porque sabíamos que eso suele causar problemas".²⁰ Realmente, tanto Gordon como Marjorie reconocían sus propias flaquezas y las tomaban abiertamente en broma. El buen humor era algo típico en esa familia en que todos tenían la habilidad para reírse de sí mismos como si fuera algo esencial para su supervivencia. A Gordon le encantaba escuchar o contar buenos chistes y solía reírse tan apasionadamente al aproximarse a la culminación del relato que hasta parecía no poder, seguir hablando o que se le cortaba la respiración. Ver la manera en que reaccionaba era á veces más cómico que el cuento en sí. Las reuniones familiares llegaron a ser verdaderas celebraciones, al punto de transformarse en un jolgorio.

Los hijos de la familia Hinckley con frecuencia oían a su madre decir: "La única manera de vivir bien la vida es acostumbrándonos a reír", y Marjorie lo aplicaba con su esposo y toda la familia, sin ofenderse jamás ante hechos o palabras sin mala intención y encarándolo todo con una actitud de buen humor. Aunque según sus hijos vivía preocupándose, siempre trataba de reír aun cuando sentía el deseo de llorar. Un día, al sacar del horno cierta comida que ella consideraba deliciosa, Dick le preguntó inocentemente: "Mamá, ¿por qué horneaste: la basura?"

Como padres, Gordon y Marjorie se basaban en su propio instinto y aunque los resultados no siempre evidenciaban un padre y una madre perfectos, criaron una familia sólida y cariñosa. Él nunca había leído un manual sobre paternidad, pero Gordon habló tiempo después a millones de personas sobre ese tema. Sus consejos siempre se han basado en lo fundamental, como lo indicó en un discurso al identificar cuatro principios sencillos que los padres podrían considerar al criar a sus hijos: amarlos, enseñarles, respetarlos y orar con ellos y por ellos.²¹ .

CAPITULO 1 1

TEMPLOS PARA CUBRIR LA TIERRA

Terminada la Guerra de Corea y con la promesa de un retorno gradual a las normas regulares concernientes al llamamiento de misioneros, Gordon bien podría haber esperado descansar de las horas interminables y de las repetidas dificultades que debió pasar en su trabajo. Pero no sería así.

El 5 de agosto de 1953, el presidente David ©. McKay dio la palada inicial y dedicó el lugar para un templo en Zollikofen, Suiza. Dicha ocasión tuvo gran significado para los miembros de la Iglesia, tanto en Europa, quienes se beneficiarían directamente al contar con un templo en su continente, como para todos los demás en el mundo, quienes proclamaron el acontecimiento como una evidencia de que la Iglesia estaba convirtiéndose en una organización de alcance e importancia internacional. Aunque él no lo percibió en ese momento, el evento llegaría a tener asimismo una íntima y profunda influencia en Gordon.

Cierto día en el otoño de 1953, el presidente le pidió que fuera a su oficina para tener una entrevista privada, durante la cual le explicó algunas de las importantes dificultades que el nuevo templo europeo presentaba. "Hermano Hinckley" comenzó diciéndole, "como usted sabe, estamos construyendo un templo en Suiza, el cual será diferente de otros templos, los, ya que tendremos que servir a miembros que hablan muchos distintos idiomas. Quiero que busque usted una manera de presentar las instrucciones del templo en varios idiomas europeos empleando un número mínimo de obreros". Tenía que desempeñar tal función simultáneamente con sus obligaciones en el Departamento Misional y el templo iba a ser dedicado dos años después. La nueva asignación le imponía una responsabilidad repleta de exigencias y relacionada con temas tan sagrados y sublimes como ninguna otra dentro de los propósitos del Evangelio.

Necesitaría un lugar espacioso y reservado para la tarea. El presidente McKay autorizó el uso de una sala en el quinto piso del Templo de Salt Lake donde Gordon podría estudiar y meditar en cuanto a la dirección que el proyecto habría de tomar. En las noches, los sábados y algunas mañanas de domingo se dedicó a examinar el lenguaje de las ceremonias del templo, a bosquejar ideas y a orar al Señor para que lo guiara.

El presidente McKay se reunía frecuentemente con él los domingos de mañana temprano en el templo. Gordon pedía el consejo del Presidente de la Iglesia acerca de la manera en que las palabras y la presentación debían adaptarse a fin de satisfacer los propósitos ya descritos. Solamente Marjorie sabía en cuanto al proyecto de su esposo y a la razón por que estaba súbitamente ausente del hogar más que antes.

Después de mucho estudiar y meditar, Gordon presentó una recomendación: Parecía ser que la manera más eficaz de conducir a grandes números de

participantes a través del sagrado servicio en el templo en varios idiomas y con un mínimo de obreros era hacer la presentación mediante una película. El problema ahora sería producir un filme que no sólo protegiera el carácter de las instrucciones del templo sino que, a la vez, resultara ser una digna representación de esa obra tan sagrada. Gordon reunió a un grupo de colegas muy capaces, creativos y dignos de entrar al templo que le ayudarían a diseñar y producir esa tarea tan singular: Frank Wise, un excelente productor cinematográfico que había ayudado ya en materia de filminas misionales y otros proyectos; Paul Evans y Joyce (Joe) Shaw, de KSL; Joe Osmond, el electricista de la Iglesia; Winnifred Bowers, una experta en vestuario; Harold¹. Hansen, de la Universidad Brigham Young, quien dirigía el espectáculo del Cerro Cumorah; y Bill Demos, un diseñador de escenarios.

Pusieron manos a la obra. La ornamentada sala de tres pisos en la que el presidente Wilford Woodruff había dedicado el templo en la primera de 31 sesiones parecía ser ideal. Gordon y sus compañeros comenzaron convirtiendo en un decorado cinematográfico el amplio lugar entre los pedestales del este y del oeste. Como telón de fondo para las cámaras, colgaron un enorme lienzo desde el cielo raso, hasta el suelo, usaron poleas industriales para levantar varios artefactos a través de las grandes ventanas del cuarto e instalaron una línea de energía eléctrica capaz de suministrar el voltaje necesario para las luces y las cámaras. Los ascensores del templo detrás de la puerta posterior posibilitaron el transporte de pequeñas cantidades de materiales directamente hasta el quinto piso sin distraer la atención de los obreros.

Trabajaban en días sábados y feriados, desde el alba hasta el atardecer en sus exigentes deberes en el templo sin perturbar sus correspondientes empleos. Al cabo de un año de largas horas e incesantes exigencias, terminaron la película en inglés. Y aunque la misma debió mejorarse en producciones posteriores el presidente McKay quedó muy satisfecho con tal esfuerzo pionero. Completada ya la versión en inglés, ahora tenían que producir el sagrado servicio en una docena de otros idiomas, y para cada película se necesitaban diferentes repartos y nuevas traducciones. Sólo mucho tiempo después habría de adaptarse una sola película para usarla en múltiples idiomas.¹

Una vez que la producción quedó terminada, se presentó otro delicado problema. ¿Dónde podrían procesarse las películas sin el riesgo de divulgar su lenguaje tan sagrado? Después de considerar varias posibilidades, Gordon se puso en contacto con un viejo amigo, James B. Keysor, un miembro de la Iglesia en California, quien mediante sus conexiones en Hollywood hizo los arreglos para que un laboratorio procesara la película de tal manera que solamente algunas personas previamente autorizadas podrían ver su contenido.

Finalmente, se completó la producción. Pero aún había que preparar muchas cosas más antes de la dedicación del templo. Como consecuencia de ello, Gordon se aprestó para viajar a Suiza antes de la dedicación a fin de asegurarse de que todo estaría listo para cuando arribara el presidente McKay. Para gran deleite suyo, invitaron a su esposa Marjorie para que lo acompañara, pero él estaba muy preocupado con las dificultades relacionadas con el transporte de los materiales del templo a Suiza.

Consiguientemente, se tomaron complicadas precauciones con el fin de proteger dichos materiales conteniendo la sagrada ordenanza. Llevando consigo los rollos de película de 16 milímetro en dos pequeñas valijas y las grabaciones sonoras en dos pequeños barriles, Gordon y Marjorie partieron rumbo a Suiza.

Cuando llegaron a Basilea, el funcionario de aduanas preguntó qué contenían los barriles, Gordon le contestó: "Películas y disertaciones religiosas". El agente respondió: "No le puedo dejar pasar las películas por la aduana sin la aprobación del consejo federal cinematográfico". Y agregó que tendría que transferir los rollos de película a Berna, donde se someterían a la consideración del consejo en un par de días. Con gentileza, Gordon trató de persuadir al funcionario que le permitiera entrar con las películas, pero luego desistió de ello al pensar que era mejor evitar un debate antes de llamar indebidamente la atención a tan valioso equipaje. Con cierta renuencia, depositó los rollos bajo garantía e hizo los arreglos para que se transfirieran a la aduana suiza en Berna, donde los recogería en la mañana del lunes siguiente.

Al otro día Gordon y el presidente William F. Preschon, de la Misión Suiza-Austriaca, ayunaron y le suplicaron al Señor que mantuviera las sagradas películas fuera del alcance de otras manos. Temprano en la mañana del lunes, fueron a la aduana en Berna donde nuevamente le pidieron a Gordon que declarara el contenido de su equipaje. Entonces, por segunda vez, respondió: "Películas y disertaciones religiosas". El funcionario aceptó su declaración y los envió a la oficina del consejo federal cinematográfico donde otro funcionario les hizo una serie de preguntas.

"¿De qué trata esta película?" "Disertaciones y música religiosas", respondió Gordon. "¿Cuál es su propósito?" "Son para utilizarlas en el nuevo templo que estamos construyendo en Zollikofen". "¿Cuál es su título?", preguntó el funcionario. "No tiene título, respondió Gordon. "¿Cómo es posible que estas películas no tengan título?", siguió preguntando el funcionario. Con mucho cuidado, Gordon le dijo: "Se trata sólo de una disertación, y nosotros no les ponemos título a cada disertación que se da en nuestra iglesia". A medida que le explicaban la naturaleza de los materiales, fue manifestándose en el funcionario un amistoso entendimiento y cooperó de un modo sorprendente y estampó todos los sellos necesarios. Recogieron los rollos de película y los llevaron al templo. Nadie vio una sola escena ni escuchó una sola palabra de las películas.¹²

Tanto Gordon como Marjorie se enfrascaron de inmediato en la excitación de los acontecimientos que ocurrían en Zollikofen. Temprano cada mañana tomaban el tranvía hasta el templo, listos para abordar las tareas del día. Marjorie ayudaba en todo, desde planchar ropa hasta pasar la aspiradora. Gordon supervisaba la instalación de los proyectores y el equipo sonoro, sincronizaba las diferentes partes del filme y la banda de sonido, y repasaba cada versión de la película en los diferentes idiomas.

Las largas horas y el afán que precedieron la dedicación fueron abundantemente recompensados por los eventos subsiguientes. Durante cinco días, el presidente McKay dirigió sesiones dedicatorias del templo en el cual muchos santos de toda Europa experimentaron una notable manifestación del Espíritu. Todo lo acontecido había sido tan dulce y espiritualmente agradable como nada en lo que Gordon había jamás intervenido. "Al observar a aquellas personas de diez naciones que se habían congregado para participar en las ordenanzas del templo", comentó tiempo después, "al contemplar a gente anciana proveniente del otro lado de la Cortina de Hierro y que había perdido a sus familiares en las guerras que tanto les acosaron y presenciar sus expresiones de gozo y sus lágrimas de regocijo que surgían de sus corazones como resultado de las oportunidades que recibieron; al ver a aquellos jóvenes esposos con sus esposas: y sus hijos-esos niños tan alegres y hermosos-y contemplar a esas familias que se unían en una relación eterna, supe con una certidumbre que sobrepasaba todo lo que había sabido antes de eso que [el presidente McKay] fue inspirado y enviado por el Señor para llevar esas preciosas

bendiciones a la vida de aquellos hombres y mujeres de fe provenientes de las naciones de Europa".³

Se había dispuesto que la obra del templo no comenzaría hasta la mañana del lunes 19 de septiembre, pero preocupado acerca de los miembros de países vecinos que tenían que regresar sin demorarse, el presidente McKay le preguntó a Gordon si era posible empezar las sesiones de inmediato. Entonces él y sus ayudantes trabajaron el jueves casi toda la noche después de la última sesión dedicatoria a fin de que dos grupos de santos de habla alemana pudieran recibir sus investiduras al día siguiente. También los miembros de la Misión Francesa que deseaban participar en sesiones en francés pudieron hacerlo. Los santos de Suecia y de Holanda solicitaron lo mismo. El resultado fue que las sesiones del templo se llevaron a cabo ininterrumpidamente desde ese viernes a las 7 de la mañana hasta el sábado a las 7 de la noche. Gordon y los demás miembros designados para que escoltaran a centenares de santos a través del templo por primera vez, trabajaron nuevamente durante toda la noche.⁴

En una carta al presidente Richards, Gordon describió de esta manera aquellos dos primeros días de labor en el Templo de Suiza: "Si [mi respuesta a sus preguntas] parece ser un tanto confusa, es porque he estado trabajando por dos noches seguidas. El jueves trabajamos hasta las cuatro de la mañana preparando las cosas para la [primera] sesión. El primer grupo pasó ayer a las ocho de la mañana y el último terminó esta mañana a las seis y media sin descanso alguno. Yo tuve que encargarme de todo el equipo usado para la presentación, siendo que todavía no tienen a nadie acá que ya haya entrado al templo. El ingeniero local pasó ayer y espero que ahora podrá aprender todos los detalles en pocos días y así podrá yo regresar a casa. El presidente McKay presenció ayer la primera sesión en alemán y quedó satisfecho con los resultados. Desde entonces hemos tenido otra sesión en alemán, como así también sesiones en francés y en sueco, y teniendo en cuenta los problemas de idiomas y el hecho de que la gente ha recibido muy pocas instrucciones preparatorias en cuanto a la obra del templo, todo se ha desarrollado notablemente bien. Yo estoy seguro de que habría sido extremadamente difícil presentar el servicio en seis idiomas y hacerlo con eficacia sin contar con algo del programa que estamos utilizando".⁴ Al mes siguiente, en la conferencia general, el presidente McKay reconoció los "incansables esfuerzos" del élder Gordon B. Hinckley", que hicieron posible que miles de santos europeos pasaran por el templo antes de regresar a sus hogares.⁵

Aunque quedó física y emocionalmente agotado cuando partió de Suiza, Gordon se sentía muy entusiasmado ante todo lo que había acontecido. Si no hubiera sido por la ayuda de aquellos dedicados colegas que trabajaron incesantemente durante meses, y por la guía divina que les había conducido a través de la difícil tarea de la filmación del servicio del templo, él sabía que no habría podido cumplir el encargo del presidente McKay. Para él, esa experiencia fue una vívida confirmación personal de que de las cosas débiles y sencillas resultan grandes cosas, y que el Señor dirige y sostiene a quienes le sirven.

De regreso en Salt Lake City, Gordon volvió a concentrar su atención en el Departamento Misional. A pedido del presidente McKay, sin embargo, continuó asimismo participando en cuanto a la obra del templo. Otro templo más-éste en Los Ángeles [California]-estaba programado a dedicarse sólo pocos meses después y Gordon estaba especialmente capacitado para administrar muchas asignaciones relacionadas con la preparación del sagrado edificio para su habilitación.

El presidente McKay invitó -a Gordon para que asistiera a la dedicación. Siendo que la Costa Oeste se hallaba a sólo un día de viaje en automóvil, él y Marjorie decidieron que ésa era la oportunidad ideal para llevar a sus hijos y-contemplar el océano y conocer California personalmente, participando a la vez en la dedicación del templo.

Los hijos se maravillaron al atravesar el desierto Mojave y les encantó pasar, en Beverly Hills, por las residencias de artistas de' cine. También fueron hasta el océano, aunque la versión de los Hinckley en cuanto a un viaje a la playa' era más bien extraña. "Cuando fuimos a la playa, fuimos a mirar nada más, no a jugar en la arena", dijo Marjorie. "Cinco minutos después de estar allí, Gordon dijo, 'Muy bien, ya han visto el océano. Vamos`'.⁶

El 11 de marzo de 1956, exactamente seis meses después de haber dedicado el Templo de Suiza, el presidente McKay dirigió la primera de ocho sesiones dedicatorias del Templo de Los Ángeles, el primero sobre la Costa Oeste y solamente el tercero, fuera de Utah en el territorio continental de los Estados Unidos. Tal como en el caso de Suiza, la dedicación dio lugar a un maravilloso derramamiento espiritual. En lo que a Gordon respecta, nada se comparaba a la manera en que se sentía en el templo, especialmente durante una dedicación. Con cada experiencia relacionada con un nuevo templo, se maravillaba de la oportunidad tan especial que se le presentaba de dedicarse a esta sagrada obra.

Aunque todavía tenía muchas responsabilidades relacionadas con la obra misional, era evidente que su intervención en cuanto a los templos habría de continuar. El presidente McKay le pidió que repitiera las funciones que había desempeñado en la inauguración de los templos de Suiza y de Los Ángeles en conexión, ahora, con los que se estaban construyendo en Nueva Zelanda y en Londres.

Merced a sus asignaciones en las oficinas generales, Gordon fue desarrollando un amplio concepto mundial de la creciente Iglesia. Por medio de su llamamiento en la presidencia de estaca, tuvo la oportunidad de trabajar a nivel de la comunidad, donde las normas y procedimientos generales llegaban; en efecto, a la gente. Durante más de diez años había servido como consejero del presidente Lamont B. Gundersen en la presidencia de la Estaca Millcreek. Debido a que esa estaca estaba situada en uno de los lugares de mayor crecimiento en el valle, su presidencia estaba constantemente encarando cuestiones relacionadas con el progreso y el cambio. Durante los años en que sirvió en la presidencia de estaca, se crearon como mínimo quince nuevos barrios y la estaca fue dividida dos veces hasta convertirse en cuatro grandes estacas.

Una de esas divisiones tuvo lugar el 28 de octubre de' 1956, cuando los élderes Harold B. Lee y George Q. Morris dispusieron a los once mil miembros de la Estaca East Millcreek en tres estacas más pequeñas y llamaron a Gordon B. Hinckley como presidente de la original.⁷ Fue un llamamiento pleno de históricas ramificaciones, puesto que constituía un miembro de la tercera generación de los Hinckley en ser llamado como tal. Su abuelo fue presidente de una de las veintiuna estacas que existían entonces en la Iglesia; su padre había dirigido la que en esa época era la estaca más grande de la Iglesia; y él ahora asumía el liderazgo de la estaca número 150. Cuando el élder Lee presentó el nombre de Gordon Hinckley a los miembros de la Estaca Millcreek, un murmullo de aprobación circuló por toda la congregación. Más tarde, al apartarlo como presidente de estaca, el élder Lee le aconsejó que "escuchara los susurros del Espíritu, aun de noche, y que no hiciera a un lado las impresiones que recibiera".⁸ La bendición del élder Lee tuvo un profundo efecto en

él y muchas veces a través de los años meditó en cuanto a las promesas que le fueron hechas.

La estaca había sido dividida de tal forma que ahora contaba sólo con un edificio dentro de sus límites. Gordon se veía entonces confrontado no solamente con la tarea de construir capillas para alojar cinco barrios, sino también con tener que planear y preparar la creación inevitable de nuevas unidades. Como si eso fuera poco, se requería que toda estaca tuviese su propia granja de bienestar. Además de ello, su estaca era una de las que tenían a su cargo recaudar fondos para construir las instalaciones para un seminario en la Escuela Secundaria Olympus.

Casi de inmediato, se puso en campaña, de conformidad con las normas en vigencia, para construir un centro de estaca (estando obligada su estaca a solventar la mitad de los gastos), recaudar fondos para un edificio de seminario (las estacas del área eran responsables del 100 por ciento del costo), y adquirir una granja de bienestar (que también debían pagar los miembros de la estaca). Al considerar con sus consejeros las diferentes posibilidades, le preocupaba tener que imponer en las jóvenes familias esas obligaciones adicionales. Justamente antes de que dividieran la estaca, habían construido dos centros de reuniones y Gordon sabía que muchos miembros pensaban haber contribuido ya todo cuanto podían.

Pero fiel a la promesa del élder Lee, una noche tuvo una súbita y clara impresión: "Se me ocurrió que éste no era solamente mi problema", explicó. "Ésta era la Iglesia del Señor y [por tanto] el problema era del Señor. Supe en ese instante que Él me ayudaría a determinar cómo teníamos que proceder. Después de deliberar con sus consejeros, Gordon convocó una reunión del sacerdocio y explicó los problemas económicos que les esperaban, declarando a manera de introducción: "Hermanos, ésta no es mi estaca. Es la estaca del Señor, y la estaca de ustedes. Todos ustedes son accionistas en esta organización, y esta noche tenemos que hablar acerca de nuestras necesidades y sobre cuál será la mejor manera en que habremos de resolverlas". Entonces invitó a quienes desearan hacerlo que expresaran sus comentarios.

Las cosas no empezaron bien. Un hombre sentado en la primera fila se puso de pie y dijo: "Todo lo que he podido oír desde que vine a esta estaca es dinero, dinero y dinero. Voy a mudarme de aquí. A esto siguieron otras expresiones similares. Los pensamientos se agolparon en la mente de Gordon. ¿Cómo habría de conciliar ahora la reunión?

Finalmente, un hombre que había permanecido en silencio a un lado del salón se puso lentamente de pie y comenzó a hablar, diciendo: "Hermanos, ésta es la obra del Señor y, como ha dicho el presidente Hinckley, la estaca del Señor. La Iglesia necesita contar con propiedades para poder funcionar. Como ya lo saben, yo soy un cartero y no tengo muy buen sueldo. Pero mi esposa y yo tenemos una pequeña cuenta de ahorros y sé que me apoyará en aportar cuanto dinero tenemos a estos proyectos".¹⁰

Lo que ocurrió entonces fue algo maravilloso. Uno tras otro, los poseedores del sacerdocio se pusieron de pie y ofrecieron su apoyo. Para Gordon, ésa fue una experiencia conmovedora y le enseñó una lección que habría de guiarlo por el resto de su vida. "Éste no es problema de ustedes, sino del Señor. Y si escuchan el susurro del Espíritu, prestan atención y consultan con sus hermanos, Él les dirá lo que tienen que hacer y les preparará el camino".

Con el apoyo de los quórumes del sacerdocio, el presidente Hinckley y sus colegas pusieron manos a la obra. En los meses subsiguientes, adquirieron el terreno para la nueva estaca, contrataron a un arquitecto y consiguieron que las oficinas generales de la Iglesia prepararan y aprobaran los planos, y entonces comenzaron la obra de construcción. También adquirieron intereses de participación con otra estaca en un terreno de más de 100 hectáreas para una granja de bienestar y ayudaron a otras estacas en la región para que recaudaran fondos destinados a construir un seminario. Los miembros aportaron donaciones personales, los quórumes del sacerdocio y las organizaciones auxiliares de barrio recaudaron centavos y dólares para comprar muchas cosas, desde ganado Hereford para la granja, hasta las cortinas para el centro de estaca. "Puede que haya habido algunas murmuraciones", comentó tiempo después el presidente Hinckley, "pero la fe de la gente fue eclipsándolas. Contribuyeron generosamente a pesar de las preocupaciones impuestas por sus propias circunstancias y el Señor los bendijo extraordinariamente".

No obstante la gran responsabilidad de atender el bienestar espiritual de la gente y administrar los asuntos temporales de la estaca, Gordon no llevaba a cabo más reuniones que las absolutamente necesarias. Se le reconocía por su eficacia, su capacidad para trabajar, su espíritu compasivo y su sentido del humor. Sus reuniones empezaban a tiempo y terminaban a tiempo. Esperaba que los líderes de la estaca estuvieran bien preparados y hablaran con franqueza. Cuando surgía algún tema serio, parecía estar siempre listo para encararlo directamente y sin demora. En base a esto, era cuestión de combinar la tarea con una oración sincera. En realidad, frecuentemente respondía a los problemas con esta declaración: "No conozco ninguna otra forma de realizar nada sino mediante el trabajo, así que, manos a la obra". Cuando tomaba una decisión, nunca miraba hacia atrás.

En esa época, Gordon no preveía aún los eventos que se aproximaban y que le exigirían adoptar cometidos de los que nunca habría de apartarse.

CAPÍTULO 12

AYUDANTE DE LOS DOCE

Un sábado por la tarde, en abril de 1958, el presidente McKay llamó al hogar de los Hinckley y le pidió a Gordon que fuera a verle a su oficina tan pronto como le fuera posible. Cuando entró a la oficina del presidente McKay, presintió que no se trataba de una llamada habitual. Después de saludarlo cordialmente, el presidente McKay fue directamente al grano: Quería que Gordon aceptara un llamamiento para servir como Ayudante de los Doce.

Las palabras del presidente McKay le sobresaltaron. "Fue como un golpe para mí, una sorpresa total", reconoció. "Yo había estado trabajando por años en las oficinas administrativas de la Iglesia y conocía muy bien a estos hombres que llamamos Autoridades Generales. Estaba familiarizado con sus virtudes y sus debilidades. Sabía que eran seres mortales, pero también percibía su bondad. Sabía que eran gente muy especial y que se me ofreciera ingresar a sus filas era algo casi increíble. Fue realmente deslumbrador ser llamado por el Presidente de la Iglesia".¹

Al día siguiente, el 6 de abril de 1958, el presidente McKay se acercó al púlpito durante la conferencia general y pidió el voto de sostenimiento para el presidente de estaca de East Millcreek. Aproximándose a ese púlpito imponente, el elder Hinckley fue tomando aliento. Desde ese ventajoso lugar, el Tabernáculo en que había asistido a tantas reuniones desde su niñez le pareció como una caverna. A su

mente acudieron toda una vida de recuerdos relacionados con ese noble estrado. Cuando era muchacho, se había sentado en la parte superior para escuchar al presidente Heber J. Grant. Cuando adolescente, había visto a sus maestros-hombres cuya labor los hizo más que hombres para él-pronunciar mensajes inspiradores y con frecuencia profundos desde ese mismo púlpito. No alcanzaba a comprender, realmente, el llamamiento que había recibido.

El élder Hinckley comenzó a hablar con cierta modestia en ese tono humorístico por el que habría de ser reconocido en décadas futuras, diciendo: "Esto me recuerda un comentario hecho por mi primer compañero misionero cuando recibí la noticia de mi traslado a las oficinas de la Misión Europea. Después de leer aquella carta, se la mostré a él. La leyó y dijo entonces: 'Veo que usted, élder, tiene que haber ayudado a una anciana a cruzar la calle en la vida premortal. No creo que esto se deba a nada que haya hecho en esta vida'. Al cabo de una breve pausa para permitir la hilarante reacción de la congregación, el élder Hinckley continuó hablando con palabras que indicaban la conmoción de lo que estaba experimentando: "Me abruma el presentimiento de no estar preparado para esto. Siento mucha inquietud".

La nueva Autoridad General dio testimonio en cuanto a la divinidad de la obra para con la que había estado comprometido durante toda su vida adulta y rogó: "Dios nos ayude, a ustedes y a mí, a vivir de conformidad con el testimonio que llevamos en nuestro corazón".²

Al día siguiente, el periódico Deseret News describió al élder Hinckley como "un hombre cuya callada y casi increíble labor entre bastidores en la administración de la Iglesia es conocida por unas pocas personas", agregando que "su fiel atención a los detalles, como asimismo su habilidad para concebir y realizar grandes e ingeniosos planes le han transformado en un fuerte brazo derecho de las Autoridades Generales".³

Cuatro días después, el presidente McKay apartó al élder Hinckley y lo bendijo para que fuera protegido y guiado con buen discernimiento y fortaleza física. Entonces el Profeta le encomendó: 'Persevera en la realización de esta gran obra bajo la inspiración y guía del Santo Espíritu. Ahora... representas a nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Que puedas afirmar tu testimonio en cuanto a Él-más aún de lo' que ha sido en el pasado, aunque has comprendido claramente, como lo hemos notado a través de tu servicio, la veracidad de esta gran obra salvadora de la humanidad en esta tierra".⁴

Durante el período de casi veintitrés años en que había trabajado en las oficinas generales de la Iglesia, Gordon cultivó una afectuosa relación con muchas Autoridades Generales, particularmente con los Doce y la Primera Presidencia. Ser contado ahora entre ellos le parecía inconcebible, pero como se lo había dicho el presidente Stephen L. Richards: "Usted ha estado por años cumpliendo la tarea. Bien le corresponde ahora tener el título".

Aunque por tanto tiempo se había dedicado a "trabajar en la Iglesia", era tranquilizante pensar que la trayectoria del resto de su existencia quedaba ahora definida. No habría para él retiro alguno ni oportunidad para entrar al mundo de los negocios. Sus momentos de descanso serían pocos. Viajaría extensamente algo que más bien soportaba en vez de disfrutar. Y su joven familia tendría que adaptarse a su frecuente ausencia. Desde un punto de vista práctico, sin embargo, esta nueva asignación le resultaba en cierto sentido algo acostumbrado. El élder Hinckley todavía iría diariamente al mismo edificio. Puesto que continuaba siendo el

secretario ejecutivo del Departamento Misional, su oficina no cambió para nada. Aun siguió sirviendo como presidente de estaca durante otros cuatro meses y medio.

La familia tomó con tranquilidad su llamamiento-particularmente porque el y Marjorie se habían determinado a conservar una actitud habitual-aunque los hijos mayores manifestaron una diferente reacción ante la noticia. Kathy cursaba el primer año en la Universidad Brigham Young cuando se enteró de la nueva responsabilidad de su padre. "Al principio no tomé muy seriamente el llamamiento de papá", admitió más tarde. "No era que no se nos había enseñado a respetar a las Autoridades Generales, pero simplemente no podíamos imaginar que llamarían a nuestro padre para que fuera una de ellas. Pero no fue problema para nosotros".⁵ Con trece años de edad, Virginia pensaba que, en realidad, sus padres no eran perfectos y dijo: "Yo estaba al tanto de las debilidades humanas de mis padres, así que el llamamiento de papá resultó una prueba de fe para mí y pensé, '¿Cómo es que el Señor ha llamado a una persona tan común y aun a veces deficiente como mi papá?' Esa noche, a la hora de la cena, mientras todos tratábamos de sobreponernos a los acontecimientos, yo dije, empleando una expresión que mi padre había usado al referirse a los misioneros, 'Y bueno, creo que el Señor tendrá que trabajar con lo que cuenta'. Todos se rieron, pero para mí eso fue una expresión de fe. Yo realmente creí que el Señor lo convertiría en algo más que simplemente mi padre".⁶

Algunas de las primeras responsabilidades del élder Hinckley como Autoridad General tuvieron que ver con asuntos a los que estaba ya acostumbrado. Poco después de la conferencia de abril, él y su esposa fueron a Nueva Zelanda donde participaron en la dedicación del templo. Una vez más, viajaron antes de que lo hiciera el presidente McKay a fin de completar los preparativos para la dedicación y el comienzo de la obra de las ordenanzas.

Los viajes internacionales eran todavía un tanto abrumadores para los Hinckley, aunque a ambos les encantaba conocer otros lugares y países. Por cierto que Nueva Zelanda era entonces su destino más fascinante, y al asociarse con los pakehas, los maoríes, los tonganos y los tahitianos, y tener sus primeras impresiones acerca de otras culturas que sólo conocían en base a los libros que habían leído, apenas podían creer lo que estaban experimentando. Al llegar, el presidente McKay fue recibido con un glorioso espectáculo en el que varios grupos de santos polinesios en sus trajes típicos amenizaron, cantaron y bailaron durante casi cuatro horas.⁷ El festival fue algo que los Hinckley jamás habían visto.

El viaje les ofreció el privilegio de alojarse con el presidente y la hermana McKay en el hogar del presidente del templo. Para Marjorie, ésa fue la primera oportunidad que tuvo de asociarse con un Presidente de la Iglesia en circunstancias extraoficiales. "Pude ver cómo era el presidente McKay, casi hasta el punto de saber si le gustaban los pasteles fríos o calientes", dijo. "Y fue algo maravilloso. Me sentaba a la mesa frente a él y después de haber comido disfrutaba la experiencia de estar con un profeta. El presidente McKay tenía en torno de sí una aureola sencillamente poderosa".⁸

El 20 de abril de 1958, el presidente McKay dedicó el templo, ubicado en Temple View a unos 120 kilómetros al sur de Auckland. El élder Hinckley se sintió muy inspirado por los miembros de toda la región del Pacífico Sur, algunos de los cuales hicieron tremendos sacrificios para concurrir al evento. Le llamó particularmente la atención un hombre procedente de una lejana región australiana que al principio se había resignado a no viajar por falta de recursos económicos, pero que después había cambiado de idea. Había contemplado a su esposa y a sus hijos, y

reconociendo que no podía darse el lujo de privarse de la ocasión, vendió todo lo que poseía a fin de obtener los fondos necesarios. Su caso fue representativo de muchos otros.⁹

Al regresar de Nueva Zelanda, la más nueva Autoridad General empezó a sentir ciertas imposiciones propias de su ocupación, quizás en gran parte asumidas por él mismo. En junio, pronunció el discurso de graduación en la Universidad Brigham Young. En sí, la asignación no fue muy extraordinaria, porque para entonces ya había pronunciado centenares de discursos ante concurrencias similares. Pero ahora se encontraba haciéndolo como Autoridad General. Quizás solamente se lo imaginaba, pero le pareció que quienes le escuchaban esperaban de él mucho más y que sus palabras debían ser más elocuentes. La responsabilidad era por momentos aterradora y hasta se preguntó si estaría cumpliendo debidamente con ella.

En septiembre, el élder y la hermana Hinckley viajaron a Inglaterra a fin de participar en la dedicación del Templo de Londres. ¡Oh, con cuánto afán habían esperado esa ocasión! Una vez más, viajaron antes de que lo hiciera la comitiva oficial para poder coordinar los preparativos finales de aquel evento que habría de congregarse en Inglaterra al mayor grupo de Autoridades Generales desde 1840.

Los ajustes y detalles de último momento mantuvieron ocupados a los trabajadores hasta la mañana misma de la dedicación. En una tarjeta postal que envió a su familia, Marjorie hizo alusión a sólo un problema inesperado: "El cuerpo de bomberos tuvo que venir a drenar el sótano del templo que la lluvia de anoche había inundado. La mayoría de los hombres trabajaron toda la noche. Yo había esperado poder regresar a Londres con papá esta mañana, pero tengo que quedarme e integrar la brigada para secar el piso".¹⁰ Verdaderamente, un intenso relampagueo y una copiosa lluvia, tales como el élder Hinckley nunca había presenciado, provocaron un desastre. Muy tarde esa noche, él, el presidente del templo Selvo Boyer y el élder EIRay L. Christiansen, los tres en pijamas, trabajaron con el agua a la cintura tratando de franquear la escalera que conducía al sótano del templo.

La breve crisis, sin embargo, fue solucionada y el domingo 7 de septiembre por la mañana se dio comienzo a las primeras seis sesiones dedicatorias, tal como se había programado. El presidente McKay, quien celebró sus ochenta y cinco años de edad el segundo día de los servicios, leyó la oración dedicatoria en cada una de las seis sesiones. El élder Hinckley habló en las sesiones vespertinas del domingo y del martes, refiriéndose en cada ocasión al sacrificio y la dedicación de los primeros santos ingleses. En definitiva, la dedicación fue una verdadera fiesta espiritual enmarcada en un ambiente de celebración.

Antes de salir de Inglaterra, el élder y la hermana Hinckley viajaron hacia el norte hasta Preston para que Marjorie visitara por primera vez la primer área de labor misional de su esposo. Había oído hablar tanto acerca de varios lugares históricos que todo le pareció muy familiar.

Para Gordon, los recuerdos fueron tan emotivos que anduvo caminando en silencio, sin saber cómo expresarle ni siquiera a Marjorie sus sentimientos. Había sido allí donde debió encarar aquel momento decisivo, allí donde había madurado su testimonio.

Por lo general, los primeros meses de su desempeño como Autoridad General le ofrecieron al élder Hinckley oportunidades para observar la influencia positiva del

Evangelio en la vida de la gente, y en el discurso de su segunda conferencia general habló de la naturaleza divina de la obra que había presenciado desde Europa hasta Nueva Zelanda. No obstante su talento verbal, descubrió que prepararse para hablar en conferencias generales era una de las tareas más difíciles que jamás había emprendido y se sintió atormentado al hacerlo. (Con el correr de los años habría de seguir descubriendo que ni con la práctica se le hacía más fácil.)

No todas sus asignaciones eran agotadoras. Algunas-en realidad muchas-le causaban verdadera satisfacción. Aunque siempre quedaba exhausto al cabo de ello, el frecuentar con los miembros en conferencias de estaca era para el élder Hinckley un deleite espiritual. La dedicación de nuevos edificios era también para él algo muy especial-una evidente manifestación del progreso de la Iglesia y del sacrificio de sus miembros. Una de las asignaciones más gratas fue la de participar en la dedicación del centro de la Estaca East Millcreek-edificio para el cual había iniciado los planes dos años antes. El 17 de mayo de 1959, llegó al centro de estaca y encontró la playa de estacionamiento repleta de lustrosos automóviles. Esa experiencia enseñaba un principio del que nunca se olvidó. "Nadie echó nunca de menos lo que contribuyó a ese edificio", dijo, "y éste ha sido mi testimonio a los santos en toda la Iglesia. Uno jamás extrañará lo que dé al Señor".

Al aproximarse el fin de la década de 1950, una serie de importantes acontecimientos de naturaleza nacional e internacional presagió la tumultuosa década siguiente. En 1959, Alaska y Hawai pasaron a integrar la nación estadounidense, la N.A.S.A. seleccionó a sus primeros astronautas, el primer ministro soviético Nikita Khrushchev efectuó una visita sin precedentes a los Estados Unidos y Fidel Castro depuso a Juan Batista y se constituyó en el líder de Cuba. En cuanto a la familia Hinckley, el último año de la década fue indicativo de una serie de dramáticas transformaciones resultantes de su desarrollo natural. En mayo de 1959, Kathleen anunció sus planes de contraer matrimonio en noviembre con Alan Barnes, y Dick se graduó de la Escuela Secundaria Olympus. Como candidato al servicio militar obligatorio, se alistó en la Reserva de los Estados Unidos y fue enviado a Fort Ord, en el norte de California, para su adiestramiento básico.

Percibiendo que la naturaleza de su hogar muy pronto cambiaría para siempre, Gordon y Marjorie aprovecharon la oportunidad para salir de vacaciones, por última vez, con toda la familia. Viajaron hasta San Francisco y durante varios días antes de que Dick se presentara al ejército, todos juntos anduvieron en tranvías, caminaron a lo largo del famoso muelle de pescadores, tomaron el llamado Crucero de la Bahía alrededor de la isla Alcatraz, cenaron en el tradicional Barrio Chino y fueron a ver la obra teatral My Fair Lady ("Mi bella dama"). Habiendo siempre disfrutado tanto de tener a sus hijos junto a ella, Marjorie no lograba acostumbrarse a la idea de separarse pronto de ellos. Cuando regresaron 'a Utah, habiendo dejado atrás a Dick, Marjorie se encerró a llorar en el cuarto de baño.

El inminente casamiento de Kathy impuso asimismo cambios drásticos. Todas las anteriores actividades que había emprendido para edificar, remodelar y reparar no lograban compararse con la extensa renovación que su padre emprendió cuando decidieron tener la fiesta de bodas en la casa. Los planes de Gordon incluían transformar el dormitorio principal en una amplia cocina, convertir la vieja cocina en dormitorio, construir un nuevo dormitorio principal en el garage, abrir otra puerta en el comedor para que éste sirviera de sala de recepción y convertir en comedor familiar la sala de estar. Se trataba de un proyecto serio y ambicioso, tal como muy pocos hombres han intentado realizar, y a ello se sumaba el hecho de que faltaban pocos meses para la recepción de casamiento que habría de tener lugar allí. Pero Gordon no se desanimaba fácilmente.

Por consiguiente, durante todo el verano y el otoño, el ruido de martillos y serruchos despertaba a Marjorie y a sus hijos temprano en las mañanas cuando él dedicaba una hora para trabajar antes de ir a su oficina. Aun el día antes de la boda estuvo empapelando paredes y pintando. "Siempre me he hallado entre la espada y la pared", comentó después. "Toda mi vida ha estado sujeta a plazos. Cuando era estudiante universitario, siempre entregaba mis exámenes el último día. He vivido bajo constante presión".¹² Esa noche, Alan fue a la universidad a buscar a Kathy, la trajo a la casa, se puso ropas de trabajo y empapeló las paredes de la cocina. "Al fin y al cabo", le dijo Gordon sin tono alguno de disculpa, "toda persona que pase a formar parte de esta familia tiene que aprender a trabajar".

El 13 de noviembre de 1959, en horas de la mañana, el élder Hinckley efectuó el casamiento de su hija mayor. Esa noche, los invitados disfrutaron de una agradable recepción que para la familia resultó ser un verdadero milagro después de haber participado en la magnífica transformación de la casa.

Muchos fueron los cambios que experimentaron, uno a uno, los miembros de la familia, en particular el élder Hinckley mismo. En la mañana del martes 19 de mayo de 1959, él y otros de sus colegas del Departamento Misional asistieron, en la oficina del presidente Stephen L. Richards, a la reunión semanal en la que se determinaban las asignaciones de misioneros. Siendo que el presidente Richards llegaría tarde a la reunión, se preguntaron si debían de todos modos dar comienzo a la misma pero entonces decidieron que no. Finalmente, sonó el teléfono y quien llamaba les comunicó una triste noticia: el presidente Richards había sufrido un ataque cardíaco y lo habían llevado de urgencia al hospital. Menos de una hora después, falleció. La noticia consternó al élder Hinckley. Sabía que su mentor padecía problemas del corazón, pero no había habido ninguna advertencia de que su fallecimiento fuera inminente.

La muerte del presidente Richards dejó un vacío en la vida de Gordon. Después de su propio padre, aquel hombre había ejercido en él más influencia que nadie.

El 12 de junio de 1959, el presidente McKay reorganizó la Primera Presidencia con J. Reuben Clark, hijo, como primer consejero y Henry D. Moyle como segundo consejero. El presidente Moyle supervisaba ahora el Departamento Misional, así que casi inmediatamente él y el élder Hinckley comenzaron a reunirse con regularidad para tratar todo asunto pertinente. No le llevó mucho tiempo al élder Hinckley amar al presidente Moyle. Aunque su estilo en el liderazgo era muy diferente del que caracterizaba al presidente Richards, el élder Hinckley no pudo menos que admirar la energía y firme determinación del presidente Moyle en su proceder.

Cierto día, a principios de 1960, el presidente Moyle llamó al élder Hinckley a su oficina. Siendo que se reunían con frecuencia, tal requerimiento no le pareció en realidad extraño. Pero en esa ocasión, sin embargo, el tema a tratar tendría ramificaciones inesperadas. Señalando un enorme mapa mundial que tenía sobre su escritorio, el presidente Moyle le explicó que en breve habría de proponer a la Primera Presidencia y al Quórum de los Doce que se dividiera el mundo en áreas, con la supervisión de cada una de ellas por una Autoridad General. Y dijo: "Tengo demarcada ya cada área, a excepción de una, y ésa es Asia. No me atrevo a pedirle a nadie que vaya a Asia". El élder Hinckley respondió: "Presidente Moyle, si necesita que alguien supervise Asia, a mí me agradaría hacerlo". "¿Lo haría usted? ¿Estaría dispuesto a supervisar un área al otro lado del mundo?", le preguntó el presidente Moyle. Ante la simple respuesta afirmativa del élder Hinckley, la asignación quedó formalizada.

Habiéndose embebido en la obra misional, el élder Hinckley no demoraría en contemplar sus frutos de una manera diferente y conmovedora. Su asignación de supervisar la obra en Asia llegaría a ser una intensa responsabilidad y una gran oportunidad-algo en lo que experimentaría de nuevo la más difícil y a la vez gloriosa tarea en todo el mundo.

CAPÍTULO 13

EL OCCIDENTE SE ENTRELAZA CON EL ORIENTE

El conocimiento que el élder Hinckley tenía acerca de Asia y sus países no iba más allá de lo que pudo leer en una enciclopedia. No recordaba haberse relacionado jamás muy de cerca con alguien de descendencia oriental y no tenía ningún sentimiento particular hacia los asiáticos. Sabía que la Iglesia era todavía muy reducida y débil en las regiones del Pacífico. No obstante su enorme extensión, todo el continente asiático estaba dividido en solamente dos misiones-la del Lejano Oriente Sur y la del Lejano Oriente Norte-y las propiedades de la Iglesia se limitaban a dos edificios en todo el Oriente. Algunos miembros de pequeñas ramas-una docena aquí y otra allá-se reunían en las salas de estar de familias Santos de los últimos Días y en salones alquilados en distintos lugares del vasto continente.

La asignación que había recibido el élder Hinckley habría de ser un esfuerzo pionero en todo el sentido de la palabra. Tenía que dirigir a presidentes de misión, motivar a misioneros, enseñar a los miembros y atender sus necesidades, y preparar líderes en toda esa enorme y tan heterogénea región. Pero su primer cometido era familiarizarse con toda la gente sobre la cual tenía ahora mayordomía. En la primavera de 1960, por lo tanto, se pre-paró para viajar por primera vez a Asia y efectuar una prolongada gira a través de ambas misiones.¹

Viajar al Oriente se consideraba todavía algo raro, reservado principalmente para gente profesional y personas de alto nivel social. Aunque le atraía la idea de viajar hasta el otro lado del mundo y visitar una docena de países totalmente desconocidos para él, no dejaba de reconocer que la oportunidad era un tanto extraña. Una noche, al momento de la cena, anunció a su familia que tenía que ir al Japón. Nadie respondió. Una vez más y tratando de usar un tono casual, repitió que en breve saldría con rumbo a Japón. De nuevo, no hubo reacción alguna. Finalmente, sorprendido al ver que la noticia no provocaba ninguna reacción, ni siquiera un asomo de asombro, declaró con énfasis: "Les he di-cho que su pa-dre es-tá por via-jar al Ja-pón". Entonces Dick, quien había regresado a casa después de su entrenamiento militar y que cumpliría los diecinueve años de edad mientras su padre estuviera ausente, lo miró y le preguntó: "¿Podrías arreglar la radio del auto antes de irte, papá?"

Aunque le preocupara que su esposo tuviera que irse por dos meses en un viaje de ultramar, Marjorie no dijo nada. Tanto ella como Gordon hacían siempre lo posible por que sus despedidas fueran alegres. Pero más tarde, al sobrevolar el Océano Pacífico, él se sintió muy intranquilo y preocupado por lo que tenía que hacer. No llegaba a vislumbrar lo que le esperaba.

El presidente Robert S. Taylor y un pequeño grupo de misioneros y miembros de la Iglesia esperaban al élder Hinckley a su llegada a Hong Kong. ¡Qué fascinante ciudad! Nunca había visto a tanta gente, una hilera que parecía interminable de peatones que emergían de innumerables callejones, edificios y tiendas a lo largo de las calles. Los edificios parecían cubrir cada centímetro cuadrado del suelo y los

extraños aromas que colmaban el aire eran agudos y punzantes. El élder Hinckley se sintió maravillado desde el primer día en que llegó a Hong Kong.

Casi inmediatamente decidió que los misioneros debían ser el objeto primordial de su atención. Cuanto más eficaces llegaran a ser, más rápidamente avanzaría el Evangelio. A fin de evaluar el bienestar de cada uno de ellos, se reunió con los cuarenta y cinco misioneros que allí servían. Se arrodilló con ellos a orar, les ofreció consejos y aliento, y prodigó bendiciones de salud y de consuelo a quienes lo necesitaban. Después de entrevistarlos uno por uno, comentó: "Están haciendo muy buen trabajo y parecen ser felices... Estoy seguro de que no podríamos ir a ninguna otra misión en el mundo y encontrar un espíritu mejor entre los misioneros".²

Asimismo, determinó cuáles eran los problemas que la obra enfrentaba en Hong Kong. Los habitantes nativos de la China no tenían mucha experiencia en cuanto a la Iglesia. Los textos en ese idioma eran inadecuados y los misioneros tenían dificultad para comunicarse. Le preocupó mucho el plan de enseñanza que los misioneros estaban utilizando. Era muy extenso y complicado y no les permitía emplear la flexibilidad que necesitaban para enseñar a tan amplia gama de personas, desde protestantes cristianos hasta budistas. El élder Hinckley creyó que, si tuviera el tiempo necesario, podía adaptar ese plan para que fuera más eficaz.

Durante las reuniones que tuvo con pequeños grupos de miembros, el élder Hinckley se vio confrontado con los problemas relacionados con capacitar a líderes del sacerdocio cuyo idioma era totalmente extraño para él. A medida que describía los detalles y las informaciones correspondientes empleando la pizarra, un intérprete iba detrás suyo anotando las palabras con caracteres chinos. Era un proceso monótono, pero la Iglesia no podría progresar nunca sin el liderazgo de los miembros locales que entendieran tanto los principios del Evangelio como la administración eclesiástica.

Después de ocho días de permanencia en Hong Kong, el élder Hinckley viajó en avión a Manila, donde su primera labor era comenzar los trámites para obtener el reconocimiento oficial de la Iglesia en las Filipinas. Encontró allí una pequeña rama de cuarenta y cinco miembros, quienes en su mayoría eran personal militar estadounidense. Que se supiera, había un solo miembro filipino de la Iglesia.

Aunque no lo hubiera creído posible aun el día antes, en las Filipinas encontró una cultura, un pueblo y una tierra considerablemente más fuera de lo común que en Hong Kong. El clima era más caluroso y la mayoría de la gente parecía vivir en extrema pobreza. El tránsito violento que vio en Hong Kong le pareció realmente tranquilo en comparación con lo que ahora experimentaba. "Los caminos aquí son angostos y la gente maneja como si estuviera loca", escribió luego. "En las carreteras, los desvencijados camiones y autobuses tratan de competir con los carros arrastrados por caballos".³ Miles de "jeepneys", una pintoresca y singular adaptación filipina de los tradicionales "Jeeps" que quedaron atrás después de la Segunda Guerra Mundial, andaban cargados de personas que se acumulaban unos sobre otros en los estirados vehículos o se encaramaban a sus costados o en la parte trasera como los pasajeros de los tranvías de San Francisco. En las afueras de Manila, pudo observar grandes extensiones de bananeros y cocoteros, y a medida que manejaba por los campos se imaginaba que así sería Hawai antes de que los misioneros arribaran allá.

El élder Hinckley se enamoró inmediatamente de la gente filipina, tan cordial y sociable. Sin embargo, enseguida percibió que el gobierno de las Filipinas parecía

estar atascado en trámites burocráticos y su primera impresión fue que el país ofrecía muy pobres perspectivas para la obra misional. Pero después de llevar a cabo una pequeña reunión, empezó a sentirse cada vez más optimista en cuanto al potencial de esa nación isleña. A través de todo el país, habló ante grupos de personas en servicio militar, entrevistó a los miembros y se reunió con funcionarios del gobierno nacional procurando la autorización para que los misioneros pudieran ingresar al país.

Sin que aún fuera solucionado el problema del reconocimiento oficial de la Iglesia en las Filipinas, el élder Hinckley partió con destino a Taiwán (Formosa), donde aunque era todavía muy pequeña, la Iglesia ya estaba organizada. Había muy pocos miembros de la Iglesia de nacionalidad china, pero eran gente muy promisoría. Durante casi una semana recorrió la isla con el presidente Taylor en busca de propiedades, aunque su precio le resultaba excesivo. Fue dándose cuenta de que, aun los centros de reuniones más sencillos que podrían servir también como residencias para los misioneros, costarían a la Iglesia millones de dólares.

El élder Hinckley dedicó la mayor parte de sus instrucciones a los misioneros en cuanto a los principios del Evangelio y las maneras de enseñarlo con mayor eficacia, pero también se preocupó acerca de los asuntos prácticos. Se afligió mucho, por ejemplo, al verificar las condiciones en que vivían algunos misioneros. "Sus madres se espantarían si pudieran ver las circunstancias en que viven sus hijos", escribió en su diario personal. "Les dije que cubrieran con alambra los desagües para evitar la entrada de las cucarachas y las ratas... [y que] no tenía sentido que se lavaran los dientes usando agua hervida y dejaran luego sus cepillos afuera para que las cucarachas les pasaran por encima".⁴ A pesar de esos problemas, era evidente que los misioneros sentían gran afecto por la gente china, por lo cual el élder Hinckley concluyó diciendo: "La obra tiene aquí enormes posibilidades".⁵

El élder Hinckley estaba acostumbrado a mantener un paso enérgico en todo lo que hacía, pero ese ambiente tan foráneo para él, la situación, la diferencia de horarios y el clima mismo le afectaron mucho. Mañana tras mañana, se despertaba antes del amanecer aun después de haberse acostado a dormir exhausto la noche anterior al cabo de viajar de una ciudad a otra padeciendo temperaturas sofocantes y extrema humedad. "El calor me extrae toda la energía", admitió cuando se hallaba en Taiwán.⁶ Aunque al principio se preocupó por la desganada manera con que trabajaban algunos misioneros, fue dándose cuenta de las condiciones en que tenían que hacerlo y dijo: "No están efectuando tanto proselitismo como debieran, pero creo que necesitan descansar más que los misioneros que sirven en otras regiones. El aire caliente y húmedo les impone dificultades. A mí me resulta agotador!"⁷

Habiendo casi completado ya su visita de la Misión del Lejano Oriente Sur, el élder Hinckley regresó a Hong Kong para poner en orden el voluminoso conjunto de notas que había ido tomando durante todo ese mes de viaje y también para investigar las posibilidades de traducir el Libro de Mormón a los idiomas cantonés y mandarín. Aquél había sido un mes muy abrumador, pero ya estaba comenzando a sentir una cierta afinidad con las singulares culturas del Oriente. No se jactaba de entender a toda esta gente, pero le caían muy bien. Le impresionó sobremanera la industria, las tradiciones y la afabilidad inherentes de sus culturas.

Desde Hong Kong, el élder Hinckley voló a Tokio, donde le esperaban el presidente Paul C. Andrus, de la Misión del Lejano Oriente Norte, y un clima más fresco. El élder Hinckley se sintió fascinado también con Tokio. Se maravillaba al ver que los

taxímetros se desplazaban por todos lados cual hormigas, las grandes multitudes que se arremolinaban en los distritos comerciales y la singular cortesía y las características de la cultura japonesa. Una experiencia en particular, sin embargo, lo dejó pasmado. En Tokio, fue a inspeccionar una hermosa casa de estilo japonés en una zona residencial. Su ubicación era excelente, pero cuando le dijeron cuánto pedían por ella-¡682.000 dólares!-se horrorizó.

Por varios días se atormentó pensando en si debía o no recomendar a la Primera Presidencia que la Iglesia invirtiera tan alta suma en un edificio. Sin embargo, algo le decía que era muy importante que se empezara a adquirir propiedades en el Oriente. Los edificios no sólo sirven para el funcionamiento de las ramas, sino que ofrecen a la Iglesia una mayor presencia y contribuyen a que los miembros se sientan orgullosos de la organización a la que pertenecen. Al investigar más a fondo el mercado de bienes raíces en Tokio, fue haciéndosele cada vez más aparente que sería imposible encontrar en un lugar apropiado un edificio o un terreno donde se pudiera construir uno sin pagar un tremendo precio por ello. Pero tener que recomendar lo que sabía que sus líderes considerarían un precio exorbitante era una gran preocupación para él. Después de orar pidiendo el consejo del Señor, consultó por teléfono al presidente Moyle quien le hizo saber a su joven colega que la Iglesia nunca había pagado una cantidad tal por un centro de reuniones. "Bueno", dijo el élder Hinckley, "si hemos de adquirir una propiedad en Japón, eso es lo que tendremos que pagar por ella". El presidente Moyle le prometió que se comunicaría con el presidente McKay y que le respondería por telegrama. Al día siguiente, el élder Hinckley recibió un telegrama en el que se le daban instrucciones para que empleara su mejor criterio y que, si sentía la inspiración, hiciera la compra. Esa respuesta no era lo que en realidad esperabamás bien, quería que le dieran instrucciones específicas. No podía dejar de pensar en el hecho de que todos los fondos monetarios de la Iglesia provenían del diezmo que pagaban sus miembros, pero a la vez sentía que la Iglesia progresaría en Japón y que había llegado la hora de pagar el precio que allí se cobraba por los bienes inmobiliarios.

"Era evidente que las propiedades nunca costarían menos y ese edificio se hallaba en una excelente ubicación", explicó el élder Hinckley. "Después de considerar todos los factores y de haber orado con devoción al respecto, tuve la firme impresión de que debíamos seguir adelante e iniciar los trámites para comprar la propiedad".⁸ Cuando regresó, el élder Hinckley descubrió que algunos de sus colegas no estaban muy de acuerdo con su decisión. Pero, como habría de constatarse posteriormente, el lugar demostró ser una piedra fundamental para la edificación de la Iglesia en Japón, y años después se vendió por un precio treinta veces mayor que el que había costado. La compra de uno de los primeros edificios de la Iglesia en Asia fue un paso muy significativo y el élder Hinckley se asombraba por haber participado en ello.

Las ramas y los distritos en todo Japón tenían la tendencia a tener más miembros que las que había encontrado en Hong Kong, pero el problema de capacitar a toda una generación de conversos asiáticos para que llegaran a ser líderes era el mismo. Reunión tras reunión, el élder Hinckley se quitaba los zapatos, se sentaba en el suelo con los hermanos locales y les enseñaba. "Descubrí que la mejor manera de trabajar con esta gente", comentó luego, "era sentarse con ellos sobre una alfombrilla tatami, enseñarles los principios del Evangelio y dejar que el significado de esta obra les llegara al corazón".⁹

Desde el comienzo, el élder Hinckley demostró tener una afinidad natural con los asiáticos. Admiraba su integridad, su ingenio y su ética profesional; y apreciaba también su manera de proceder, la que, aunque estimaba ser muy formal, le resultaba gentil y benevolente. A pesar de que la Iglesia era todavía pequeña y

avanzaba con dificultad, alcanzaba a ver el potencial de ese reducido núcleo de miembros. Kenji Tanaka, quien llegó a ser el primer presidente de estaca en el continente asiático, asistió a una reunión de sacerdocio durante la primera visita del élder Hinckley al Japón. "Nos animaba una enorme esperanza", recordó una vez, "y en los ojos del élder Hinckley podíamos ver su gran entusiasmo. Sus primeras palabras fueron Subarashii! ['¡Maravilloso!']. La atmósfera de aquella reunión cambió, de ser rígida y formal, a una de amistad y familiaridad hacia él, y prevaleció un sentimiento de bienvenida. Durante la reunión, nos dijo: 'Quienes se hallan aquí reunidos poseen el poder más importante para el pueblo japonés, un poder mucho mayor que el del Primer Ministro del Japón'. Él verdaderamente nos inspiró y nos motivó a superarnos con metas firmes y definidas. Su energía era radiante y manifestaba un gran amor".¹⁰

Uno de los aspectos más abrumadores de la supervisión de la obra en Asia era las distancias que debía cubrir. Al cabo de seis semanas de viajar sin interrupción, durante las cuales tuvo que ir casi cada día a una nueva ciudad, el élder Hinckley simplemente había logrado visitar los principales centros metropolitanos. Pensó que era muy poco lo que había logrado en Japón cuando prosiguió viaje a Corea, donde en la terraza del aeropuerto una multitud lo esperaba desplegando un cartel que decía: "Bienvenido a Corea élder Gordon B. Hinckley".

En Corea encontró muchas similitudes con otros países asiáticos, pero también percibió notables diferencias. Después de treinta y seis años de dominación japonesa, la que fue seguida por la amarga guerra civil que involucró a Estados Unidos y a otras potencias mundiales, Corea del Sur contaba con el más bajo nivel de renta nacional íntegra en todo el mundo-tanto financiera como espiritualmente-y eran muy pocos los que confiaban en sus propias habilidades como líderes. Al-élder Hinckley le apenó ver las condiciones en que vivían los Santos coreanos, muchos de cuales se esforzaban con gran dificultad por proveerse aun de las cosas más básicas. Su corazón se compadeció de ellos.

El élder Hinckley encontró a unos 650 miembros de la Iglesia esparcidos entre cinco pequeñas ramas en Corea. La Iglesia estaba comenzando a avanzar allí, aunque eran muy pocos los matrimonios que parecían tener interés en ella. Pero los misioneros estaban teniendo éxito entre la juventud. "Si logramos convertir a algunos jóvenes bien educados, la Iglesia progresará y se afianzará en Corea", comentó.¹¹ En su diario personal mencionó con frecuencia a los miembros jóvenes que demostraban gran potencial y lo que él podría hacer personalmente para alentarlos. Durante una conferencia de distrito en Seúl, ordenó élder a Han In Sang, un joven de veintidós años de edad. Refiriéndose a dicha experiencia, el hermano Han dijo: "Mi fe, como converso, era pequeña. Pero cuando él me dio aquella bendición, supe que ese hombre que puso sus manos sobre mi cabeza era un hombre de Dios y en ese mismo instante tomé la resolución de que nunca me volvería en contra de la Iglesia ni del hombre que me estaba ordenando. Después de aquel momento, cada vez que el élder Hinckley venía a Corea, yo iba a esperarlo al aeropuerto, le estrechaba la mano, lo miraba a los ojos y en silencio me decía a mí mismo: 'Élder Hinckley, Han In Sang continúa siendo fiel'".¹²

En una y otra reunión espiritual, el élder Hinckley aseguraba a los Santos coreanos que ellos tenían capacidad para dirigir la Iglesia en su propio país y que entre su gente había un gran potencial para el Evangelio. De ciudad en ciudad, fue anunciando lo que llegó a ser un tema familiar para todos: "Ustedes son tan capaces como cualquier otra persona en este mundo. Ustedes pueden contribuir al progreso de la obra de la Iglesia como cualquier otra gente en cualquier lugar". El élder Hinckley encontró que los coreanos eran un pueblo inteligente y capaz que

todavía no alcanzaba a entender su propio potencial. ¹³"Desde 1909 hasta finalizar la Segunda Guerra Mundial, habíamos sido gobernados por alguien más", dijo el hermano Han. "Entonces sobrevino la Guerra de Corea. Estábamos confundidos en cuanto a nuestra propia identidad. Pero el élder Hinckley nos dijo que éramos importantes y que podíamos ser líderes. Nunca nadie nos había dicho eso antes".¹⁴

Rhee Ho Nam, quien se había unido a la Iglesia en 1954, se hallaba entre los que recibieron al élder Hinckley en ésta y muchas otras visitas subsiguientes. "Siempre nos alentaba", comentó una vez. "Llevábamos una vida difícil, casi sin esperanzas. No teníamos grandes expectativas, pero cada vez que venía, el élder Hinckley se reunía con nosotros, nos prestaba su completa atención y nos dejaba llenos de nuevas esperanzas". Durante una de esas primeras reuniones, recordó el hermano Rhee, un miembro coreano le preguntó al élder Hinckley si habrían de tener alguna vez un templo en Corea. "En aquellos días, éramos menos de cien miembros y este hermano preguntaba acerca de un templo. Me sentí un poco avergonzado de él y, dándole un codazo, le dije al oído que no debía haber hecho tal pregunta. Pero el élder Hinckley simplemente se sonrió y en tono muy alentador nos prometió que si nos conservábamos fieles al Señor y obedecíamos las normas de la Iglesia, un día iba a haber un templo en la Tierra de la Calma Matutina. Cuando nos habló, fue como si ocurriera algo tangible. En aquel momento pensé que quizás un sueño tan imposible podría por cierto realizarse algún día. Sencillamente, el élder Hinckley es el padre de la Iglesia en Corea".¹⁵

Desde Corea, el élder Hinckley viajó a Okinawa, Japón, donde se hallaban establecidos más de 300 soldados miembros de la Iglesia y la obra comenzaba a progresar entre los japoneses. Las reuniones de miembros y misioneros en Okinawa eran muy provechosas y satisfactorias. Kensei Nagamine, un converso que luego sirvió como presidente de rama, presidente de distrito y primer presidente de estaca en Okinawa, describió así la conferencia de distrito que dirigió el élder Hinckley: "Fue muy espiritual y nos dejó muchas bendiciones. Él lloró durante la conferencia y expresó su amor por nosotros, los Santos de Okinawa, y por los soldados. Yo tuve la firme impresión de que este hombre era un padre bondadoso. Fue realmente amable y piadoso. Nunca olvidaré sus cálidos apretones de manos".¹⁶

Fueron muy pocos los días en que no experimentó diversos momentos de ternura. Pero después de dos meses de estar tan lejos de su hogar y de su familia, el élder Hinckley sintió que tenía que regresar a Estados Unidos. Antes de partir, visitó Hiroshima, la ciudad donde apenas quince años antes decenas de millares de japoneses habían perecido a consecuencia de la bomba atómica.

Para él fue algo impresionante pensar que sólo unos pocos años antes los Estados Unidos habían mantenido un encarnizado conflicto con los japoneses. Ahora se le pedía que ayudara a llevar el Evangelio de paz y de amor a esta gente. Así lo describió en su diario personal: "En esta parte del mundo tenemos muchos problemas en nuestra labor misional, pero creo que, en esencia, no son muy diferentes de los que encontramos en otros lugares. En realidad, los misioneros aquí por lo general se sienten más felices. Esto es difícil de entender si consideramos las circunstancias en que viven... Sin embargo, se encuentran bien, contentos, y son muy dedicados, y ha sido en verdad inspirador verlos trabajar"¹⁷

También fue para él algo maravilloso regresar a su casa. Había extrañado enormemente a Marjorie y a sus hijos-y la familia estaba creciendo y cambiando mucho. En enero de 1961, Kathy tuvo su primer hijo y Dick salió en una misión. El

élder Hinckley había ayudado a mandar miles de misioneros a todo el mundo, pero ninguna de esas ocasiones lo había afectado tanto como tener que enviar a su propio hijo al campo misional.

Tres meses después, el élder Hinckley emprendió por segunda vez una extensa gira a través de Asia. Le agradó enterarse de que los misioneros estaban más contentos de lo que parecieron estar en el año anterior y que vivían en condiciones mucho mejores. Asimismo, se sintió reconfortado al percibir el calibre de los nuevos conversos, ya que algunos de ellos eran graduados universitarios que parecían aprender más rápidamente y prepararse para ser líderes.

Pero la parte más memorable de su viaje fue en las Filipinas. A pesar de la burocracia existente que todavía presentaba serios obstáculos para el reconocimiento oficial de la Iglesia, llegó a Manila llevando consigo la autorización de la Primera Presidencia para comenzar allí la obra misional. Obtuvo permiso de la Embajada de los Estados Unidos para llevar a cabo una reunión en los terrenos del Cementerio Militar Norteamericano, se levantó temprano esa mañana y fue al cementerio mucho antes de la reunión programada para el amanecer. Al salir el sol, un grupo de casi cien Santos, en su mayoría soldados de la Base Clark de la Fuerza Aérea y de la base naval en la Bahía Subic, se había reunido temprano en la neblinosa mañana frente a la pequeña capilla conmemorativa.

Desde el mismo momento en que el élder Hinckley convocó la reunión, el Espíritu descendió en forma extraordinaria. Entre los que hablaron se hallaba David Lagman, que se supiera, el único miembro filipino de la Iglesia y el primero en ser ordenado élder, quien relató la historia de su conversión. Cuando era niño, había encontrado un ejemplar del Seleccionaciones del Reader's Digest que contenía un artículo acerca de los mormones. La palabra profeta, empleada para describir a José Smith, captó su atención. Los años pasaron, a través de los cuales se produjeron las tragedias de Corregidor y de Bataan y su patria soportó la ocupación enemiga. Después de la liberación de las Filipinas, se enteró de que un oficial norteamericano para quien trabajaba en la Base Clark era mormón y se armó de valor para preguntarle si realmente su iglesia era guiada por un profeta. Cuando el oficial le dio su testimonio al respecto, el joven filipino sintió estremecerse su corazón y subsiguientemente se unió a la Iglesia.

El élder Hinckley concluyó la reunión diciendo: "Lo que comenzamos aquí afectará la vida de miles y miles de personas en esta república insular, y sus consecuencias irán de una generación a otra para su magnífico y sempiterno bienestar". Después de dar su testimonio, el élder Hinckley ofreció una oración invocando las bendiciones del Señor para la obra misional en todas las Islas Filipinas y bendijo a todos sus habitantes con una mente receptiva, un corazón comprensivo, la fe para aceptar el mensaje del Evangelio y el valor para vivir correctamente sus principios.¹⁸

El siguiente destino del élder Hinckley era Japón, donde se alegró al encontrar un gran número de miembros locales sirviendo en presidencias de rama. Una vez más, sin embargo, percibió que algunos misioneros estaban algo desalentados y no trabajaban con la intensidad que esperaba. Después de pasar un día con los élderes en el área de Tokio-Yokohama, indicó: "Algunos misioneros están trabajando afanosamente y obteniendo grandes resultados. Otros sólo deambulan".¹⁹ Él no era de los que sólo deambulan y los que hacían eso no lo impresionaban bien. Después de tres días de permanencia en Japón, escribió: "Hemos andado con la mayor prisa posible teniendo reuniones de misioneros cada mañana y viajando a

diferentes ciudades por la noche. Por el momento, no nos ha perjudicado la tarea".²⁰

Desde Japón, el élder Hinckley voló a Seúl y quedó gratamente sorprendido por el progreso logrado en Corea. Los misioneros allí eran los más productivos entre todos los del Lejano Oriente, con un promedio de catorce bautismos por año, y un extraordinario núcleo de jóvenes mayores que se unían a la Iglesia. Tuvo la satisfacción de apartar a los dos primeros coreanos llamados a servir como presidentes de rama.

Cuanto más se relacionaba con los Santos asiáticos y los servía, más los apreciaba. Aunque iba experimentando sólo un relativo éxito al estudiar algo de sus idiomas, fue aprendiendo suficientes palabras para que la gente reconociera que por lo menos estaba intentándolo. También les comunicaba sus sentimientos de otras maneras. Han In Sang dijo: "Ningún otro líder de la Iglesia que haya visitado Corea ha llorado como el élder Hinckley. Cuando se reunía con los miembros, sollozaba. Cuando se reunía con los misioneros, sollozaba. Y siempre se acordaba del nombre de cada uno de nosotros. Cuando vino por segunda vez, podía recordar quiénes éramos. Nos decía que nos amaba y eso es lo que nos une a él".²¹

Durante la estancia del élder Hinckley en Seúl, cierta mañana a las cuatro y media lo despertó un fuerte chisporroteo al otro lado de su ventana en el hotel. Su primer pensamiento, "¡Qué mala hora para un casamiento chino!", se desvaneció inmediatamente cuando se dio cuenta de que aquello que creía que eran fuegos artificiales seguía estallando. Sin pensar en las consecuencias, sacó la cabeza por la ventana y notó que el cielo estaba cubierto de un humo gris. Se dejó oír un ruido estridente que sonaba como un trueno y entonces descubrió de pronto que el hotel se estaba incendiando a raíz de un ataque de artillería proveniente de varias direcciones. En cuestión de minutos, el presidente Andrus, de la Misión Norte del Lejano Oriente, quien viajaba con él, llegó a su puerta para informarle que había visto balas trazadoras fuera de su ventana. En medio de la confusión al ver que los ocupantes del hotel corrían por los pasillos, no demoraron en enterarse de que se estaba produciendo una revolución. A medida que se vestía con rapidez, el élder Hinckley pensaba en lo que convendría hacer. Si los coreanos del norte invadían la ciudad, su vida misma estaría en peligro. Pensó en la ropa que debía vestir y decidió ponerse los zapatos negros en vez de los marrones, creyendo que le serían más cómodos, y una arrugada camisa de dacrón antes que una de seda recientemente lavada, siendo que le resultaría más fácil lavarla y colgarla a secar si fuese necesario. Entonces no le quedaba otra cosa sino esperar.

Al amanecer, se les dijo, a él y al presidente Andrus, que no podían salir del hotel: Los militares se habían rebelado contra el gobierno y estaban dando un golpe de estado. Los soldados uniformados para la guerra, llenaban las calles. Muchas de las ventanas de su hotel estaban destrozadas y las paredes quedaron llenas de agujeros producidos por las balas de ametralladora. A lo largo del día se puso en efecto la llamada "condición verde" y no se permitía a los norteamericanos salir a las calles. Los bancos, los aeródromos y los aeropuertos fueron cerrados y se impuso el toque de queda. Teniendo tiempo para ello, el élder Hinckley escribió la noticia de lo que ocurría y la telegrafió al Deseret News de Salt Lake City, periódico que recibió así la información antes de que la recibiera la Associated Press.

Al tercer día, el aeropuerto fue rehabilitado y el élder Hinckley entonces emprendió la partida. Al dirigirse a su hogar después de permanecer un mes en el Oriente, advirtió que había pronunciado cincuenta y dos discursos, entrevistado a 240

misioneros, dado su testimonio en inglés por medio de intérpretes en cantonés, mandarín, coreano y japonés, y sobrevivido un estado de sitio.

En todos los viajes del élder Hinckley, siempre hubo un factor invariable: Se mantuvo en contacto directo con los misioneros. Desde la niebla de Londres hasta la opresiva humedad del Oriente, los había consolado en su desaliento, los había aconsejado en situaciones difíciles, se había regocijado por sus realizaciones y pasado varias horas de rodillas junto a los que se sentían agobiados.

Con frecuencia aprovechaba la oportunidad de efectuar algo de proselitismo por su propia cuenta. En cierta ocasión, un oficial de una aerolínea en el aeropuerto de San Francisco (California) le preguntó con qué fines se dirigía a Asia. "Yo represento a la Iglesia Mormona. ¿Conoce usted algo acerca de la Iglesia Mormona?", le preguntó. "Oh, sí, conozco algo", respondió el hombre. "Mi esposa es mormona, pero no se anima a hablar al respecto". "¿De dónde procede su esposa?", preguntó el élder Hinckley. Una vez que el caballero le dio la información pertinente, él, quien por coincidencia conocía a esa familia, respondió con entusiasmo: "Su esposa proviene de una gente maravillosa, de gran linaje, de linaje pionero. ¿Le agradecería saber algo más acerca de la fe de los antepasados de su esposa?" Cuando el hombre dijo que sí, el élder Hinckley llamó al presidente de la misión local y le dio la referencia. Ocho semanas más tarde, el oficial de la aerolínea se unió a la Iglesia.²²

Durante un viaje a través del Atlántico, se hallaba sentado frente a una pareja que venía de Inglaterra. Cuando se enteró de que el hijo de ese matrimonio deseaba estudiar ingeniería forestal en una universidad norteamericana, él les recomendó la Universidad Estatal de Utah como una excelente institución de enseñanza superior. Tiempo después, el joven llegó para asistir a dicho establecimiento en el norte de Utah y los Hinckley fueron a buscarlo al aeropuerto, lo llevaron a Logan y lo ayudaron a ubicarse. Subsiguientemente, aquel joven y sus hermanos se unieron a la Iglesia, fueron casados en el templo y criaron familias fieles y activas.²³

A través de los años, el élder Hinckley ha ido refinando gradualmente la manera en que enseñaba y representaba el Evangelio y fue sintiéndose cada vez más cómodo al hablar con cualquier persona acerca de la Iglesia. Siempre fue muy elocuente sin parecer presumido o sermoneador, y bien decidido cuando se trataba de dar su testimonio en cuanto a Jesucristo, a José Smith y al Libro de Mormón. En su discurso en la conferencia general de abril de 1960, se refirió así al proceso de la conversión: "Cuando en nuestro programa misional empezamos a destacar la verdad de Dios como un principio básico, fundamental y primordial, y comenzamos a alentar a quienes estén dispuestos a escuchar para que se pongan de rodillas y le pregunten a Él... concierne a la veracidad de esa enseñanza, es cuando empezamos a convertir a tanta gente como no lo habíamos hecho en muchos, muchos años".²⁴

En junio de 1961, el élder Hinckley y otras Autoridades Generales efectuaron el primer seminario para todos los presidentes de misión y, por primera vez, presentaron un plan modelo de seis lecciones que todas las misiones debían adoptar. También recomendaron a los líderes en toda la Iglesia que recalcaran el lema del presidente McKay: "Cada miembro un misionero". En ese seminario, la Iglesia en todo el mundo fue dividida en nueve áreas misionales, las cuales habían de ser administradas por Autoridades Generales.

Con tan extensos viajes lejos de su hogar y tantas asignaciones por atender mientras se encontrara en Salt Lake City, el élder Hinckley fue descubriendo que la

vida como Autoridad General era rigurosa y exigente. Sus responsabilidades habrían afectado más a su familia si Marjorie no hubiera atendido su hogar con su acostumbrada buena voluntad. Cuando las normas de la Iglesia se lo permitían, ella viajaba frecuentemente con él, pero teniendo hijos en edad escolar y otros adolescentes todavía en su hogar, también ella sentía la responsabilidad de proporcionarles un sentido de estabilidad y regularidad.

Otros factores acentuaban las inconveniencias del modo de vivir del élder Hinckley. Apenas había estado dos meses en su hogar después de su último viaje a Asia cuando, el 5 de junio de 1961, falleció su padre. El fallecimiento de Bryant dejó en Gordon un sentimiento de abandono y, a la vez, de renovada determinación. "Mi mayor deseo era vivir de modo que mi conducta sólo reflejara lo bueno de mi padre y de mi madre", dijo. "El haber perdido a ambos renovó en mi interior ese deseo. Sólo esperé que algún día llegaría a ser digno de mi patrimonio"²⁵

CAPÍTULO 14

EL QUORUM DE LOS DOCE

El sábado 30 de septiembre de 1961, el teléfono de los Hinckley sonó a las siete de la mañana. Al contestarlo, Marjorie oyó la voz del presidente McKay, averiguando si podía hablar con Gordon. "¿Estoy interrumpiéndolo en algo?", le preguntó el presidente McKay cuando Gordon tomó el teléfono. "Solamente mi oración matutina", respondió éste. El Profeta le preguntó si podría ir a su oficina tan pronto como le resultara posible y Gordon contestó que lo haría en seguida.

Menos de dos horas después, estos dos hombres se hallaban sentados frente a frente y el presidente McKay entonces le explicó la razón por tan temprana reunión antes de la primera sesión de la conferencia general esa mañana. "He sentido que debo proponerlo para que ocupe el cargo vacante en el Quórum de los Doce Apóstoles", le dijo simplemente, "y quisiéramos sostenerlo hoy en la conferencia". Aquellas palabras sorprendieron al élder Hinckley quien, habiéndose quedado casi sin aliento, trató en vano de encontrar una respuesta.

El presidente McKay continuó diciéndole: "Su abuelo fue digno de esto, tal como su padre. Y también lo es usted". Al escuchar esas palabras, el élder Hinckley pareció perder la serenidad, porque no habría podido escoger el Profeta otro elogio que tuviera para él un mayor significado.

Poco más tarde, el élder Hinckley fue sostenido como nuevo miembro del Quórum de los Doce, ocupando el lugar que había quedado vacante en junio cuando el presidente Hugh B. Brown fue llamado a servir como tercer consejero en la Primera Presidencia. En la última sesión de la conferencia esa tarde pronunció unas breves palabras, diciendo: "La hermana Romney [esposa del presidente Marion G. Romney] me dijo ayer de tarde que, a juzgar por la apariencia de mis ojos cuando había conversado por la mañana conmigo, ella sabía que era yo quien había de ser sostenido. Les confieso que he sollozado y orado mucho". Entonces admitió que le acometía un sincero sentimiento de ineptitud: "Me conmueve la confianza que ha depositado en mí el Profeta del Señor y el amor que me han demostrado éstos, mis hermanos, a cuyo lado me siento como un pigmeo. Ruego tener fuerzas; ruego que se me ayude; y ruego tener la fe y la voluntad necesarias para ser obediente".¹

Al regresar a su hogar siendo el hombre número setenta y cinco llamado a servir en esta dispensación como miembro del Quórum de los Doce, iba tratando de entender

la diversidad de emociones que le acometían. Recién en ese instante empezó a sentir el impacto de lo que acababa de ocurrir.

El élder Hinckley se puso a meditar en todo lo que había presenciado durante su vida. La Iglesia contaba ahora con un millón ochocientos mil miembros y 345 estacas, o sea casi cinco veces más de los que tenía el año en que él nació. Había más misioneros que antes (unos nueve mil) que el total de las personas (unas siete mil) que se convirtieron el año en que él mismo fue a servir su misión. Pertenecía a la segunda generación de su abuelo, quien había ayudado a colonizar Utah, y sin embargo también él había participado personalmente en algunas actividades pioneras, en particular las relacionadas con la obra del templo y a las relaciones públicas. Ahora le resultaba imposible imaginar lo que le esperaba.

En una carta que compuso con su máquina portátil de escribir, le dijo a su hijo Dick, quien servía en Duisburg, Alemania: "Quiero informarte que he sido llamado al Quórum de los Doce Apóstoles. No sé por qué se me ha llamado a tal posición. No he hecho nada extraordinario; solamente he tratado de hacer lo mejor que he podido con las tareas que me fueron encomendadas sin preocuparme acerca de quien recibiría el reconocimiento por ello".

El 5 de octubre de 1961, con la ayuda de sus hermanos de la Primera Presidencia y del Quórum de los Doce, el presidente McKay ordenó apóstol al élder Gordon B. Hinckley y lo apartó como miembro de dicho quórum. Los días subsiguientes fueron para el élder Hinckley llenos de reflexión, meditación, oraciones y muchas lágrimas. Por sobre todo, deseaba ser digno de su nuevo llamamiento, pero percibía íntimamente sus deficiencias personales. Por momentos le parecía estar viviendo su noche más oscura y en vías de tener que encarar sus propias ineptitudes. Rogaba entonces al Señor que lo pusiera a la altura del manto que ahora llevaba encima.

Fue una temporada muy emotiva para él, intensificada aún más cuando, al día siguiente de su ordenación, su amigo y mentor de largo tiempo, el presidente J. Reuben Clark, hijo, falleció a la edad de noventa años. Dos días después del funeral, el presidente McKay reorganizó la Primera Presidencia y nombró a Henry D. Moyle y a Hugh B. Brown como primer y segundo consejero, respectivamente.

Se asignaron nuevas responsabilidades, nuevos líderes y nuevas oportunidades pero, por el momento, el élder Hinckley continuó dedicándose afanosamente a la obra misional, aunque para ello contaba ahora con la considerable ayuda de otras personas. En noviembre de 1961 se estableció en la Universidad Brigham Young el Instituto de Capacitación en Idiomas para misioneros llamados a países extranjeros. Dicho instituto, que más tarde pasó a ser llamado Misión de Capacitación en Idiomas, se diseñó para preparar mejor a los que servirían como misioneros. Y apenas cuatro meses después, la edad a que los jóvenes podían ser llamados a una misión se redujo de veinte años a diecinueve.

El interés del élder Hinckley en cuanto a la obra misional se intensificó, por así decirlo, desde el momento en que envió a su propio hijo como misionero. Anhelaba regresar a las misiones de Asia y su siguiente viaje, en febrero de 1962, había de ser muy diferente porque esta vez iría con Marjorie. Aunque nunca le resultó placentero separarse de ella en sus viajes anteriores, ahora le preocupaba tener que someterla a los rigores de visitar lugares donde las condiciones eran frecuentemente inhóspitas. Y a ella, por su parte, no le agradaba la idea de tener que dejar atrás a sus hijos por tanto tiempo-particularmente a Jane, que sólo tenía ocho años de edad y extrañaba terriblemente a sus padres cuando se ausentaban. No obstante, después de su último viaje, él le había propuesto: "La próxima vez

vendrás conmigo. Los Santos en Asia están empezando a preguntar si en realidad soy un hombre casado".²

A principios de febrero, los Hinckley partieron con rumbo a Asia, siendo Manila su primera escala. El élder Hinckley tuvo mucho agrado en enterarse que los misioneros que habían llegado allí sólo unos pocos meses antes habían bautizado ya a trece filipinos.

La obra estaba progresando también en Hong Kong, donde el año anterior unas 350 personas se habían unido a la Iglesia, sumando ahora los miembros 1.763. La necesidad de adquirir una propiedad sobre la cual edificar un centro de reuniones iba siendo cada vez más urgente.

Su próxima escala fue Taiwán, donde los misioneros continuaban viviendo en condiciones que, en algunos casos, eran aterradoras. Los élderes, sin embargo, parecían sentirse muy felices, y el año anterior habían bautizado a 304 personas, llegando así el número de miembros chinos a más de 800.

Desde Taiwán, los Hinckley volaron a Fukuoka, al sur de la isla japonesa, y desde allí recorrieron el país hacia el norte y continuaron a Corea. Marjorie podía ahora apreciar más los largos viajes que su esposo había realizado por todo el Oriente. En una carta que le escribió a Kathy, decía: "Por seguro que hay mucho que hacer acá para fortalecer la Iglesia... Tu padre podría dedicar provechosamente todo su tiempo yendo de una misión a otra y de un distrito a otro, pero no pienso mencionárselo".³ Había allí muchas oportunidades para que también ella participara. "Nunca había predicado tanto en mi vida", les comentó a sus hijos. "Las reuniones en inglés no son tan dificultosas, pero aquellas en que necesitamos intérpretes son horribles... Papá hace un trabajo maravilloso-especialmente con los misioneros. Todos disfrutaban mucho de su agudo ingenio. Y es asombroso cómo recuerda sus nombres y sus rostros".⁴

Marjorie se enamoró de Asia y su gente con tanta facilidad como su esposo. En Hong Kong salió a golpear puertas con las hermanas misioneras en complejos de habitaciones, donde le impresionó sobremanera enterarse de que había un cuarto de baño por cada setenta y cinco personas. Anduvieron caminando por los balcones, tratando de encontrar gente a quien enseñar. Cuando finalmente ubicaron a una familia que las invitó a pasar,

El élder Gordon B. Hinckley escucha al presentársele, el 30 de septiembre de 1961, como nuevo miembro del Consejo de los Doce; inmediatamente después de dicha sesión de la Conferencia General, es felicitado por otras Autoridades Generales de la Iglesia

La Primera Presidencia en ocasión de llevar a cabo la primera sesión dedicatoria del Templo Jordan River (Utah), el 16 de noviembre de 1981

El presidente Hinckley y el presidente de Estados Unidos Ronald Reagan en 4 oportunidad de visitar éste, en septiembre de 1982, la planta de envasados del Programa de Bienestar en Ogden (Utah) 'Tv -Pie s7dent}linckII y ~, ~

'&itll be; j W1S/U , y W a w 4Reunión con el presidente Ronald Reagan en el Edificio de las Oficinas de Administración de la Iglesia, en 1984 debieron sentarse sobre cajas de empacar durante las charlas. Marjorie no podía dejar de mirar un pequeño cáliz con flores

artificiales que había en una repisa. "No importa en qué condiciones se encuentren allí las mujeres", dijo después, "siempre tienen maneras de agregarle belleza a su vida".⁵

En conjunto, aquella primera experiencia en el Oriente fue más de lo que Marjorie anticipaba. Cuando partieron de Asia, también el élder Hinckley quedó muy satisfecho. La obra estaba progresando. Los misioneros trabajaban con ahínco y los miembros locales de la Iglesia iban aumentando gradualmente y adquiriendo experiencia y entendimiento.⁶

No mucho después de regresar de Asia, el presidente Moyle le pidió al élder Hinckley que le refiriera lo que había hecho durante aquella prolongada gira particularmente en cuanto a los misioneros. Después de escuchar su informe, el presidente Moyle lo invitó a que fuera con él a California donde realizaría seminarios con los misioneros. A ese viaje siguió otro similar a Chicago, después del cual el presidente Moyle continuó su gira por Europa. El élder Hinckley se encontró con Marjorie, Virginia, Clark y Jane, quienes habían ido a buscarlo en un nuevo automóvil que acababan de comprar. La breve vacación durante la cual los Hinckley viajaron de regreso a su hogar desde Detroit resultó ser un placentero interludio, y la familia disfrutó mucho al tener a Gordon exclusivamente con ellos durante varios días sin interrupción. Relataron historias, leyeron libros en voz alta y se detuvieron en cada sitio histórico a lo largo de su viaje hasta Salt Lake City.

Apenas llegaron a su hogar y entraron a la casa, sonó el teléfono. Era el presidente McKay, quien le preguntó al élder Hinckley si había hablado con el presidente Moyle. Cuando Gordon le explicó que acababa de llegar con su familia, el presidente McKay le informó que muy pronto el presidente Moyle lo llamaría desde Europa. Una hora después, sonó nuevamente el teléfono. "Gordon", comenzó diciéndole el presidente Moyle, "he programado un seminario para mañana a la noche aquí en Londres con los misioneros, y quiero que esté usted presente". Pocas horas más tarde, el élder Hinckley se hallaba en camino a Inglaterra, desde donde él y el presidente Moyle comenzaron una gira de veintitrés días a través de las 21 misiones de la Gran Bretaña y Europa. Llevaron a cabo, cada día, un seminario en una ciudad diferente. "Yo me encargaba de las horas matutinas hasta el mediodía y el presidente Moyle lo hacía en las tardes", explicó el élder Hinckley. "Luego empacábamos todo y tomábamos el avión a la siguiente ciudad. Fue lo más agotador que jamás he realizado". En menos de un mes, sin embargo, pudieron observar de cerca la obra misional en toda Europa.

Durante la conferencia general que tuvo lugar dos meses más tarde, las Autoridades Generales que servían en Europa describieron el efecto que tuvieron allá las enseñanzas del presidente Moyle y del élder Hinckley. El élder Theodore M. Burton indicó que como resultado de las visitas que efectuaron a su correspondiente misión, los bautismos realizados en agosto habían sido un 28 por ciento más que los del mes de julio, y que los de septiembre superaron en un 37 por ciento a los de agosto.⁷

En el transcurso de la década de 1960, el élder Hinckley regresó a Asia muchas veces. Él fue la primera Autoridad General en hacer frecuentes viajes al Oriente y recorrer las regiones adyacentes. Y fue quizás el primero en infundir en los Santos asiáticos la convicción de que él los comprendía. Como resultado de ello, respondieron tanto a su testimonio como a la manera en que les expresaba su amor y su confianza.

Ray Goodson, uno de los primeros misioneros asignados a las Filipinas, observó: "El élder Hinckley fue la primera Autoridad General que fue a Asia sin estar convencido de que iba a morir antes de regresar a Salt Lake... Sus discursos fueron siempre apropiados y los asiáticos no demoraron en apreciarlo. Él no temía estrecharles la mano, viajar en sus medios de transporte, caminar por sus calles o comer sus comidas".⁸

La hermana Hinckley también se relacionaba muy bien con los asiáticos, por quienes sentía admiración y respeto. Augusto Lim, uno de los primeros conversos filipinos que más tarde llegaría a ser una Autoridad General, describió así la interacción de la hermana Hinckley con sus compatriotas: "Ella se desvivía por estrecharnos las manos y abrazarnos, y siempre besaba a mi esposa. Resultaba muy fácil estar en su presencia y ella era siempre muy amable y amorosa y se interesaba en nuestros amigos, como así también en cuanto a nuestro bienestar. En aquellos días, dedicaba mucho de su tiempo a la gente y eso es lo que más nos impresionaba" ⁹

Quizás sin darse cuenta de ello, la manera en que el élder y la hermana Hinckley actuaban entre sí atraía mucho a los asiáticos. "El élder Hinckley siempre estaba atendiendo a su esposa, cuidándola y protegiéndola", continuó diciendo Han In Sang, "casi como si fuera su hermano mayor. Era fácil ver que la amaba mucho, pero lo manifestaba de una manera que impresionaba a la gente oriental. Otro líder de Salt Lake City nos aconsejó que a diario le dijéramos a nuestra esposa que la amamos. Nosotros amamos a nuestras esposas, pero no lo decimos de ese modo. El élder Hinckley nos decía, 'Deben expresárselo a su manera'. Él nos entendía bien".¹⁰

Sucedieron muchas cosas que motivaban grandes emociones. Durante una de sus primeras visitas a la Rama Fukuoka, en la isla de Kyushu [Japón], el élder Hinckley convocó una conferencia misional de zona que abarcó todo un día y que, para beneficio de la mayoría norteamericana que se hallaba presente, se llevó a cabo en el idioma inglés. El élder Yoshihiko Kikuchi, el único misionero japonés, entendió solamente lo que su compañero le traducía.

Como parte de la conferencia, el élder Hinckley invitó a cada misionero para que expresara su testimonio. Uno por uno, así lo hicieron los élderes, hasta que sólo quedaba el élder Kikuchi. Finalmente, el élder Hinckley se puso de pie y, dirigiéndose al élder Kikuchi, lo invitó a que se adelantara. Su compañero le tradujo de inmediato la invitación del élder Hinckley. El élder Kikuchi preguntó si se le permitiría dar su testimonio en japonés. "Hai, hai", sí, respondió el élder Hinckley. Entonces el élder Kikuchi se dirigió al púlpito. Un poderoso espíritu cayó casi inmediatamente sobre él y comenzó a hablar en inglés. "Debe haber sido un inglés muy simple", recordó años más tarde, "pero era como si el Espíritu me elevara y se soltara mi lengua y mis oídos pudieran entender fácilmente el otro idioma. La dulzura y la celestial iluminación que experimenté fueron inolvidables. Fui impulsado por el Espíritu... Sentí que la sombra de mi mente se desvanecía y percibí una visión de la majestuosa luz del Evangelio".¹¹ Al hablar [el élder Kikuchi], el élder Hinckley sollozó, como así también la mayoría de los presentes.

Tan pronto como dijo "Amén", la mente del élder Kikuchi quedó cerrada para el inglés y su compañero tuvo que traducirle el resto de la reunión. El élder Hinckley se acercó al púlpito y con voz emocionada dijo: "Por lo general no bendigo a la gente desde el púlpito, pero siento la inspiración de pronunciar una bendición sobre este joven japonés. Hermano Kikuchi, este sistema misional es una gran bendición en su vida. Si usted es siempre fiel y humilde y guarda constantemente los

mandamientos del Señor, Él lo preparará para que establezca el reino del Señor en esta parte de Su viña. El Señor está preparándolo para que le sirva en una mayor medida".¹²Ése fue el comienzo de un fuerte vínculo entre el experimentado líder de la Iglesia y el élder japonés, quien tiempo después habría de ser llamado a ser una Autoridad General.

Aunque dedicó muchísimo tiempo a principios de la década de 1960 en el Oriente, las asignaciones del élder Hinckley no se limitaban a esa parte del mundo. En mayo de 1963, por ejemplo, viajó a la Polinesia Francesa para dedicar una capilla en la isla de Huahine. Varios centenares de miembros de la Iglesia procedentes de otras islas de la región contrataron barcas mercantes para poder asistir a dicha dedicación y escuchar las palabras del élder Hinckley.

Al final de ese día, unos cincuenta miembros y amigos de la isla de Maupiti tomaron una vieja barcaza, la Manuia, para efectuar el viaje de regreso en horas de la noche. Para cuando la barcaza llegó a Maupiti, el mar se agitaba intensamente. El canal que atraviesa el arrecife de coral hacia la laguna de Maupiti es uno de los más peligrosos en todo el Pacífico Sur. Mientras el capitán intentaba maniobrar la nave por el angosto pasaje, perdió el control de la misma y encalló en el arrecife, se dio vuelta tres veces en medio de las olas que la sacudían y terminó destrozándose. Quince de las cincuenta personas a bordo se ahogaron, incluso todas las hermanas de la Sociedad de Socorro, a excepción de dos de ellas, de la Rama Maupiti.

Cuando al día siguiente en Tahití el élder Hinckley se enteró de la tragedia, canceló inmediatamente su vuelo de regreso a Salt Lake City. En horas de la tarde, él y el presidente de la misión, Kendall Young, lograron que un marino los llevara a más de 250 kilómetros de distancia, en una antigua lancha torpedera de la Segunda Guerra Mundial. El élder Hinckley y el presidente Young zarparon al anochecer con rumbo a Maupiti.

A eso del mediodía del día siguiente, su lancha se internó en el canal y entonces pudieron ver la destrozada Manuia. Lo que quedaba de la tragedia era verdaderamente horroroso. Al bajar en el muelle y saludar a aquella angustiada gente, no pudo menos que sollozar. "Levanté a esos niños que habían perdido a sus madres y traté de contener mis emociones", comentó luego. "Era muy desgarrador contemplar a aquellos huerfanitos y a los hombres que había perdido a sus esposas. Ver el casco destrozado de la nave en el arrecife fue uno de los momentos más difíciles de mi vida".¹³

El élder Hinckley dirigió un funeral esa tarde e hizo todo lo que pudo para dar consuelo y condolencias a esa gente. Esa misma noche, partió en barco con sus acompañantes hacia Bora Bora. Algunos de los sobrevivientes les acompañaron hasta Tahití para recibir atención médica, entre ellos Claire Teriitehau, una enfermera no miembro de la Iglesia que había asistido a la dedicación de la capilla en Huahine. Durante el viaje, consintió en recibir una bendición del élder Hinckley, quien le dijo que debía unirse a la Iglesia y le explicó que el Señor necesitaba de ella. Poco tiempo después, fue bautizada.¹⁴

Otras experiencias fueron igualmente impresionantes. Temprano en la mañana del 18 de septiembre de 1963, el presidente Henry D. Moyle falleció repentinamente. La noticia afectó mucho al élder Hinckley, quien lamentó la pérdida de ese consejero y amigo con quien había visitado tantas misiones en el mundo.

El año 1963 trajo consigo algunos momentos difíciles, pero también otros de regocijo. Después de treinta meses de servir en Alemania, Dick regresó de su

misión. Tanto como le había agradado ver que su hijo fuera al campo misional, al élder Hinckley le resultó aún más maravilloso su retorno. ¡Cuán velozmente había transcurrido el tiempo! Sus hijos parecían crecer con rapidez y, uno por uno, iban saliendo del hogar. Kathy ahora tenía una hija, Virginia se había graduado de la escuela secundaria, Clark habría de graduarse en menos de dos años e iría entonces a una misión, y Jane en breve cumpliría diez años de edad. Resultaba asombroso pensar que aun su hija menor, quien había sido para él motivo de grandes alegrías, sólo quedaría con ellos unos pocos años más.

En el otoño de 1963, al prepararse para realizar otro viaje al Oriente, el élder y la hermana Hinckley decidieron llevar consigo a Jane. Como alumna del tercer grado escolar, ésta no tenía siquiera idea de lo que sus padres hacían cuando se ausentaban por varias semanas; sólo sabía que no le gustaba que la dejaran al cuidado de sus hermanas mayores o de alguna tía. Siendo la menor de la familia, Jane era quizás la que más sufría a causa del prestigio y la frecuente ausencia de su padre. La razón por que el élder Hinckley pensó en llevar con ellos a Jane era simple: "A su edad, el pasaje cuesta la mitad y es mejor que invirtamos el dinero en esta clase de actividad en lugar de gastar tanto en automóviles y otras cosas". El sábado 19 de octubre, cuando salieron con rumbo a Honolulu, comentó: "Jane estaba tan entusiasmada que apenas podía disimularlo".¹⁵

Una de las experiencias más memorables de la gira ocurrió en Seúl durante una reunión dominical con sesenta soldados miembros de la Iglesia. El élder Hinckley escribió luego que muchos dieron su testimonio, y agregó:

Escuchar a esos hombres fue una de las experiencias más emocionantes de mi vida. Ahí estaban aquellos enérgicos militares, llorando al agradecer al Señor por el Evangelio, por sus familias y por uno y otro... El coronel Hogan, oficial ejecutivo de la Fuerza Aérea en la base de Taegu, sollozaba al hablar... Contó de cuando lo habían enviado a Corea y que en esa ocasión consideró renunciar a su cargo antes de dejar atrás a su familia. No parecía haber manera alguna de llevarla consigo. Pero algo sucedió de improviso y logró entonces llevar a sus seis hijos con él. Luego se puso de pie un joven de apellido Falconer y dijo que sabía por qué los Hogan habían ido a Taegu. Dijo que la familia Falconer... había orado para que otra familia miembro de la Iglesia fuera enviada allí a fin de poder organizar una rama...

Un veterano capitán de artillería contó que había comenzado a abandonarse después de su traslado a Corea... Entonces el coronel Plant, quien había sido presidente de distrito para los miembros en servicio militar hasta hacía poco tiempo, lo visitó y ambos se arrodillaron [y oraron] juntos. Eso cambió el rumbo de su vida... Y así pasamos la mayor parte de tres horas en lo que llegó a ser una experiencia espiritual inolvidable.

El élder Hinckley concluyó diciendo: "Nunca antes había visto a un grupo de hombres en ningún lugar del mundo que pusieran de manifiesto tanto amor por la Iglesia. ¡Qué hermosa experiencia tuvimos esta mañana! Hay algo en Corea que me impresiona. Es el país más desolado y triste que conozco. Quizás sea por eso que siento tan intensamente el Espíritu del Señor cada vez que vengo aquí. Es la gratitud que tanto los misioneros como nuestros miembros militares tienen por el Evangelio. El contraste es tan grande y tan evidente".¹⁶

Tales experiencias no pasaron desapercibidas para Jane, quien pudo ver a su padre con ojos renovados cuando se reunían con los Santos. "Recuerdo haber sentido que papá amaba lo que estaba haciendo", dijo una vez. "Y pude ver el manto de su llamamiento sobre sus hombros. Aunque era muy niña, yo podía sentir algo

especial cuando daba su testimonio del Salvador y manifestaba su amor por el profeta José Smith".¹⁷

Para el élder Hinckley era indudable que la responsabilidad de promover la obra en Asia recaía pesadamente sobre sus hombros. Las oficinas generales de la Iglesia se hallaban al otro lado del mundo y algunos de los métodos tradicionales de la obra misional no eran muy eficaces entre las particulares culturas asiáticas. Todo lo que podía hacer era procurar la guía del Señor, arremangarse y poner manos a la obra.

Su determinación en cuanto a abrir nuevos caminos era evidente asimismo en otras áreas. Desde mediados de la década de 1930, cuando tuvo por primera vez la responsabilidad de ayudar a producir los programas de la Iglesia que se transmitían los domingos de noche por la estación KSL, había estado participando en la tarea de preparar materiales relacionados con el Evangelio para su difusión radiotelefónica. Su conexión con KSL se intensificó en 1957 cuando el presidente McKay lo designó, primeramente al directorio de la Corporación de Servicio Radiotelefónico de Utah (o KSL) y más tarde miembro de su comité ejecutivo. Juntamente con otros, había contribuido a que las transmisiones de las conferencias generales llegaran al público; la primera transmisión nacional tuvo lugar en abril de 1962.¹¹ A principios de 1964 y al cabo de prolongadas negociaciones, la Iglesia adquirió las estaciones KIRO-TV y KIRO-Radio AM/FM en Seattle [estado de Washington], y el élder Hinckley fue designado director de esa compañía.¹⁹ Dos años antes, había participado también en la compra de la estación de onda corta WRUL en Nueva York (más tarde denominada WNYW), adquirida para facilitar transmisiones a Europa y Sudamérica.

En 1964, cuando llegó a ser aparente que la Iglesia continuaría adquiriendo medios de difusión, se creó la Corporación Internacional Bonneville (BIC) con el fin de que supervisara la administración de todas las entidades de radiodifusión. Como signatario de la incorporación de dicha compañía, el élder Hinckley fue nombrado vicepresidente, miembro de su directorio y miembro del comité ejecutivo.²⁰ En Bonneville, había que tomar toda una gama de decisiones y a medida que él y otros directores procuraban encontrar maneras apropiadas para expandir la influencia radiotelefónica de la Iglesia, fue haciéndose cada vez más evidente que la nueva tecnología iba a poner el mundo en sus manos de una manera nunca antes imaginada.

El élder Hinckley estaba ansioso por emplear la tecnología más creativamente para propalar el Evangelio. En primer lugar, estaba seguro de que la Iglesia necesitaba incrementar su utilización de los medios de difusión. Aun su experiencia en Asia le sugirió que el tiempo y el número de misioneros que se requerían para establecer contactos individuales con cada persona no era un método muy práctico.

En noviembre de 1964, se dispuso a emprender un viaje que lo llevaría alrededor del mundo y que en el proceso le ofrecería una mayor idea de las vastas regiones que aún no habían recibido el mensaje del Evangelio. Él y Marjorie se privarían de festejar el día de acción de gracias con sus hijos y la sola idea de separarse de ellos en esa fecha tan emotiva apenó mucho a la hermana Hinckley. Pero el viaje era muy importante ya que visitarían países en los que el élder Hinckley nunca había estado antes y quería que ella lo acompañara.

Después de visitar las ciudades naturalmente incluidas en su itinerario, el élder y la hermana Hinckley viajaron hacia el oeste, a países donde la Iglesia estaba todavía limitada a pequeños grupos de miembros esparcidos en diversos lugares. Con el

presidente Jay Quealy y la hermana Quealy, de la Misión del Lejano Oriente Sur, viajaron a Bangkok donde se reunieron con algunos Santos de los últimos Días.

Desde Bangkok volaron a Saigón (que luego se llamaría Ciudad de Ho Chi Minh), donde unos sesenta miembros de la Iglesia les esperaban en un caliente y vaporoso cuarto de una escuela estadounidense. En tanto que trataba de dirigirle la palabra a una congregación compuesta mayormente de personal militar, aunque también participaban entre ellos dos conversos vietnamitas, una verdadera horda de insectos se treparon sobre el élder Hinckley.

Los cuatro viajeros continuaron hasta Singapur y de allí a la India, lo cual resultó serles una experiencia muy singular. En medio de la pobreza y el desaseo, conocieron a Paul Thirithuvodoss, un hombre que había escrito a la Iglesia pidiendo ser bautizado. A invitación suya, fueron en automóvil a visitar una escuela que tenía para niños desvalidos y asistir a una reunión religiosa para varios centenares de sus compañeros. Algunos batían tambores y tocaban en un órgano, todo lo cual hizo que el élder y la hermana Hinckley pensarán en una asamblea típica del Ejército de Salvación. A estos "pobres de la tierra", como los describió el élder Hinckley, Paul Thirithuvodoss les predicó un sermón de estilo pentecostal. A pesar de que pedía repetidamente que tanto él como otros allí fueran bautizados, ello preocupaba mucho al élder Hinckley, quien luego escribió lo siguiente: "Me inquietaba mucho lo que había presenciado y no sabía qué hacer. Éstas son personas sinceras, pero fueron educadas a la manera pentecostal, que no concuerda con la nuestra... Realmente necesitamos la inspiración del Señor en cuanto a lo que debemos hacer aquí".²¹

Tanto a solas como con el presidente Quealy, el élder Hinckley le imploró al Señor que lo guiara. Finalmente, rehusó llevar a cabo la ordenanza, recomendando en lugar de ello que se enviaran misioneros a fin de que enseñaran a Paul y a los demás. En su diario personal escribió que ésa no fue una decisión fácil de tomar. "Nos despedimos de [Paul] y de sus amigos con verdadero afecto en nuestro corazón, especialmente por él... Iré a dormir un tanto preocupado por no haber efectuado la ordenanza para él, pero completamente satisfecho por el bien que hemos logrado al venir aquí y por saber que los resultados finales estarán muy... en armonía con la voluntad del Señor".²² Paul fue bautizado tiempo después.

En la India, los Hinckley se despidieron de los Quealy y volaron al Cercano Oriente, haciendo escala en Beirut para reunirse con un pequeño grupo de miembros y continuar luego hasta Jerusalén. Éste fue su primer viaje a la Tierra Santa, donde se maravillaron al andar por las huellas de la historia en Gólgota, el Monte de los Olivos y otros lugares importantes relacionados con la vida y el ministerio del Salvador. El élder Hinckley pudo sentir poderosamente la presencia de Aquel que vivió y murió allí.

Desde Jerusalén volaron a Atenas. El élder Hinckley anhelaba poner pie sobre el Areópago, el cerro desde donde Pablo predicó su famoso sermón acerca del Dios no conocido. Luego, exactamente seis días antes de la Navidad, los Hinckley arribaron a Frankfurt (Alemania), donde les esperaban el élder Ezra Taft Benson y la hermana Benson.

Antes de salir hacia el aeropuerto para emprender su viaje a través del Océano Atlántico, el élder Hinckley dictó algunos pensamientos de bendición acerca de su gira alrededor del mundo: "Cuando lleguemos esta noche a Salt Lake City, habremos circundado el globo... Ello ha sido una experiencia inspiradora. He entrevistado a 479 misioneros [y] he conocido a muchos Santos... He escuchado su testimonio y sentido su espíritu, y mi propia fe se ha fortalecido y mi propio

testimonio se ha reforzado. Ciertamente que Dios vive y que Jesús es el Cristo. Por cierto que ésta es Su obra, y es bueno estar embarcado en ella".'

CAPÍTULO 15

EL PROGRESO EN ASIA

En los Estados Unidos, la década de 1960 fue verdaderamente volátil, una 'época de altibajos, de triunfos y de tragedias. El presidente de la nación [John F. Kennedy] fue asesinado el 22 de noviembre de 1963; algunos focos de la llamada guerra fría entre países del Este y del Oeste amenazaban con estallar; e indignados estudiantes universitarios, los partidarios del feminismo y los negros se habían determinado a desafiar la situación reinante y demandaban la atención de la nación. Pero a pesar de que proliferaban los grupos de intereses particulares que se oponían a todo lo que representara una institución tradicional o un estilo particular de vida, la Iglesia continuó progresando en el país y en el extranjero. Durante 1963, los miembros de la Iglesia sumaron más de dos millones y parte del resultado se produjo en el Lejano Oriente y en la región del Pacífico Sur.

En julio de 1965, el élder Hinckley voló a Hawai para participar en un acontecimiento histórico. En un viaje de más de once mil kilómetros y que se considera como la más extensa excursión de su tipo en la historia de la Iglesia, 131 miembros adultos y 29 niños volaron desde Japón hasta Hawai para asistir al templo. La obra completa del templo estaba ahora disponible por primera vez en el idioma japonés.

La reunión del élder Hinckley con sus amigos japoneses en Hawai fue una ocasión jubilosa. Durante varios días efectuó sellamientos, participó en la instrucción correspondiente a la obra del templo, se sacó fotografías con gozosas familias y percibió en el rostro de sus buenos amigos la satisfacción de haberse unido con sus seres queridos para toda la eternidad. Mientras se hallaba en Hawai, también asistió a una reunión en honor del nuevo presidente de la Misión del Lejano Oriente Norte, Adney Y Kumatsu, un miembro japonés nacido en Hawai que era el primero de su raza en ser llamado como presidente de misión.'

Tales eventos eran fruto de la obra misional y aunque el élder Hinckley ya había sido relevado del cargo de administrar los asuntos diarios del departamento, continuaba sirviendo como Director General del Comité Misional del Sacerdocio. En consecuencia, le correspondía encargarse de los difíciles problemas de administración relacionados con el creciente programa. A fines de 1965, por ejemplo, preparó presupuestos para la operación del Departamento Misional, el viaje de los misioneros y otros asuntos pertinentes en todas las misiones a través del mundo. Nunca comenzó ese proceso anual sin recordar el primer presupuesto que había preparado en 1938 a pedido del presidente J. Reuben Clark, hijo. Aquel año, había presupuestado 85.000 dólares para todo el Departamento Misional y el presidente Clark lo cuestionó por ser demasiado extravagante. Ahora, el presupuesto anual del departamento alcanzaba a millones de dólares.' Cuando el Consejo Encargado de la Disposición de los Diezmos revisó su última propuesta, las Autoridades Generales aprobaron el presupuesto misional sin cambiar siquiera una sola cifra.

Otros problemas del programa misional no se encararon tan rápidamente. La intensificación del conflicto bélico en Vietnam había incrementado la necesidad de que el gobierno reclutara un número mayor de jóvenes para el servicio militar. Una vez más, el élder Hinckley debió negociar personalmente con los oficiales de los

Servicios de Reclutamiento la situación de los jóvenes miembros de la Iglesia que eran candidatos para servir como misioneros y también para el servicio militar obligatorio. Tal como antes, no encontró soluciones fáciles. Al cabo de numerosas reuniones con dichos oficiales, incluso con el general Lewis B. Hershey, quien continuaba siendo el Director Nacional, la Primera Presidencia emitió una carta fechada el 22 de septiembre de 1965, en la cual anunciaba una nueva cuota para misioneros: se permitía un misionero por barrio cada seis meses, autorizándose la transferencia de las cuotas de barrios y ramas dentro de las estacas y los distritos.

Los problemas relacionados con el servicio militar obligatorio sólo fueron empeorándose a lo largo de la duración de la Guerra de Vietnam. Se trataba de un asunto emocional al revivir sentimientos pasados en cuanto a los esfuerzos de producir un delicado equilibrio entre los requisitos del gobierno y los de la Iglesia. En ocasiones, este conflicto hacía que el élder Hinckley se sintiera aislado y hasta incomprendido. Respondiendo a un memorándum del élder Harold B. Lee al Comité Ejecutivo Misional sobre quejas relacionadas con el sistema de cuotas, el élder Hinckley presentó a los Doce una detallada reseña del problema. "Me sobrevino una gran preocupación", escribió luego en su diario personal. "Tuve la impresión de estar presentando un caso ante un jurado hostil. Describí el tema desde cada punto de vista y traté de considerar todo posible interrogante. El Señor me bendijo, porque cuando terminé no recibí crítica alguna sino gran aprecio. Marion G. Romney fue particularmente elogioso y dijo, 'Al escucharlo, pensé que usted se había educado en jurisprudencia—.'

A pesar de tales frustraciones, el élder Hinckley se dedicó por entero a su trabajo, agradecido de poder hacerlo. A fines de 1965, llegaron a su oficina cuatro ejemplares de la nueva traducción del Libro de Mormón en el idioma chino. Sin demora, le llevó uno de ellos al presidente McKay, a quien le encantó el regalo. Cuando algo después se llevó a cabo la presentación oficial del mismo, éste contenía en parte las siguientes palabras: "El Libro de Mormón está ahora disponible en el idioma que constituye la lengua natal del pueblo más numeroso de la tierra. Quiera el Señor que se disemine entre ellos como un testimonio del Hijo de Dios, el Salvador del Mundo. Con sincero respeto y profunda estima, Gordon B. Hinckley".° El presidente McKay tomó de la mano a su colega y le dijo afectuosamente: "Usted ha hecho una gran obra en esa parte del mundo. El Señor lo ha bendecido y continuará bendiciéndolo"

Durante una extensa gira por Asia en 1966, el élder Hinckley dedicó nuevas capillas en Corea, Japón y las Filipinas. Tal experiencia le colmó de emociones. Aunque el crecimiento de la Iglesia en Asia era infinitesimal en comparación con el número de personas a quienes era necesario llegar, se produjo un considerable progreso en los seis años que el élder Hinckley había visitado el Oriente. Doquiera que iba, agradecía a la gente por su fidelidad y su afanosa labor.

En Hong Kong, el élder Marion D. Hanks, del Primer Consejo de los Setenta, y su esposa Maxine, se encontraron con los Hinckley y desde allí el presidente Keith Garner, de la Misión del Lejano Oriente Sur, acompañó a ambos hermanos en una gira a Vietnam para que visitaran a los militares miembros de la Iglesia destacados allí. Los tres oficiales de la Iglesia aterrizaron en el aeropuerto Tan San Nhut, en Saigón. Al descender del avión, el élder Hinckley saludó al comandante Allen C. Rozsa, presidente de la Zona Sud Vietnam de la Iglesia. Al cabo de una breve conversación, el comandante Rozsa le pidió al élder Hinckley que firmara una nota eximiendo de toda responsabilidad al personal militar estadounidense mientras se encontraran en Vietnam. Ése fue un comienzo muy impresionante.

El comandante Rozsa había dispuesto un avión C-47 de la Fuerza Aérea Vietnamita (tripulado por norteamericanos) para llevar a los líderes de la Iglesia por todo el país. Abordaron entonces la aeronave y se ajustaron los cinturones de seguridad en incómodos asientos tipo canastos a los costados del compartimiento de carga. Una vez que el avión hubo despegado, el élder Hinckley notó unos estantes en los que había unos trajes de faena camuflados y equipos de emergencia, y pensó que quizás no sabría qué hacer con esas cosas si llegara el momento de tener que utilizarlas. Cuando le preguntó al comandante Rozsa si se hallaban volando sobre regiones seguras, el oficial respondió: "Estamos a salvo en tanto que nos mantengamos alejados del campo de acción del enemigo". El élder Hinckley conservó su tranquilidad hasta el momento en que uno de los motores del avión empezó a fallar. "En tales circunstancias", reconoció después, "acuden a la mente extraños pensamientos. Nuestro espíritu pareció revivir cuando el motor volvió a funcionar normalmente". Al aproximarse a la localidad de Da Nang, el comandante Rozsa le advirtió al élder Hinckley que si habían de ser atacados, eso sucedería durante el aterrizaje.

En Da Nang, los líderes de la Iglesia fueron recibidos por el comandante de la base y llevados luego a una capilla improvisada en Quonset, donde se encontraban más de cien soldados Santos de los últimos Días. Lo que experimentaron allí habría de quedar grabado para siempre en la mente del élder Hinckley. Vestidos en trajes de faena y con barro seco en sus botas, los soldados habían llegado desde Rock Pile y Marble Mountain, a lo largo de la zona desmilitarizada, donde la lucha era encarnizada y el vahido de la muerte impregnaba el aire. Al entrar en la capilla, colocaron sus rifles automáticos sobre los dos bancos posteriores y se sentaron, la mayoría de ellos con pistolas sobre la cadera derecha y cuchillos sobre la izquierda.

Tres soldados miembros de la Iglesia habían muerto la semana anterior y el élder Hinckley dio comienzo a la reunión con un servicio recordatorio y luego invitó a todos los que desearan hacerlo a expresar su testimonio. Durante su discurso, les ofreció también que, si querían, al regresar llamaría a sus seres queridos. Casi todos los soldados anotaron un número telefónico en una simple hoja de papel.

En su diario personal, el élder Hinckley se lamentó diciendo: 'Fue una experiencia maravillosa y deprimente a la vez estar junto a aquellos buenos jóvenes, hombres que poseían y honraban el sacerdocio, hombres que cumplían valientemente con su deber como ciudadanos de su país pero que preferirían estar haciendo alguna otra cosa. Al hablar con ellos pensé que más bien tendrían que estar yendo a la universidad... en lugar de patrullar senderos peligrosos en la obscuridad de las junglas asiáticas, donde la muerte ocurre tan rápida, callada y trágica... Éstos son muchachos provenientes de buenos hogares donde las sábanas están limpias y las duchas son calientes, quienes ahora transpiran noche y día en esta tierra afligida, quienes son objeto de ataques y que contraatacan, quienes han podido ver heridas palpitantes en el pecho de sus camaradas y que han tenido que matar a quienes de otro modo los matarían a ellos. No pude menos que pensar en la terrible desigualdad de sacrificios que forma parte de la causa por la libertad humana.'

Al día siguiente, el élder Hinckley y su comitiva abordaron su avión y volaron a Nha Trang donde llevaron a cabo una reunión muy similar a la que tuvieron la noche anterior. Luego regresaron a Saigón y allí se reunieron con unos 200 miembros y amigos de la Iglesia en la terraza del Hotel Caravelle para dedicar la tierra de Vietnam del Sur para la predicación del Evangelio. Con el sonar de los morteros y cañones a la distancia, el élder Hanks ofreció la oración dedicatoria, en la que reconoció la función que los soldados poseedores del sacerdocio habían cumplido en traer el Evangelio a los nativos vietnamitas y suplicó al Señor que llegara al corazón de los líderes y diera término al conflicto bélico.'

A la mañana siguiente, al partir de Saigón, el élder Hinckley llevaba en su mente el recuerdo impresionante de aquellos con quienes se había reunido en las últimas cuarenta y ocho horas. Pensaba en ese joven procedente de una pequeña población rural que le contó haber presenciado el momento en que murieron sesenta y ocho de sus camaradas, y también en los soldados que habían contribuido parte de su salario -más de 3.000 dólares provenientes de los hermanos de la Rama Saigón en un solo domingo- al fondo para construcción de capillas que jamás habrían de ver o utilizar. El élder Hinckley sentía un profundo respeto por aquellos buenos hombres que, aun en medio de la guerra, enseñaban el Evangelio por medio del ejemplo y del precepto.

Los tres líderes del sacerdocio volvieron a reunirse con sus respectivas esposas en Bangkok, donde el élder Hinckley dedicó la tierra de Tailandia para la predicación del Evangelio. Un poco más tarde ese día, él y sus colegas se reunieron con el Ministro de Educación y Religión quien, al cabo de una acalorada discusión, consintió en autorizar la entrada de misioneros al país, aunque bajo condiciones sumamente estrictas. Desde Tailandia, los Hinckley, los Hanks y los Garner volaron a la India, donde el élder Hinckley y su esposa se despidieron de sus compañeros de viaje para continuar hasta la Tierra Santa y desde allí de regreso a su hogar.

Al viajar hacia el Occidente, el élder Hinckley reflexionaba acerca de todo lo que había experimentado durante las cinco semanas anteriores-los testimonios manifestados en medio del conflicto bélico, los países abiertos para la predicación del Evangelio, la fidelidad de aquellos miembros tan separados de las congregaciones de Santos de los últimos Días-todo lo cual fortalecía aún más su propia fe. Asimismo, se sentía conmovido por el progreso de la obra en Asia. Ya se perfilaban los líderes locales y podía identificar a varios hombres que habrían de ejercer una considerable influencia en sus respectivos países. Se habían dedicado muchos edificios y ya para el año siguiente se publicaría el Libro de Mormón en el idioma coreano. El élder Hinckley creía estar presenciando el cumplimiento de la profecía de que el Evangelio restaurado habría de ser llevado a los confines de la tierra.

Marjorie y Gordon estaban también presenciando en ese entonces grandes cambios en su familia. Dick había regresado de la misión, se había graduado de la Universidad de Utah, se había inscripto en la facultad de graduados de la Universidad de Stanford, y acababa de anunciar sus planes matrimoniales con Jane Freed. Clark, por su parte, se había graduado de la escuela secundaria y se estaba preparando para ir a una misión y Jane pronto entraría en la adolescencia.

En septiembre de 1965, Virginia se había casado con James Pearce, evento que produjo la repentina actividad de remodelar la casa a medida que los Hinckley se preparaban para la recepción de bodas en el patio. Agregaron un atrio, ampliaron los jardines y remodelaron la cocina. En marzo de 1967, Clark ingresó en el Centro de Capacitación Misional para ir luego a la Misión Argentina del Norte. Al aproximarse la fecha del casamiento de Dick, Marjorie se consolaba pensando que, esta vez, las celebraciones no habrían de requerir un reacondicionamiento mayor del patio o de la casa, siendo que la recepción se realizaría en el hogar de los padres de la novia. Su alivio duró muy poco, sin embargo. Cuando ella y Gordon decidieron ofrecer un desayuno matrimonial en su propio hogar y se dieron cuenta de que el comedor no era suficientemente grande para acomodar a tantos invitados, él determinó cuál había de ser la lógica solución del problema. Cerraría el patio, agregaría una chimenea para realzar el lugar y removería la pared existente entre el comedor y el patio a fin de poder tender largas mesas en un solo ambiente. Al fin y al cabo, él podría reconstruir todo eso después de la fiesta. Como de costumbre, la última mano de pintura se dio la noche antes del acontecimiento.

El 11 de abril de 1967, cuando el élder Hinckley salió nuevamente con rumbo al Oriente, no lo hizo en compañía de Marjorie. Le había mencionado al presidente McKay que ningún miembro de la Primera Presidencia había visitado Asia hasta ese entonces, y le preguntó si consideraría hacer una asignación tal. En consecuencia, el Profeta le pidió al presidente Hugh B. Brown que fuera con el élder Hinckley en una gira por el Oriente. Y sabiendo que tendría que dedicar toda su atención al presidente Brown, pensó que sería mejor que Marjorie permaneciera en casa. Este viaje llevó al presidente Brown y al élder Hinckley a los principales centros metropolitanos del Oriente. El élder Hinckley tomó toda posible precaución para que aquel hombre de ochenta y tres años de edad, el primer consejero del presidente McKay, estuviera lo más cómodo posible, asegurándose de obtener servicios de primera clase en vez de los de segunda que por lo general reservaba para él mismo. Grandes números de miembros y misioneros esperaban en todas partes para recibir a estos dos líderes de la Iglesia.

En varias ocasiones, el presidente Brown profetizó en cuanto a futuros acontecimientos. En una conferencia en Japón, ocurrió una experiencia particularmente inolvidable. El élder Hinckley fue inspirado a declarar que muy pronto habría estacas en Japón, pero que ello dependería de la fidelidad de los jóvenes. El presidente Brown después profetizó que algunos de los que se hallaban presentes allí llegarían a ver que un hombre japonés ocuparía un cargo en los consejos rectores de la Iglesia. "No sé cuándo habrá de ocurrir", dijo. "Yo no viviré para verlo, pero algunos de ustedes, los jóvenes, lo verán. Y siento que debo predecirlo en el nombre del Señor". Luego agregó que también vivirían hasta poder ver la aparición de nuevos anales, que el Evangelio se predicaría a los rusos en su propia tierra y la asignación de misioneros japoneses a la gente de naciones circunvecinas. Esa noche, el élder Hinckley analizó con su líder los eventos del día. "Le dije al presidente Brown que, aunque lo hacía con cierta vacilación, yo presentía que él no llegaría a ver el cumplimiento de lo que había predicho, pero que yo sí, y que el Señor me había enviado allí para que me familiarizara con esta gente y me preparara para cuando fuera a cumplirse", escribió en su diario personal.

No era fácil creer que el élder Hinckley había supervisado la obra en Asia durante casi una década. Habría sido imposible saber en 1960 cuán profundamente habían influido en él los pueblos de ese vasto continente. Tampoco habría podido prever la manera en que él les fortalecería el espíritu a la gente con que trabajó. Por ejemplo, después de que las lluvias del monzón precipitaron una verdadera cascada de agua en un desfiladero cercano a la casa de la misión en Seúl destruyendo, a la vez, propiedades y el ánimo de la gente, el informe que el presidente Spencer J. Palmer de la Misión Coreana envió al élder Hinckley manifestaba una cierta actitud desalentada. El élder Hinckley le respondió inmediatamente por correo: "Hemos recibido su carta del 22 de julio de 1966 con respecto a la inundación que ha anegado las propiedades de la casa de la misión. Es indudable que ésa ha sido una terrible experiencia y evidentemente costosa. Quizás le interese saber que la noche antes de la dedicación del Templo de Londres experimentamos allí una inundación de serias proporciones. Yo anduve con el agua hasta la cintura con otras personas para desagotarla, lo cual nos llevó varias horas. Sólo quiero sugerirle que su experiencia no es algo exclusivo de Corea. Noé debió pasar momentos aún peores. Le saluda atentamente, su hermano".

"Él siempre esperaba que enfrentáramos los problemas sin desanimarnos", explicó el presidente Palmer. "Bajaba cada vez del avión listo para trabajar y su disposición positiva y frecuentemente humorística ante las dificultades resultaba ser como bálsamo de Galilea. Era como una unción para todos nosotros a quienes los problemas nos parecían a veces demasiado grandes".

Adney Y. Komatsu tuvo experiencias similares y dijo: "Una de las cosas que yo apreciaba en cuanto al élder Hinckley era que nunca en mis tres años [como presidente de misión] me criticó ni siquiera una sola vez, a pesar de mis debilidades... Y eso me animaba. En cada ocasión en que nos visitaba..., yo pensaba: 'Esta vez me va a recriminar por no haber enviado el informe a tiempo o por no haber cumplido bien con el programa'. Pero siempre que descendía del avión, me tomaba de la mano como si estuviera bombeando agua de un pozo con gran entusiasmo y decía: 'Bien, presidente Komatsu, ¿cómo andan las cosas? ...Usted está haciendo un trabajo muy bueno'. Y me alentaba de esa manera... No iba para contarme en cuanto a debilidades que yo conocía ya muy bien" .

Los frecuentes viajes del élder Hinckley a los países del Oriente fueron familiarizándolo y ofreciéndole un conocimiento práctico del continente que en aquellos días era extraño para los norteamericanos. Cuando algunos dignatarios, líderes y expertos relacionados con asuntos asiáticos visitaban las oficinas generales de la Iglesia, casi siempre se reunían con él. El doctor Ray C. Hillam, profesor de ciencia política de la Universidad Brigham Young, escribió lo siguiente acerca de una de esas reuniones: "Durante los últimos años de la década de 1960... acompañé a Robert Scalapino, un profesor de la Universidad de California Berkeley educado en Harvard, a la oficina del élder Hinckley. El doctor Scalapino acababa de ofrecer una disertación sobre Asia en la Universidad Brigham Young y era quizás, en esa época, el más destacado erudito del país en la materia. Aquella fue una visita cordial. El élder Hinckley lo escuchó atentamente, le hizo algunas preguntas y también varios comentarios. Conversamos por casi una hora. Al salir del edificio, Scalapino me preguntó: '¿Quién era ese tío? Tiene una comprensión realmente histórica... Ha leído mucho sobre Asia... ¿Están todos los líderes de su Iglesia tan bien informados?'

Además de sus frecuentes viajes a Asia, el élder Hinckley continuó atendiendo numerosas responsabilidades. En noviembre de 1967, por ejemplo, se reunió con la Primera Presidencia para mostrarles una nueva película del templo, un proyecto que había supervisado durante varios meses. También se mantuvo afanosamente envuelto en el programa misional. En un período de 24 horas, por ejemplo, estuvo relacionado con el caso de un misionero excomulgado por razones de transgresión moral y con la familia de otro que había muerto en un trágico accidente automovilístico. Ese mismo día tuvo que asistir como principal Autoridad General a una reunión del Comité Misional, al cabo de la cual debió asumir la responsabilidad de llamar a varios jóvenes como misioneros. "Ésta es una de las tareas que me intimidan, dada la enorme responsabilidad que implica", escribió una vez. "He vivido tanto tiempo y tan íntimamente relacionado con el programa misional, que creo tener un serio concepto en cuanto a la importancia de la designación de un misionero, no sólo a un área determinada sino más particularmente al liderazgo bajo el cual habrá de trabajar. Cada vez que he tenido que encarar esta tarea, le he suplicado al Señor que me guiara y he tratado de escuchar el susurro del Santo Espíritu al hacer tales asignaciones. Sé que los mismos candidatos a misioneros, sus padres y sus seres queridos han ofrecido muchas oraciones, y esa veces aterrador reconocer que soy el instrumento mediante el cual manifestará el Señor una respuesta a esas oraciones".

No teniendo ya que viajar tanto antes de terminar el año 1967, el élder Hinckley se alegró al ver que, de vez en cuando, podría dedicar algunos días a trabajar en su jardín. Fue un verdadero alivio para él, después de haber vestido traje y corbata una semana tras otra, ponerse nuevamente sus viejas ropas de trabajo para entregarse a tareas físicas en el aire fresco y vigorizador a fines del otoño. Con cada nueva estación, sin embargo, comenzó a pensar seriamente por cuánto tiempo habrían de permanecer él, Marjorie y Jane en East Millcreek. Dos días antes de la Navidad, pasó horas limpiando cosas afuera y sacando la nieve de las aceras.

"Sé que me estoy volviendo viejo", dijo, "porque ya no me gusta este tipo de tareas. No sé cuánto más podré atender este lugar. En el invierno, siento a veces el deseo de mudarme a un apartamento".

Había otras evidencias de la marcha del tiempo. A fin del año, meditó en cuanto a la vida según ahora la percibía: "Marge y yo nos estamos sintiendo viejos. Tenemos cuatro nietos y varios cabellos grises. Es un sentimiento de melancolía y sin embargo es algo agradable y satisfactorio ver que nuestros hijos son ya mayores y continúan firmes en la fe... Para nosotros, éste ha sido un año maravilloso y esperamos con anhelo que 1968 sea aún mejor".

Quizás presentía que los días futuros prometían ofrecerle en conjunto totalmente nuevo de oportunidades y cometidos.

CAPITULO 16

NUEVAS TIERRAS NUEVOS DESAFÍOS

Además de ejercer gran influencia en países lejanos, el élder Hinckley también había dejado su marca en su localidad. Desde los primeros días de Utah como territorio, la Iglesia había soportado los ataques tanto de personas no miembros como de miembros resentidos con respecto a cuestiones sociales y morales. En la primavera de 1968 volvió a surgir un renovado sentimiento en contra de la Iglesia, particularmente en Salt Lake City, cuando un grupo de ciudadanos prominentes lanzaron una intensa y persuasiva campaña procurando legalizar la venta de bebidas alcohólicas al mostrador. Los proponentes de esta medida, un grupo de ciudadanos muy bien organizados, no demoraron en convencer a un gran número de adherentes de que las leyes estatales relacionadas con el control de las bebidas alcohólicas restringían el turismo, catalogaban a Utah como un lugar provinciano y fomentaban la venta ilícita de bebidas alcohólicas. En el término de pocas semanas, más de cuarenta mil personas habían firmado una petición agregando un referéndum al sufragio y las primeras encuestas indicaron que dos tercios de los votantes estaban a favor de tal medida.

Los líderes de la Iglesia estaban profundamente preocupados en cuanto al asunto, convencidos de que significaba serias inferencias morales. Basándose en el precedente establecido en otros estados que ya habían legalizado la venta de bebidas alcohólicas al mostrador, creían que el fácil acceso a las mismas conduciría a un aumento en el costo de los servicios de ayuda social, los crímenes y los accidentes. Después de analizar extensamente la cuestión, la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce decidieron contrarrestar activamente la propuesta y asignaron al élder Hinckley la tarea de programar la oposición de la Iglesia. Sin demorarse, él entonces consultó a su gran amigo Wendell J. Ashton, un ejecutivo en publicidad, para que le ayudara a planear la estrategia a seguir en oposición al referéndum. juntos determinaron que, siendo que la cuestión afectaba a la población en general, sería imposible derrotar la iniciativa sin el apoyo ecuménico; en consecuencia, hablaron con ciudadanos prominentes y ministros de varias religiones a fin de que la campaña fuera de naturaleza multilateral. Varios líderes respetables de la comunidad no miembros de la Iglesia se unieron al Comité de Ciudadanos de Utah contra la Venta de Bebidas Alcohólicas al Mostrador. Aunque el élder Hinckley no integraba dicho comité, participó activamente en organizarlo y realizó en su oficina varias reuniones preliminares sobre la estrategia a seguir.

A principios de mayo, recomendó que el presidente McKay publicara en el periódico *Deseret News* una declaración para explicar a los miembros de la Iglesia la posición de sus líderes en cuanto al asunto, y el presidente McKay así lo hizo. Entonces, el élder Hinckley convocó una reunión de Representantes Regionales y les encomendó la tarea de alentar a los líderes locales del sacerdocio y de la Sociedad de Socorro a fin de que diseminaran la información acerca de las bebidas alcohólicas y que identificaran a los ciudadanos que estuvieran dispuestos a hablar en contra del proyecto de ley en los clubes locales y grupos comunitarios. "Estamos encarando una verdadera batalla y si nos ganan no será porque no hayamos tratado. Vamos a hacer todo lo que podamos para vencer", dijo el élder Hinckley a los líderes allí congregados. "Sabemos que el Señor está de nuestra parte en esto y es hora de que nos pongamos de pie para ser reconocidos. Yo he escuchado al Profeta hablar sobre esta cuestión y eso es todo lo que necesito saber".¹

La reacción general en cuanto a la participación de la Iglesia en el asunto fue inmediata y muy emotiva, y la comunidad no demoró en dividirse con respecto a uno de los argumentos más graves que con los años surgieron en Utah. Aunque él prefería permanecer entre bastidores, al élder Hinckley se lo identificó como el principal representante de la Iglesia y por consiguiente fue blanco de los críticos que resentían que la Iglesia interfiriera en una cuestión de índole "política". Los que proponían la reforma descargaban directamente en él sus frustraciones y dirigían sus ataques e insultos contra su persona. Algunos llegaron al colmo de amenazarlo si él y la Iglesia no abandonaban su posición.

A pedido de las Autoridades Generales, el élder Hinckley habló por los medios de difusión la noche antes de las elecciones apelando a quienes aún permanecían indecisos en cuanto al asunto. Estaba agotado a raíz de las exigencias de la campaña y no recibió de buena gana la asignación, pero una vez más explicó así el razonamiento en que se basaba la participación de la Iglesia: "Por supuesto que la Iglesia ha levantado su voz. La Iglesia ha declarado su oposición con claridad y franqueza. Tenía el deber de hacerlo. En primer lugar, el problema no fue planteado por nosotros. Pero una vez que se lo planteó, la Iglesia no habría cumplido con su obligación si hubiese permanecido en silencio. Ésta es una cuestión moral".² Al día siguiente los votantes rechazaron el proyecto de ley casi dos a uno.

La asignación encomendada al élder Hinckley, aunque a veces le causaba exasperación, fue en realidad hecha a la medida para él. A través de los años había demostrado ser elocuente e imbatible ante cualquier ataque. Reflejaba e inspiraba confianza sin aparentar ser arrogante y se relacionaba muy bien con personas no miembros de la Iglesia. Por tales razones, con frecuencia recibía la responsabilidad de bosquejar la posición oficial de la Iglesia en cuestiones problemáticas.

La década de 1960 dio comienzo a una época de grandes inquietudes de naturaleza racial. La Iglesia, cuya doctrina no permitía entonces que los de raza negra recibieran el sacerdocio, pasó obviamente a ser acusada de discriminación. Tanto los miembros como quienes no lo eran presionaban a los líderes de la Iglesia para que, por lo menos, aclararan la situación o aun abolieran tal restricción.

El 7 de marzo de 1965, trescientas personas manifestaron frente al Edificio de la Administración de la Iglesia demandando que ésta se declarara en favor de los derechos civiles. El programa de deportes de la Universidad Brigham Young fue incesantemente criticado como símbolo evidente del conflicto. En los años 1968 y 1969, los deportistas de varias instituciones educacionales se negaban a competir con los de la Universidad Brigham Young.

A fines de 1969, el élder Harold B. Lee determinó que había llegado la hora de que la Iglesia explicara su norma sobre el particular y le pidió al élder Hinckley que formulara una declaración en cuanto a los derechos raciales y de igualdad civil. El proyecto era muy delicado y mentalmente agobiante, pero el élder Hinckley preparó un documento que finalmente se publicó como declaración oficial de la Iglesia. Firmado por los presidentes Hugh B. Brown y N. Eldon Tanner, la declaración fechada en diciembre de 1969 reafirmó la convicción de la Iglesia de que todos los ciudadanos estadounidenses merecían los derechos garantizados por la Constitución, pero que las prácticas religiosas eran un asunto diferente. En una Iglesia fundada y dependiente en la revelación, la cuestión de quienes habrían de poseer el sacerdocio era prerrogativa de Dios: "Desde el principio de esta dispensación, José Smith y todos los que le sucedieron como presidentes de la Iglesia han enseñado que los de raza negra, aunque son hijos espirituales del mismo Padre y progenie de nuestros padres terrenales Adán y Eva, no habrían de recibir todavía el sacerdocio por razones que creemos sólo Dios conoce pero que aún no ha dado a conocer a los hombres... Si fuéramos los líderes de una institución creada por nosotros mismos y gobernada en base a nuestra propia sabiduría terrenal, sería muy simple proceder de conformidad con la voluntad popular. Pero nosotros creemos que esta obra es dirigida por Dios y que para conferir el sacerdocio debemos esperar Su revelación. Hacerlo de otra manera significaría negar el fundamento mismo sobre el cual la Iglesia fue establecida".³

A pesar de su articulada construcción gramatical, la declaración no puso fin a las críticas raciales contra la Iglesia. Ésa fue solamente una de las tantas asignaciones que obligaron al élder Hinckley a considerar metódicamente los temas relacionados con la total incorporación de todos los miembros a las filas de la Iglesia.

En el transcurso de ocho años, el élder Hinckley había realizado más de veinte viajes al Oriente y ocupado el equivalente de dos años completos recorriendo esos países. Entonces, durante una gira asiática en la primavera de 1968, tuvo el presentimiento de que ésa sería la última que haría por mucho tiempo. En junio [de ese año], fue relevado de sus funciones como supervisor del Oriente y asignado a trabajar en Sudamérica. Siendo que Clark se hallaba sirviendo en Argentina, el élder y la hermana Hinckley recibían con regularidad los informes que su hijo les enviaba en cuanto a la obra allí, pero habían visitado esa parte del continente sólo una vez. El élder Hinckley sabía que existía una estaca en São Paulo (Brasil), una en Buenos Aires (Argentina), y una en Montevideo (Uruguay);⁴ Aparte de eso, era muy poco lo que conocía en cuanto a la tierra que se extiende desde Venezuela al norte hasta el Cabo de Hornos en el extremo sur.

El élder Hinckley aceptó la asignación con determinado desconcierto. Anhelaba familiarizarse con otra parte del mundo, pero en Asia se sentía como en su propio hogar. La primera vez que fue allá había tenido dificultad aun para identificar a unos y otros entre los santos orientales, pero con el correr de los años todos ellos pasaron a ser estimados amigos. Él había dado su testimonio ante grandes y pequeños grupos, en capillas improvisadas y en las chozas de Quonset con el resonar de tiroteos que a lo lejos se dejaban oír en plena noche. Había soportado un sofocante calor en Manila, las lluvias del monzón en Corea y un frío amargo en el norte de Japón. Sin embargo, le era difícil imaginar que podría pasar mucho tiempo antes de que volviera a cruzar otra vez el Océano Pacífico.

Mas, por el momento, dedicó toda su atención a Sudamérica. Su breve experiencia allá le sugería que, aunque la Iglesia era todavía pequeña, esas naciones poseían la promesa de una fructífera cosecha misional. A fines de noviembre de 1968, realizó la primera de una serie de visitas a Sudamérica. En ese viaje, dividió la única estaca de Brasil, dirigió un seminario con los presidentes de las diez misiones

sudamericanas y dedicó una capilla en Argentina donde su hijo Clark servía como misionero con el élder Richard G. Scott como presidente. Con cada viaje que emprendía a Sudamérica, la admiración y el amor que el élder Hinckley sentía por los santos iba incrementándose. Muchos de ellos luchaban denodadamente por ganarse la vida, pero de una nación y congregación a otra se admiraba ante la fidelidad de hombres y mujeres que parecían estar investidos de un extraordinario grado de fortaleza y sensibilidad espirituales.

Cuando no se hallaba embarcado en algún viaje, el élder Hinckley disfrutaba mucho al tener la oportunidad de participar en reuniones espirituales y trabajar con los hermanos de su quórum, en el que se manifestaba una camaradería tal como nunca había experimentado. Sus conversaciones carecían por completo del dramatismo, la presunción o el politiquero que suele verse en los consejos gobernantes de muchas instituciones. Por el contrario, cada vez que suplicaban la guía del Señor, el Espíritu los inspiraba con tal generosidad que no tenía palabras para describir lo que experimentaba o sentía.

"Existe una extraordinaria hermandad en el quórum", explicó una vez. "Yo tenía libertad para hablar sobre cualquier asunto, a pesar de ser el miembro más nuevo. He ahí un grupo de doce hombres quince, cuando nos reuníamos con la Primera Presidencia-cada uno de ellos procedente de diferentes ambientes, representando diferentes puntos de vista y con variadas experiencias en la Iglesia. Por supuesto que se manifestaban diferentes puntos de vista en cuanto a muchos temas, pero se esperaba que habláramos con toda franqueza. Para eso estábamos ahí.

"No obstante, nunca hubo animosidad alguna en el consejo", continuó diciendo, "gracias a lo cual podíamos tratar aun los más delicados asuntos. Al intercambiar ideas, efectuábamos un resumen de las diferentes opiniones. Y cuando terminábamos de hacerlo y el Presidente de la Iglesia hacía uso de la palabra, todos estábamos de acuerdo. Cualquiera hubiera sido anteriormente la idea de uno de nosotros, la nueva opinión pasaba a ser la convicción de todos. No se tomaba decisión alguna, a menos que existiera una total unanimidad al respecto".⁵

Algunos aspectos de su llamamiento como apóstol eran agradables pero, a la vez, extremadamente agotadores-entre ellos, el tener que responder a una gran cantidad de asignaciones administrativas sin permitir que ello entorpeciera su ministerio. El élder Hinckley lamentaba constantemente no tener más tiempo para pensar, meditar, estudiar, y sólo en raras ocasiones podía hacerlo en su hogar en i:s fines de semana. Por lo general, sin embargo, debía correr de una asignación, cita y reunión de comité o mesa directiva a otra. Había días-y eso era la regla más que la excepción en que lo único que hacía era saltar de una serie de reuniones a otra. Durante ese período, el élder Hinckley sirvió en las mesas directivas de numerosas instituciones de la Iglesia y también comerciales. Fue director del comité ejecutivo de la Corporación Administradora Deseret, que en una sola corporación comprendía todos los negocios que eran propiedad de la Iglesia. Fue director del comité ejecutivo de Bonneville Internacional, la agencia de difusión de la Iglesia, e integró las mesas directivas de la compañía de seguros Beneficial Life y del Banco Zion.

En 1971 fue nombrado presidente y director del comité ejecutivo de la compañía editorial Deseret News cuando también se nombró al élder Thomas S. Monson vicepresidente y subdirector de la misma. Al año siguiente, aceptó su nombramiento como integrante del directorio de la compañía de suministro de energía eléctrica Utah Power and Light, aunque se preguntaba cómo habría de cumplir una asignación adicional dentro de su ocupada agenda. Disfrutaba afiliarse

con talentosos e influyentes hombres de negocio y anhelaba aprender de ellos las artes industriales.

En todas sus deliberaciones con las mesas directivas y como miembro de los Doce, el élder Hinckley se distinguía como conservador financiero que deploraba las deudas y el despilfarro. Le preocupaba cualquier operación financiera que no produjera ganancia y manifestaba escepticismo en cuanto a toda propuesta comercial que no pusiera el punto sobre las íes o que al menos garantizara un rendimiento. Estaba, no obstante, dispuesto a apoyar inversiones infructuosas siempre que indicaran ser prometedoras al administrárselas debidamente. Parecía estar capacitado para distinguir entre lo que es una desenfrenada insensatez económica y la necesidad de hacer a veces importantes inversiones ya sea en cuestión de personas, edificios o compañías.

Las asignaciones del élder Hinckley en las oficinas generales de la Iglesia incluían su participación en el Comité Ejecutivo Misional, el de Correlación, el de miembros prestando servicio militar, el de Información y el de Relaciones Militares, como así también en la Mesa Directiva de Educación y el comité que consideraba el caso de aquellos que habían sido excomulgados. Desde 1961, había presidido el Comité de Correlación para los Niños, y en 1970 fue nombrado asesor de la Escuela Dominical y de la Primaria.⁶ Por varios años, el élder Hinckley había adiestrado a misioneros y a presidentes de misión, y como miembro del Comité Ejecutivo Misional continuó relacionándose con casi cada una de las facetas del programa para misioneros. En junio de 1969, se inició un programa bimestral de capacitación en idiomas para todos los misioneros llamados a servir en países extranjeros. En junio de ese mismo año, se enviaron los primeros misioneros a España, una medida que no solamente significó un paso más en el progreso misional europeo, sino que fue de particular interés para la familia Hinckley siendo que a su hijo Clark se le pidió que prolongara su misión y ayudara a inaugurar allá la obra.

El élder Hinckley continuó supervisando la parte del campo de labores asignada a su cuidado y después de la conferencia general de abril de 1969 salió nuevamente con rumbo a Sudamérica. Siendo que Virginia estaba por dar a luz a sus mellizas, Marjorie no lo acompañó pues consideraba que su responsabilidad era ayudar a su hija. "Nos despedimos con cierta dificultad y verdadera desilusión", escribió después de partir del aeropuerto. Primeramente hizo escala en Omaha [Nebraska], donde le dio a Ginny una bendición paterna, y entonces prosiguió con destino a Perú, Chile, Argentina, Bolivia, Ecuador, Colombia y Venezuela.⁷

Ésa fue la primera vez que visitaba Bolivia y no demoró en darse cuenta de que arribar a La Paz en medio de los Andes es una experiencia muy particular: "Uno se siente bien al principio", escribió tras aterrizar en el aeropuerto más alto del mundo, "pero si empieza a andar con rapidez, no tarda en marearse". Le impresionó mucho la apariencia de los indígenas nativos. "Viven por lo general en condiciones casi al borde de la desesperanza. Su pobreza es realmente espantosa. Al pasar junto a ellos hacia la ciudad, no pude menos que pensar en la gloria que una vez disfrutaron los hijos de Lehi y en su terrible caída... Mi corazón se afligía por esa [gente]. Merecían algo mejor".⁸ A pesar de esas condiciones, encontró que los misioneros tenían muy buen espíritu y estaban dedicados a la obra. "Ésta es una de las cosas admirables y maravillosas de la Iglesia", comentó el élder Hinckley, "ver que los jóvenes, aunque viven bajo difíciles circunstancias después de haber salido de tan cómodos hogares, manifiesten un amor inmenso por el país y la gente con quienes trabajan".⁹

En Venezuela, el élder Hinckley recibió un cablegrama informándole que "las señoritas habían llegado con toda felicidad y que la Sra. Pearce se encontraba muy bien"-las mellizas de Ginny habían nacido. En su viaje de regreso, hizo escala en Omaha [Nebraska] para reunirse con Marjorie y visitar a su hija y sus nuevas nietitas, a quienes denominó "un pronóstico de mucho trabajo". Al día siguiente, se despidió otra vez de su esposa, "algo que, me parece, hago con frecuencia", escribió luego en su diario personal. "Ayer fue nuestro aniversario de bodas. Hemos estado casados por treinta y dos años y creo que nuestro amor es más fuerte que cuando nos casamos".¹⁰

El élder Hinckley se sintió muy agradecido de que Marjorie pudiera acompañarlo en su siguiente viaje a Sudamérica cuatro meses después, esta vez con escalas en Brasil, Argentina y Uruguay. En ocasiones solía preguntarse si realmente se justificaban esos constantes viajes, pero las circunstancias que encontró en uno de esos países le convencieron de que las visitas de Autoridades Generales eran muy necesarias o de lo contrario no demoraría en suceder que "mil facciones terminarían separándose en procura de arcos tornasolados que ni siquiera se relacionan con el verdadero programa de la Iglesia".¹¹ Pero también encontró muestras de progreso. En una reunión en la Estaca São Paulo Este se encontraban presentes tantas personas como cuando el año anterior él había dividido la estaca original-una evidencia, pensó el élder Hinckley, de que las divisiones promueven el progreso y la actividad.

Era realmente alentador reconocer un progreso tal, ya que hacía esos largos viajes a expensas de sacrificios personales. Él y su esposa se encontraban en Brasil cuando Clark regresó de la misión. El élder Hinckley tenía un criterio más práctico que su esposa en cuanto a la situación. "Marge extraña a la familia y se siente deprimida por no hallarse en casa cuando llegue su hijo", escribió. "Sin embargo, tanto nosotros como nuestros hijos andamos yendo y viniendo con tal frecuencia que estas cosas no parecen preocuparnos demasiado. Ya regresaremos a casa y lo encontraremos muy ocupado con sus propios asuntos y probablemente esto seguirá siendo así en el futuro".¹² Había veces en que la hermana Hinckley soñaba con vivir una vida más tradicional. Cada miembro de la familia, no obstante, había aprendido a aceptar, aunque no siempre de buena gana, el régimen inusitado de su padre. Aunque en años anteriores Jane rehusaba acompañar a su madre cuando llevaba a su padre al aeropuerto por temor a ponerse a llorar, ahora lo besaba en la mejilla como si él fuera a regresar esa misma noche de su oficina.

Además de los continuos reajustes y de las contrariedades que debía enfrentar la familia, se avecinaban otras circunstancias dificultosas. Temprano en la mañana del domingo 18 de enero de 1970, el élder Hinckley se hallaba presidiendo una conferencia de estaca en Idaho cuando recibió la noticia del fallecimiento del presidente David O. McKay. Aunque el anciano profeta de noventa y seis años de edad había estado enfermo por largo tiempo, la noticia fue de todas maneras muy sorprendente. Durante todo el día, el élder Hinckley no pudo dejar de pensar en el profeta, con quien había disfrutado una maravillosa relación personal. Recordó aquel día en 1935 cuando el presidente McKay lo había invitado a trabajar para la Iglesia y las numerosas mañanas dominicales en que los dos se reunían en el quinto piso del Templo de Salt Lake.

Al día siguiente del funeral del presidente McKay, el élder Hinckley y los demás apóstoles se congregaron para reorganizar la Primera Presidencia. Ésa fue su primera oportunidad de participar en el solemne y sagrado procedimiento de ordenar un nuevo Presidente de la Iglesia, y tal experiencia fue muy emocionante por su simplicidad y magnitud. Después de que cada uno de los Doce Apóstoles

tuvo la oportunidad de expresar sus sentimientos y de que todos estuvieron de acuerdo en que la reorganización debía proceder sin demora, el presidente Joseph Fielding Smith fue ordenado Presidente de la Iglesia.

Pronto habrían de vivirse otros momentos emotivos e inspiradores. En ocasión de un viaje a Sudamérica en febrero y marzo de 1970, durante el cual organizó la Estaca Lima Perú, el élder Hinckley y su esposa visitaron Machu Picchu, donde pasaron tres horas andando por las terrazas en medio de lo que una vez fueran magníficos patios y templos. Al día siguiente, viajaron en tren a través de los Andes hacia Bolivia pasando por el Lago Titicaca y pudieron ver de cerca a ese pueblo y apreciar su cultura. "Nos acosan muchachos vendiendo chocolate y goma de mascar, jovencitas vendiendo plátanos y naranjas, mujeres vendiendo pan y hombres vendiendo baratijas", escribió él sobre tal experiencia. "Se suben al tren en una estación, se bajan en la siguiente y son reemplazados por otro grupo igualmente tesonero y alborozado... Mientras viajamos, Marge lee 'Conquista del Perú', la monumental obra de Prescott. Es una historia de crueldad y opresión, y sus trágicas víctimas son los indígenas que vemos a nuestro alrededor. Finalmente, arribamos a la cima del desfiladero. A un lado de las vías, un letrero dice La Raya... 4,480 metros. Realmente estamos en el aire y la atmósfera es escasa, seca y fría... Después de un prolongado descenso, viajamos grandes distancias a través del altiplano del Perú. Ésta es una elevada meseta muy común aquí y en Bolivia y se asemeja a las que se encuentran en la región del río Sweetwater, en Wyoming".¹³

Cuando llegaron a Juliaca, en el sur del Perú, el élder Hinckley le sugirió a Marjorie que prestara atención para ver si encontraba a los misioneros. Ella empezó a reírse ante la idea de que alguien pudiera estar esperándolos en tan remota estación. "Quizás se sientan muy solitarios y entonces se pongan a mirar los trenes que llegan", le respondió él, y en ese preciso instante Marjorie dejó escapar una exclamación al ver a un par de élderes que observaban los vagones del tren a medida que aminoraban la marcha tratando de reconocer al élder Hinckley y su esposa, quienes según se les había dicho tal vez pasarían por allí. Los dos jóvenes misioneros llevaron de prisa a los Hinckley hasta la vecina localidad de Puno, donde algunos miembros esperaban la primera visita de una Autoridad General.

Después de una breve reunión, el élder y la hermana Hinckley abordaron un barco a vapor que los llevaría en horas de la noche a través del Lago Titicaca. Nunca se había acostado él en una cama tan incómoda desde aquella vez en que acompañó a Dick a un campamento de padres e hijos y tuvo que dormir toda la noche sobre una roca, lo cual desde entonces pasó a ser la pauta para describir el peor descanso nocturno. No obstante eso, el poder reunirse con los Santos en aquel solitario puesto de avanzada compensó tal inconveniencia.

Con frecuencia contemplaba asimismo el magnífico legado de esa gente. Durante una conferencia de zona en Quito, Ecuador, en la que se manifestó un profundo espíritu, dijo a los misioneros: "Tengo la fuerte impresión de que hoy hemos estado en presencia de algunos de los profetas del Libro de Mormón, y creo que ellos están interesados en lo que ustedes están haciendo para que sus hijos reciban el Evangelio".¹⁴ En otra ocasión, quedó maravillado ante la gran multitud que asistió a una conferencia en La Paz, Bolivia: "Un coro cantó en idioma aimará. Casi todos eran indígenas y al escucharlos desfilaban por mi mente las profecías del Libro de Mormón de que 'las escamas de tinieblas empezarán a caer de [los] ojos' de los descendientes de Lehi... Escuchamos a varios discursantes nativos y todos lo hicieron bien. Todos eran de linaje lamanita. Ésta ha sido una de las experiencias más emocionantes que he tenido-presenciar la llegada de este pueblo a la Iglesia".¹⁵

Apenas habían los Hinckley desempacado sus maletas tras regresar de Sudamérica, cuando tuvieron que partir hacia el Oriente donde el élder Hinckley habría de ayudar al élder Ezra Taft Benson, quien tenía entonces la responsabilidad de la obra allí, a organizar en Tokio la primera estaca en Asia. Cuando retornaron al Oriente, los Hinckley tuvieron un alegre reencuentro con varios amigos muy queridos. El élder Hinckley conocía ya a casi cada uno de los hermanos del sacerdocio a quienes entrevistaba detenidamente y con quienes él y el élder Benson conversaban. Le impresionó mucho saber que todos los entrevistados pagaban un diezmo íntegro y que, a excepción de uno solo de ellos, habían entrado al templo, a pesar de haber tenido que viajar hasta Hawai para ello. "Creo que esto es algo extraordinario", escribió. "Nunca antes he tenido una experiencia como ésta".¹⁶ El 15 de marzo de 1970, fue organizada la Estaca Tokio, con Kenji Tanaka como presidente. El primer consejero del presidente Tanaka-Yoshihiko Kikuchi-era, a la edad de 29 años, el oficial más joven de la estaca.

El élder Benson le pidió al élder Hinckley que adiestrara a los nuevos líderes de la estaca, y éste comenzó su capacitación formulando a cada uno preguntas que pusieron a prueba su familiaridad con el Manual General de Instrucciones. Uno de los hermanos no sólo contestó correctamente la primera pregunta, sino que hasta indicó en qué página del manual se encontraba la respuesta. Otro de los hermanos respondió de manera similar a la segunda pregunta. La respuesta a la tercera pregunta del élder Hinckley demostró el mismo tipo de conocimiento. "¿Cómo es que son ustedes tan versados en cuanto al manual?", les preguntó. Fue entonces que se enteró que, el año anterior, estos líderes del sacerdocio y sus familias habían compartido sus vacaciones y que todos esos días habían estado estudiando el manual hasta aprender, en una sola semana, cómo debe ser administrada una estaca. El élder Hinckley se sintió profundamente emocionado al ver cómo se habían preparado aquellos hombres a quienes tanto apreciaba.

El siguiente viaje internacional del élder Hinckley, realizado en mayo de 1970 a Sudamérica, dio lugar a una desconcertante serie de acontecimientos. Después de haber presidido una conferencia de estaca en Lima, tomó un vuelo a Santiago. Dos días más tarde, un telegrama del presidente Allen E. Litster, de la Misión Andina, le informó que menos de un minuto después del despegue de su avión, Perú había sido sacudido por un terremoto devastador y que cuatro misioneros habían desaparecido en la región norte del país. El élder Hinckley trató inmediatamente de ponerse en contacto con Véase 1995-1996 Church Almanac, pág. 327. el presidente Litster y cuando finalmente lo consiguió después de varias horas, se le dijo que todavía no habían podido localizar a los misioneros y entonces prometió regresar al Perú a la mañana siguiente. "Yo sabía que a fines de esa semana el élder Hinckley tenía una importante reunión en Salt Lake City", dijo el presidente Litster. "Cuando le pregunté acerca de eso, él contestó: 'Honestamente, no podría volver a casa hasta que no hayamos localizado a esos misioneros'. Cuando el presidente Litster comentó cuánto le sorprendió que suspendiera todo lo que estaba haciendo para regresar a Perú, él respondió: "Presidente, toda persona necesita contar con alguien a quien consultar". Esa noche, el élder Hinckley no lograba conciliar el sueño. "No podía dejar de pensar en esos misioneros", escribió en su diario personal. "Pero tenía la certeza de que aún estaban vivos, aunque en graves circunstancias, y que teníamos que hacer algo por ellos tan pronto como fuera posible, y que, además, estaban trabajando afanosamente para ayudar a los heridos y moribundos".¹⁷

Al día siguiente, después de algunos problemas, el élder Hinckley consiguió tomar un vuelo a Lima. Ni bien él y el presidente Litster arribaron a la casa de la misión, recibieron un llamado de los misioneros desaparecidos, quienes habían conseguido que un radioaficionado los conectara con el servicio telefónico de Lima. Tiempo

después, el presidente Litster relató lo que sucedió cuando el élder Hinckley habló con los misioneros: "El pequeño lugar donde se encontraba el radioaficionado estaba lleno de gente que esperaba su turno para usar la radio, y los misioneros dijeron que eso era un verdadero pandemónium. Todas las conversaciones radiotelefónicas se transmitían por altoparlantes a fin de que los que se hallaban en ese cuarto pudieran escuchar lo que se decía. Súbitamente, cuando la voz del élder Hinckley se dejó oír en medio del clamor de todos los que querían usar la radio, se produjo un silencio total. Aunque esa voz hablaba en inglés y allí todos hablaban español, unos y otros comenzaron a cuchichear y preguntaban: '¿Quién es ese hombre?' Algo les manifestó, aun en medio del caos, que ésa no era la voz de un hombre común".¹⁸ Esa noche, en su diario personal, el élder Hinckley anotó en cuanto a los misioneros, quienes se encontraban muy bien: "El recibir esa noticia después de tanta preocupación, fue por supuesto algo muy emotivo".¹⁹

Durante los tres días siguientes, el élder Hinckley y el presidente Litster continuaron coordinando los esfuerzos para ayudar a los damnificados, hicieron arreglos para que se distribuyeran suministros de asistencia por medio de la Cruz Roja Peruana y visitaron varios lugares del país para inspeccionar los daños y reconfortar a los miembros y a los misioneros. Los daños causados por el terremoto en Lima fueron menores que los registrados en el norte del país, donde quedaron completamente destruidas varias poblaciones y ciudades. Al llegar a la localidad de Chimbote, la reacción del élder Hinckley fue naturalmente característica: "¡Qué espantoso panorama! Casi todas las casas habían sido dañadas y había pozos de agua fétida en todas las tierras bajas... Chimbote es una ciudad desolada... Huele como si fuera una pescadería y eso, sumado a los olores típicos de las condiciones existentes aquí, hacen de éste un lugar repulsivo. Me apena pensar en los misioneros, y sin embargo todos ellos quieren permanecer aquí y ayudar a que los santos reconstruyan sus hogares"²⁰

Cuando le pareció haber hecho todo lo que podía, el élder Hinckley regresó a su casa. Ya tendría oportunidad de realizar otros viajes a Sudamérica, muchos de los cuales serían más placenteros, pero muy pocos en los que habría de prestar tanta ayuda como lo había hecho en Perú."²¹

Al año siguiente, el élder Hinckley se sorprendió al ser condecorado por la Universidad de Utah como Ex-Alumno Distinguido, el más alto honor conferido por la Asociación Universitaria a ex estudiantes.²² Quizás la mayor sorpresa que recibió en 1971, sin embargo, fue cuando en mayo se le asignó la supervisión de ocho misiones en el área Europea-Alemana. Después de haber servido apenas dos años como supervisor de la obra en Sudamérica, no esperaba tal cambio de responsabilidades.

No perdió tiempo en hacer su primer viaje a Europa como tal. El presidente Joseph Fielding Smith le encomendó que asistiera a la primera conferencia de área de la Iglesia, a llevarse a cabo en Manchester, Inglaterra, en agosto siguiente. Así fue que partió un mes antes para poder inspeccionar cuidadosamente las misiones correspondientes. Jane, que acababa de graduarse de la escuela secundaria, acompañó a sus padres en su gira por Suiza, Alemania e Italia. El espíritu reinante entre los santos era maravilloso, pero la cosecha misional, comparada con la de Sudamérica, era más bien moderada.

Los Hinckley viajaron entonces a Manchester, donde se encontraron con el presidente Smith y otras Autoridades Generales en el Centro Bell-Vue del King's Hall, el cual mostró un lleno total de 12.000 personas durante los dos días de

conferencia. El panorama conmovió profundamente al élder Hinckley, quien no podía contener las lágrimas al entrar en ese enorme auditorio y verlo colmado de miembros de toda la Gran Bretaña. Cuando en la sesión de la tarde del domingo se puso de pie para hablar, tuvo el presentimiento de que debía dejar de lado el discurso que había preparado y simplemente ofrecer en cambio su testimonio personal. "No recuerdo haber sentido jamás en mi corazón lo que siento hoy en esta conferencia", dijo. "Nací en Estados Unidos, pero fue como misionero en Inglaterra que recibí el poder de la fe".²³

Los primeros dos meses de 1972 le ofrecieron la maravillosa oportunidad de participar en la dedicación de templos, en Ogden y en Provo, Utah. En ambas dedicaciones habló el presidente Joseph Fielding Smith,²⁴ quien había de fallecer menos de cinco meses más tarde. Al día siguiente del funeral, el Quórum de los Doce Apóstoles se reunió para efectuar la reorganización de la Primera Presidencia. Harold Bingham Lee, entrenado y cultivado a lo largo de treinta y un años de servicio en el apostolado, recibió el llamamiento de Presidente de la Iglesia y escogió a N. Eldon Tanner y a Marion G. Romney como primer y segundo consejero respectivamente.

A lo largo de los años, el nuevo Presidente de la Iglesia y el élder Hinckley habían mantenido una cálida amistad. El élder Hinckley había servido en el Comité de Correlación bajo la dirección del élder Lee, quien con frecuencia le delegaba importantes tareas. Merced a ello, se había ganado la confianza del presidente Lee.

Apenas dos meses más tarde, cuando se le encomendó al élder Hinckley la reorganización de la Estaca Londres Inglaterra, el presidente Lee le preguntó si él y su esposa podían acompañar a los Hinckley a Europa. Éstos se sintieron muy sorprendidos y halagados ante la posibilidad de viajar con el presidente Lee, quien deseaba también ir a Italia, Grecia y la Tierra Santa primera visita de un Presidente de la Iglesia a esos lugares en esta dispensación. Fue una notable experiencia viajar por toda Europa y reunirse con grandes y pequeños grupos de miembros que se regocijaban al estar en presencia del recientemente ordenado Presidente de la Iglesia.

Ambos líderes reorganizaron la Estaca Londres, con la principal participación del élder Hinckley. A punto de comenzar la sesión de la noche del sábado, el presidente Lee le preguntó si ya había determinado quién sería el nuevo presidente de estaca. "Creo que sí", respondió, "pero me preocupa su edad. Sólo tiene treinta y un años". El presidente Lee no dijo nada y, poco después, a medida que se desarrollaba la reunión, le pasó una nota en la que simplemente decía: "Yo tenía treinta y un años de edad cuando fui llamado como presidente de estaca". Eso contestó cualquier pregunta adicional que el élder Hinckley tuviera en mente y entonces le ofreció el llamamiento al joven obispo. Antes de retirarse a dormir esa noche, escribió: "Estas experiencias son siempre interesantes. Uno se preocupa, entrevista, ora y, finalmente, de una manera extraordinaria pero inexplicable, recibe la confirmación en cuanto a la persona indicada"²⁵

Desde Inglaterra, los cuatro viajaron a Atenas, donde se reunieron con funcionarios del gobierno con la intención de establecer la identidad de la Iglesia como una "casa de oración". Temprano en la mañana siguiente, subieron al monte Areópago para presenciar el amanecer sobre el Acrópolis. Allí escucharon al presidente Lee recitar el famoso sermón de Pablo acerca del "Dios no conocido". Más tarde, a pedido del Presidente de la Iglesia, el élder Hinckley ofreció una oración en la que pidió al Señor que enterneciera el corazón de los funcionarios griegos, detuviera la mano del adversario y bendijera a los santos de allí con fe para seguir adelante. Su

sencilla oración fue tan elocuente y poderosa que el presidente Lee declaró entonces que se le consideraría como una rededicación de esa tierra.²⁶

Los Lee y los Hinckley viajaron luego a la Tierra Santa para pasar allá tres días inolvidables. Entre varias reuniones con dignatarios y funcionarios del gobierno, visitaron diversos lugares relacionados con la vida del Salvador. Pero la parte culminante de su visita ocurrió en el Jardín del Sepulcro. Una noche, a medida que la brillante luz de la luna de septiembre se filtraba por entre el ramaje de los olivos, el presidente Lee organizó la Rama Jerusalén, la primera unidad de la Iglesia que se formaba en la Tierra Santa en casi dos mil años.

Durante todo el viaje, el presidente Lee había estado siendo acosado por el agotamiento y una fatiga total. Es noche, al prepararse los Hinckley para retirarse a dormir, la hermana Lee llamó a su habitación para pedirle al élder Hinckley que le diera una bendición al presidente Lee. Él llamó de inmediato al presidente Edwin Q. Cannon, de la Misión Suiza, que viajaba con ellos, y ambos fueron a la habitación del Profeta. Ésa no era la primera vez que el élder Hinckley bendecía al presidente Lee, y tenía cierto conocimiento en cuanto a la enfermedad que por varios años había padecido. Pero esa noche le sorprendió sobre manera su semblante. Tenía el rostro muy decaído y hasta entristecido. El élder Hinckley preguntó si quizás debía llamar a un médico, pero el presidente Lee sólo quería que le dieran una bendición. "Mientras pronunciaba la bendición, sentí el Espíritu del Señor", escribió luego. "Tuve la seguridad de que el Señor sanaría a Su siervo"²⁷

A eso de las dos de la mañana, lo despertó el sonido del presidente Lee que, en la habitación contigua, tosía convulsivamente por largo tiempo hasta que, súbitamente, dejó de hacerlo. A la mañana siguiente, cuando le preguntó cómo se sentía, el Presidente de la Iglesia le contestó con sencillez: "Mejor". No fue sino hasta un día después, cuando su salud parecía haber mejorado notablemente, que le confió lo que había ocurrido. Durante su convulsión, había arrojado un par de coágulos de sangre. De pronto, dejó de respirar con dificultad, cesaron sus dolores de espalda y se recuperó de su extremo cansancio. "Teníamos que venir a la tierra de los milagros para presenciar un milagro en nosotros mismos", le dijo al élder Hinckley. El presidente Lee escribió en su diario personal: "Ahora comprendo que me hallaba merodeando en los bordes de la eternidad y que un milagro, en esta tierra de milagros mucho mayores, se me ofreció por la gracia de Dios que obviamente estaba prolongando mi ministerio".²⁸

Durante las últimas horas de su vuelo de regreso a Salt Lake City, el élder Hinckley describió así sus sentimientos en cuanto a la experiencia de viajar por dos semanas con el Presidente de la Iglesia: "Hemos presenciado el restablecimiento de la salud del Presidente y eso ha sido, para mí y para Marge, una experiencia incomparable que jamás olvidaremos... Hemos andado por donde anduvo Jesús y testificado de Su divinidad como el Hijo del Dios Viviente... Hemos proclamado el llamamiento profético de José Smith y afirmado el llamamiento profético de Harold B. Lee, su sucesor en el cargo. Éste ha sido un viaje inolvidable. Ésta ha sido una experiencia digna de atesorar".²⁹

La semana siguiente, en una reunión de Autoridades Generales antes de la conferencia de octubre, el presidente Lee pidió que el élder Hinckley presentara un informe de su viaje. "Al referirme a nuestra visita a la Tierra Santa, me sobrevino la convicción de la divinidad del Señor Jesucristo, quien dio Su vida por los pecados de la humanidad", escribió después. "Tuve dificultad para expresarme. El presidente Lee estaba visiblemente emocionado, como así también otras Autoridades Generales. Cuando terminé de hablar, el presidente Lee se puso de pie y mencionó

el milagro que le había ocurrido cuando se hallaba en Jerusalén. Dijo que fue algo muy sagrado para relatarlo aun bajo estas circunstancias. Estaba muy emocionado y se le derramaron lágrimas... Dijo nuevamente que si alguna vez había tenido alguna duda acerca de mi llamamiento como Apóstol y del poder del sacerdocio que se manifestó por mi intermedio, tal duda había desaparecido ya".³⁰

CAPÍTULO 17

CONSTANCIA EN LOS CAMBIOS

El élder y la hermana Hinckley estaban comprobando cuán verdadero es el adagio de que nada es tan constante como el cambio en las cosas. A principios de 1973 se propaló la noticia de un significativo y por largo tiempo esperado evento internacional. El 23 de enero, el presidente norteamericano Richard M. Nixon anunció que se había llegado al acuerdo de cesar las hostilidades en el conflicto entre los Estados Unidos y Vietnam y que las tropas militares emprenderían el regreso al país. "Por cierto que tenemos razón para regocijarnos ante las circunstancias", escribió el élder Hinckley en su diario personal al pensar en los miles de soldados miembros de la Iglesia que había conocido durante esos años—tanto los que estaban regresando como aquellos cuyas familias nunca verían otra vez. Sólo esperaba que, algún día, las semillas sembradas por la obra misional en esos largos años de contienda dieran sus frutos.

Otras tendencias afectaban a la sociedad, cuyas normas morales parecían estar cambiando. Cuando la Corte Suprema dio su fallo en el caso llamado Roe versus Wade, permitiendo a una mujer el derecho al aborto en el primer trimestre de su embarazo, el presidente Lee llamó a su oficina a los élderes Benson, Hinckley y Monson para tratar con la Primera Presidencia si la Iglesia debía responder y cómo. Después de considerar la posibilidad de dar a publicidad una declaración que habría de oponerse a la decisión de la Corte, el élder Hinckley sugirió una medida de alternativa: En vez de dar la impresión de estar censurando el poder judicial, la Iglesia podría simplemente reiterar su posición. Una acción tal reafirmaría a los miembros de la Iglesia que la doctrina no había cambiado sin llegar a reprender el tribunal superior de la nación. El élder Hinckley temía haber excedido sus límites con tan definida proposición a la Primera Presidencia, pero se sintió aliviado cuando el presidente Lee dijo estar de acuerdo y le expresó su aprecio por ello.¹

Era cosa común que el presidente Lee incluyera al élder Hinckley en varias de sus deliberaciones. Uno de los temas sobre los que lo consultaban con regularidad era la obra del templo. El élder Hinckley servía entonces como director del comité encargado de los templos, responsabilidad que requería mucha dedicación y dinamismo. A pesar de su experiencia al haber participado afanosamente en ese departamento, no tenía siquiera "idea en cuanto a tantas cosas que demandan atención" en los templos.² Además de otras cosas, se interesaba en algo que lo había preocupado por muchos años—el hecho de que millares de miembros vivían a grandes distancias del templo más cercano.

Fueron demasiadas las veces en que había organizado estacas en varios lugares del mundo en las cuales muy pocos de los miembros entrevistados para ocupar posiciones de liderazgo habían entrado al templo. Se preguntaba entonces si no sería posible construir templos más pequeños y menos costosos a fin de aumentar su número en todo el mundo. Aun conversó con el presidente Lee al respecto. "¿No

son acaso los miembros de Sudamérica... tan dignos de las bendiciones del templo como la gente en Washington?", comentó el élder Hinckley en una parte de su diario personal?³ Tiempo después escribió: "La Iglesia podría construir [muchos pequeños] templos por lo mismo que cuesta el Templo de Washington [que entonces se hallaba en construcción]. Llevaría así los templos a la gente en vez de que la gente tenga que viajar largas distancias para ir a ellos".⁴

El presidente Lee había designado al élder Hinckley para que asistiera a una conferencia de jóvenes en Johannesburgo, Sudáfrica, y le sugirió que regresara vía São Paulo a fin de buscar allá posibles terrenos para un templo. En consecuencia, los Hinckley partieron para Sudáfrica en mayo de 1973 y disfrutaron inmensamente esa experiencia. En los tres días que permanecieron allí, el élder Hinckley habló catorce veces y al concluir la última reunión escribió: "¡Cuán maravillosa ha sido para nosotros la experiencia de encontrarnos aquí en Sudáfrica entre fieles Santos de los últimos Días! El país es hermoso, pero su gente es más hermosa aún. Mi corazón se allega hacia ellos".⁵ Desde Johannesburgo, los Hinckley realizaron el largo viaje a través del Atlántico Sur con rumbo a São Paulo. Después de explorar en busca de lugares para un templo, el élder Hinckley regresó a Salt Lake City entusiasmado no sólo en cuanto a las posibilidades de edificar una Casa del Señor en Brasil sino también por la pauta que tal proyecto establecería en todo el mundo.

Ese verano, participó en una conferencia de área en Munich y un mes después describió así cómo lo había impresionado dicha conferencia: "Fue una extraordinaria experiencia estar en aquel estadio olímpico y contemplar los rostros de 14.000 Santos de los Últimos Días congregados allí procedentes de casi toda Europa. Dos días antes, yo me había reunido con los misioneros de la Misión Alemania Sur y presenté en ellos cierto desaliento... Como resultado de todos sus esfuerzos, sólo habían conseguido un converso aquí y otro allí... Pero cuando vi a esa gran multitud de santos en Munich, reconocí los frutos de su fe... Vi a cada hombre, mujer y niño allí presentes llamar a mil puertas... Escuché las oraciones, las súplicas de los misioneros para que se les guiara a alguien que estuviera dispuesto a aceptar la verdad. Vi a esos misioneros andar por una calle tras otra en medio de crudos inviernos y sofocantes veranos... Cuando contemplé aquella vasta congregación, supe que la fe había sido recompensada y que... se había producido un milagro".⁶

En medio de todos los viajes realizados por el élder Hinckley y su esposa, era maravilloso reunirse con su familia cuando les era posible. La familia en pleno se reunió en Salt Lake City con motivo del casamiento de Clark con Kathleen Hansen en el Templo de Salt Lake, en el que ofició el élder Hinckley al día siguiente de la conferencia general de octubre de 1973. Con cuatro de sus cinco hijos ya casados, él y Marjorie sólo esperaban que Jane, quien pronto cumpliría veinte años de edad, tuviera la misma fortuna de encontrar su propio compañero. En una ocasión, escribió: "Recuerdo cuando nació Jane. Calculé que cuando ella cumpliera veinte años de edad, yo tendría sesenta y tres. Ésa me parecía mucha edad en aquella época, pero esos años han pasado rápidamente y aunque estoy aproximándome a los sesenta y tres, todavía me siento joven de espíritu".⁷

Ese año, Jane pasó la Navidad con la familia de Dick en el sur de California, así que Gordon y Marjorie celebraron una apacible festividad en su hogar. La serenidad de la temporada fue interrumpida, sin embargo, a la noche siguiente cuando, casi a las 9:00, sonó el teléfono. Era Wendell Ashton que lo llamaba con una noticia difícil de creer: El presidente Lee acababa de fallecer.

Los Hinckley quedaron atónitos. Al presidente Lee se le había visto agotado unos pocos días antes, pero no tanto como para preocuparse demasiado. "¡Qué terrible sorpresa es ésta!", escribió el élder Hinckley. "Es increíble... Nada menos que él, cuando pensábamos que viviría mucho tiempo por ser tan vigoroso. Había sido presidente por menos de dieciocho meses, pero dejó una marca indeleble en la Iglesia. Lo extrañaremos mucho, pero es evidente que el Señor lo llevó por algún propósito que sólo Él conoce".⁸

Habiéndosele invitado a hablar en el funeral, el élder Hinckley suplicó recibir la inspiración para decir algo digno de su líder y profeta. Una congregación que colmó el Tabernáculo presenció un inspirado servicio durante el cual el élder Hinckley habló acerca de su especial asociación con el presidente Lee y se refirió en cuanto al difunto líder como un humilde, benevolente y fiel sirvo de Dios. En la tarde siguiente, los catorce apóstoles llegaron en ayunas al Templo de Salt Lake. Después de tomar la Santa Cena, cada uno de ellos expresó su convicción de que el Señor había hablado y que Spencer W. Kimball debía ser ordenado Presidente de la Iglesia. El presidente Kimball eligió entonces a N. Eldon Tanner y a Marion G. Romney como su primer y segundo consejero respectivamente. Por tercera vez en los últimos cuatro años, el élder Hinckley participó en esa solemne ocasión. "Es maravillosa la manera en que la Iglesia... pasa en una transición de esta clase sin siquiera un parpadeo", escribió esa misma noche en su diario personal. "Ninguna otra organización en toda la tierra puede hacer lo mismo. Presenciar un cambio de esa naturaleza constituye un innegable testimonio de la divinidad de esta obra".⁹

Debido a otra razón, diciembre de 1973 fue un mes que ni el élder ni la hermana Hinckley habrían de olvidar: Ésa fue la última Navidad que celebraron en su casa de East Millcreek.

El élder Hinckley se había encariñado, desde su niñez, con dicho suburbio y encontraba sosiego en trabajar la tierra. Le encantaba cavar el suelo con la pala, ver correr el agua por una acequia y podar con tijeras los ingobernables arbustos.

A fines de 1972, él y Marjorie adquirieron una parcela en la subdivisión Ensign Downs, a un kilómetro del centro de Salt Lake City. En los terrenos de su alrededor se habían estado construyendo algunas casas y reconocieron que pronto quizás tendrían que hacer algo con ese "pastizal" que poseían. "No me agradaba en absoluto salir de East Millcreek", comentó en el otoño de 1972, "pero estimo que sería conveniente que construyamos un nuevo hogar y vivamos más cerca de mi oficina. Prestaríamos un servicio mucho mejor al Señor si no tuviésemos que perder tanto tiempo viajando de aquí para allá y trabajando en la vieja casona. No es una decisión fácil, pero supongo que uno de estos días tendremos que armarnos del valor para hacerlo".¹⁰

A principios de 1973, decidieron que no podían ya postergar la mudanza. Los años pasaban y, en realidad, las tareas del élder Hinckley en las oficinas generales de la Iglesia continuaban aumentando. Era lógico que viviera más cerca de su oficina y del aeropuerto. Con renuencia salieron a ver algunos terrenos y aun inspeccionaron unos condominios, pero descartaron la idea de mudarse a un "gabinete de archivo". Finalmente, y aunque no le entusiasmaba la posibilidad de volver a trabajar en un jardín, decorar y envolverse en cada tarea pertinente a la construcción de una vivienda, el élder Hinckley diseñó una casa a edificarse en su parcela de Ensign Downs. Aun cuando se habían excavado ya los cimientos y colocado las primeras planchadas de cemento, él y Marjorie no estaban todavía muy seguros de que si se mudarían allí o venderían esa casa cuando la terminaran de edificar.

Era ya el mes de septiembre y aún vacilaban. En su diario personal, él escribió: "[Todavía nos preguntamos] si no es una locura mudarnos-abandonar nuestros árboles y nuestro césped y un millar de recuerdos que acumulamos con sudor y lágrimas durante treinta y dos veranos para entonces comenzar a plantar de nuevo a nuestra edad". Era algo casi intolerable para él pensar en vivir en un lote sin árboles. También escribió: "Me imagino que una vez que el lugar tenga un jardín será muy atractivo, pero los árboles no crecen en un día".¹¹

Después de un mortificante período de indecisión, decidieron que no habría un momento mejor para efectuar el cambio y lo iniciaron a principios de febrero de 1974. Marjorie empacó un sinnúmero de cajas, afirmando que ahora entendía lo que sería tener que prepararse para morir y sepultarse uno mismo. Todas las cosas estaban cargadas de recuerdos. Esa casa había sido su hogar durante casi toda su vida de casados y resultaba imposible imaginar que vivirían en otro lugar. Salir de East Millcreek resultó ser más fácil, sin embargo, cuando un amigo de la familia convino en alquilar la casa; oportunamente, abandonaron para siempre la idea de venderla y continuó siendo propiedad de la familia para ser más tarde (otra vez) remodelada a fin de satisfacer las necesidades de otras personas.

Aunque la casa en Capitol Hill era de su propio diseño, a los Hinckley les llevó tiempo acostumbrarse a vivir en ella. Y teniendo aún cajas sin desempacar, a mediados de febrero partieron con rumbo a Japón. Una vez más, el élder Hinckley había sido asignado a supervisar la obra en el Oriente y ése era, en los últimos cuatro años, su primer viaje a aquella región. Tanto él como su esposa estaban ansiosos por saludar a sus viejos amigos y aparentemente sus anfitriones japoneses se sentían de igual manera, porque después de pasar por la aduana en Tokio, los esperaba un numeroso grupo de miembros sosteniendo letreros que decían: "Bienvenidos, élder y hermana Hinckley". ¡Qué reconfortante, después de los recientes trastornos que habían padecido en Salt Lake City, fue para ellos sentirse bienvenidos y como en su propia casa al otro lado del mundo!

Al día siguiente, el élder Hinckley describió así cuán deleitable era encontrarse de regreso en el Oriente: "Algo tintinea en mis huesos esta mañana al encontrarme en Japón visitando a los miembros y a los misioneros. He estado aquí muchas veces, ya sea enfermo o con salud, con pena y con regocijo. Y ahora me parece que aquellos primeros días oscuros han quedado atrás y que la Iglesia descansa sobre firmes cimientos".¹² Tales sentimientos parecían ser recíprocos. Después de una reunión en cierto barrio de Tokio, escribió: "Nunca he recibido una bienvenida

tal... Al terminar la reunión fuimos literalmente asediados. La gente se empujaba tanto para acercarse a nosotros que tuvimos temor de que alguien se lastimara. Cuando al fin salimos de allí, me sentía tan cansado e incómodo que apenas podía mantenerme de pie".¹³

A pesar del gozo que sentía al regresar a Asia, el élder Hinckley notó un lamentable síntoma: muchos conversos estaban dispersándose. "Son muchos los que entran por una puerta y se van por otra", comentó en voz alta.

Uno de sus propósitos más significativos en este viaje era encontrar un terreno para edificar un templo en Tokio. Después de visitar varias propiedades y considerar diversos elementos, desde los medios de transporte hasta la disponibilidad de alojamiento para los miembros que acudieran de otras partes de Asia, el élder Hinckley regresó a Salt Lake City con una recomendación a la Primera Presidencia. Como director del comité encargado de los templos, siempre pensaba en diferentes maneras para que los miembros de la Iglesia en todo el mundo

podieran tener un acceso más inmediato a las ordenanzas del templo, y las posibilidades de construir un templo en Japón era, para él, algo maravilloso.

Durante el verano, conversó con el presidente Kimball acerca de la posibilidad de construir dos templos más en Estados Unidos-uno en la región noroeste, quizás en Seattle (Washington) y otro en Atlanta (Georgia). Entonces se le designó para que buscara terrenos en ambas localidades, y al aproximarse la fecha en que se completaría la construcción del magnífico templo de Washington, D.C., fue a la ciudad capital estadounidense a fin de revisar los detalles para la recepción y los servicios dedicatorios.

Después de que se instalara la piedra angular en el mes de septiembre, un gran número de miembros del Congreso, invitados especialmente, visitaron el edificio. Al día siguiente, comenzaron a llegar varios diplomáticos a quienes se les brindaron giras individuales, ocasión que permitió al presidente Kimball, al presidente Romney y al élder Hinckley conversar personalmente con cada uno de ellos. El élder Hinckley pudo hacerles, en cada caso, algún comentario acerca de su respectivo país y su gente.

Para cuando la Primera Presidencia y otras Autoridades Generales, incluso el élder Hinckley, regresaron en noviembre a Washington, D.C., para la dedicación del nuevo templo, habían visitado ese blanco y refulgente edificio unas 750.000 personas. La noche de su llegada, el élder Hinckley despertó con una fiebre altísima. Al día siguiente debió permanecer en cama. Cuando el presidente Kimball se enteró de ello, mandó de inmediato al Dr. Russell M. Nelson, quien acompañó al élder Hugh B. Brown en su viaje a Washington, para que lo examinara. El Dr. Nelson presintió que se trataba de una infección y llevó al paciente al Centro Médico Georgetown. Así fue que en el primer día de la dedicación, mientras las Autoridades Generales disfrutaban de una magnífica experiencia espiritual, el élder Hinckley debió someterse a una serie de exámenes, las cuales confirmaron el diagnóstico del Dr. Nelson. Fue llevado entonces de vuelta al hotel para que se recuperara y después de dos días de convalecencia, se sintió suficientemente bien para asistir a una sesión y aun para dar un discurso al concluir la dedicación."¹⁴

En tanto que se hallaban en esa región, Marjorie había planeado con su hija Jane visitar a Clark y Kathleen, quienes vivían en la ciudad de Nueva York, pero no se sentía muy cómoda con que su esposo viajara a Salt Lake encontrándose en tan débil condición. Él insistió en que no alteraran sus planes y regresó a su casa por sí mismo el día del cumpleaños de Marjorie. Pensando en ella, escribió: "Hoy cumple sesenta y tres años, pero está llena de vida, de amor y de alegría. Todos los que la conocen parecen amarla porque ella demuestra un interés genuino por la gente. Se interesa en los problemas y las necesidades de toda persona. ¡Cuán afortunado soy de tenerla como compañera!".¹⁵

Marjorie se las entendía muy bien con el estilo de vida que le imponían las asignaciones que su esposo recibía de la Iglesia. Cuando se trataba de criar a la familia y mantener a todos en estrecho contacto a pesar de las distancias, soportaba de buen ánimo la carga. El resplandor de la fama, las ausencias prolongadas, los viajes rigurosos, la postergación de la celebración de los cumpleaños y aniversarios, las fiestas pasadas en oscuros rincones del mundo, el tener que aclimatarse a los cambios entre una región y otra-en todas éstas y muchas otras circunstancias ella había apoyado a su esposo sin vacilar. No tenía problema en quedarse en casa, especialmente cuando sus hijos eran jóvenes, mientras él viajaba de un país a otro, y sin embargo aceptaba también con

entusiasmo los agotadores viajes durante los cuales solamente le tocaba a veces permanecer en capillas, hoteles y aeropuertos.

Marjorie había aprendido a estar lista para hablar sin preparación, porque su esposo rara vez se lo advertía con antelación. Pero siempre respondía, aun ante tales circunstancias, con característico buen humor. "¿Qué harían ustedes si estuvieran casadas con un hombre como éste?", solía preguntar a la congregación después de que él le diera unos pocos segundos para que empezara a hablar. "Es evidente que él mismo no sabe todavía lo que quiere decirles, y por esa razón me ha pedido que yo haga uso de la palabra", seguiría diciendo, haciendo que la congregación se echara a reír. Por su parte, el élder Hinckley parecía esperar siempre sus bromas inocentes y la gente disfrutaba ese sentido del humor que les revelaba cuán cordiales y tratables eran los dos. Él apreciaba también la eficacia con que ella se presentaba ante una audiencia y frecuentemente escribía en su diario personal todos los comentarios sobresalientes de su esposa.

Ella también había aprendido a tolerar las peculiaridades de su esposo, una de las cuales era su tendencia a tomar decisiones de último momento en cosas tales como un viaje al extranjero. Cierta incidente se convirtió en una leyenda de la familia. La noche antes de que partiera con rumbo a una de sus giras asiáticas, él no se había decidido todavía si ella iba a acompañarlo en el viaje o no. Cuando Marjorie le preguntó finalmente si debía o no salir con él a la mañana siguiente, el élder Hinckley le respondió con algo de impaciencia: "¿Tenemos acaso que decidirlo en este mismo instante?"

A muchas mujeres les habrían trastornado tales indecisiones e inconveniencias, pero hacía mucho tiempo que Marjorie había decidido pasar por alto esas efímeras molestias como lo que en realidad eran: efímeras. Verdaderamente, sabía que ser la esposa de una Autoridad General requiere poseer una rara combinación de firme independencia y constante apoyo. Había momentos en que habría querido reírse cuando le preguntaban qué tal era estar asada con un líder de la Iglesia, como si eso la convertía en algún tipo de personaje célebre. Si usted se lo imaginara, pensaba por lo general, sabiendo muy bien que solamente otras mujeres en las mismas circunstancias podrían entender las ironías, oportunidades, desafíos y bendiciones inherentes a su modo de vivir.

A pesar de las exigentes responsabilidades que con regularidad les enviaban a recorrer el mundo, tanto el élder Hinckley como su esposa hacían muchos sacrificios para mantenerse cerca de sus hijos y nietos, quienes vivían en diversas partes del país. Cuando viajaba con su esposo, Marjorie solía salir lo más temprano posible a fin de visitar las ciudades donde vivían sus hijos. Él hacía lo mismo, tomando a veces un prolongado desvío en su ruta (si ello no significaba un aumento de costo en los pasajes de avión) para pasar siquiera unas horas con la familia. Con el transcurso del tiempo, Marjorie envió a sus nietos cientos de tarjetas postales desde cada rincón del mundo y docenas de cartas a los miembros de su familia. Llevaba siempre consigo una libreta en los aviones, a las reuniones y aun de una habitación a otra cuando permanecía en su casa.

Después de que Kathy y su familia se mudaron a Hawai, Marjorie acostumbraba a hacer llamadas telefónicas de larga distancia, confesando luego: "Este sistema de marcar directamente el número a Hawai probablemente llegue a arruinar permanentemente mi presupuesto doméstico. Es una tentación muy grande y después de razonarlo por dos o tres días, cedo al impulso de descartarlo. He encontrado un buen justificativo y es que, como familia constituida solamente por dos personas, no gastamos nada en diversiones, así que ése es dinero que gastaría en entretenimientos... Disfruto cada uno de sus caros minutos".¹⁶ Y cuando el

élder Hinckley le trajo una carta de Kathy que había recogido al pasar por Hawai, le escribió inmediatamente diciendo: "Gracias por la carta que me enviaste con papá. Me ahorró varias horas de tratar en vano de saber lo que realmente estaba sucediendo allá en el [Océano] Pacífico".¹⁷

Por cierto que el élder Hinckley nunca sentía mayor felicidad que al estar en compañía de su familia. Él y su esposa parecían estar siempre al tanto de las mayores decisiones y de los problemas que cada uno de sus miembros encaraba. Marjorie, en particular, oficiaba como la médula familiar. Se mantenía informada en cuanto a las actividades de cada uno--qué estaban haciendo sus nietos en la escuela, con quiénes se asociaban, quién viajaba a dónde, quién de sus nietos iría a dormir con ellos, y cuál de ellos necesitaba un poco más de atención. Tanto los miembros de la familia como los amigos recurrían a ella porque sabía cómo ayudarles a sentirse bien consigo mismos. Ella vivía preocupándose por todos, sin embargo, y sus hijos bromeaban diciéndole que encabezaba "la lista de las madres alarmistas". Pocos meses antes del casamiento de Clark, por ejemplo, se afligía conjeturando que Jane (quien era todavía muy joven) estaba enamorada pero que Clark (quien estaba próximo a graduarse de la universidad sin haber encontrado una esposa) no lo estaba. Poco después, Clark se enamoró de Kathleen y se casó con ella, y luego Jane contrajo su compromiso matrimonial con Roger Dudley. Esa nueva circunstancia--la inminente boda de su hija menor--indicaba ser un momento crucial. Según lo describió el élder Hinckley: "Un hombre comienza a sentirse viejo y entregarse a los recuerdos cuando se preocupa mucho porque sus hijos crecen y se van".¹⁸

Cuando los miembros de la familia se reunían, sin importar cuál fuese la edad de cada uno de ellos, las risas eran inevitables. Y a pesar de toda la responsabilidad de su padre, ninguno de los hijos de la familia Hinckley parecía estar impresionado con su propio prestigio y generalmente todos rechazaban las invitaciones que se les hacían para que dieran discursos como algo típico de "lo que significa crecer en el hogar de una Autoridad General".

Cuando a una de las hijas de Clark se le asignó en la escuela secundaria que escribiera acerca de alguna persona destacada, enseguida pensó en su abuelo materno, cuya distinción en el ambiente deportivo incluía haber entrenado a un equipo que compitió en la Copa Davis en tenis. Durante la entrevista que tuvieron, él le preguntó por qué no escribía más bien sobre su abuelo Hinckley. Después de una breve pausa, la niña inquirió un tanto confundida: "¿Y qué es lo que él ha hecho?"¹⁹

En las oficinas generales de la Iglesia no había duda alguna en cuanto a todo lo que el élder Hinckley había hecho y estaba haciendo como miembro del Quórum de los Doce. Admiraba a quienes cumplían lo que prometían hacer y adoptó personalmente esa norma. También trataba de proceder de conformidad con otros principios básicos: que uno debe hacer las cosas lo mejor que pueda a pesar de las circunstancias, que uno puede hacer muchas cosas sin importarle a quién habrá de acreditárselas, y que es más importante concentrarse en las responsabilidades que en los privilegios. "No existe nada en el mundo que sea tan agradable como una tarea bien hecha", dijo en una ocasión. "No existe recompensa mayor que la que se obtiene al solucionar un problema difícil".²⁰ Para él, abundaban las tareas a realizar y los problemas a resolver.

A él le preocupaba cada vez más que la Iglesia auspiciara tantos programas exigentes y complicados que eclipsaban el simple poder del Evangelio. Pero ahora tenía cierta influencia administrativa. El 13 de febrero de 1975, en una reunión de

la Primera Presidencia y los Doce, tuvo la satisfacción de ver que se aceptara e implementara una propuesta que habían hecho el élder Hunter, el élder Monson y él mismo. Los tres habían sugerido que el Quórum de los Doce se constituyera como un comité con responsabilidad sobre los programas de la Iglesia y que se dividiera en subcomités asesores de cada uno de dichos programas. Al efectuarse esta reestructuración, las asignaciones de su propio comité fueron modificadas y asumió entonces la responsabilidad sobre el Sacerdocio de Melquisedec, las Comunicaciones Públicas y los comités encargados de los templos. Por primera vez en cuarenta años, dejó de tener responsabilidad directa sobre la obra misional. Y aunque tenía pasión por esa labor, el cambio fue para él muy reconfortante.

Hubo asimismo un gran impulso en otros aspectos. En toda la Iglesia se estaban llevando a la práctica nuevos cambios para satisfacer las necesidades del rápido aumento en el número de miembros. En mayo de 1975, la Primera Presidencia anunció la creación de una programa de supervisión de áreas. Se asignó a seis Ayudantes de los Doce para que supervisaran las actividades de la Iglesia residiendo fuera de los Estados Unidos y Canadá, y se nombró a los Doce como asesores de las diferentes áreas. (El élder Hinckley fue asignado al Área del Atlántico Norte.) El 24 de julio, el presidente Kimball dedicó el nuevo edificio de veintiocho pisos como sede de las oficinas generales de la Iglesia. El élder Hinckley se preguntaba cuánto tiempo llevaría ocupar completamente lo que parecía ser un inmenso espacio para oficinas.

En agosto de 1975, el élder Hinckley acompañó al presidente Kimball y a otros líderes de la Iglesia al Lejano Oriente para llevar a cabo conferencias de área en Tokio, Hong Kong, Taipei, Manila y Seúl. Durante la conferencia de Tokio, el presidente Kimball anunció que se construiría allí un templo-el primero en todo el Lejano Oriente-y el élder Hinckley tuvo gran satisfacción al enterarse que dicho templo se construiría en el terreno que él había recomendado.

Para él, ese viaje fue a la vez inspirador y emocionante. Se asombraba al ver que la Iglesia había madurado tan notablemente en todo el área que quince años antes había supervisado. Al entrar en el Coliseo Araneta, en Manila, y verlo colmado por unos 18.000 miembros, sollozó abiertamente.

Al hablarles, el élder Hinckley ofreció a los miembros filipinos un vislumbre del futuro. "Tengo la firme convicción", les dijo, "de que todo lo que hemos visto ahora es sólo un preámbulo de lo que tendrá lugar en esta nación. Ahora contamos con una estaca, pero habrá muchas más. Tenemos unos pocos edificios, pero tendremos muchos más. Y estoy convencido de que algún día habrá en esta tierra un templo de Dios".²¹

En el otoño de ese año, los Hinckley celebraron un significativo acontecimiento. Fue un día glorioso y solemne cuando el élder Hinckley efectuó el casamiento de su hija menor, Jane, con Roger Dudley. El élder Hinckley acababa de cumplir sesenta y cinco años, una edad que bajo cualquier otra circunstancia habría señalado el momento de jubilarse, pero en vez de ello trajo consigo un caudal de trabajo más exigente que nunca. Por su parte, Marjorie era más filosófica en cuanto a su progresiva edad. Después de tratar de consolar a una amiga más joven que se lamentaba al cumplir los cincuenta, le dijo: "Los cincuenta fueron mi edad predilecta. Se requieren casi tantos años para aprender a dejar de competir y dedicarse a vivir. Es la edad que me gustaría tener durante toda la eternidad".²²

Jane y Roger se instalaron en la casa de East Millcreek y sus padres descubrieron entonces que las razones para seguir corriendo hasta la vieja casona no terminaban

nunca. Nadie entendía mejor el funcionamiento de ese hogar que su propio creador, y una reparación tras otra parecía suplicar su atención en tanto que su nueva casa le presentaba al élder Hinckley la necesidad de constantes proyectos de jardinería. Los resultados, aunque lentos en producirse, fueron sin embargo impresionantes. Cierta día, una nueva vecina procedente de otra ciudad golpeó a la puerta de los Hinckley y le preguntó a Marjorie quién era su jardinero. "Mi esposo", respondió ella. La mujer entonces inquirió: "¿Podría decirle que pase por mi casa y me dé un presupuesto?"

En sus numerosos viajes, el élder Hinckley tenía una manera muy especial de relacionarse con la gente. Aunque es muy elocuente en su idioma, su estilo nunca ha sido emocional ni florido. Pero cuando en las reuniones les expresaba su amor a los miembros y les decía que eran tan especiales como cualquier otro grupo de miembros en todo el mundo, le creían y se disponían a demostrárselo. Cuando les hacía bromas acerca de sus respectivos países y costumbres y encontraba cómico algo que sólo alguien que pertenece a su misma cultura se atrevería a señalar, comprendían que él los reconocía y aceptaba. Cuando se hacía bromas a sí mismo, todos se sentían bienvenidos. Y cuando daba su testimonio, podían sentir la fortaleza de sus convicciones y el poder de su fe. No hubo nunca una rama o un barrio demasiado pequeño o alejado para merecer su atención, y su mera presencia en lugares lejanos le manifestaba su devoción a la gente como así también al Señor.

El élder Hinckley fue siempre optimista en cuanto al Evangelio y el poder que éste tiene para transformar vidas. Cuando se le asignó que hablara en la Universidad Brigham Young acerca del progreso de la Iglesia, simplemente tituló su discurso: "Las cosas están mejorando". Él creía que los días venideros serían los más gloriosos que la Iglesia jamás haya visto. Aunque se producirían algunos reveses, tenía la seguridad de que el Evangelio habría de triunfar.²³ Desde su punto de vista, el futuro se veía radiante. Sí, los problemas eran serios. Pero, como les decía con frecuencia a sus colegas y amigos, la única manera que él sabe de llevar a cabo una cosa, es ponerse de rodillas, rogarle al Señor y entonces levantarse y poner manos a la obra."²⁴ Él sabía bien lo que decía, porque lo había estado practicando por varias décadas. Lo que no sabía la que la tarea más ardua todavía le esperaba en el futuro.

CAPÍTULO 18

LA IGLESIA PROGRESA

El élder Hinckley no recordaba una época en la que había tenido tanto que hacer y tan poco tiempo disponible para hacerlo. La Iglesia estaba creciendo y ello demandaba más de cada una de las Autoridades Generales, particularmente de los miembros del Quórum de los Doce.

Al comenzar uno de sus discursos ante maestros de religión, reveló así la naturaleza de su agenda: "Era un tanto descabellado para mí tratar de venir aquí esta noche. Una azafata me reprendió al intentar yo bajarme del avión antes de que se detuviera. He tenido hoy un día largo y muy atareado. Me levanté temprano para dictar estas palabras y luego corrí al templo para efectuar una ceremonia matrimonial. De ahí fui a que me cortaran el pelo, después me apresuré hasta el aeropuerto, tomé el avión, y aquí me tienen. Esto es demasiado para hacerlo en un solo día, pero es característico del tiempo abrumador y complicado en que vivimos". Él probablemente no cambiaría este régimen de las cosas, sin embargo. En ese mismo discurso exhortó a quienes le escuchaban a que continuaran

progresando, sin importar la edad que tuvieran. "Su diligencia en hacerlo causará que los años pasen más rápidamente de lo que podrían desear, pero estarán llenos de un dulce y maravilloso deleite que agregará sabor a sus vidas", les dijo.¹

Una agenda tal le hacía pensar si el propio volumen de las tareas quizás lo estaban alejando demasiado de la gente. Extrañaba principalmente el contacto personal, la relación individual con los miembros. No obstante, el progreso de la Iglesia iba haciendo que el mantener tales relaciones fuera cada vez más difícil. Los Hinckley se esforzaban por seguir en contacto con sus amigos en todo el mundo y las conferencias generales les ofrecían cada seis meses la oportunidad de renovar esas amistades.

Tales relaciones eran lo que hacía que sus viajes tan frecuentes fueran tolerables. En enero de 1977, los Hinckley partieron nuevamente con rumbo al Lejano Oriente. Les encantó retomar a Hong Kong, donde se llevaría a cabo un seminario para los presidentes de misión que se hallaban sirviendo en Asia. Pero ésa fue solamente su primera escala de una larga y laboriosa jornada. Volaron a Kuala Lumpur, ciudad capital de Malasia-siendo ésa para ambos la primera vez que iban allá. Algunos colegas del élder Hinckley se preguntaron por qué habría él incluido esa ciudad en su itinerario. Pero cuando con Marjorie desembarcaron del avión, vieron que un miembro estadounidense de la Iglesia se les acercó y los invitó a su hogar. Allí conocieron a otras varias familias Santos de los últimos Días, algunas de las cuales habían viajado muchas horas por caminos escabrosos a través de la jungla, y llevaron a cabo una cálida reunión espiritual. Una mujer que vivía en un lugar muy lejos de otros miembros de la Iglesia soltó el llanto al conocer al élder Hinckley. Al final del día, él escribió: "Hoy pude entender por qué hemos venido a Kuala Lumpur. Al terminar la reunión, los santos nos entregaron un plato cincelado de peltre, indicando que yo era la primera Autoridad General que había jamás visitado esta ciudad".²

A la mañana siguiente, partieron rumbo a la India y allí se reunieron con pequeños grupos en varias aldeas. La mayoría de la gente era pobre y analfabeta, pero el élder Hinckley se sintió muy animado al conocer a dos o tres hombres bien educados que demostraban poseer habilidades para el liderazgo. "La vida acá no es como si volviéramos 100 años atrás", dijo en una carta que escribió a su familia, "sino como si retrocediéramos a los días del Antiguo Testamento. Todas las mujeres visten sanes... Van a llenar sus cántaros al pozo de agua llevando sus cargas sobre vacas de cuernos blancos y asnos... Pienso en mi bien decorado hogar en América y me pregunto qué dirá el Señor acerca de nuestra vida en medio de tanta opulencia. Por otro lado, el Señor ha proporcionado las buenas cosas de la tierra para beneficio de Su pueblo-pero sólo hace falta que las buenas cosas se distribuyan más equitativamente"³

En aquella primavera, los Hinckley pasaron casi dos semanas recorriendo las misiones en Australia y estando allí celebraron su cuadragésimo aniversario matrimonial. Los misioneros de la Misión Australia Perth le regalaron a Marjorie un ramillete, algo que su esposo no había tenido tiempo de conseguirle. Él, sin embargo, reconocía cuánto significaba ella en su vida. "Mucho es lo que podríamos escribir acerca de los últimos cuarenta años", comentó. "Nuestro cabello se ha plateado y nuestra figura ha cambiado. Hemos tenido dificultades y problemas. Pero, en general, la vida nos ha sido buena. Hemos sido maravillosamente bendecidos. A nuestra edad, uno empieza a presentir el significado de la eternidad y el valor de una eterna compañía. Si estuviéramos esta noche en casa, muy probablemente tendríamos una cena familiar. Estamos, sin embargo, lejos de nuestro hogar al servicio del Señor y ésa es una dulce experiencia".⁴

Fue con particular agrado que los Hinckley regresaron a Gran Bretaña a fines de la primavera de 1978 cuando, con el élder David B. Haight, el élder Hinckley reorganizó las estacas en el área de Londres. El domingo a la mañana ocurrió un acontecimiento inolvidable: Los miembros de seis estacas londinenses se congregaron en el Royal Albert Hall, a sólo dos cuadras de la Capilla Hyde Park, para la reorganización de dichas estacas y la creación de otras tres.

Cuarenta y cinco años antes, cuando era allí misionero, el élder Hinckley había pagado un chelín y seis peniques para escuchar a Fritz Kreisler tocar el violín en ese antiguo y magnífico edificio y ahora ocupaba ese mismo escenario al presidir una reunión ante casi cinco mil miembros ingleses. Con la mente desbordando en pensamientos sobre el pasado y el presente, luchaba en vano por contener sus emociones. Los ojos se le llenaron de lágrimas al expresar su amor por los santos de la Gran Bretaña y les prometió que, si eran obedientes, la Iglesia progresaría en esa nación.

Aunque esos eventos fueron inolvidables, muy pocos de ellos se compararon con lo que ocurrió en junio de 1978. Después de la reunión mensual de las Autoridades Generales en el templo, el presidente Kimball pidió que todos, a excepción de sus consejeros y de los Doce, se retiraran y entonces presentó un tema que habían estado tratando repetidamente por varios meses: el de conferir el sacerdocio a todo varón digno, sin distinción de raza. Después de proponer que trataran definitivamente el tema, reconociendo el hecho de que se había preocupado mucho al respecto y con cuánto fervor había estado suplicándole al Señor que le guiara, el presidente Kimball pronunció una oración. El élder Hinckley escribió después al respecto: "Había una apacible y santificada atmósfera en la sala. A mí me pareció que se había abierto un conducto desde el trono celestial hasta donde, arrodillado y suplicante, se hallaba el Profeta de Dios en compañía de sus hermanos. El Espíritu de Dios estaba allí. Y el Profeta, mediante el poder del Espíritu Santo, recibió la afirmación de que aquello por lo cual oraba era correcto, que ése era el momento y que en adelante las maravillosas bendiciones del sacerdocio debían extenderse a todos los hombres dignos en el mundo, no importa cuál fuere su linaje. Así lo comprendimos, por el poder del Espíritu Santo, cada uno de los que formábamos ese círculo... Nuestros oídos físicos no oyeron ninguna voz, pero la voz del Espíritu ciertamente nos lo dejó oír en nuestra mente y en nuestra misma alma... Todos los que allí estuvimos en esa ocasión fuimos renovados".⁵

Aunque los acontecimientos de ese día fueron emocionantes e intensamente espirituales, todo eso no resultó ser una gran sorpresa para el élder Hinckley. "No era sólo el presidente Kimball quien se había preocupado tanto al respecto, sino que también el presidente Lee y el presidente McKay se habían desvelado acerca de ello", explicó más tarde. "Fue, sin embargo, una maravillosa realización. El presidente Kimball tuvo la intrepidez de suplicar al Señor tal revelación. Se inquietó por ello. Se esmeró. Recurrió una y otra vez al Señor. Y cuando fue recibida la revelación, se produjo entre los Doce un enorme sentimiento de gratitud por tan indescriptible bendición".⁶

La Iglesia estaba progresando a pasos agigantados y merced a dicho crecimiento se suscitaba la necesidad de una constante adaptación de su maquinaria administrativa. En el otoño de 1978 se anunció que todos los que fueran llamados a servir en misiones de habla inglesa recibirían cuatro semanas de instrucción y los que tuvieran que aprender otros idiomas debían estar por ocho semanas en el Centro de Capacitación Misional en Provo (Utah). En un discurso ante Representantes Regionales pronunciado previo a la conferencia general de octubre de 1978, el presidente Kimball no escatimó palabras en cuanto a la responsabilidad que tenían para con el avance de la obra [misional]: "Tenemos la obligación, el

deber, la divina comisión de predicar el Evangelio a toda nación y a toda criatura... Aun parece que el Señor está interviniendo en todos los asuntos de hombres y naciones para apresurar la llegada del día en que estarán dispuestos a permitir que los elegidos entre ellos reciban el Evangelio de Jesucristo... Gran parte de los medios tecnológicos para esparcir la verdad parecen estar ya en el lugar adecuado, pero nosotros parecemos estar demorándonos en aprovecharlos. Los recursos técnicos y los adelantos en materia de transporte han reducido el tamaño del mundo, pero éste continúa siendo enorme con respecto a sus habitantes cuando pensamos en países como China, la Unión Soviética, la India, todo el continente africano y nuestros hermanos y hermanas árabes-centenares de millones de hijos de nuestro Padre Celestial".⁷

Detrás de todos los adelantos y de las estadísticas, sin embargo, descansaba el más optimista y promisorio aspecto de la obra en la que se hallaban embarcados. El élder Hinckley declaraba con insistencia que la verdadera fortaleza de la Iglesia no se encuentra en los edificios, las corporaciones y otros bienes tangibles, sino en el testimonio de sus miembros.⁸ Una experiencia relacionada con un joven oficial naval de Asia que había llegado a los Estados Unidos para un avanzado entrenamiento ilustró tal convicción. Ese joven oficial se había sentido intrigado por el estilo de vida de algunos de sus colegas en la fuerza Naval de Estados Unidos e indagó acerca de sus creencias. Aunque no era cristiano, le impresionó mucho enterarse en cuanto al profeta José Smith y posteriormente fue bautizado. Antes de que regresara a su país, le presentaron al élder Hinckley quien le preguntó qué sucedería cuando retornara a su hogar. El rostro del joven empalideció al contestarle: "Mi familia quedará muy decepcionada. Sospecho que me rechazarán y me considerarán como si hubiera muerto. En cuanto a mi porvenir y a mi carrera, supongo que se me privará de toda oportunidad". "¿Está dispuesto usted a pagar tan alto precio por el Evangelio?", le preguntó el élder Hinckley. Las lágrimas asomaron a los ojos del joven al responderle: "Es verdadero, ¿no?" Cuando el élder Hinckley le dijo, "Sí, es verdadero", el hombre concluyó: "Entonces, ¿qué importa lo demás?"⁹ Tal cometido le estremeció el alma al élder Hinckley y muchas veces habría de conmoverlo cuando se sentía agotado, frustrado o se preguntaba si estaba haciendo algo bueno. No debía olvidar jamás, se advertía a sí mismo con frecuencia, que detrás de todos los números [estadísticos] estaba la gente-hombres y mujeres, muchachos y niñas-cuyas vidas habían sido transformadas por el Evangelio.

En octubre, el élder Hinckley se reunió con el presidente Kimball y otras Autoridades Generales en Johannesburgo, Sudáfrica, para llevar a cabo la primera conferencia en el continente africano. Desde allí, todos volaron luego a Sudamérica para asistir a la dedicación del Templo de São Paulo, en Brasil. ¡Cuán maravilloso fue ver a miembros de toda raza en la sala celestial del templo! Realmente, la dedicación de esa casa del Señor en un país donde muchos miembros de la Iglesia eran de linaje mixto fue una conmovedora evidencia del efecto causado por la reciente revelación acerca del sacerdocio.

El presidente Kimball continuaba manteniendo un dinámico andar y el élder Hinckley participaba con él en muchos eventos. El 13 de marzo de 1979, se reunió con el Profeta y otras Autoridades Generales para volver a dedicar el Templo de Logan (Utah) después de una amplia remodelación del mismo. En junio, acompañó al presidente Kimball a Houston (Texas), donde dirigieron la palabra a unos 17.000 miembros en la primera conferencia de área jamás realizada en los Estados Unidos. Hablando sobre la obra misional, el presidente Kimball exhortó a los matrimonios mayores a que sirvieran una misión. "Muchas personas están-¿cómo se dice?", preguntó, dirigiéndose al élder Hinckley, quien estaba sentado detrás suyo.

"Jubilándose", le sugirió éste. "Sí", continuó diciendo el Presidente. "Están jubilándose demasiado temprano. Bien podrían ir a una misión".¹⁰

No había jubilación ninguna para el presidente Kimball y cuando comenzó a aflojar el paso en el otoño de 1979, no fue por decisión propia. El 7 de septiembre, fue sometido a una operación para aliviarle la presión causada por una acumulación de sangre en el cerebro. Para tranquilidad de las demás Autoridades Generales, se recobró lo suficiente como para hablar cinco veces en la conferencia general del mes siguiente. En noviembre, sin embargo, empeoró su condición y recibió una segunda cirugía al Esta fotografía muestra al presidente Hinckley cuando asistió en 1981 al Holiday Bowl en el mip el encino de la Universidad Brieham Toung derrotó al de Washington State 38 a 36.

El presidente y la hermana Hinckley en compañía de la Reina de Tailandia El presidente Hinckley sella la piedra angular de un templo Después de haber visitado al Presidente de Estados Unidos Bill Clinton, el presidente Gordon B. Hinckley es entrevistado en la Casa Blanca el 13 de noviembre de 1995 por Charles Sherrill, del Canal KSL de Televisión. El presidente Hinckley, conciertoalarde, muestra el cetáceo que pescó durante una breve vacación cerca de la Bahía Glacier (Alaska), en junio de 1995 acercarse el Día de Acción de Gracias. Esta vez, no recuperó sus fuerzas tan rápidamente.

Junto con todas las Autoridades Generales, el élder Hincley se preocupó mucho por la salud del Profeta. Se acercaba un evento de trascendental significado-el sesquicentenario de la organización de la Iglesia-y esperaba que el Presidente se sentiría bastante fuerte como para dirigirlo. Como director del comité ejecutivo del sesquicentenario, el élder Hinckley aguardaba con anhelo la oportunidad de referirse a los orígenes de la Iglesia. Creía que había que celebrar los acontecimientos del pasado y esta conmemoración ofrecía una incomparable oportunidad para ello.

El élder Hinckley supervisó los preparativos para que una parte de la conferencia general de abril de 1980 se originara en la antigua granja de Peter Whitmer y en el centro de reuniones y centro de visitantes recientemente inaugurado en Fayette (Nueva York). Por primera vez en la historia, la conferencia se propaló desde dos lugares diferentes por transmisión vía satélite. El élder Hinckley había alentado a la Corporación Bonneville-la entidad difusora de la Iglesia-para que se intentara utilizar el sistema de satélites y estaba convencido de que este experimento inicial presagiaba futuras posibilidades para difundir las conferencias generales a todo el mundo."¹¹ Emitida vía satélite hacia el Tabernáculo de Salt Lake y proyectada en grandes pantallas junto a los tubos del órgano, la parte sobresaliente de lo que acontecía en Fayette fue la dedicación, a cargo del presidente Kimball, del hogar de la familia Whitmer y del nuevo centro de reuniones.

El sábado de mañana, como de costumbre, la primera sesión de la conferencia comenzó bajo la dirección del presidente Kimball en el Tabernáculo. Pero la sesión matutina del 6 de abril-el domingo de Pascua-no tuvo nada de tradicional. Al cabo de la primera hora, la reunión pasó a ser transmitida desde la reconstruida cabaña de troncos de la granja en Fayette, donde el presidente Kimball se hallaba parado detrás de la caja de madera en la que José Smith había colocado las planchas de oro después de recibirlas del Ángel Moroni.

Tras unas breves palabras de presentación por parte del presidente Kimball, el élder Hinckley leyó una proclamación de la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce reafirmando que el Evangelio de Jesucristo había sido restaurado. Entre tanto,

el presidente Kimball y el élder Hugh W. Pinnock caminaron unos cien metros hasta el centro de reuniones de la Rama Fayette y esperaron a que el élder Hinckley terminara de leer la declaración para continuar con la transmisión desde la capilla. Desde ese lugar, las tres Autoridades Generales pronunciaron sus discursos de la conferencia.

Ese día se cumplieron muchos sueños del élder Hinckley. Habiendo venerado lo histórico y también abogado por las realizaciones actuales, esa celebración fue para él como una amalgama del pasado, el presente y el futuro. "Aquella mañana del 6 de abril, cuando nos dirigimos a ese escenario, me resultaba difícil contener las lágrimas que tan fuerte emoción me provocaba", escribió luego. "Me sentí particularmente conmovido al encontrarme allí en el hogar restaurado de los Whitmer en ocasión de emular la reunión que había ocurrido 150 años antes donde estuvieron el profeta José Smith y sus colegas. El 6 de abril de 1980, el Espíritu del Señor nos impresionó maravillosamente a todos los que nos hallábamos en esa pequeña cabaña de troncos, como así también cuando entramos en la capilla. Yo me sentí muy emocionado e inspirado a meditar en los procedimientos del Todopoderoso y el terrible precio que debieron pagar aquellos que nos precedieron por lo que hoy disfrutamos nosotros. Recibí una poderosa y real confirmación en cuanto a mi convencimiento de que Dios, nuestro Eterno Padre, vive y que Jesús es el Cristo, el Salvador y Redentor del mundo, y que ambos, el Padre y el Hijo verdaderamente se aparecieron al joven José Smith en la arboleda... Supe con renovada convicción que el Libro de Mormón es exactamente lo que José dijo que es [y]... me regocijé en tener la oportunidad de ser un participante en esta gran obra eterna restaurada a la tierra".¹²

Aunque todo era gratificador para el élder Hinckley, había momentos en que las presiones y la intensidad de la obra solían resultarle agotadoras. "Esto les parecerá repetitivo", escribió Marjorie a su familia a principios de 1980, "pero nunca he visto a papá tan atareado. Está tratando de hacer tantas cosas a la vez que terminan complicándose hasta frustrarlo. Anoche me dijo que está cansado de sentarse en una reunión tras otra tratando de ser más inteligente de lo que es. A una edad en la que la mayoría de los hombres se jubilan, él parece exigirse cada vez más a sí mismo. Anteanoche le dije que el caño de la pileta de la cocina estaba tapado, pero aún no se ha ocupado del problema".¹³ Y antes de que su esposo tuviera que dar otro discurso más, ella escribió: "Papá tiene que hablar esta noche ante la Sociedad del Mayflower... Dedicó la mayor parte de ayer a preparar su discurso. Está cansado, exhausto, [aun] enfermo de moler palabras".¹⁴

Un grato descanso de la rutina se produjo cuando, a principios del verano de 1980, los Young Ambassadors, el popular grupo artístico de la Universidad Brigham Young, fue invitado a actuar en una excursión a través de la China. Al élder Hinckley lo asignaron para que acompañara al presidente de la Universidad, Dallin Oaks, y al grupo artístico. Aunque ya había viajado extensamente por el Oriente, ésta sería su primera visita a la China continental y durante las dos últimas semanas de mayo, él y la hermana Hinckley visitaron las principales ciudades de esa inmensa nación.

Ese viaje a Asia fue muy diferente de sus anteriores visitas, tal como lo explicó Marjorie en una de sus cartas: "Papá no tiene obligaciones y anda siempre de pantalones grises, camisa celeste y chaqueta azul. Apenas si lo reconozco. Salimos a pasear casi todos los días. Lo más impresionante ha sido la Gran Muralla China... Se extiende por unos 3.000 kilómetros a través de las montañas. Caminamos por la muralla... hasta un punto de observación...; fue un esfuerzo monumental, un paso tras otro. Algunas personas en nuestro grupo no llegaron hasta ese lugar, pero

nosotros tuvimos el legítimo orgullo de lograrlo. Era un cálido día primaveral y unos 10.000 chinos tuvieron la misma idea".¹⁵

A lo largo de sus presentaciones, los integrantes del grupo universitario fueron agasajados por altos funcionarios del partido comunista. En tales recepciones, el presidente Oaks se sentía un poco incómodo a raíz de que, como presidente de una universidad, se lo destacaba en reconocimientos especiales. Debido a que los chinos son muy peculiares en materia de religión, la universidad tenía la necesidad de disimular el título y la función del élder Hinckley, pero aun así al presidente Oaks le molestaba que se pasara por alto a un miembro del Quórum de los Doce. Unos cuatro días después de iniciada la gira, tuvo una idea para rectificar la situación y en la próxima oportunidad presentó al élder Hinckley como el "Presidente del Comité de nuestra Universidad". El presidente Oaks escribió luego: "Hubo entonces muchas exclamaciones [aprobatorias]. Se me había ocurrido que 'presidente' y 'comité' eran palabras que podían traducirse bien en esa cultura, y así fue".¹⁶, Cuando regresaron de la China, al presidente Oaks le gustaba contarles a otros miembros de los Doce que el élder Hinckley era el "presidente del comité central de la Universidad Brigham Young".

Asia continuó siendo uno de sus lugares predilectos y sólo cinco meses después de esa gira por China, el élder Hinckley y su esposa fueron con el presidente Kimball, la hermana Kimball y otras Autoridades Generales en un viaje de tres semanas que incluyó las Filipinas, Hong Kong, Taiwán, Corea y Japón, como así también un acontecimiento especial: la dedicación del Templo de Tokio. En reunión tras reunión, el élder Hinckley trató-sin lograrlo-de reprimir sus emociones al contemplar a aquellos que habían sido los primeros en afirmar la obra en el Oriente. En la sofocante ciudad de Manila señaló a la congregación que uno de sus hermanos, David Lagman, había sido el único filipino nativo que se hallaba presente cuando en 1961 se inauguró la obra misional allí. Con un gesto de cariño y de respeto, invitó entonces al hermano Lagman a que pasara al estrado y, abrazándolo, le agradeció por todo lo que había hecho al ayudar en la difusión el Evangelio.

En la conferencia realizada en Hong Kong, el élder Yoshihiko Kikuchi, de los Setenta, quien fue el primer japonés en ser llamado como Autoridad General, incitó la risa de la congregación al sugerir que se adoptara un programa para convertir a los 5.200.000 habitantes de la ciudad, diciendo: "Si cada miembro que vive en Hong Kong trajese a la Iglesia un solo converso por año, la ciudad entera sería bautizada en once años". El élder Hinckley, quien dirigía la reunión, causó aún muchas risas más al comentar luego: "Han escuchado ustedes al élder Kikuchi, quien acaba de utilizar una de esas máquinas japonesas de calcular".¹⁷

El clima en Corea durante la conferencia era tan frío como lo fue caliente en las Filipinas. La hermana Hinckley escribió a su familia: "Esta tarde tuvimos una reunión de misioneros con más de 400 [de ellos] en el centro de estaca. El presidente Kimball me pidió que hablara. Fue algo aterrador. No se pudo alquilar un salón bastante amplio como para una conferencia de área, así que construyeron un anfiteatro en los terrenos de la Iglesia. Está lloviendo, hay mucho viento y el frío es congelante. Todos estamos orando para que deje de llover antes de mañana".¹⁸

El élder Hinckley pidió a los misioneros que oraran para que se calmaran las fuerzas de la naturaleza. Esa noche llovió y nevó intermitentemente, pero a la mañana siguiente el cielo se había aclarado. La temperatura, sin embargo, descendió a 3 grados bajo cero, obligando a que la primera sesión de la conferencia se llevara a cabo en la capilla del Barrio Seúl 4. Miles de miembros que no encontraron dónde

sentarse en el edificio, debieron hacerlo afuera y escucharon los mensajes por medio del sistema de altoparlantes. La sesión de la tarde se realizó afuera a fin de que aquellos que no podían acomodarse en el edificio pudieran ver al presidente Kimball y a los demás líderes visitantes, quienes tuvieron que sentarse encogidos en una plataforma cubriéndose con pesados abrigos y mantas.

Desde Corea, el grupo viajó al Japón donde, el 27 de octubre de 1980, el presidente Kimball dedicó el Templo de Tokio en una ceremonia de intensa espiritualidad. Para el élder Hinckley, aquélla fue una ocasión muy emotiva y espiritual. Pensó en sus primeras giras asiáticas de veinte años atrás, cuando pequeños grupos de miembros se reunían en míseros edificios alquilados y meditó acerca de los sacrificios que tantas personas debieron hacer para unirse a la Iglesia y conservarse activas. Al concluir las conferencias de área en Asia, el élder Hinckley permaneció en Japón a fin de organizar la primera estaca en la Misión Japón Sendaj.

El marcado progreso de la Iglesia se reflejaba en la obra del templo, la cual iba aumentando como nunca antes. En la conferencia general de abril de 1981, el presidente Kimball asombró a la congregación del Tabernáculo y a los miembros de la Iglesia en todo el mundo al anunciar que se edificarían nueve templos nuevos: dos en los Estados Unidos (el de Chicago [Illinois] y el de Dallas [Texas]) y los otros siete en otros lugares: Francfort [Alemania], Estocolmo [Suecia], Guatemala [Guatemala], Lima [Perú], Johannesburgo [Sudáfrica], Seúl [Corea] y Manila [Filipinas]. Nunca antes la Iglesia se había embarcado en un proyecto de tal magnitud para construir templos. El élder Hinckley se regocijó enormemente. Podía imaginar el júbilo que experimentarían los santos en esas localidades, pero en particular pensó en aquellos que vivían en Corea y en las Filipinas. ¡Cuánto progreso se manifestaba así en esos rincones de la viña! Por momentos, dicho progreso había parecido ser lento, pero el esfuerzo total de tantos años de labor estaba produciendo una cosecha casi increíble.

Algunas experiencias, aunque emotivas, fueron mucho más tristes. En julio, la hermana Freda Joan Lee, viuda del presidente Harold B. Lee, falleció un día antes de su octogésimo cuarto cumpleaños. El élder Hinckley habló en sus funerales en representación del Quórum de los Doce. También pronunció algunas palabras, aunque breves, el presidente Kimball, cuya voz era ya muy débil y apenas se le oía como en un susurro.

La vida iba pasando con fragilidad. El fallecimiento de varios de sus colegas y amigos afectó mucho al élder Hinckley. Le preocupaba en particular el presidente Kimball, cuya salud y energía habían estado decayendo ya para fines de 1980. De cuando en cuando, había días en que no se sentía como para ir a su oficina y empezó a verse como si ya no volvería a recuperar su anterior vitalidad. Para el élder Hinckley era muy difícil observar al presidente Kimball sufrir las consecuencias de su avanzada edad. A veces deseaba que hubiera algo que él mismo y las demás Autoridades Generales pudieran hacer para aliviar las responsabilidades del Profeta.

CAPÍTULO 19

LA PRIMERA PRESIDENCIA

Temprano en la mañana del miércoles 15 de julio de 1981, el presidente Kimball llamó a su secretario personal, D. Arthur Haycock, para que fuera a su oficina y le dijo entonces que después de haber orado al respecto había recibido la impresión de llamar a un tercer consejero en la Primera Presidencia y quería que éste fuera el

élder Gordon B. Hinckley. El hermano Haycock alzó espontáneamente ambas manos como muestra de apoyo y dijo: "Puedo votar con las dos manos. No creo que hubiese podido usted hacer una elección mejor".

A pedido del presidente Kimball, el hermano Haycock llamó por teléfono al élder Hinckley y lo invitó a que fuera a la oficina del Profeta. Minutos más tarde, el élder Hinckley se hallaba sentado al otro lado del escritorio del presidente Kimball, quien fue directamente al grano: Había decidido llamar a un consejero adicional en la Primera Presidencia. ¿Qué pensaba él al respecto? La primera reacción del élder Hinckley fue una de curiosidad. ¿Por qué, preguntó, estaba el Presidente de la Iglesia confiándole algo de tal naturaleza? [El Profeta] le respondió que ya había un antecedente en tal sentido y que, en último caso, el Presidente de la Iglesia tenía derecho a hacer lo que quisiera sobre el particular. El presidente Kimball se sonrió, expresó palabras de aprecio por el élder Hinckley y le dijo sencillamente: "Quiero que usted sirva como mi consejero".

El élder Hinckley se quedó pasmado. Después de unos instantes de silencio, logró decir que se sentía abrumado y que se consideraba totalmente inadecuado para sumir tal responsabilidad. No obstante, si el presidente Kimball tenía confianza en él, haría lo mejor posible por servir y tendría mucho gusto en aliviar las cargas del Profeta tanto como pudiera.

A raíz de que las Autoridades Generales se hallaban en diferentes lugares durante su tradicional descanso en el mes de julio, el Quórum de los Doce no tenía que reunirse sino hasta principios de agosto. En vez de esperar hasta entonces, sin embargo, el presidente Kimball pidió que los Doce interrumpieran sus vacaciones a fin de asistir a una reunión especial en la mañana del jueves 23 de julio. Cuando el élder L. Tom Perry recibió la noticia en cuanto a dicha reunión, tuvo una inmediata impresión: "Aun antes de salir con rumbo a Salt Lake City, yo sabía que el presidente Kimball iba a llamar al élder Hinckley como consejero, y eso era exactamente lo que el presidente Kimball necesitaba".¹

Durante esos días entre haber recibido su llamamiento y la reunión de los Doce, el élder Hinckley se vio ensimismado con lo que le había dicho el presidente Kimball y trastornado por su nueva posición. "He estado orando y meditando mucho", escribió en su diario personal? ²Volvió a leer su bendición patriarcal, la que sesenta años antes le había indicado que "llegaría a ser un líder poderoso y valiente en medio de Israel". También le atormentaba la idea de tener que abandonar el Quórum de los Doce, en el que había servido por casi veinte años. "En estos días he sentido cierta tristeza y depresión", admitió en privado. "Ha sido algo casi abrumador para mí".³

Después de uno de los días más largos de su vida, a las 9 de la mañana del día indicado, la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce se reunieron en el Templo de Salt Lake. Entonces el presidente Kimball propuso que se llamara al élder Hinckley como consejero en la Primera Presidencia. Los Doce sostuvieron tal acción y el presidente Kimball lo apartó para ese oficio. Luego propuso que Neal A. Maxwell fuera llamado a llenar su vacante en el Quórum de los Doce y subsiguientemente ordenó al élder Maxwell.

A las 10:45, el presidente Kimball tuvo una conferencia de prensa y anunció los llamamientos del presidente Hinckley y del élder Maxwell. Minutos antes de comenzarla, el presidente Hinckley hizo un rápido llamado telefónico a su casa para contarle a Marjorie lo que había sucedido. Kathy y su familia se hallaban visitándolos y estaba junto a su madre cuando sonó el teléfono. "Mamá recibió el

llamado de papá", recordó luego, "y cuando colgó el teléfono tenía los ojos llenos de lágrimas. Al cabo, dijo: 'Papá ha sido llamado como consejero en la Primera Presidencia'. Yo me quedé absolutamente paralizada. Recuerdo haber experimentado una increíble sorpresa. Nunca se me había cruzado por la mente que algo así podía suceder. Al conversar, las dos estábamos convencidas de que eso sería a corto plazo, que pronto retornaría al Quórum y que la vida volvería a lo normal" ⁴

Agobiado por los acontecimientos, el presidente Hinckley regresó a casa sintiendo un peso inesperado sobre sus hombros y con un raro semblante sombrío. "He estado aparentando sonreírme", confesó en su diario personal, "pero me siento profundamente deprimido. Supongo que es el espíritu del adversario, pero es por cierto muy real".⁵

Las circunstancias relacionadas con la incorporación del presidente Hinckley a la Primera Presidencia fueron verdaderamente excepcionales. Arthur Haycock describió su discernimiento acerca de la peculiar serie de eventos con estas palabras: "Durante cierto tiempo antes de que... extendiera los llamamientos al presidente Hinckley y al élder Maxwell, el presidente Kimball no había estado sintiéndose bien... Parecía ser que le resultaba difícil concentrarse y tomar decisiones y... con frecuencia estaba muy cansado... No obstante, el día en que me pidió que fuera a su oficina para informarme que llamaría al élder Hinckley como miembro de la Primera Presidencia y al élder Maxwell a los Doce, su mente era tan clara y sus acciones tan bien definidas y conscientes como lo habían sido 30 o 40 años antes. Inmediatamente después del llamamiento del presidente Hinckley, el presidente Kimball pareció recaer de golpe en su previa condición de... salud generalmente quebrantada".

El hermano Haycock agregó: "En los 46 años que he tenido de estrecha relación con los últimos seis presidentes de la Iglesia, puedo decir sin equivocación que, para mí, éste es el mayor testimonio de directa revelación que jamás he presenciado... No existe en mi mente ninguna duda de que el Señor fortaleció mental y físicamente al presidente Kimball y lo estimuló e inspiró a llamar [al presidente Hinckley y al élder Maxwell] a sus respectivos oficios para que Su obra pudiera continuar".⁶

Los presidentes Tanner y Romney acogieron con entusiasmo al presidente Hinckley en su círculo, pero las nuevas circunstancias fueron, al principio, un tanto incómodas. "Me sentía como que fuera una quinta rueda", admitió luego. "Estos dos hombres poderosos habían estado por años en la Presidencia. El presidente Tanner había sido consejero de tres Presidentes, y el presidente Romney de dos de ellos. Tenían experiencia, mucha experiencia. Pero no cabía duda en mi mente que el Señor había actuado directamente en esas circunstancias. No sabía por qué me había elegido a mí, pero comprendí haber sido escogido y no me quedaba otro remedio que el de seguir adelante".⁷

A pesar del incómodo proceso de integrarse a la rutina diaria de la Primera Presidencia, el presidente Hinckley no demoró en reconocer la sabiduría del presidente Kimball en llamar un consejero adicional. Unas seis semanas más tarde, el Profeta fue sometido a una tercera y más seria operación cerebral. Su recuperación fue lenta y desalentadora, y por momentos su condición era aun desesperante. A la misma vez, la salud del presidente Tanner empezó a deteriorarse a raíz de los efectos del mal de Parkinson que sufría desde hacía tiempo. Al aproximarse su primera conferencia general como miembro de la Primera Presidencia y siendo que el presidente Kimball se hallaba confinado a una

cama de hospital, el presidente Hinckley reconoció que los miembros de la Iglesia estarían esperando que fueran él y los otros consejeros quienes les ofrecieran consejo.

Esa conferencia era para él muy importante porque significaba ser un evento trascendental y también un aniversario: Exactamente veinte años antes había sido llamado al Quórum de los Doce y ahora tenía que pronunciar su primer discurso como consejero en la Primera Presidencia. Habló acerca de la "inquietante responsabilidad" y la "agradable experiencia" que había disfrutado en los años anteriores y agradeció a los miembros en todo el mundo por su bondad, su lealtad y su convicción. Luego se refirió al anuncio de que una cadena de quinientas antenas parabólicas para recibir transmisiones vía satélite se instalarían en centros de estaca a través de los Estados Unidos y Canadá para facilitar la vinculación entre miembros y líderes de la Iglesia. Esta empresa era particularmente gratificadora para él puesto que, juntamente con los ejecutivos de Bonneville, había investigado durante años diversos medios tecnológicos para desarrollar precisamente una cadena tal y había visitado en el sur de California una planta industrial donde se fabricaban satélites de transmisión. Refiriéndose a esas experiencias, dijo: "Una vez que aprendí lo que son un satélite y un retransmisor, la altitud de su circunvalación, y que operan mediante la conversión de la luz solar en electricidad a través de células voltaicas, etcétera, pude entenderlo todo. Puedo vislumbrar el tremendo impacto que una cadena de satélites tendrá en nuestra gente. Éste ha sido el resultado de muchos años de esfuerzos en tratar de encontrar la manera de comunicarnos con nuestros miembros" .⁸

Aludiendo entonces a sus propias circunstancias, el presidente Hinckley concluyó así su discurso: "Ahora he recibido una nueva asignación... Este sagrado llamamiento me ha hecho reconocer mis propias debilidades. Si he ofendido [a alguien] en algún momento, pido disculpas y espero que me perdonen. Ya sea que esta asignación sea larga o breve, les prometo darles mi mejor empeño con amor y fe".⁹ Después de la conferencia, el presidente Hinckley escribió en su diario personal: "Todos notaron la ausencia del presidente Kimball, pero... el Espíritu del Señor ha morado con nosotros y tenemos sobrada razón para estar agradecidos".¹⁰ Dos semanas después, el presidente Kimball fue dado de alta del hospital y se mudó con su esposa Camilla a un apartamento en el Hotel Utah.

Ya para noviembre de 1981, cuando fue dedicado el Templo Jordan River, el presidente Hinckley estaba empezando a sentir que el peso de la Primera Presidencia iba desplazándose gradualmente hacia él. El presidente Kimball se encontraba muy debilitado y no podía hablar. El presidente Tanner tenía dificultad en expresarse con claridad y el presidente Romney estaba perdiendo la vista. En toda su participación relacionada con la dedicación de templos durante más de veinticinco años, el presidente Hinckley nunca había tenido que dirigir como lo hacía ahora.

A fines de diciembre, la condición del presidente Kimball había mejorado bastante como para que ocasionalmente fuera a su oficina. Después de una rara reunión de la Primera Presidencia completa dos días antes de la Navidad, el presidente Hinckley resumió lo siguiente: "Le informamos que, durante su ausencia, ...habíamos tratado de continuar llevando a cabo las tareas de la Primera Presidencia, que no habíamos hecho ningún cambio en el personal, las normas o procedimientos, y que si alguna vez se propusieran cambios, le serían presentados para su consideración y aprobación. El presidente Kimball aceptó estas cosas apreciativamente".¹¹

El presidente Kimball se sintió suficientemente bien como para asistir a las sesiones de apertura y de clausura de la conferencia general de abril de 1982 y se acercó al púlpito por un breve momento para expresar su amor y dar su testimonio.¹² Ésa había de ser la última vez que ocupaba el púlpito durante una conferencia general.

Ese verano, el presidente Hinckley dedicó diecisiete lugares históricos restaurados en Nauvoo [Illinois], y habló acerca de la fe que se requirió tanto para edificar esa ciudad como para abandonarla tiempo después. Once días más tarde, fue a las Filipinas para dar la palada inicial de un templo, proclamando que ése era un acontecimiento que representaba los frutos de modernos pioneros. Su regocijo ante la perspectiva de inaugurar la construcción de un templo en las Filipinas se vio un tanto disminuido por el hecho de que Manila se encontraba en el trayecto de un huracán. El viento rugió todo el día, recordó más tarde Rubén Lucanienta, director del comité para recaudar fondos para [construir] el templo. "Luego, a eso de las 4 de la tarde, la naturaleza pareció calmarse y pudimos proseguir con la ceremonia tal como se había planeado. Unos pocos minutos después del último amén, el viento empezó a soplar otra vez con intensidad. Fue algo que no podré olvidar".¹³ A pesar del mal tiempo, más de dos mil filipinos asistieron a [la ceremonia de] la palada inicial. Dos días después, el presidente Hinckley participó en una ceremonia del mismo tipo para edificar un templo en Taipeh, Taiwán. Estos dos acontecimientos en el Oriente lo llenaron de tal emoción que no podía expresarla. ¿Era posible que hubieran pasado apenas veinte años desde que recorrió esa parte del mundo? En cierto sentido, parecía haber ocurrido el día antes. Podía recordar haber esperado el día en que existiría un templo en algún lugar de Asia. Ahora, ya estaban en camino un segundo y un tercero.

El presidente Hinckley regresó a casa para atender al presidente norteamericano Ronald Reagan, quien visitaba Utah para echar una mirada al sistema de bienestar de la Iglesia. El presidente Reagan pareció quedar muy impresionado con lo que vio en la planta local de envasados del sistema de bienestar y comentó que si otros grupos a lo largo del país siguieran ese ejemplo, la nación no tendría que enfrentar ninguna crisis de asistencia social.

A mediados de 1982, apenas un año después de su llamamiento a la Primera Presidencia, las responsabilidades diarias de ese consejo se habían transferido casi por completo al presidente Hinckley. Era en vano teorizar cuánto tiempo habría de servir en tales funciones y trataba de mantenerse al día con sus tareas a fin de poder retornar al Quórum en cualquier momento.

En su diario personal describió parte de la preocupación que lo envolvía: "La responsabilidad que tengo me atemoriza. El Presidente de la Iglesia no está en condiciones de atender en detalle ninguna cuestión administrativa. El presidente Tanner, su primer consejero, sufre seriamente al hablar y al caminar... Su mente es lúcida, pero tiene dificultad para expresarse. El presidente Romney... tiene serios problemas con su memoria... Todos los días oro procurando fortaleza, sabiduría e inspiración... Ésta es la obra maravillosa y el prodigio de que habló el Señor y a mí me corresponde una pesada responsabilidad en cuanto a ella. A veces, podría sollozar a causa de mi preocupación. Pero entonces me acomete la certidumbre de que el Señor me ha puesto aquí para un propósito Suyo, y si soy humilde y trato de obtener la guía del Santo Espíritu, Él me utilizará de acuerdo con Su voluntad para realizar Sus propósitos".¹⁴

En la primavera de 1982, el presidente Hinckley estuvo muy enfermo a causa de una infección y con cierta renuencia consintió en que lo internaran en el hospital. Aunque en ocasiones anteriores había recibido ya tratamiento médico en

consultorio, ésa era la primera vez que debió soportar toda una noche en un hospital. Estando los otros miembros de la Primera Presidencia sujetos a serias limitaciones, no quería que se publicara su hospitalización por temor a que se preocuparan los miembros de la Iglesia. Cuando al cabo de someterse a numerosos exámenes volvió a su casa, aún continuaba sintiéndose debilitado como consecuencia de su malestar y era muy poco lo que podía hacer además de permanecer en cama. Así y todo, había tenido buenos resultados médicos.

A fines del verano, después de regresar de un viaje al extranjero, el presidente Hinckley se sintió algo culpable de haber estado ausente por tanto tiempo. "Estoy aquí para ayudar a los miembros de la Primera Presidencia, quienes necesitan asistencia urgentemente", escribió. "Cuando no me encuentro aquí, ellos deben asumir pesadas cargas y su estado de salud es tal que no pueden atenderlas debidamente. Debería realmente quedarme acá. Pero también necesito el estímulo que recibo al relacionarme con la gente. Quedarme aquí constantemente y no hacer otra cosa que asistir a las reuniones y tomar decisiones, me conduce a la monotonía y a la falta de entendimiento en cuanto a los problemas de la gente en todo el mundo".¹⁵

Cada uno de los miembros de la Primera Presidencia asistió por lo menos a una sesión de la conferencia general de octubre de 1982, aunque el presidente Kimball no habló en ninguna. El presidente Tanner sólo¹⁶ habló brevemente, dando su testimonio en la última sesión. Ése habría de ser su último mensaje. Al mes siguiente, falleció calladamente.

En diciembre de ese año, la Primera Presidencia fue reorganizada. El presidente Kimball pidió que el presidente Romney sirviera como primer consejero y que el presidente Hinckley fuera el segundo. Aproximadamente un mes después, la condición del presidente Romney se deterioró de tal manera que ya no pudo concurrir a las oficinas ni participar en reuniones de la Presidencia. Para entonces, el presidente Kimball sólo se aventuraba con muy poca frecuencia a salir de su apartamento en el Hotel Utah. Asistía periódicamente a las reuniones, pero había perdido ya su vitalidad.

A menos que sucediera algo milagroso para que se restaurara la salud de cualquiera de los colegas del presidente Hinckley-o de todos ellos-la responsabilidad total del oficio de la Primera Presidencia recayó principalmente en él. Pero el caudal de tareas le preocupaba mucho menos que otros problemas para los que parecía no haber soluciones fáciles, como ser: ¿Cuáles son las decisiones que únicamente el Presidente de la Iglesia puede tomar y cuáles le correspondía delegar? ¿Cómo reaccionarían los miembros en cuanto a la frágil condición de la Presidencia y al hecho evidente de que solamente él era activo y tenía buena salud? Más importante aún, ¿cómo podría él continuar el ritmo establecido por el presidente Kimball y promover el progreso de la obra de la Iglesia sin adelantarse al Profeta o cometer alguna imprudencia? Para él, era una cuestión muy seria.

Las perspectivas que se avecinaban podrían haber sido aterradoras si no hubiera sido por el natural optimismo del presidente Hinckley y su invariable fe en que el Señor conocía las circunstancias y que lo guiaría. "Fue una época muy difícil", escribió más tarde. "Pero yo tenía mucho cuidado. No dudaba que debía seguir adelante en base a normas ya establecidas, mas si algo requería una nueva medida o alguna decisión que no dependiera de dichas normas, yo iba a ver al presidente Kimball cuando se hallaba tranquilo y le explicaba con detalle las cosas que deseábamos realizar. Arthur Haycock me acompañaba y anotaba diligentemente todo lo que tratábamos. En ocasiones, yo regresaba varias veces para hablar con el

presidente Kimball a fin de verificar que había entendido las decisiones adoptadas en cuanto a cualquier asunto. Cuando yo me aseguraba de que había comprendido nuestras conversaciones y que estaba de acuerdo con las medidas a adoptarse, procedíamos entonces con la tarea correspondiente. También analizaba muchas cosas con los Doce. Frecuentemente les dije que no pretendía adelantarme al Presidente de la Iglesia, que era el Señor quien estaba al mando y que Él sabía lo que estaba sucediendo. Ésta es Su Iglesia y podía hacer lo que deseara conforme a Su voluntad. Él era y es el amo de la vida y de la muerte, y dirige las cosas de acuerdo a Su norma. Yo estaba dispuesto a ser paciente y a no adelantarme en nada al Presidente. Y así era".¹⁷

Las tareas mantenían al presidente Hinckley detrás de su escritorio por largas horas durante la semana y rara vez aminoraban en intensidad. Había veces en que la fatiga lo volvía irritable. Un jueves por la tarde, dos días antes de la Navidad de 1982, se molestó al enterarse de que la mayoría de los empleados de la Iglesia se habían ido temprano a casa. En su diario personal anotó esta queja: "No sé por qué la gente se justificó en irse temprano cuando se les ha dado un día libre para mañana y otro para el lunes. A decir verdad, no sé por qué las oficinas de la Iglesia deben estar cerradas el lunes. Ésta es ahora una organización internacional y una enorme entidad cuya operación debe administrarse todos los días, excepto los sábados y los domingos. A manera de posdata, atemperó así sus comentarios: "Y bueno, es Navidad y mejor es que me sienta feliz y generoso en vez de rezongar. Supongo que son las tremendas preocupaciones que me agobian las que a veces me provocan un espíritu de reproche".¹⁸

Pasó la mitad del día antes de la Navidad en su oficina y se sintió mejor después de haber cumplido con algunas tareas retrasadas. Temprano en la mañana de la Navidad, él y Marjorie fueron en automóvil al Centro de Capacitación Misional en Provo [Utah] para hablarles a los misioneros. El presidente Hinckley había determinado esa fecha para su visita con la esperanza de poder alentar a aquellos que quizás estuvieran sintiendo nostalgia en su primera Navidad lejos del hogar.

Ya para el verano de 1983, cuando el presidente Romney fue internado en el hospital con pulmonía y problemas del corazón, la Primera Presidencia era esencialmente un organismo compuesto por una sola persona. El presidente Hinckley mencionó en su diario personal: "Si alguien llega a leer esto en el futuro, probablemente quedará hastiado con tal procesión de reuniones. También me han cansado a mí. Pero son algo que forma parte de mi vida. Consumen mi tiempo. Abruman mi inteligencia y causan que suplique al Señor que me inspire. Tengo que dirigir la mayoría de [esas reuniones]... Esto ha venido sucediendo por largo tiempo y no tengo idea de cuánto más ha de durar. Porque mientras se pida que lo haga, contribuiré mis mejores esfuerzos, y espero y ruego que las decisiones que tomemos sean correctas."¹⁹Cierto día, encontrándose en una situación particularmente difícil para la que parecía no haber solución, el presidente Hinckley se arrodilló para pedirle al Señor que lo ayudara. Más tarde relató así lo que sucedió: "A mi mente acudieron las palabras, 'Cálmate y recuerda que yo soy Dios'. Aprendí otra vez que ésta es Su obra, que Él no permitirá que fracase, que todo lo que yo debía hacer era dedicarme a ello de la mejor manera posible y que la obra tenía que seguir adelante".²⁰

El élder Thomas S. Monson comentó con estas palabras encunto a la función del presidente Hinckley durante este singular período en la historia de la Iglesia: "[Él] se hallaba en una situación muy delicada, porque el presidente Kimball era todavía el Profeta. Aunque un hombre pueda estar físicamente incapacitado, podría no estarlo mental o espiritualmente. El presidente Hinckley tenía el deber poco

envidiable de no ir muy lejos demasiado rápidamente, pero de llegar hasta donde fuera posible. Siempre tuvo la cabal capacidad y el buen sentido común para hacer lo que un consejero debe hacer- es decir, para no inmiscuirse en lo que solamente al Presidente le compete. Él era el único miembro de la Primera Presidencia que muchas veces asistía a nuestras reuniones de la Presidencia y los Doce. Siempre nos asegurábamos de estar totalmente de acuerdo sobre cualquier tema antes de seguir adelante. Habíamos laborado durante muchos años con el presidente Kimball y sabíamos cómo se sentía él acerca de muchos asuntos y cuáles serían probablemente sus decisiones. Cuando el presidente Kimball no pudo ya tomar algunas de ellas, el presidente Hinckley sabía lo que el Profeta hubiera querido que se hiciera. Sin llegar al punto de tomar sobre sí el manto profético, avanzaba hasta donde más podía hacerlo".²¹

Trabajando en unión con los Doce, el presidente Hinckley mantuvo la obra de la Iglesia en funcionamiento. Entre octubre de 1983 y abril de 1984, llevó a cabo una conferencia regional en Londres, dedicó templos en Tahití y en la Ciudad de México, como así también el nuevo Museo de Historia y Arte de la Iglesia en Salt Lake City y pronunció innumerables discursos que le fueron asignados. En la conferencia general de abril de 1984, anunció los primeros llamamientos de hombres a servir por tres o cinco años en el Primer Quórum de los Setenta. Aquellos hermanos fueron posteriormente sostenidos para servir durante cinco años en el Segundo Quórum de los Setenta, organizado en 1989.

Una clara evidencia de la condición del presidente Kimball era la prolongación de vacantes en el Quórum de los Doce. En enero de 1983 falleció el élder LeGrand Richards. Los miembros de la Iglesia esperaban que en la conferencia general de abril se llamara a un nuevo apóstol, pero no se llenó esa vacante. Cuando pasó la conferencia general de octubre sin que se llamara a nadie al Quórum de los Doce, algunos miembros se sintieron decepcionados mientras que otros más reprochadores comenzaron a especular en cuanto a la demora y aun censuraban la organización que estaba permitiendo que un profeta tan anciano permaneciera en funciones. Todo eso se complicó un año más tarde al fallecer el élder Mark E. Petersen. Siendo que el presidente Hinckley carecía de ayudantes en la Primera Presidencia, era imperativo que se organizara completamente el Quórum [de los Doce]. Pero la nominación y el llamamiento de apóstoles era prerrogativa del Presidente de la Iglesia y aunque el presidente Hinckley estaba muy preocupado en cuanto a esas vacantes, no quería tomar medidas sin el presidente Kimball. Las expectativas aumentaron al aproximarse la conferencia general de abril de 1984.

En esa conferencia, el presidente Hinckley anunció el llamamiento al Quórum de los Doce del Dr. Russell M. Nelson, un renombrado médico de Salt Lake City, y de Dallin H. Oaks, ex presidente de la Universidad Brigham Young y entonces juez de la Suprema Corte de Utah. Después de que ambos apóstoles fueron presentados para el voto de sostenimiento, el presidente Hinckley aseguró a los santos que tales llamamientos se habían dado solamente con la aprobación del presidente Kimball y bajo la dirección del Señor. "Quiero darles mi testimonio de que [estos hombres] han sido escogidos y llamados por el espíritu de profecía y revelación", dijo. "Aunque el presidente Kimball no puede presentarse en este púlpito y dirigirnos la palabra, ocasionalmente podemos conversar con él y él ha dado su autorización para hacer lo que hoy se ha hecho".²²

También trató de tranquilizar toda preocupación concerniente al estado actual de la Iglesia. En la sesión del sacerdocio, el presidente Hinckley ofreció, según su propia definición, un "informe anual para los accionistas", asegurando a los que se hallaban presentes que la Iglesia estaba en buenas condiciones, sus finanzas en orden y que su total de miembros (5.400.000) seguía creciendo. "Cuán maravilloso

es ser parte de una organización próspera y progresista", dijo. "La Iglesia nunca ha dado un solo paso atrás desde que fue organizada en 1830-y nunca lo dará. Ésta es la causa del Maestro. Es la Iglesia de Dios".²³

CAPITULO 20

SIEMPRE ADELANTE SIN DAR PASO ATRAS

En el año 1984 se produjeron importantes acontecimientos en la organización de la Iglesia. En junio, el presidente Hinckley anunció que la obra iba a ser supervisada por Presidencias de Área en trece regiones del mundo. A manera de experimento, tres de esas presidencias residirían en el extranjero. Explicó que el dinámico crecimiento de la Iglesia exigía una administración flexible y que su organización debía, de alguna manera, reconsiderar la tendencia a adoptar restricciones rigurosas, procedimientos burocráticos y expansión de normas. "No podemos lamer cada estampilla postal en Salt Lake City. Tenemos que hacer algo para descentralizar la autoridad", dijo el mes siguiente a un grupo de nuevos presidentes de misión. Tiempo más tarde, explicó en detalle la importancia de esta innovación administrativa: "Llegó a ser evidente que teníamos que efectuar alguna descentralización. Traje el tema a colación muchas veces, con los Doce y en otras conversaciones. De ello surgió el concepto de las Presidencias de Área... supeditadas a la decisión del Quórum de los Doce y de allí a la Primera Presidencia".¹ En ocasiones subsiguientes, el presidente Hinckley rogó que los directores de departamentos de las oficinas generales de la Iglesia adoptaran normas de simplicidad. Aunque el crecimiento era algo excitante, él aborrecía la burocracia y a veces hasta sentía estar nadando desvalido contra la corriente.

Sin embargo, estaba profundamente agradecido por el creciente número de fieles miembros de la Iglesia y lo expresaba con frecuencia. En la sesión del sacerdocio de la conferencia general de octubre de 1984, por ejemplo, puso a un lado el discurso que había preparado y habló extemporáneamente, diciendo: "Les agradezco desde el fondo de mi corazón por la bondad [manifiesta] de sus vidas. Les agradezco por el ejemplo que demuestran ante sus familias y ante el mundo. Ustedes contribuyen honor a esta iglesia... Ustedes responden a sus instintos generosos al ayudar a los pobres, brindando amistad a los que viven en soledad y al defender lo más noble de nuestra sociedad. Ustedes son los dulces frutos del precioso Evangelio". Reconoció también que tal apoyo lo animaba en momentos que de otra manera resultarían ser angustiosos: "Su voto de sostenimiento en esta conferencia significa mucho más de lo que puedo expresarles. A veces, cuando estimo que el peso es demasiado y las cargas son muchas, pienso en ustedes que no sólo levantan la mano en confirmación sino que también dan de su propio corazón, su tiempo y sus medios de manera leal"²

En la mañana siguiente, hizo recordar a la extensa congregación participante por medio de la transmisión vía satélite que la obra de la Iglesia seguía progresando y que era plenamente consciente de la función que desempeñaba. "Es para mí un gran honor encontrarme ante ustedes y hablar a los Santos de los últimos Días en todo el mundo", dijo. "No estoy aquí para substituir al Presidente de la Iglesia. Estoy hablándoles como su segundo consejero, responsabilidad que no busqué sino que acepté como un sagrado llamamiento, en cumplimiento del cual he tratado de aliviar de sobre los hombros de nuestro amado Presidente algunas de las pesadas cargas de su oficio y hacer con diligencia que la obra del Señor continúe avanzando. El presidente Kimball es el Profeta del Señor. Nadie más puede tomar ni tomará su lugar mientras viva".³

Para 1985, lo que el presidente Hinckley había supuesto inicialmente que sería una asignación temporaria como consejero del presidente Kimball se había prolongado por casi cuatro años, y durante más de la mitad de ese tiempo había sido el único miembro visible de la Primera Presidencia. A pesar de su inclinación a ver lo positivo en las cosas, hubo momentos en que se sintió atormentado por el aislamiento. Al mismo tiempo, añoraba la habitual asociación con sus hermanos del Quórum de los Doce y contemplaba con anticipación el día en que habría de retornar al servicio regular con ellos. Aunque presentaba a la consideración del Quórum tantos asuntos como podía, había decisiones que sólo él podía tomar y otras que por el momento tenía que postergar.

Entre sus colegas de las Autoridades Generales y otros con quienes había laborado a lo largo de los años, los talentos del presidente Hinckley como líder y administrador estaban bien documentados. Pero ahora su capacidad era mucho más evidente. Aquellos hermanos descubrieron que él tenía un sexto sentido cuando se trataba de dirigir cuestiones entremezcladas con temas religiosos, sociales o políticos; sus instintos eran admirables. "El presidente Hinckley posee una rara amalgama de expresión y buen juicio", explicó el élder Neal A. Maxwell. "Va sin rodeos al fondo mismo de todo asunto complicado. Recuerdo una vez en que se me encomendó considerar cierto incidente que involucraba a una Autoridad General. Cuando le pregunté al presidente Hinckley cómo debía proceder, él simplemente me dijo: 'Él le dirá lo que ha pasado. Usted podrá confiar en su discernimiento'. Eso fue todo. No respondió con una perorata. Él tiene una envidiable capacidad para sintetizar. Hay quince hombres entre la Primera Presidencia y [el Quórum de] los Doce, y ninguno de ellos es una persona tímida. Cuando nos enfrascamos en serias cuestiones, es maravilloso contar con alguien que se expresa sintetizadamente. De no ser así, pasaríamos muchísimo tiempo debatiendo para llegar al fondo de las cosas"⁴

En tanto que los colegas del presidente Hinckley admiran su eficacia y sus notables talentos como líder, también aprecian su sentido del humor, con el cual ha sabido calmar los ánimos en muchas ocasiones y ofrecer una pausa en reuniones que de otro modo resultaban tediosas. En cierta reunión efectuada temprano una tarde, los administradores del Sistema Educativo de la Iglesia presentaron su presupuesto para el año siguiente. Los ánimos estaban intensificándose y en cierto momento uno de los oficiales se dirigió al presidente Hinckley y le preguntó: "¿Qué piensa usted?" El presidente, que había estado escuchándolos con el mentón apoyado en sus manos, respondió: "Estoy pensando que nunca más voy a comer chuletas de cerdo rellenas para el almuerzo". Todos rieron y la tensión se disipó.

Cuando inspeccionaba proyectos de construcción, frecuentemente aludía a "la ley de Hinckley": "Costará más y llevará más tiempo de lo que dijeron". Con respecto a estas cosas, sabía muy bien lo que decía, porque a él le correspondía la pesada responsabilidad de controlar la distribución de los fondos de la Iglesia. El presidente Hinckley era muy conservador en materia económica y durante los análisis concernientes a gastos importantes solía sacar de su escritorio una pequeña moneda que años antes le habían dado en Jerusalén representando el óbolo de la viuda. Él conservaba esa moneda en su oficina para tener siempre en cuenta "la tremenda responsabilidad de utilizar los fondos que provienen de la consagración de los miembros de la Iglesia" .⁵Pero también parecía entender cuándo tales gastos eran apropiados y necesarios.

Por ejemplo, cuando revisó por primera vez los planos del templo a construirse en Freiberg, en la entonces República Democrática Alemana, el presidente Hinckley pensó que se necesitaban importantes revisiones a fin de que el edificio mostrara una dignidad mayor. Aunque las modificaciones que sugirió aumentarían

considerablemente los costos, señaló que al cabo de diez años los líderes de la Iglesia no echarían de menos ese dinero pero seguramente criticarían la estructura si no se hubiera diseñado adecuadamente desde el principio.

Ésa probaría ser una época sin precedentes en cuanto a la construcción de templos. Entre la primavera de 1982 y el otoño de 1985, el presidente Hinckley dio la palada inicial para templos en Manila, Taipei, Dallas, Chicago, Denver y Francfort; presidió en la dedicación de los templos de Atlanta, Samoa Occidental, Tonga, Santiago de Chile, Tahití, Ciudad de México, Boise, Sydney, Manila, Dallas, Taipei, Ciudad de Guatemala, Freiberg, Estocolmo, Chicago y Johannesburgo; y también dedicó nuevamente el reacondicionado Templo de Manti [Utah]. Al dedicarse el templo en Sudáfrica, existían entonces casas del Señor en cada continente, excepto en la Antártida. El presidente Hinckley no solamente dedicó en tres años tantos templos como se habían edificado previamente en la historia de la Iglesia, sino que participó personalmente en el diseño y la construcción de cada uno de ellos. Si un templo carecía de aspecto celestial, se lo hacía saber a sus arquitectos. Si el interior de uno de ellos no presentaba la atmósfera deseada, invitaba a los trabajadores a empezarlo todo de nuevo. Y con frecuencia inspeccionaba personalmente los terrenos, escalando hasta la cima las colinas y recorriendo los lugares antes de aprobarlos.⁶

Desde principios de la década de 1950, uno de los centros primordiales de atención para el presidente Hinckley había sido la obra del templo y periódicamente solía meditar acerca del anhelo que años antes había sentido de construir un gran número de templos de menor tamaño con el fin de que estuvieran más cerca de la gente. Y ahora se encontraba él mismo participando en la realización del mandato de poner las bendiciones del templo al alcance de hombres y mujeres dignos en todo lugar.

En diversas maneras, él estaba idealmente capacitado para tales asignaciones y quienes lo acompañaban se maravillaban de ello. Aunque generalmente dirigía y hablaba en cada sesión dedicatoria-las cuales a veces sumaban más de veinte-siempre lo hizo sin anotaciones, muy rara vez repetía sus palabras y siempre adaptaba su discurso a cada congregación. Después de la dedicación del Templo de Chicago, en agosto de 1985, comentó que había hablado en 185 sesiones dedicatorias en los veintiocho meses anteriores y presidido y dirigido dieciséis ceremonias de colocación de la piedra angular.

En cada dedicación reflejaba las costumbres y circunstancias particulares del país o área correspondiente, pero el Espíritu era siempre el mismo-profundo y penetrante. Y por varias razones, cada dedicación era memorable. En la Ciudad de Guatemala, en diciembre de 1984, las tres cuartas partes de los concurrentes eran descendientes de Lehi, y el presidente Hinckley tuvo la sensación de estar contemplando a varias generaciones de antepasados de esa gente. Entre dos de las sesiones, al caminar hacia una salida posterior para tomar un poco de aire fresco, encontró a un grupo de santos indígenas, algunos de ellos descalzos, que habían viajado centenares de kilómetros para asistir a la dedicación. No pudo contener las lágrimas al contemplar sus condiciones y el esfuerzo fenomenal que habían hecho para ir a la Ciudad de Guatemala.⁷

Las siete sesiones dedicatorias del Templo de Freiberg fueron extraordinarias. La influencia del presidente Thomas S. Monson en la República Democrática Alemana, la cual se encontraba bajo control de los comunistas, había contribuido a que se abrieran sus puertas para construir ese edificio. Recordando su propia visita a Dresden, Meissen y Leipzig cincuenta años antes en viaje de regreso a casa

después de cumplir su misión, el presidente Hinckley dijo que nunca había soñado siquiera que un edificio tal pudiera erigirse allí algún día, y que la realización de ese templo era evidencia de que la mano del Señor había enternecido el corazón de los oficiales gubernamentales que permitieron que se construyera. Refiriéndose a tal experiencia, dijo: "Hemos derramado muchas lágrimas; hemos sollozado con ellos, hemos orado con ellos, nos hemos lamentado con ellos [y] nos hemos regocijado con ellos. Me emocioné hasta los más profundo de mi alma cuando vi la fe, el amor por el Señor [y] la fidelidad hacia el Evangelio que anidan los corazones de los santos en la República Democrática Alemana"⁸

Durante la dedicación del Templo de Papeete Tahití, el presidente Hinckley tuvo una emocionante reunión con la enfermera que veinte años atrás lo había asistido después de un trágico accidente marítimo cerca de la Isla Maupiti y que desde entonces era miembro de la Iglesia. En sus comentarios en varias sesiones mencionó a las mujeres que perdieron la vida aquel día fatal, diciendo: "Espero de todo corazón que los esposos [de ellas] sean dignos de entrar en esta casa y sellarse a aquéllas, sus bellas esposas".⁹

Su experiencia en la dedicación del Templo de Johannesburgo fue igualmente emocionante. Contemplar a esos santos tanto de raza negra como blanca congregados en un servicio de eterno significado en un país donde la tensión racial había generado odio y opresión, conmovió el alma del presidente Hinckley. En su discurso hizo referencia a los conflictos de esa nación y profetizó: "Los periódicos y la televisión a lo largo del mundo han estado presentando un dramático cuadro de los fuegos en Sudáfrica. Pero yo tengo confianza en que todo esto resultará ser una bendición para ustedes. Las cosas podrían empeorar antes de que mejoren, pero yo estoy seguro de que habrán de mejorar".¹⁰

La dedicación de cada uno de los templos en Asia fue todo un acontecimiento para el presidente Hinckley, cuyos tiernos.⁷¹

sentimientos para con los santos orientales eran perdurables. Durante la dedicación del Templo de Manila Filipinas, dijo: "Nunca antes he experimentado una emoción tan intensa ni me ha enternecido de tal manera el Espíritu como ha sucedido hoy". Se esforzaba por contener sus emociones cuando agregó: "No conozco ningún otro lugar en el mundo donde la cosecha haya sido tan abundante en tan poco tiempo. El Señor ha bendecido a este país de una manera milagrosa y maravillosa".¹¹

Al visitar el reacondicionado Templo de Manti la noche antes de ser nuevamente dedicado, el presidente Hinckley tuvo otra vez dificultad en contener las lágrimas. "Suele sucederme a veces cuando entro en estos templos", explicó al día siguiente refiriéndose a los cuatro templos construidos en la época de los pioneros. "Aprecio la magnificencia de la mano de obra efectuada con rústicas herramientas. He estado en la mayoría de los más grandes edificios del mundo-palacios reales y casas parlamentarias-y en ninguno de ellos he tenido la clase de sentimiento que recibo al venir a estas casas de Dios [construidas por] los primeros pionero?".¹²

Durante una sesión pidió a la hermana Hinckley que diera su testimonio y contara la historia de su abuelo, quien murió a raíz de las heridas que sufrió al colocar las pesadas puertas al este [del templo]. "Creo que ése fue el más notable de todos los discursos que se pronunciaron", dijo después con genuino orgullo.¹³

En cada dedicación, el presidente Hinckley incluía en sus sermones relatos acerca de los fieles santos que habían iniciado la obra en esa región, haciendo notar de tal manera un servicio que quizás de otro modo pasaría desapercibido. Y no importaba

el país, el continente ni los idiomas que hablaban, aconsejaba a los miembros que asistían al templo que encontrarán en la casa del Señor un santuario donde pudieran apartarse de los afanes del mundo y disfrutar las bendiciones de la eternidad. Con frecuencia explicaba: "Nunca efectuamos la dedicación de un templo sin que tengamos dos congregaciones: la que se sienta aquí con nosotros y la que se encuentra del otro lado del velo". Invitaba a todos los miembros, jóvenes y ancianos, a prepararse para las dedicaciones [de templos] limpiando sus vidas de cualquier cosa que desagradara al Señor. "La experiencia del templo es una experiencia santificante", enseñaba repetidamente, agregando esta promesa: "No hay mejor manera de cultivar el espíritu de abnegación entre nuestra gente, alentar la fidelidad entre esposos y esposas, [y] acercarse más al Señor que concurrir a Su santa casa" ¹⁴

La maravillosa manifestación espiritual de las dedicaciones de templos contrastaba con las experiencias que el presidente Hinckley se veía forzado a soportar-casi siempre en silencio-a raíz de numerosos ataques de enemigos determinados a humillarlo y desprestigiarlo. Siendo el único miembro visible de la Primera Presidencia, constituía el blanco más fácil de encañonar, ciertamente el pararrayos ideal. Había quienes aparentemente creían que si lograban desacreditar al presidente Hinckley, debilitarían e intimidarían a todos los líderes de la Iglesia. En consecuencia, con el correr de los años fue acusado de muchas cosas, desde ser deshonesto y manipulador político hasta haber cometido espantosas transgresiones morales.

Habiendo sido bendecido con un total concepto de la Iglesia en esta dispensación, el presidente Hinckley miraba más allá de todo fastidio temporario. "Los críticos pueden malgastar sus vidas tratando de negar, desmerecer o sembrar dudas", dijo en una conferencia general, "pero... esta misión... es mucho más trascendental que cualquier raza, nación o generación... Es una causa sin paralelo... Ustedes y yo podemos fracasar individualmente y perder las bendiciones. Pero esta obra no puede fracasar. Siempre habrá quienes se adelantarán para realizarla".¹⁵ Con tal filosofía arraigada en él, avanzó a través de constantes presiones y ocasional soledad.

En la conferencia general de octubre de 1985, el élder M.Russell Ballard fue llamado al Quórum de los Doce, llenando así la vacante producida por el fallecimiento del élder Bruce R. McConkie. El presidente Kimball intervino en su ordenación la última en que tendría el privilegio de participar. Yaunque el presidente Hinckley no lo sabía aún, esa conferencia sería la última en que habría de presidir por sí solo. Antes de que cambiara la Primera Presidencia, sin embargo, pasó a ser el punto central de otra controversia en que la Iglesia se vio involucrada. Durante los tres años anteriores, el presidente Hinckley se había reunido en ocasiones con Mark Hoffman, un negociante de documentos antiguos que decía poseer varios papeles históricos que contradecían la declaración de José Smith acerca de la Restauración. El élder G. Homer Durham, quien entonces servía como Director General del Departamento Histórico de la Iglesia, presentó a Hoffman a la Primera Presidencia y les mostró lo que más tarde se conocería como la transcripción de Anthon-la cual "parecía ser el papel original copiado por José Smith de las planchas [de oro] y entregadas a Martin Harris para que las hiciera examinar en Nueva York por el profesor [Charles] Anthon".¹⁶ Aunque no indicó abiertamente a quién había pertenecido ese documento, Hoffman dijo haber descubierto el manuscrito en una antigua Biblia que recibió de una nieta de Katharine, hermana de José Smith, en Carthage, Illinois.

Otro descubrimiento de Hoffman fue un registro de la bendición paterna que José Smith supuestamente le dio a su hijo, Joseph Smith III. De acuerdo con tal registro, el Profeta bendijo al jovencito de once años de edad para que fuera su "sucesor en la Presidencia del Sumo Sacerdocio", o, según lo interpretaron algunos, como Presidente de la Iglesia."¹⁷ Hoffman aseguraba haber encontrado esa bendición entre una colección de escritos de Thomas Bullock, quien fuera uno de los secretarios del profeta José Smith.

Aunque ni el presidente Hinckley ni sus colegas del Quórum de los Doce se preocuparon de que la carta afectara la doctrina de la sucesión profética, él reconocía que una determinada interpretación del documento podría ofrecer a los críticos un arma para intentar una interrupción en la práctica por tanto tiempo establecida. Teniendo en mente este asunto, dedicó su discurso de la conferencia de abril de 1981 al tema de la bendición, explicando que los líderes de la Iglesia habían dado a publicidad el descubrimiento a pesar de que sabían que sus enemigos aprovecharían la oportunidad para sugerir una irregularidad en la línea de autoridad de la Iglesia.

Los críticos polemizaban en cuanto a las ramificaciones de la bendición de Joseph Smith III, como así también de otros documentos de Hoffman que contenían insinuaciones poco halagadoras acerca de los primeros líderes de la Iglesia o eventos relacionados con la Restauración. Entonces, en enero de 1984, Lyn Jacobs, un conocido de Hoffman, le mostró al presidente Hinckley una carta de Martin Harris a W. W. Phelps en la que un relato del descubrimiento de las planchas de oro por José Smith contenía notables diferencias comparadas con la versión oficial. Una referencia acerca de un espíritu que se había "transfigurado" en forma de "salamandra blanca" provocó una furiosa controversia entre críticos, eruditos y miembros laicos de la Iglesia. Describiendo los orígenes de la Iglesia con términos espiritualistas, la "Carta de la Salamandra" parecía confirmar otros documentos concernientes a las supuestas actividades de José Smith como buscador de tesoros. Jacobs dijo haber obtenido la carta de un coleccionista cuyo nombre le había sido dado por Hoffman.

Subsiguientemente, los Doce pidieron que se efectuara una investigación a fin de correlacionar el documento en el sentido histórico y verificar si era auténtico. Entre tanto, fueron apareciendo otros sumarios o expedientes que ponían en tela de juicio la veracidad del comienzo de la Iglesia. La mayoría de estos documentos les eran dados al presidente Hinckley y él los presentaba a los Doce para su análisis, y finalmente dio muchos de ellos a publicidad. En cuanto a la "Carta de la Salamandra", dijo: "No tenemos nada que ocultar. Nuestros enemigos tratarán de sacar partido de esta carta, pero toda persona de buen juicio que la lea teniendo en cuenta la época en que fue escrita y el lenguaje de esos días no la verá como un detrimento a la historia de los acontecimientos concernientes a la restauración del Evangelio".¹⁸

La controversia relacionada con la Carta de la Salamandra llegó a su apogeo en agosto de 1984, cuando el periódico Los Angeles Times publicó un largo artículo aseverando que dicha carta amenazaba con "alterar la imagen idealizada de José Smith, el fundador de la iglesia". El artículo indicaba que entre los protestantes que eran críticos conservadores de la Iglesia, la Carta de la Salamandra era considerada ahora como "una de las mayores evidencias en contra del origen divino del Libro de Mormón".¹⁹ Aunque el peso de la manifiesta controversia era para él algo muy gravoso, el presidente Hinckley conservaba una actitud muy serena tanto en sus reacciones como en sus respuestas.

En abril de 1985, Steven Christensen, un comerciante de Salt Lake City que le había comprado la Carta de la Salamandra a Hoffman, entregó dicho documento al presidente Hinckley, quien lo aceptó en representación de la Iglesia. Días después, el semanario Church News publicó completamente el contenido de la misma. La declaración de la Primera Presidencia que acompañó el artículo citaba las siguientes palabras del presidente Hinckley: "Nadie puede, por supuesto, estar seguro de que fue Martin Harris quien escribió este documento. No obstante, por el momento, aceptamos la opinión de su examinador en cuanto a que no parece ser una falsificación. Ello no excluye la posibilidad de que pudiera haber sido falsificado durante los días en que la Iglesia tenía numerosos enemigos. Constituye, sin embargo, un interesante documento de esa época". Su declaración terminaba asegurando que la carta nada tenía que ver con las divinas reafirmaciones de la Restauración. "La verdadera fe que Martin Harris y W. W. Phelps tenían en José Smith y su obra se manifiesta en sus propias vidas, en los sacrificios que hicieron por los miembros de la Iglesia y en los testimonios que expresaron al final de sus vidas".²⁰

El presidente Hinckley asumió la carga de responder a las preguntas, los ataques y los insultos que se suscitaban. Siempre tuvo confianza, sin embargo, en que la Iglesia habría de emerger indemne de la controversia. "Yo no temo a la verdad. ¡La recibo con beneplácito!", dijo muchas veces. "Pero quiero tener todos los hechos en su debida perspectiva, destacando los elementos que explican el inmenso progreso y poder de esta organización".²¹

Al presidente Hinckley le resultaba casi imposible comprender o tener paciencia en cuanto a aquellos que trataban repetidamente de desprestigiar al Profeta durante las varias etapas del escándalo provocado por el documento, porque después de muchos años de estudiar dedicadamente la historia de la Iglesia, no sólo tenía un testimonio personal del divino llamamiento de José Smith, sino que también lo consideraba un magnífico modelo de optimismo y de fe.

Desafortunadamente, los papeles promocionados por Hoffman demostraron ser fatales no solamente desde el punto de vista espiritual sino también físico. En la mañana del 15 de octubre de 1985, dos miembros de la Iglesia—Steven Christensen y Kathy Sheets—fueron asesinados en el espacio de noventa minutos entre uno y otro como resultado de bombas explosivas contenidas en unos paquetes. El hecho conmovió y azoró a la comunidad de Salt Lake City. Al principio, algunos creyeron que los asesinatos estaban relacionados con problemas de negocios entre Christensen y Gary Sheets, el esposo de la otra víctima. Otros teorizaban que las tragedias tenían algo que ver con la Carta de la Salamandra. Inmediatamente, el Departamento de Seguridad de la Iglesia adoptó medidas para proteger al presidente Hinckley, quien no podía siquiera imaginar que los horribles acontecimientos tuvieran relación alguna con él.

Al día siguiente, una tercera bomba explotó en un automóvil estacionado apenas a una cuadra de la sede central de la Iglesia. En cuestión de minutos, dos oficiales de seguridad de la Iglesia llegaron jadeantes a la oficina del presidente Hinckley, y durante el resto del día montaron guardia a sus puertas como medida de prevención. Mark Hoffman había resultado seriamente herido a causa de la explosión. Con Hoffman envuelto ahora en el asunto, la conexión con sus documentos resultaba ser más aparente. El presidente Hinckley conferenció durante muchas horas con los élderes Dallin H. Oaks y Hugh W. Pinnock, quienes se habían reunido con Hoffman acerca de la llamada "Colección McLellin", documentos pertenecientes a William E. McLellin, un ex miembro de los Doce que a lo largo de su vida había fluctuado entre la devoción y la disidencia. Determinaron entonces

que el élder Oaks tenía que informar de inmediato a la policía todo lo que sabía en cuanto a la conexión de Christensen y Hoffmann con el asunto de McLellin.

Durante los días subsiguientes, la Iglesia en general y el presidente Hinckley en particular recibieron los azotes de la prensa. Algunos periodistas lo acusaron de haber actuado independientemente para conseguir los documentos y conjeturaban acerca de cómo un líder de la Iglesia podía haberse involucrado en lo que aparentaba ser una falsificación de documentos. Algunos aun insinuaban un siniestro elemento relacionado con Hoffman. Después de leer uno de esos artículos, el presidente Hinckley comentó [en su diario personal]: "Me sentí asqueado. Esta gente no tiene interés alguno en dar captura a los responsables de los asesinatos. Sólo están interesados en que se considere a la Iglesia como sospechosa".²² Al día siguiente agregó: "Nunca he visto una andanada tal de insinuaciones, todas absolutamente falsas.

La Iglesia, como es de esperarse, es el blanco de los ataques y usan con preferencia mi nombre... porque Mark Hoffman se reunió conmigo en varias ocasiones para tratar de que la Iglesia adquiriera algunos documentos históricos".

El 23 de octubre, en horas de la mañana, la Iglesia llevó a cabo una conferencia de prensa a fin de aclarar su relación con Hoffman, Christensen y otros participantes en lo que ahora era una investigación criminal. Entre el gran contingente de periodistas que llenaron el auditorio de las oficinas generales de la Iglesia había muchos representantes de agencias internacionales y nacionales de información. El presidente Hinckley expresó palabras de condolencia para las familias de las víctimas del crimen, explicó que la Iglesia había cooperado totalmente con los funcionarios policiales, describió su propia relación y la de la Iglesia con Hoffmann y relató todo lo que sabía acerca de la llamada Colección McLellin. Respondiendo a una pregunta con respecto al interés de la Iglesia en coleccionar documentos históricos, dijo que desde el principio se había exhortado a sus líderes a conservar registros. "Tenemos un mandato", dijo. "Tenemos la obligación de mantener una historia de la Iglesia y lo consideramos algo muy serio". Sintiendo que tanto él como los otros líderes habían sido inspirados para responder a los periodistas, esa noche anotó: "La Iglesia saldrá triunfante. No hemos hecho nada malo".²⁵

Su impresión demostró ser profética. En febrero de 1986, el negociante en documentos fue acusado de haber cometido veintiocho crímenes, entre ellos dos asesinatos y trece cargos de fraude por decepción.²⁶ Once meses más tarde, el 23 de enero de 1987, Mark Hoffman se declaró culpable de asesinato de segundo grado en relación con la muerte de Steven Christensen y Kathy Sheets. Poco después, durante entrevistas con los fiscales, se jactó de haber engañado a los más altos líderes de la Iglesia y confesó haber falsificado, entre otros documentos, la Carta de la Salamandra, la bendición de Joseph Smith III, y la transcripción de Anthon.²⁷

Aunque la confesión de culpabilidad de Hoffman acalló los interrogantes provocados por los documentos sobre la veracidad de las afirmaciones de José Smith concernientes a la Restauración, el presidente Hinckley continuó recibiendo críticas en cuanto a su vinculación con Hoffman. Una insistente pregunta era: "¿Cómo fue posible que un miembro de la Primera Presidencia haya sido engañado e incapaz de discernir las malignas intenciones de un hombre como Mark Hoffman?" Las críticas ofendieron al presidente Hinckley, cuyas breves reuniones con aquél habían sido de menor importancia para él en comparación con otros numerosos asuntos que tenía que tratar y a quien sólo le había animado lo que consideró una legítima razón para obtener materiales de naturaleza histórica.

El presidente Hinckley resumió la cuestión de Hoffman con las siguientes palabras: "Reconozco francamente que Hoffinan nos engañó. Sin embargo, también engañó a expertos en Nueva York y en Utah. Compramos esos documentos solamente después de que nos aseguraran que eran genuinos. Y cuando los dimos a publicidad, aclaramos que no podíamos saber si eran o no auténticos. No me avergüenza reconocer que fuimos embaucados. No es la primera vez que la Iglesia se ha encontrado en tal posición. José Smith fue engañado una y otra vez. El Salvador fue engañado. Lamento decir que suele suceder".²⁸

La peor publicidad negativa acerca de las explosiones causadas por Hoffman no podía haber sucedido en momentos más inconvenientes. La noche en que se llevó a cabo la conferencia de prensa en la que explicó la vinculación de la Iglesia con Hoffman, el presidente Hinckley escribió en su diario personal: "Estoy abrumado hasta los huesos con problemas... El presidente Kimball no se encuentra bien. Sus enfermeras creen que su condición está empeorando. Todo esto aumenta mis preocupaciones y se ha convertido en el motivo primordial de mis oraciones".²⁹ Al día siguiente, cuando el presidente Kimball se reunió con los Doce en el templo, se mostraba aletargado y con la cara enronjecida. Después de unos breves minutos, regresó a su apartamento. El presidente Hinckley admitió: "Hoy me he sentido como si el mundo estuviera derrumbándose a mi alrededor".³⁰

El 4 de noviembre de 1985, el presidente Hinckley y Arthur Haycock visitaron al presidente Kimball en su apartamento y le dieron una bendición. A diferencia de previas bendiciones, el presidente Hinckley no pudo encontrar palabras que le prometieran una renovación de sus fuerzas. Más bien tuvo la impresión de decirle que podía tener tranquilidad mental y física y que sería rescatado de sus dolores. Al atardecer siguiente, encontraron a su esposa en viaje de regreso a Salt Lake City desde Provo, su chofer llamó pidiendo información acerca de la condición del presidente Kimball y se le dijo que llevara al presidente Hinckley directamente al domicilio del Profeta. Cuando a las 22:25 llegó al apartamento, Arthur Haycock lo esperaba a la puerta. El presidente Kimball había fallecido pocos minutos antes.

El presidente Hinckley regresó a su hogar, pero antes de retirarse a dormir escribió en su diario personal: "El presidente Spencer Woolley Kimball pertenece a la historia. Fue un grande y notable hombre... He servido como consejero suyo desde el 23 de julio de 1981. Desde que falleció el presidente Tanner y a raíz de la incapacidad del presidente Romney, he tenido que llevar a solas la carga de la Presidencia, a excepción del Señor, quien me ha bendecido y magnificado. La Primera Presidencia queda ahora disuelta. Tomaré entonces mi lugar en el Consejo de los Doce... Esta noche me siento exhausto y agotado. Las presiones y exigencias del pasado parecen haberme rendido. Ésta ha sido una época muy peculiar en la historia de la Iglesia. No ha habido otro tiempo como éste y supongo que nunca lo habrá. Desde lo más profundo de mi corazón le agradezco al Señor por Sus bendiciones y lamento la pérdida de Su amado Profeta" 31

A la mañana siguiente del funeral, los miembros del Quórum de los Doce fueron en ayunas al templo. Allí, en un procedimiento en el que por cuarta vez participaba el élder Hinckley, ordenaron a un nuevo Presidente de la Iglesia-Ezra Taft Benson- quien indicó que deseaba que Gordon B. Hinckley sirviera como primer consejero y Thomas S. Monson como segundo consejero. Marion G. Romney fue llamado como Presidente de los Doce, con Howard W. Hunter como Presidente en Funciones.

Esa noche, en su diario personal, el presidente Hinckley prometió: "Haré todo lo que me sea posible para ayudar al presidente Benson tal como traté de hacerlo para ayudar al presidente Kimball".

CAPITULO 21

PRIMER CONSEJERO

A la fecha del fallecimiento del presidente Kimball, más del 40 por ciento de los miembros de la Iglesia no habían conocido a ningún otro profeta. Durante los doce años de su presidencia, el número de miembros se había aumentado casi al doble de 3.300.000 a 5.900.000. Mientras que en 1973 había quince templos en funcionamiento, ahora existían treinta y seis y otros once proyectados o bajo construcción. El número de las misiones se había expandido de 108 a 188 y el de misioneros que servían en el campo misional había aumentado de dieciocho mil a casi treinta mil.¹

El presidente Benson y el presidente Hinckley mantenían una cálida amistad; éste apoyaba siempre al Profeta, quien manifestaba abiertamente su gratitud por el testimonio, la capacidad y la fortaleza de su primer consejero. Aunque su servicio como integrante de una Primera Presidencia completamente funcional difería de su desempeño durante la administración del presidente Kimball, el presidente Hinckley aceptó con beneplácito el reajuste. Después de la segunda reunión de la nueva Primera Presidencia, anotó en su diario personal: "Es maravilloso contar con otros que compartan la responsabilidad de las decisiones".²

Fuera del Edificio de la Administración de la Iglesia se originaron otros cambios para el presidente Hinckley y su esposa. Durante dos años por lo menos, les habían atormentado los problemas de mantener su hogar en Capitol Hill, donde residían desde hacía más de una década. El cuidado del jardín, el quitar la nieve de las aceras y su exigente programa de viajes les llevó a decidir, a regañadientes, que había llegado el momento de tratar de vivir en un condominio y entonces compraron uno en la llamada Governor's Plaza, en el centro de Salt Lake City.

Una de las ventajas de vivir en "gabinete de archivo", como el presidente Hinckley insistía en llamar su residencia, era que los preparativos para hacer un viaje de cierta importancia requerían muy poco más que apagar las luces y echar llave a la puerta, lo cual hicieron en diciembre de 1985 al irse por una semana a Corea para la dedicación del templo en Seúl.

No era de sorprenderse que el presidente Hinckley tuviera dificultad en reprimir sus emociones durante la dedicación de este primer templo en el continente asiático. En los servicios dedicatorios habló de sus primeras visitas a Corea y de todo lo que había visto desde entonces: "He crecido en años visitando Corea y he tenido muchas experiencias aquí".³ Declaró haber vertido más lágrimas por Corea que por cualquier otro lugar en el mundo. Al cabo de seis sesiones dedicatorias y dos días, el presidente Hinckley quedó exhausto pero muy agradecido de que el Señor hubiera aceptado el nuevo templo.

Como primer consejero del presidente Benson, el presidente Hinckley había de participar en la dedicación de templos en Denver [Colorado] y en Las Vegas [Nevada], y de presidir en las dedicaciones en Lima [Perú], Portland [Oregón], Toronto [Canadá] y San Diego [California], como asimismo en la rededicación de los reacondicionados templos de Alberta [Canadá], Londres [Inglaterra], Berna [Suiza] y Chicago [Illinois]. Participó en la ceremonia de la palada inicial del Templo de Bountiful [Utah] y presidió en la del Templo de Mt. Timpanogos, en American Fork, Utah. Había momentos en que se maravillaba por lo que estaba sucediendo en todo el mundo. Brigham Young había vivido hasta poder ver la terminación de

sólo uno de los cuatro templos para los cuales había escogido terrenos en Utah. Para la fecha en que concluyera la administración del presidente Benson como Presidente de la Iglesia, habría cuarenta y cinco templos en operación.⁴

Aunque era para él un alivio integrar una Primera Presidencia en completo funcionamiento, el presidente Hinckley todavía continuaba desempeñando la principal responsabilidad de ciertos agobiadores dilemas que se presentaban al consejo. Una de tales decisiones fue con respecto a determinar lo que había de hacerse con el Hotel Utah. Éste había sido el principal hotel de Salt Lake City por setenta y seis años, pero ahora se lo consideraba anticuado. El lugar era un punto sobresaliente en pleno centro de la ciudad y casi todos parecían tener una opinión sobre lo que debía hacerse con el edificio.

Demoler ese antiguo gran hotel provocaría un vendaval de críticas. Sin embargo, no era fácil para la Iglesia encontrar una explicación racional para continuar el negocio cuando varias cadenas hoteleras nacionales habían construido ya edificios más nuevos y competentes en la localidad. Durante los cinco años anteriores, el hotel había perdido varios millones de dólares y los estudios indicaban que se requeriría una inversión de por lo menos otros cuarenta millones para renovar el edificio. Después de prolongados análisis, la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce estuvieron de acuerdo en que la Iglesia tenía que suspender las pérdidas y renunciar al negocio de hoteles.

Todavía quedaba una pregunta: ¿qué hacer con el edificio? Después de varios meses de evaluaciones y deliberaciones, la Primera Presidencia decidió, con el presidente Hinckley a la vanguardia, renovar el edificio para propósitos de la Iglesia. Al hacer esto, podrían preservar la magnífica arquitectura del hotel, incluso su hermosa recepción.

La reacción producida por la clausura fue rápida, aguda y, en algunos casos, malintencionada y directa. Al presidente Hinckley se lo acusaba como el villano de la tragedia y recibía muchas cartas de iracundos comerciantes y aun de amigos de largo tiempo que protestaban la decisión, aseverando que la clausura del hotel podría perjudicar permanentemente el turismo y la economía del sector céntrico de Salt Lake City. Tanto él como la Iglesia fueron criticados por no haber consultado al público antes de difundir un anuncio de tal trascendencia. ¿Cómo podía la Iglesia considerar seriamente la reducción del prestigioso hotel de la ciudad en un simple edificio de oficinas? La Utah Heritage Foundation se opuso a la decisión y en una página completa el periódico Salt Lake Tribune publicó una petición de parte de casi mil personas, incluso dos ex gobernadores del estado de Utah, insistiendo en que la Iglesia reconsiderara el asunto.

Las críticas fueron aflictivas. Aunque el presidente Hinckley reconocía que aun cuando los insultos dirigidos a él reflejaban cierta decepción hacia la Iglesia, le resultaba difícil conservar la calma, pero respondía metódicamente a una queja tras otra prometiendo al público que la Iglesia iba a proteger la integridad del edificio y que no quedarían desilusionados con los resultados finales. "Éste es un edificio hermoso. Por favor, confíen en nosotros", repetía una y otra vez.⁵

El hotel pasó a ser el proyecto personal del presidente Hinckley, quien supervisaba cuidadosamente cada etapa de su renovación. Podía visualizar toda una variedad de finalidades para el edificio y no vacilaba en comunicar sus ideas en cuanto a lo que el Hotel Utah podría finalmente llegar a ser. Para cuando la remodelación interior estaba en pleno proceso, él y la hermana Hinckley se habían mudado a un condominio en los Apartamentos Gateway, a solo una cuadra al este del Edificio de

la Administración de la Iglesia y del Hotel Utah. Utilizando un prismático, verificaba casi diariamente desde su balcón el progreso del proyecto. Uno de los salones fue convertido en una capilla y otros cuartos pasaron a ser pequeñas salas de reunión. Los salones de baile y los comedores fueron hermosamente refaccionados de modo que pudieran utilizarse para recepciones y asambleas, mientras que en el piso superior se renovó el popular Roof Restaurant. Por sobre todo, insistía en que la Iglesia debía cumplir con la comunidad y preservar la recepción y el entrepiso para uso del público.

Esperaba asimismo encontrar una manera de poder alentar a los visitantes de la Manzana del Templo a que cruzaran la calle y visitaran el nuevo edificio. Después de considerar docenas de alternativas, tuvo la idea de remodelar el salón principal de baile para utilizarse como teatro en el que grandes números de personas pudieran ver una película acerca de la epopeya de los Santos de los últimos Días. Se puso en contacto con el destacado director Kieth Merrill, ganador de un Premio de la Academia Cinematográfica, y lo invitó a que produjera la película en que había pensado. Subsiguientemente, revisó cada una de las partes del libreto original e hizo numerosas sugerencias hasta que, finalmente, dio su aprobación. En realidad, ningún detalle de la película ni de la renovación de la sala escapó su atención.⁶

No había decisiones fáciles de tomar en lo que concernía a la amplia renovación del hotel. Pero los problemas que la Primera Presidencia debía considerar eran casi siempre de naturaleza grave y de largo alcance. "Los problemas fáciles se resuelven antes de que la Primera Presidencia los reciba", dijo el entonces Obispo Presidente Robert D. Hales, quien trabajaba juntamente con el presidente Hinckley en muchos proyectos relacionados con los asuntos temporales de la Iglesia. 'Los que restan son apropiados para [la sabiduría de] Salomón. Cuando me reunía con el presidente Hinckley para tratar temas difíciles y que le preocupaban de tal manera, siempre sugería que nos arrodilláramos para orar juntos. Él es un hombre brillante y de juicio extraordinario, pero cuando se enfrenta con algún problema insoluble, se pone de rodillas. Cuando dice, 'Lo pondremos bajo consideración', significa que esperará hasta asegurarse de que la medida a seguir sea la correcta. No se le puede empujar o apresurar a que tome una decisión. Siempre mide antes de cortar".⁷

Nunca terminaban los problemas que requerían una combinación de buen juicio, paciencia e inspiración. A fines de la década de 1980, ciertos enemigos declarados reanudaron sus esfuerzos por ridiculizar a la Iglesia desacreditando al presidente Hinckley y trataron de hacerlo acusándolo de inexcusables transgresiones morales. Las acusaciones se intensificaron en octubre de 1988, cuando los miembros de ese grupo organizaron una demostración frente al Edificio de la Administración de la Iglesia para acusarlo de conducta indecente. El lunes siguiente, repitieron sus falsas alegaciones en una conferencia de prensa en las oficinas del periódico Salt Lake Tribune.⁸

El presidente Hinckley se sintió abochornado y ofendido por las horribles acusaciones y la desagradable manifestación pública. Al difundirse los ataques, le escribió una carta al presidente Benson solicitando formalmente que autorizara una investigación oficial que pusiera término a las acusaciones.⁹ El presidente Benson respondió designando un comité integrado por el presidente Howard W. Hunter y los élderes James E. Faust y Dallin H. Oaks, siendo los tres abogados de gran experiencia, para que supervisaran la investigación. Éstos contrataron los servicios de un altamente respetable abogado no miembro de la Iglesia para que llevara a cabo una investigación independiente de las alegaciones.

Otras cosas agregaron leña al fuego. La película antimormona God Makers II (Los Hacedores de Dioses) y un video titulado The True Story of President Gordon B. Hinckley (La Verdadera Historia del Presidente Gordon B. Hinckley), fueron puestos a la venta, los cuales perpetuaban las ofensivas acusaciones. Después de mirar el video, el presidente Hinckley preparó y leyó una declaración en una reunión de la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce, mediante la cual negó "categórica y definitivamente" toda acusación y declaró: "¿Ha sido esto doloroso? Por supuesto. Que le arrastren a uno el nombre por el fango es realmente doloroso... Si aquellos que han fabricado estas acusaciones se sienten felices a causa de mi dolor, quizás les resulte entonces una amarga satisfacción".¹⁰

Después de una prolongada averiguación, el abogado principal y sus investigadores repudiaron cada acusación y comprobaron que todas las alegaciones contra el presidente Hinckley eran puras falsedades. Algunos de los que habían "testificado" en contra de él se retractaron públicamente y otros admitieron haber recibido paga para mentir. El presidente Hinckley se sintió reconfortado cuando quedó aclarado el asunto y los hechos que confirmaban su integridad pasaron a ser parte de los registros oficiales de la Iglesia.

Algunos años más tarde, consideró esos ataques desde otro punto de vista al recordar algo que una vez le había dicho el presidente Lee-que cada uno de los hombres que llegaron a ser Presidentes de la Iglesia había sido primeramente probado en el crisol de las aflicciones. "Supongo que estos episodios fueron el crisol de las mías", afirmó.¹¹

Como siempre, su perseverante optimismo le ayudó a superar las críticas y los pesares que debió soportar-un optimismo arraigado en su inalterable fe en que el Señor estaba a cargo del timón y que haría predominar el bien. Siendo un hombre de visión amplia que puede percibir más allá de las cosas, estaba siempre predispuesto a concentrar su atención en el rumbo de la Iglesia en vez de permitir que le afectaran los desalientos que lo acosaban a diario en sus actividades. Y en su desempeño con los asuntos de la Iglesia, el presidente Hinckley demostraba siempre una extraordinaria habilidad.

El élder Neal A. Maxwell lo explicó así: "Lo que distingue al presidente Hinckley es que recuerda lo que ha leído y entonces destila lo que desea conservar. Él es un perfecto intelectual. Puede recurrir a lo que sabe para tomar decisiones sabias".¹² El élder M. Russell Ballard concuerda con ello en estas palabras: "Cuando uno combina el buen juicio del presidente Hinckley con su caudal de experiencia-años de supervisar la construcción de edificios y templos, adquirir propiedades, etcétera puede ver que él sabe lo que debe observar y qué preguntas hacer. No necesita que se le repitan las cosas. Una vez que se concentra en algún problema, puede encontrarle la solución con mayor rapidez que cualquier otra persona que yo conozca".¹³

A medida que iba progresando en su propia carrera, su hijo Clark llegó a apreciar las extraordinarias virtudes del padre. "Papá posee un increíble sentido común y parece conocer instintivamente cuál es la mejor manera de manejar las cosas", dijo. "Sabe juzgar bien a la gente y es una persona inteligente. También posee una memoria prodigiosa, particularmente para los nombres y los rostros. Se devora el [periódico] Wall Street Journal, y quienes han trabajado con él en la mesa directiva del Zion's Bank se maravillaban de que no solamente lo leía, sino que también podía aplicar a las deliberaciones bancarias lo que de ello cosechaba".¹⁴

El caudal de conocimientos del presidente Hinckley fue incrementado al cabo de varias décadas de intensos viajes y estudios que le inculcaron un profundo respeto por la historia. Apoyaba siempre con entusiasmo cada oportunidad en que se destacaran significativas realizaciones del pasado. Muy pocas celebraciones lo conmovieron tanto como la que marcó el sesquicentenario de la inauguración de la obra misional en Gran Bretaña. La noche del viernes 24 de julio de 1987, los Hinckley acompañaron al presidente y la hermana Benson a un banquete de gala en el elegante Hotel Savoy de Londres para celebrar dicho aniversario. También el ex Primer Ministro británico, Edward Heath, asistió al evento como asimismo otros dignatarios y miembros de la nobleza, funcionarios de gobierno y hombres de negocio. Cuando los agasajados entraron en la sala, los llamados Trumpeters of the Lifeguards (Pregoneros de Salvavidas) interpretaron parte del himno "¡Oh, está todo bien!". Después de la cena, el presidente ofreció unas breves palabras de introducción y el entonces presidente [de los Estados Unidos] Ronald Reagan envió un mensaje en video. Kenneth Thompson, Lord Thompson de Fleet, había viajado desde Canadá con el expreso propósito de presentar al presidente Hinckley. En un efusivo tributo, se refirió a algunos eventos importantes en la vida del presidente Hinckley y lo elogió por su "gran carácter, su profunda integridad moral y religiosa, su destacada habilidad administrativa y su energía y perseverancia casi ilimitadas".¹⁵ El presidente Hinckley pronunció luego el discurso principal.

Otras celebraciones exigieron también la atención de Gordon y Marjorie. Al aproximarse el festejo de sus Bodas de Oro, el presidente Hinckley le preguntó a su esposa si quería celebrarlas. "Quisiera andar por las calles de Hong Kong con mis hijos", respondió ella de inmediato, reiterando un deseo que había repetido incontables veces a través de los años. Ella sabía que ese sueño era nada más que eso-una fantasía-pero cuando los hijos comprendieron que nada complacería a sus padres más que eso, decidieron que la próxima vez que el presidente Hinckley fuera enviado al Oriente, irían a Hong Kong por sus propios medios. El proyecto de reunir a los cuatro hijos y sus cónyuges en Hong Kong a la hora y en el lugar exactos era como el de mover montañas. Pero en la noche del 6 de septiembre de 1987, los diez se encontraron en el Hotel Shangri La, en Kowloon, para la histórica reunión familiar.

Los tres días siguientes, en tanto que sus hijos viajaban a la China continental, el presidente y la hermana Hinckley se ocuparon en cumplir una asignación en Burma con el Presidente de Área, el élder Jacob de Jager. El presidente Hinckley dedicó Burma para la enseñanza del Evangelio. A la mañana siguiente, el élder de Jager bautizó a algunos de los primeros miembros de la Iglesia en ese lugar.

Ya tarde en la noche, regresaron a Hong Kong y, al otro día, el sueño que la hermana Hinckley había tenido por tres décadas y media se cumplió cuando ella y su esposo se reunieron con sus hijos para recorrer los alrededores, regatear con los vendedores callejeros, probar comidas y disfrutar de los ruidos, la confusión del tráfico y los aromas típicos de la singular metrópolis asiática. "Escuché a mamá describir a Hong Kong con tanto lujo de detalles", dijo Kathy, "que me pareció haber estado ya allí. Estar por fin en ese lugar con mis padres era como haber entrado en el otro mundo de mamá y papá". Además de visitar las atracciones turísticas, todos querían conocer los lugares que su padre les había descrito por muchos años. Particularmente emocionante fue su visita al Salón Kam Tong, el oscuro recinto que al élder Hinckley le pareció como una "casa encantada" cuando lo vio por primera vez pero que desde entonces había sido convertido en un hermoso edificio junto al magnífico puerto. "Habíamos escuchado hablar de ese sitio desde el primer día en que papá lo vio", dijo Clark. "Para nosotros era un lugar legendario. Había regresado a casa muy asustado después de haber recomendado que la Iglesia adquiriera una costosa propiedad que necesitaba muchas

reparaciones. Pero esa propiedad llegó a ser el lugar de reuniones para la Iglesia en el Oriente. Encontrarnos ahora allí con toda la familia fue para nosotros una extraordinaria experiencia. Era como si hubiéramos participado en todos los viajes que hizo durante tantos años".¹⁶

Desde Hong Kong, la familia voló a Seúl para asistir a una conferencia regional. Allí presenciaron personalmente el obvio cariño que existía entre sus padres y los santos coreanos. "Contemplar a mamá y a papá en tales circunstancias era algo que nunca habíamos experimentado antes", dijo Virginia. "Siempre supimos que guardaban un tierno rincón del corazón para los santos orientales, pero no teníamos ideas de su profunda emoción hasta que los vimos rodeados por multitudes de personas que querían estrechar sus manos o abrazarlos. Pensamos en los días cuando papá había recorrido Corea para reunirse con sólo unos pocos miembros aquí y allá, y entonces contemplamos a las miles de personas que asistieron a estas reuniones. Fue como si estuviéramos presenciando los frutos de su labor".¹⁷ Clark agregó: "Papá conocía a todos-sus nombres, su historia, cuándo habían sido bautizados, qué cargos habían tenido, con quién se habían casado y aun el nombre de cada uno de sus hijos. El Oriente había sido una parte muy grande de su vida y también, vicariamente, de la nuestra. Conocer a la gente y ver los lugares sobre los cuales él nos había hablado durante tantos años fue una experiencia histórica".¹⁸

Tales circunstancias hacían válido cualquier esfuerzo. Consecuentemente, el presidente Hinckley se conservaba envuelto en tantos asuntos como el tiempo y sus energías se lo permitían y tal como el presidente Benson, quien estaba comenzando a aminorar su marcha, deseaba que fuera. En realidad, existían algunas organizaciones y cuestiones que le interesaban tanto que, aun siendo un miembro de la Primera Presidencia, el presidente Hinckley decidió permanecer íntimamente envuelto en ellas. Tal era el caso de la Corporación Internacional Bonneville y de la Universidad Brigham Young, de cuyo comité ejecutivo era el director.

A través de los nueve años en que fue presidente de la Universidad Brigham Young, Jeffrey R. Holland trabajó estrechamente con el presidente Hinckley y tiempo después dijo: "El presidente Hinckley está extraordinariamente capacitado para sus funciones en nuestra Universidad porque es un hombre que ama la educación, estudia y lee. Él ha leído La Ilíada y La Odisea en el griego original. Siempre ha estado a favor de las universidades, la educación, el conocimiento y el progreso. Se ha sentido cómodo en sus funciones y en el campo universitario. Tanto al cuerpo docente como a los alumnos les encanta verle. Aun cuando se presentaban difíciles problemas o sucedía algo perturbador, él siempre decía: 'Todo saldrá bien'¹⁹

El presidente Hinckley solía disfrutar cierto descanso en medio de las exigencias y los programas que ocupaban su tiempo. Eso sucedía en una pequeña cabaña que él y su esposa construyeron en el campo. Cuando su agenda se lo permitía, pasaban la noche de los viernes allí y se quedaban la mayor parte de los sábados ocupándose en tareas al aire libre, cavando y plantando, regando y podando, y comiendo frutas de sus propios árboles. Al trabajar en aquel pequeño hogar, a él le encantaba verse libre de la reclusión que el centro de la ciudad le imponía.

Los hijos solían ver a su padre escabullirse para ir a la cabaña. Jane lo explicó así: "Primero se va al sótano a trabajar por horas con sus herramientas. Algunas personas juegan al golf. Papá ocupa su tiempo en fruslerías en el sótano".²⁰

En julio de 1989 decidió tomarse unos días de vacaciones para trabajar en cierto proyecto. Una desacostumbrada cantidad de nieve había derrumbado el techo de un galponcito en su propiedad y decidió reemplazarlo. Día tras día trabajó a pleno sol hasta quedar exhausto. Dedicó el 4 de julio [fecha de la independencia estadounidense] a medir, serruchar y martillar. "Trabajé como lo hacía cuando tenía 50 años de edad", comentó. "No creí poder hacerlo, pero lo hice". A fines de esa semana, casi al terminar ya su proyecto, se regocijó de haber podido olvidarse prácticamente de su oficina.²¹

Dos meses más tarde, comentó en cuanto a esa experiencia en un discurso que pronunció en la Universidad Brigham Young: "Este verano me tomé unos pocos días libres... y me los pasé... transpirando en pleno sol, removiendo tierra y presenciando los milagros de la naturaleza. ¡Qué maravilloso es estar de pie sobre tierra suave después del atardecer cuando llega la oscuridad...! Contemplo las estrellas y puedo presentir hasta cierto grado la majestad, la maravilla y la magnitud del universo, la asombrosa grandeza de su Creador y Gobernador, y la implicancia de mi propio lugar como hijo de Dios".²²

CAPITULO 22

SE ABREN NUEVAS PUERTAS

Uno de los acontecimientos más dramáticos del siglo veinte comenzó sin resonantes clarinadas ni advertencias. Al toque de la medianoche del 9 de noviembre del 1989-hora en la que el gobierno de la Alemania Oriental había anunciado se suspenderían todas las restricciones relacionadas con el cruce hacia la Alemania Occidental-decenas de millares de berlineses en ambos lados del muro lo franquearon a través de los nuevos emplazamientos de inspección. Sonaban las bocinas y doblaban las campanas; hombres y mujeres cantaban, gritaban y se secaban las lágrimas de los ojos en tanto que los mazos de hierro comenzaban a desmoronar esa barrera de 45 kilómetros que desde 1961 había permanecido como el máximo símbolo de opresión y aislamiento.

La resultante transformación de la Europa Oriental fue más increíble aún, porque una gran marejada de liberación arrasó un país tras otro. Una callada revolución depuso el gobierno de Checoslovaquia; el régimen brutal de Rumania llegó a un final abrupto y deshonoroso; Polonia pasó a ser el primer país de la Cortina de Hierro que formó un parlamento no comunista y multipartidario; Hungría abrió sus fronteras; y para fines de 1990 las quince repúblicas soviéticas habían declarado alguna forma de autonomía.¹

El mundo entero festejó estos extraordinarios acontecimientos, pero quizás en ningún otro lugar se celebraron con mayor gratitud que en las Oficinas Generales de la Iglesia, donde los líderes los reconocieron como una impresionante respuesta a sus oraciones. Aunque el presidente Hinckley nunca tuvo duda de que algún día el llamado Bloque Oriental abriría sus puertas a la Iglesia, la rapidez con que habían derrumbado el Muro de Berlín lo dejó admirado. "Fue un milagro", comentó. "El Señor procedió a quitar las cadenas que por tanto tiempo había soportado la gente. La hora había llegado para que, de conformidad con Su sabiduría, se produjera la oportunidad para enseñar el Evangelio en esa parte del mundo".²

Ya para julio de 1990 se habían abierto misiones en Praga [Checoslovaquia], en Varsovia [Polonia] y en Budapest [Hungría], y la Misión Finlandia Helsinki se organizó con fines de concentrar allí la obra misional en lo que antes era la Unión

Soviética. A principios del otoño, el presidente y la hermana Hinckley viajaron a la Europa Oriental para informarse en cuanto a las condiciones de la región. Fueron homenajeados por el Ministro de Religión de Polonia quien los recibió cuando llegaron a Varsovia y se les concedió una audiencia con el Presidente del Consejo de Ministros del gobierno polaco. Antes de alejarse del país, se reunieron también con miembros de la Iglesia e inspeccionaron una nueva capilla en construcción en Varsovia. En Checoslovaquia y en Budapest se reunieron con pequeños grupos de miembros y misioneros. Al prepararse para el viaje de regreso, el presidente Hinckley dijo: "Hemos tenido una experiencia extraordinaria en estos nuevos países que acaban de liberarse del dominio comunista. Ésta es una época milagrosa en la Europa Oriental. Hace dos años, la gente habría considerado imposible que sucedieran tales cosas".³ Sólo tres días después de su retorno a Salt Lake City, aprobaron oficialmente el registro de la Rama Leningrado de la Iglesia. Al año siguiente, en junio de 1991, la República Rusa concedió a la Iglesia su reconocimiento oficial.

Así como fueron asombrosos estos eventos, también se produjeron otros acontecimientos significativos en ámbitos apolíticos. En noviembre de 1989, la Primera Presidencia anunció un importante cambio en las normas relacionadas con el financiamiento de las unidades locales de la Iglesia en los Estados Unidos y Canadá. En adelante, todos los fondos necesarios para su funcionamiento, incluso los requeridos para construir nuevos edificios, provendrían de los diezmos y las ofrendas de la Iglesia; los miembros en esas localidades ya no tendrían que aportar fondos de presupuesto. Los líderes habían esperado por mucho tiempo ese día, y durante años el presidente Hinckley había estado recomendando normas financieras que colocaran a la Iglesia en una posición económica que facilitara tal medida.

También de gran importancia histórica fue que la Primera Presidencia anunciara que, a partir del 1° de enero de 1991, todas las contribuciones requeridas para mantener a los misioneros regulares en los Estados Unidos y Canadá, serían uniformes, es decir, que sin importar a dónde se asignara a un misionero, el costo sería el mismo; el cincuenta por ciento de las familias de misioneros solventaría los costos del otro cincuenta por ciento. Tal posibilidad había sido igualmente considerada durante décadas y en los últimos meses la habían tratado en varias oportunidades.

Desde el fallecimiento del presidente Tanner en 1982, ningún otro hombre había tenido una mayor responsabilidad o influencia con respecto al bienestar económico de la Iglesia que la que el presidente Hinckley tenía ahora. El Obispo Presidente Robert D. Hales dijo: "El conocimiento que el presidente Hinckley tiene en materia bancaria y en economía es increíble, en particular si consideramos el hecho de que su carrera ha tenido lugar mayormente en las Oficinas Generales de la Iglesia. Sin embargo, su influencia concerniente a la estrategia financiera de la Iglesia y en cuanto a la manera en que administramos nuestras propiedades y nuestros bienes, es realmente extraordinaria. Posee una visión de largo alcance. Parece saber cuándo es necesario gastar dinero y cuándo conservar los recursos económicos".⁴

Además de tales reformas políticas y económicas sin precedentes, en el año 1990 sucedieron varios acontecimientos notables en la familia Hinckley. Uno de ellos ocurrió el 15 de abril, cuando Richard Hinckley fue llamado a servir como Presidente de la Estaca Salt Lake Emigration. "Su llamamiento es algo muy significativo", dijo el presidente Hinckley, "puesto que ahora tenemos cuatro generaciones de presidentes de estaca en la familia. Es un verdadero tributo para él y una gran oportunidad. Nos sentimos genuinamente orgullosos de él".⁵ Clark

servía entonces como presidente de estaca en el estado de Arizona y el presidente Hinckley estaba muy agradecido de que sus hijos estuvieran dispuestos y capacitados para encargarse de tales asignaciones.

Cuando el presidente Hinckley apartó al nuevo presidente Hinckley, no fue ése el primer privilegio que disfrutaba con uno de sus hijos. El año anterior había apartado a Virginia como miembro de la Mesa Directiva General de la Primaria y dos años más tarde tendría una experiencia similar cuando ella fue llamada a servir como primera consejera de Janette C. Hales en la Presidencia General de las Mujeres jóvenes. Tenía, claro está, cierta preocupación de que se lo acusara de nepotismo en cuanto a dicho llamamiento y al principio aun había tratado de disuadir a la hermana Hales cuando ésta hizo la recomendación, pero sabía que [su hija] era digna y capaz.

Durante toda su vida, el presidente Hinckley había estado rodeado de esforzadas mujeres. Su madre había sido una consumada profesional antes de su casamiento y una devota madre después, y Marjorie había sido una madre maravillosa para sus hijos y un gran apoyo para él-todo ello a la vez que mantenía su propia iniciativa personal y su independencia. Ahora, sus hijas seguían el ejemplo de la madre y eran muy elocuentes, talentosas y sociables. Siempre les hacía bromas con respecto a la tenacidad de cada una de ellas, pero en privado se enorgullecía de que fueran tan independientes, fieles y estrictas sin sujetarse necesariamente a lo convencional. Reconocía y valoraba la influencia de las mujeres, no solamente en el hogar y en la sociedad, sino también en el reino del Evangelio, y no vacilaba en abogar por su causa en toda oportunidad que se le presentaba.

En el año 1990 sucedió también un significativo evento personal en la vida del presidente Hinckley: cumplió los ochenta años de edad. La noche antes, su familia preparó una cena en su honor para las Autoridades Generales y sus respectivas esposas. Al hablar como homenajado, el presidente Hinckley reconoció que tanto él como Marjorie seguían aumentando en años, y dijo que "los remaches estaban aflojándoseles un poco y que las soldaduras se les estaban ablandando". Sin embargo, no podía dejar de pensar en los extraordinarios privilegios que le habían sido permitidos: "He tenido muchos, muchos amigos", dijo. "Personas buenas y maravillosas que han sabido bendecir mi vida y de quienes he aprendido mucho. He tenido a veces algunas desilusiones, pero en general ha sido una vida extraordinaria y buena" ⁶

El punto culminante de la celebración fue ' a la mañana siguiente, cuando él y Marjorie asistieron a una sesión del Templo de Salt Lake con sus hijos y sus nietos adultos-diecinueve personas en total. Fue una mañana maravillosa, más aún al reconocer que todos sus hijos y sus respectivos cónyuges, como también sus nietos con la debida edad, eran dignos de participar.

A medida que 'avanzaba en su octava década, el presidente Hinckley continuó disfrutando de buena salud y las tareas físicas le proporcionaban el mejor paliativo en su atiborrada agenda. No sólo le encantaba estar al sol y al aire libre, pero también se enorgullecía de poder tolerar faenas rigurosas. Cuando se produjo una gotera en el techo del cobertizo de las herramientas en su casa de East Millcreek, insistió en repararlo él mismo. "Marjorie me reprendió por pensar siquiera en subirme al techo a los 83 años de edad", comentó. "Tal como sucede con la mayoría de los hombres de mi edad, presté muy poca atención a su regaño, me subí por la escalera y trabajé en el techo. ¿Descabellado? Sí. Pero el techo dejó de gotear".⁷

Afortunadamente, tanto el presidente Hinckley como el presidente Monson podían andar a pasos vigorosos, porque la salud del presidente Benson continuaba decayendo y, a los ochenta y seis años de edad, era el segundo Presidente de la Iglesia más anciano y a lo largo de sus dos primeros años como tal había mantenido una activa agenda y viajado con gran regularidad. En octubre de 1987, [el presidente Benson] sufrió un leve ataque cardíaco, lo cual solamente le causó dificultades temporarias. Durante 1988, sin embargo, su energía comenzó a disminuir y dejó de asistir a un número cada vez mayor de reuniones.

Al principio, el presidente Hinckley se afligía al ver que la salud del Profeta iba empeorándose, pues nuevamente se encontró sirviendo como consejero de un envejecido Presidente de la Iglesia cuya energía física y su lucidez mental iban deteriorándose gradual e irreversiblemente. Pero al menos esta vez contaba en la Primera Presidencia con un segundo consejero capacitado y vivaz que compartía sus responsabilidades y con quien podía consultar cualquier asunto difícil que exigiera una resolución.

El presidente Hinckley continuó interesándose en cada una de las fases relacionadas con la obra y la construcción de los templos. No había inconveniencia demasiado grande para él si ello significaba hacer que los templos fueran más accesibles para los miembros. Cuando las lluvias torrenciales impidieron que un grupo de santos irlandeses asistieran a una de las sesiones de rededicación del Templo de Londres, el presidente Hinckley ofreció demorar el momento de la sesión o agregar otra solamente para ellos. Durante la dedicación del Templo de Lima Perú, un grupo de miembros bolivianos que viajaban hacia la capital peruana llamaron varias veces con la noticia de que el autobús que los transportaba seguía descomponiéndose. Cuando le informaron que dicho autobús se había averiado una vez más y que parecía ser que no llegarían a tiempo para la última sesión, el presidente Hinckley dijo: "La próxima vez que llamen, díganles que no importa a qué hora lleguen, llevaremos a cabo una sesión especialmente para ellos, aunque sea a las dos de la mañana".⁸

Cuando la Primera Presidencia decidió que debían prepararse dos nuevos filmes para el templo, el presidente Benson designó al presidente Hinckley para supervisara su producción. Él entonces revisó el libreto y el proyecto en general, lo cual le requirió varios meses. Aparte de otras mejoras, autorizó la producción de una banda de sonido musical a fin de agregar una nueva dimensión al resultado final.

Siempre que era posible hacerlo, el presidente Hinckley continuaba seleccionando por sí mismo el lugar donde los templos serían edificados. En cierta ocasión llegó a Guayaquil, Ecuador, para inspeccionar seis probables terrenos previamente ubicados por Philippe Kradolfer, el Director de Asuntos Temporales del Área. Philippe lo llevó hasta el primero de ellos y, aunque le pareció atractivo, tuvo curiosidad por saber qué había detrás de una arboleda cercana. Philippe le dijo que había un terreno pantanoso. Ése y otros factores desalentaron al presidente Hinckley en cuanto a la ubicación, así que fueron a visitar los otros cinco terrenos. No encontrando nada que le interesara, le pidió a Philippe que lo llevara nuevamente al primer terreno y volvió preguntándose qué había detrás de la arboleda adyacente. Esta vez, la comitiva se encaminó a explorar ese lugar y el presidente Hinckley iba indicándoles dónde y cuándo tenían que doblar. De pronto, encontraron un camino sin pavimento. En ese instante, el presidente Hinckley dijo: "Éste es precisamente el sitio a donde vamos". El angosto camino conducía hacia un hermoso lugar desde el cual se dominaba toda la ciudad de Guayaquil. Nadie dijo una sola palabra en tanto que el presidente Hinckley descendía del automóvil y caminaba hasta el borde de la propiedad. Philippe lo recuerda así: "Al verlo allí

parado a solas contemplando la ciudad, se me llenaron los ojos de lágrimas, porque comprendí que un profeta acababa de encontrar el lugar para el templo".⁹

El presidente Hinckley estaba convencido de que la construcción de templos tenía que seguir adelante de una manera sin precedentes. En una reunión del comité de terrenos y construcción de templos, que él mismo presidía, comentó sentirse frustrado por la demora en obtener los planos arquitectónicos para los templos ya autorizados: "Les dije que teníamos que construir más templos y que debíamos hacerlo más rápidamente. Ésta es la época para edificar templos. Los necesitamos y tenemos los medios para edificarlos. El Señor nos hará responsables si no trabajamos con más ahínco que al presente para obtener mayores resultados".¹⁰

En particular, estaba ansioso por seleccionar un terreno en Hong Kong y en varias ocasiones había ido a ver algunas propiedades. En julio de 1992 realizó una rápida visita a esa ciudad con el objeto de buscar y, así lo esperaba, escoger un lugar para el templo. Al inspeccionar diversas localidades continuó sintiéndose desconcertado por lo que veía y ello lo preocupaba sobremanera. Entonces, una mañana tuvo una experiencia singular. "Algo muy interesante me vino a la mente", escribió luego en su diario personal. "No escuché una voz con mis oídos naturales, pero a mi mente llegó la voz del Espíritu diciéndome: '¿Por qué te preocupas por esto? Tienes una magnífica propiedad donde se encuentran la casa de la misión y la pequeña capilla. Están en el corazón mismo de Kowloon, en un lugar con los mejores medios de transporte... Construye un edificio de [varios] pisos. Podría incluir una capilla y salas de clase en los dos primeros pisos y un templo en los dos o tres pisos superiores.'" ¹¹El presidente Hinckley se tranquilizó y volvió a dormirse después de haber recibido la confirmación que procuraba recibir. La Iglesia demolería la casa de la misión en Kowloon y construiría en su lugar un edificio de varios pisos que habría de servir como oficinas y como templo.

La experiencia culminante relacionada con un templo es su dedicación, y al prepararse para la del de San Diego [California] en abril de 1993, el presidente Hinckley estimó que, entre los cuarenta y cinco templo existentes, él había participado en la dedicación o rededicación de todos menos cinco de ellos. "Fui en ayunas", escribió luego en cuanto a prepararse para esa dedicación. "Siempre siento una gran responsabilidad cuando dedicamos un templo".¹² Después de veintitrés sesiones, escribió: "Nos sentimos agotados esta noche. Pero se trata de un agotamiento combinado con felicidad".¹³El élder L. Tom Perry [del Quórum de los Doce] acompañó al presidente Hinckley para la dedicación del Templo de Manila [Filipinas] y lo que pudo observar allí no era desusado: "El presidente Hinckley habló en cada una de las sesiones, y cada discurso fue especial. Parecía conocer las necesidades de cada grupo y les impartía un mensaje apropiado para ellos. Sus instintos espirituales eran extraordinarios. Los sentimientos allí eran tan enternecedores que cuando los miembros del coro entraron para cantar el último himno en la última sesión y se pusieron detrás nuestro, podíamos sentir sus lágrimas caer sobre nuestros hombros".¹⁴

Los instintos del presidente Hinckley también se manifestaron cabalmente en cuanto a la enorme renovación [del edificio] del Hotel Utah. El proyecto exigió una mezcla de buen sentido común acerca de la propiedad misma y una meticulosa atención a los detalles. En la primavera de 1993, cuando se hacían los últimos retoques al interior del edificio, el presidente Hinckley y las demás Autoridades Generales examinaron la versión final de Legacy, la película producida exclusivamente para el teatro de pantalla gigante y consideraron que era magnífica. Parecía que todo estaba ya listo para la dedicación a fines de junio. Hasta se había

escogido y anunciado un nombre para la histórica estructura: El Edificio Utah. Aunque había sido él mismo quien sugirió ese nombre, el presidente Hinckley se sentía un tanto intranquilo al respecto a medida que se aproximaba la fecha de la dedicación. Le molestaba la idea de que ese nombre no tuviera conexión alguna con la Iglesia.

A altas horas de la noche del 5 de mayo, lo despertó la preocupación en cuanto al nombre del ex Hotel Utah. Después de intentar en vano de volverse a dormir, se levantó y desde su ventana contempló la histórica manzana en la que se encontraba el viejo hotel, el Edificio de la Administración y las Oficinas Generales de la Iglesia, así como las casas del León y de la Colmena. Su mente deambuló por algunos instantes entre el pasado y el presente. Había pasado gran parte de su vida en esa manzana-comenzando en el Gimnasio Deseret cuando era muchacho y continuando como adolescente en la Escuela Secundaria LDS, en cuyo predio se encontraban tanto un Edificio Young como un Edificio Smith-uno en honor a Brigham Young y el otro a Joseph F. Smith.

Entonces recibió una fuerte y clara impresión: Existían muchos monumentos a Brigham Young en el centro de Salt Lake City, pero ninguno en honor a José Smith, a excepción de una estatua dentro de las paredes de la Manzana del Templo. El Hotel Utah, que había sido tan hermosamente refaccionado y que no sólo serviría para varias funciones de la Iglesia sino que también ofrecería al público muchas oportunidades para visitar su interior, debería llamarse Edificio Conmemorativo José Smith.

A la mañana del día siguiente, describió al presidente Monson-y luego a los Doce en su reunión del templo-la experiencia que había tenido a altas horas de la noche. La reacción de todos fue unánime: el hotel restaurado se llamaría Edificio Conmemorativo José Smith. El presidente Hinckley decidió luego que se necesitaría alguna obra de arte que conmemorara al Profeta para colocarla en su elegante y enorme recepción. Pensó en un cuadro de José Smith que colgaba en el Edificio de Administración de la Iglesia, pero temía que fuera de tamaño muy reducido para exhibirse en esa sala. El obispo David Burton, primer consejero en el Obispado Presidente, le informó entonces que acababa de recibirse en Salt Lake City una estatua del Profeta del centro de visitantes de Independence, Misuri. Los presidentes Hinckley y Monson fueron hasta el depósito para inspeccionar dicha estatua, la cual, aun de espaldas y sin limpiar en su embalaje, era magnífica. Hecha de mármol de Carrara y con dos metros y setenta y cinco centímetros de estatura, esa obra de arte agregaría un toque de refinamiento a la recepción del edificio. Pocos días después, el presidente Hinckley pasó algunos momentos en la impresionante sala tratando de determinar dónde habría de colocarse la estatua. Con la ayuda de un empleado de alta estatura que se paraba sobre una silla para compararse al tamaño de la estatua, probaba diferentes posiciones hasta que decidió que tenía que ubicarse del lado oeste de la planta baja del edificio enfrente al recinto de recepciones que, apropiadamente, se llamaría el Salón Nauvoo.

El 27 de junio de 1993, en ocasión del 149 aniversario del martirio del Profeta, el presidente Hinckley dedicó el Edificio Conmemorativo José Smith. "Éste es un día maravilloso-la culminación de un extraordinario proyecto que tengo la seguridad de que fue inspirado por el Señor", dijo a la gente allí reunida. Reconoció que dicho proyecto había sido costoso. "Habrá gente que quizás piense que hemos sido extravagantes, aunque espero que no existan sentimientos de esa clase... Nada es demasiado bueno cuando se trata de recordar al profeta José Smith". Refiriéndose al nombre dado al renovado edificio, el presidente Hinckley simplemente declaró: "Yo creo que el Señor quería que este lugar se denominara Edificio Conmemorativo

José Smith". Y concluyó su discurso declarando enfáticamente: "Amo al profeta José Smith. Amo al profeta José Smith".¹⁵

La reacción del público fue espléndida. Después de la dedicación y de la prolongada recepción durante la cual más de 70.000 personas recorrieron el edificio, el presidente Hinckley recibió centenares de cartas felicitando a él y a la Iglesia por lo que universalmente fue considerado una magnífica restauración. Muchas personas se disculparon por sus previas expresiones de resentimiento. La Utah Heritage Foundation (institución dedicada a la restauración de edificios de valor histórico) ofreció el siguiente reconocimiento: "El Edificio Conmemorativo José Smith es un proyecto sobresaliente de restauración y renovación. La visión y el talento que se necesitaron para ello han producido un centro de primera clase... Se debe felicitar y encomiar a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los últimos Días".¹⁶

Aquellos que habían trabajado juntamente con el presidente Hinckley se maravillaron de su notable habilidad administrativa.

Después de observarlo en innumerables circunstancias, Lowell R. Hardy, entonces su secretario personal, simplemente dijo que era el líder más eficiente que jamás había conocido." Rex Lee, Rector de la Universidad Brigham Young, describió con estas palabras las virtudes del presidente Hinckley: "He estado en contacto directo con dos presidentes de los Estados Unidos, tres fiscales generales y numerosos oficiales gubernamentales. Pero nunca he conocido a nadie que haya tenido una mayor capacidad que el presidente Hinckley para ver tanto el bosque como los árboles, el cuadro mayor y los pequeños detalles al mismo tiempo, manteniendo ambas cosas en completa perspectiva".¹⁸

Ted Simmons, el Director General del Departamento de Propiedades de la Iglesia, quien se reunía a menudo con él para tratar asuntos relacionados con la construcción de edificios y otras propiedades, explicó: "El presidente Hinckley es un estudiante muy aplicado. En materia de negocios, no hay teoría o práctica con la que no esté familiarizado, pero a su vez es muy sagaz. Él comprende cuáles son los puntos esenciales de toda empresa y tiene una memoria prodigiosa. Yo no me animo a darle ninguna cifra a menos que esté absolutamente seguro de que sea correcta, porque él la recordará con precisión. Es sorprendente con cuánta frecuencia me dice, cuando le presento una propuesta para remodelar un edificio: '¿No gastamos tal o cual dinero en ese edificio hace sólo seis años?' Su memoria es generalmente correcta y no hay que olvidar que tenemos miles de edificios en todo el mundo. Tiene gran capacidad para recordar los más ínfimos detalles, y al mismo tiempo posee una amplia visión para determinar cómo todo coincide entre sí".¹⁹

El presidente Monson ha dicho: "El presidente Hinckley puede hacer malabares con un sinnúmero de bolas en el aire al mismo tiempo. Puede salir de una reunión donde se haya tratado el programa de bienestar para asistir a otra donde se hable sobre auditoría y luego a una tercera donde se analice el proselitismo, y estar en condiciones de cambiar instantáneamente de tema y dedicarle su completa atención a cada asunto".²⁰

No obstante, nadie puede empujar al presidente Hinckley para que tome una decisión prematura. Para consternación de las Autoridades Generales, algunas propuestas han ido a parar a la gaveta izquierda de su escritorio o al "archivo pendiente" después de haberse rehusado a adoptar una decisión que no le parecía correcta.

A fines de 1993, teniendo el presidente Benson que permanecer en su hogar sin dar señales de mejora y al presidente Hunter con mala salud, el presidente Hinckley pensó: "Estoy agradecido por sentirme tan bien como me siento. Tengo 83 años de edad y cumplo toda una serie de tareas. Trato de hacer algunos ejercicios y de mantener una buena dieta, aunque esto no es fácil... Puedo hacer todo lo que debo hacer, y por tal medida de fortaleza y salud agradezco profundamente al Señor".²¹

Durante los pocos primeros meses de 1994, el presidente Benson permaneció en las mismas condiciones, en tanto que el presidente Hunter debió ser internado en el hospital debido a otra condición grave. Luego, en horas tempranas del viernes 25 de febrero, el presidente Hinckley recibió la noticia de que D. Arthur Haycock, su amigo de más de cincuenta años, secretario personal de cinco presidentes de la Iglesia, había fallecido imprevistamente. Algo más tarde ese mismo día, también falleció el élder Marvin J. Ashton, del Quórum de los Doce. "Éste ha sido un día muy duro", escribió simplemente el presidente Hinckley.²²

No obstante, él continuó trabajando con afán. En la conferencia general de abril de 1994, volvió a referirse a la salud del presidente Benson y reafirmó la ley divinamente decretada con respecto a la sucesión en el gobierno en la Iglesia. "Todos deben entender", dijo, "que Jesucristo está a la cabeza de esta iglesia que lleva Su sagrado nombre. Él está cuidándola. Él está guiándola... No me preocupan las circunstancias en que nos encontramos. Yo las acepto como una manifestación de Su voluntad. Asimismo, acepto la responsabilidad, actuando juntamente con mis hermanos [las Autoridades Generales], de llevar adelante esta obra santa".²³ En esa misma conferencia, el Obispo Presidente Robert D. Hales fue llamado al Quórum de los Doce, llenando así la vacante producida por el fallecimiento del élder Ashton, y el élder Merrill J. Bateman fue sostenido como Obispo Presidente.

En mayo de 1994, el presidente y la hermana Hinckley y otras dos mil personas se congregaron en el condado Millard, Utah, para asistir a la dedicación del Fuerte Cove como centro de visitantes. Ese fuerte de avanzada construido por el abuelo del Con motivo de su octogésimo quinto cumpleaños, Gordon B. Hinckley recibió de su sobrino Mark Willes quien era entonces Presidente de la compañía General Mills, una caja de cereales para desayuno con la siguiente dedicatoria: 'Como última medida en mis funciones de oficial y director de General Mills, le envío estos Wheaties.

En muchas cajas se han mostrado las fotos de algunos de los más grandes campeones de todos los tiempos. Creo que también usted y la Tía Marge deben ser homenajeados de igual manera"

Rodeado de familiares en celebración de su octogésimo quinto cumpleaños, el 23 de junio de 1995 presidente Hinckley había sido donado a la Iglesia y restaurado. Al recorrer su interior, tuvo la sensación de que sus antepasados se hallaban presentes.

Durante los servicios dedicatorios en aquel caluroso día veraniego, lo animaba un buen espíritu. Después de escuchar a varios otros oradores, el presidente se puso entonces de pie para hablar a la multitud. "Yo sé que hace mucho calor aquí y que nos sentimos muy incómodos", comenzó diciendo, "pero es algo que ya esperaban. Más aún, el tema cabal de esta ciudadela es la perseverancia, así que, hagan todo lo que puedan". Se rió de su propio humorismo y la audiencia lo emuló. Entonces continuó: "Ésta es una emotiva experiencia para mí... Al ver todo lo que aquí se realizó, me siento profundamente conmovido. A mi abuelo y sus compañeros les

llevó siete meses construir esto sin más recursos que sus propias manos. A la Iglesia, por otro lado, con todos sus recursos, le ha llevado casi siete años restaurarlo".²⁴

Esa noche describió así en su diario personal un sentimiento que ya había expresado en otras ocasiones en que la Iglesia dedicó fondos para la preservación de su historia: 'La restauración ha sido costosa, pero con el correr de los años estos gastos se habrán olvidado y este fuerte de avanzada en el desierto... ofrecerá incontables oportunidades para relatar la historia y edificar la fe en la vida de quienes han estado aquí presentes... Considero que ha sido un milagro que haya ocurrido todo esto. Yo sé que la mano del Señor ha estado en ello".²⁵

El presidente Hinckley también sabía que la salud del presidente Benson estaba en manos del Señor y a través del mes de mayo de 1994 la salud del Profeta continuó deteriorándose. El sábado 28 de mayo, al regresar el presidente Hinckley de un rápido viaje a Nashville [Tennessee], se enteró de que el presidente Benson había entrado en coma. Fue directamente al apartamento del Profeta y, al estar junto a su lecho, sintió una profunda gratitud por la vida y el servicio dedicado del presidente Benson. Antes de salir, puso por última vez sus manos sobre la cabeza del Profeta y le dio una bendición que le prometía paz y gozo. En ese mismo instante, presintió que al Presidente le quedaba ya poco tiempo de vida.²⁶ Dos días después, el 30 de mayo a las 14:40 horas, el presidente Hinckley recibió la noticia: el presidente Benson había fallecido.

Inmediatamente llamó a los presidentes Hunter y Monson e inició el procedimiento de informárselo a los Doce. Le resultaba difícil concentrarse, sin embargo, porque aunque había esperado ya la noticia, le acometieron las emociones al pensar acerca de su relación con aquel hombre de quien había sido consejero por casi toda una década. A la mañana siguiente, cuando los Doce se congregaron a fin de hacer los preparativos para el funeral y la sepultura del Presidente de la Iglesia, el presidente Hunter presidió la reunión y los presidentes Hinckley y Monson tomaron sus respectivos lugares en el Quórum.

Al día siguiente del funeral, los miembros del Quórum de los Doce se reunieron en el Templo de Salt Lake para reorganizar la Primera Presidencia. Durante la reunión, cada Apóstol tuvo la oportunidad de decir algunas palabras, comenzando con el élder Hinckley. "Les indiqué que yo creía que era esencial reorganizar inmediatamente la Primera Presidencia", escribió en su diario personal. "Es necesario continuar la obra de la Iglesia. La gente quiere escuchar la voz de un Profeta viviente. Expresé mi amor por el presidente Hunter y le aseguré que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para ayudarlo".²⁷ Después de que todos hubieron hablado, fue evidente que la unión era total entre los catorce hombres reunidos en tan sagrada ocasión. El presidente Hinckley fue la voz al apartar a Howard W. Hunter como Presidente de la Iglesia. El presidente Hunter entonces apartó al presidente Hinckley como su primer consejero y como Presidente del Quórum de los Doce, al presidente Monson como su segundo consejero, y al élder Boyd K. Packer como Presidente en Funciones de los Doce. Sin resonancias de ninguna clase pero con un poderoso testimonio del Espíritu de que todo estaba de acuerdo con la voluntad del Señor, la Iglesia siguió avanzando con facilidad.

CAPITULO 23

PRIMER CONSEJERO POR SEGUNDA VEZ

El presidente Hinckley no esperaba en realidad que el nuevo Presidente de la Iglesia fuera a pedirle que permaneciera como integrante de la Primera Presidencia. No obstante, le prometió a presidente Hunter que le serviría con la misma fidelidad y energía que les había demostrado a los presidentes Kimball y Benson

Durante veinte años en el Quórum de los Doce se había sentido, junto al presidente Hunter y este modesto abogado californiano de voz suave había sabido ganarse su estima y su afecto "Él era un hombre muy amable", dijo tiempo después el presidente Hinckley. "Rara vez se perturbaba y sin embargo tenía nervios de acero. Podía manifestar una posición determinada y defenderla con firmeza, pero su proceder era constantemente bondadoso y considerado. Era un hombre de gran sabiduría que pensaba con claridad y se expresaba sin rodeos. Desempeñaba calladamente sus funciones sin perturbarse ni alardear. Yo aprendí enormemente a Howard Hunter".¹

El presidente Hunter captó la atención de los miembros de la Iglesia en todo el mundo con su delicada y caritativa personalidad y a raíz de su invitación a que vivieran prestando "una mayor atención a la vida y el ejemplo de Jesucristo" y a "tener el templo del Señor como el símbolo esencial de su condición de miembros".² El vasto rebaño del presidente Hunter comenzó inmediatamente a dedicarse con devoción a cumplir las dos invitaciones que les había extendido: emular al Maestro y ser dignos de entrar en el templo.

El presidente Hinckley podía respaldar decididamente ambos temas. Sólo cinco días después de ser reorganizada la Primera Presidencia, viajó a Inglaterra a fin de dar la palada inicial para la construcción de un segundo templo en las Islas Británicas, el cual estaría ubicado a pocos kilómetros de Preston, la localidad donde había servido como joven misionero.

Otros días importantes le esperaban más adelante. A fines de junio, el presidente Hunter llamó al élder Jeffrey R. Holland para que sirviera como miembro del Quórum de los Doce, llenando así la vacante producida a raíz del fallecimiento del presidente Benson. La mañana de su llamamiento, el élder Holland fue invitado a reunirse con los Apóstoles durante su asamblea semanal en el templo, la cual estaba en pleno desarrollo cuando arribó. "El presidente Hinckley salió al pasillo para recibirme", recordó luego el élder Holland, "y nunca olvidaré lo que me dijo e hizo. Él podía ver cuán preocupado me sentía por el llamamiento que había recibido. Me abrazó y simplemente dijo: 'Bienvenido, querido amigo'. Cuando me acompañó a través de la puerta, todos los que allí se encontraban se pusieron de pie. Yo me sentía ya muy emocionado, pero no estaba preparado para la impresión que tuve al entrar y ver que las Autoridades Generales se levantaban. Estoy seguro de que el presidente Hinckley comprendió mis sentimientos, porque permaneció a mi lado, me tomó del brazo y esperó a que me tranquilizara. Fue una experiencia estremecedora, pero de entre todas las cosas que podría haberme dicho, la frase que escogió fue realmente fraternal, de gran camaradería. Ahí estaba ese hombre a quien había presentado mis informes durante quince años aproximadamente, poniendo un brazo sobre mis hombros como si fuera un colega suyo. Nunca olvidaré la dulzura de esas tres palabras, 'Bienvenido, querido amigo'".³

Sólo dos días después, el presidente y la hermana Hinckley acompañaron al presidente y a la hermana Hunter, al élder M. Russell Ballard y su esposa, y a otras personas a Nauvoo, Illinois, con el propósito de participar en la conmemoración del sesquicentenario del martirio de José y Hyrum Smith. El domingo 26 de junio amaneció caluroso y húmedo, pero el presidente Hinckley demostró gran entusiasmo durante las reuniones en el centro de la Estaca Nauvoo, la manzana del

Templo y la cárcel de Carthage. En la conmemoración del domingo por la tarde en la manzana del templo, se refirió a la trágica historia de un templo abandonado cuando los santos tuvieron que partir hacia el oeste a través de las praderas del estado de Iowa; luego quitó el velo de sobre un sol esculpido en feldespato en préstamo perenne del estado de Illinois a la Iglesia, el cual ha de conservarse permanentemente en un lugar seguro dentro del templo.⁴ En cada una de las sesiones, el presidente Hinckley dio fuerte testimonio en cuanto a los hermanos cuyo sacrificio había sido tan significativo para la Restauración.

En la sesión de'asamblea solemne que dio comienzo a la conferencia general de octubre de 1994, el presidente Howard W. Hunter fue sostenido como el decimocuarto Presidente de la Iglesia. Tener ahora un Profeta que pudiera presidir y hablar en una conferencia no solamente alegró a los santos sino que pareció también revitalizar al presidente Hinckley quien, cuando dirigió la asamblea solemne se sintió obviamente complacido al ser el primero en expresar su apoyo por el presidente Hunter.

En su discurso de apertura, el presidente Hunter volvió a recalcar los dos temas que había señalado en junio durante su conferencia de prensa. Habiendo exhortado a los santos a que adoptaran el templo como símbolo de su condición de miembros, era lógico que tuviera la oportunidad de presidir en la dedicación del Templo de Orlando Florida una semana después de la conferencia general. Ésa fue la primera vez que un Profeta asistía a la dedicación de un templo desde que el presidente Benson lo había hecho en 1989 al dedicar el Templo de Las Vegas [Nevada].

Ya para fines de 1994, empezaron anotarse algunas indicaciones de que la salud del presidente Hunter estaba deteriorándose. El 4 de diciembre pronunció un discurso en el Devocional Navideño de la Primera Presidencia y a la semana siguiente creó, en la Ciudad de México, la estaca número 2.000 de la Iglesia. Pero al llegar la fecha de la dedicación del Templo de Bountiful [Utah] en enero de 1995, se encontraba muy débil y enfermizo. Sin embargo, leyó la oración dedicatoria e hizo uso de la palabra en la primera sesión.

El presidente Hunter presidió cinco sesiones adicionales, pero dos días antes de que se diera término a la dedicación lo internaron en el hospital completamente agotado. Al cabo de una exhaustiva examinación, los médicos le dieron la triste noticia de que el cáncer de la próstata que anteriormente padeciera no sólo le había reaparecido sino que se le había propagado a los huesos. Al día siguiente de la dedicación del templo, el presidente Hinckley visitó al Profeta y después de unos momentos percibió la gravedad de la situación. "Sencillamente le pregunté, 'Howard, ¿sientes dolor?' Él me respondió: 'No, Gordon, no siento ningún dolor'. Eso fue muy significativo, pero salí de allí con gran desasosiego. Él está en las manos del Señor. Aún podría vivir por algún tiempo o irse en cualquier momento. Entonces vinieron a mi mente las palabras: 'Quedaos tranquilos y sabed que yo soy Dios`'.⁵

Durante algunos años le había sido difícil al presidente Hinckley evitar comentarios por parte de algunas personas, y aun de colegas, que hablaban abiertamente acerca de lo que consideraban inevitable: que era sólo cuestión de tiempo para que llegara a ser el Presidente de la Iglesia. Le molestaban esos comentarios e insinuaciones y por lo general acostumbraba a interrumpir o abreviar cualquier conversación que se orientara en tal dirección.

Naturalmente, sabía que le correspondería serlo por antigüedad, pero trataba desesperadamente de evitar aun pensar en que se le llamara como Presidente de la Iglesia. Nada bueno, creía él, resultaría de tal cosa.

El presidente Hunter no se sentía como para asistir al banquete anual de la Convención Nacional Judeocristiana en febrero, durante el cual homenajearon al presidente Hinckley por sus contribuciones como líder religioso. La velada estuvo repleta de elogios y tributos, y el presidente Hinckley admitió que le resultaba "casi embarazoso" recibir tales honores. Dijo a la congregación que sólo había tratado siempre de hacer lo que todo hombre debe hacer sin pensar en reconocimiento alguno.⁶

En los días posteriores, la salud del Profeta fue declinando continuamente, y a pedido suyo el presidente Hinckley le dio una bendición el 27 de febrero. Lowell Hardy, el secretario del Presidente, quien se hallaba allí y participó en la ordenanza, dijo después: "El presidente Hinckley imploró al Señor que preservara la vida del presidente Hunter, pero también declaró específicamente que su vida estaba en manos del Señor. Fue una conmovedora experiencia. Después estrecharon las manos y recordaron en cuanto a los treinta y cinco años en que habían sido Autoridades Generales. Al cabo de unos momentos, me excusé al percibir que algo muy importante estaba sucediendo entre esos dos hombres. Era como si el manto [de autoridad] se estuviera preparando para entregarse".⁷

Al regresar esa noche a su hogar, el presidente Hinckley escribió en su diario personal: "Me pareció que el presidente Hunter está extremadamente débil. Tengo el presentimiento de que no durará mucho tiempo más. Está sufriendo gran dolor. Me causa mucha pena".⁸

El presidente Hunter falleció el 3 de marzo de 1995. El presidente Hinckley, acompañado del presidente Monson, fue al apartamento del Profeta y después de tratar de consolar a la hermana Hunter llamó por teléfono a su esposa y sencillamente le dijo: "Ya no está con nosotros". La hermana Hinckley comenzó a llorar, y más tarde dijo: "No puedo describir el vacío y la soledad que experimenté. El presidente Hunter había muerto y ahora quedábamos a cargo de todo. Me sentí tan triste y tan sola. Y también así se sintió Gordon. Estaba como azorado, sintiéndose inmensamente solo. No había nadie ya que pudiera entender lo que estaba experimentando".⁹

Aunque Gordon B. Hinckley no sería ordenado Presidente de la Iglesia por otros nueve días, el manto de autoridad había descendido sobre él instantáneamente y sin ceremonia alguna. Dio comienzo a los arreglos para el funeral del presidente Hunter y pasó el resto del día en su oficina, andando como automáticamente, pero tenía dificultad en concentrarse. Esa noche escribió simplemente: "Ha caído sobre mis hombros una tremenda responsabilidad. Me parece imposible creer que el Señor me haya extendido este oficio y llamamiento tan sagrado. Sólo me queda orar y suplicar que se me ayude".¹⁰

El día antes del funeral, fue a pasar unas horas a su cabaña y plantó algunas peonías. Dedicó la tarde a trabajar en su escritorio en el hogar y contemplar lo que le esperaba la semana siguiente, sabiendo que sería muy ocupada y conmovedora.

El funeral y los servicios de sepultura fueron magníficos, pero al final del día el presidente Hinckley se sentía como si se le hubieran agotado todas sus emociones. Esa noche escribió: "El presidente Hunter... se ha ido de entre nosotros. Hemos

terminado sus funerales. La carga del liderazgo de la Iglesia descansa sobre mis pequeños hombros. Es una asombrosa responsabilidad y me aterroriza pensar en ello. Sin embargo, es la Iglesia del Señor. Mi responsabilidad consiste en mantenerme firme y escuchar la voz apacible del Espíritu".¹¹

Temprano en la mañana siguiente fue al Templo de Salt Lake, entró en la sala de reuniones de la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce y quedándose solo allí echó llave a la puerta. Con sus propias palabras escribió luego lo que aconteció entonces:

"Me saqué los zapatos de calle y me puse los mocasines del templo... Fue una experiencia maravillosa. Leí las Escrituras, el Antiguo y el Nuevo Testamento, el Libro de Mormón y La Perla de Gran Precio. En la pared del lado oeste hay tres cuadros del Salvador-uno describe el llamamiento de los Doce, otro describe la Crucifixión y el tercero describe la Resurrección... Me puse a estudiarlos. Quedé particularmente impresionado con la pintura de la Crucifixión. Allí, estando a solas, al meditar en ello pensé mucho en cuanto al precio que mi Salvador pagó por mi redención. Pensé en la abrumadora responsabilidad de ser Su Profeta en la tierra. Me acongojé y lloré al sentirme tan inadecuado.

"Sobre la pared del lado norte hay un retrato del profeta José Smith, y en la del sur uno de su hermano Hyrum. Entre ambos y extendiéndose de una pared a la otra están los retratos de todos los Presidentes de la Iglesia, de Brigham Young a Howard W. Hunter. Caminé frente a esos retratos y contemplé la mirada de cada uno de esos hombres. Sentí como si podía hablar con ellos. Sentí como que me hablaban y me tranquilizaban... Me senté en la silla que había ocupado como primer consejero del Presidente y pasé largo rato mirando esos retratos. Cada uno de ellos pareció cobrar vida. Me parecía que sus ojos me estaban mirando. Sentí como si estuvieran alentándome y prometiéndome su apoyo. Me parecía que estaban diciéndome que habían hablado a mi favor en un concilio realizado en los cielos, que yo no tenía nada que temer, que sería bendecido y sostenido en mi ministerio.

"Me arrodillé y le imploré al Señor, hablándole en oración por largo rato... Estoy seguro que mediante el poder del Espíritu escuché la palabra del Señor, no vocalmente sino en la tibieza que sentí en mi corazón, acerca de las preguntas que formulé en mi oración".¹²

Después de esos momentos en el templo, el presidente Hinckley dijo haber recibido un sentimiento de paz en cuanto a lo que le esperaba más adelante. "Me sentí mejor y tengo ahora una certidumbre mucho más firme en mi corazón de que el Señor está llevando a cabo Su voluntad con respecto a Su causa y Su reino, y que seré sostenido como Presidente de la Iglesia, y [como] profeta, vidente y revelador, y que serviré como tal por tanto tiempo como el Señor lo disponga", escribió después. "Con la confirmación del Espíritu en mi corazón, estoy ahora preparado para seguir adelante y hacer lo mejor que pueda hacer. Me es difícil creer que el Señor haya puesto sobre mí esta responsabilidad tan enorme y sagrada... Espero que me haya capacitado para hacer lo que Él espera de mí. Le brindaré mi completa lealtad y por cierto que procuraré Su dirección".¹³

El domingo 12 de marzo por la mañana, los catorce apóstoles fueron en ayunas al Templo de Salt Lake. Aunque le resultaba aún imposible imaginarlo, Gordon B. Hinckley pasó a ser el decimoquinto Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los últimos Días. Después de que cada uno de los hermanos tuvo la oportunidad de expresar sus sentimientos acerca de la reorganización de la Primera

Presidencia, el presidente Hinckley indicó que deseaba que los élderes Thomas S. Monson y James E. Faust sirvieran como su primer y segundo consejeros, respectivamente. El presidente Monson entonces fue la voz al apartar al nuevo Presidente de la Iglesia.

Esa noche, el presidente Hinckley escribió: "Todo ha terminado. La transición de la administración bajo el plan del Señor es algo sencillo. No existen los ruidos ni las campañas de la política ni los procedimientos relacionados con el liderazgo de grandes corporaciones de negocios... Uno debe aceptar que el hombre que llega a ser Presidente de la Iglesia ha sido escogido por el Señor, quien tiene poder sobre la vida y la muerte, y que preserva y capacita al hombre a través de largos años de servicio. He regresado a casa con gran serenidad, casi abatido. Quien no haya ocupado este cargo no podría realmente apreciar la impresión que uno experimenta. Aunque he servido como consejero de tres presidentes de la Iglesia, lo que siento ahora es totalmente diferente".¹⁴

CAPÍTULO 24

PRESIDENTE DE LA IGLESIA

"Fue una escena sorprendente: un saludable presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los últimos Días frente a una 'manada' de sorprendidos reporteros a quienes les preguntaba si deseaban hacerle algunas preguntas". Así describió un periodista del Deseret News la conferencia de prensa que anunció la ordenación del presidente Hinckley. "Muy pocos en aquel elegante salón de recepción del Edificio Conmemorativo José Smith sabían que hacía ya 21 años que algún hombre que sirviera como 'profeta, vidente y revelador' de esa religión había llevado a cabo una conferencia de prensa. Pero sí comprendían que lo que estaban viendo era algo realmente extraordinario y que estaban recibiendo un testimonio... Su enérgica disposición tuvo un efecto muy estimulante en los empleados de la Iglesia. Las sonrisas brillaban por doquier y los aparatos telefónicos sonaban con llamados de apoyo por parte de los miembros [de la Iglesia]".¹

El presidente Hinckley escribió tiempo más tarde: "Recibimos palabras de aprecio desde muchos lugares. Estuve viendo el informativo de la noche, y eso constituía la noticia principal. Los reporteros fueron muy positivos y aun entusiastas. Destacaron el hecho de que ésta era la primera vez que un Presidente de la Iglesia llevaba a cabo, en más de veinte años, una sesión de preguntas y respuestas. No me había dado cuenta de ello, pero supongo que así era. Estoy contento de que haya pasado ya y agradecido al Señor por Su bendición".²

El presidente James E. Faust expresó un sentimiento que muchas Autoridades Generales compartieron: "No he conocido a ningún hombre que haya venido a la Presidencia de esta Iglesia tan bien preparado para tal responsabilidad. El presidente Hinckley ha estado familiarizado y trabajado con cada Presidente de la Iglesia, desde Heber J. Grant a Howard W. Hunter, y ha sido personalmente capacitado por todos los grandes líderes de nuestra época".³ La evaluación del presidente Packer fue indiscutible: "Ningún hombre en la historia de la Iglesia ha viajado tanto a tantos lugares del mundo con el propósito de predicar el Evangelio, bendecir a los santos y promover la redención de los muertos como lo ha hecho el presidente Hinckley. Efectuó todos esos viajes a Asia cuando hacerlo era agotador y difícil. Ha recorrido toda Sudamérica una y otra vez. Estuvo en el Pacífico cuando perdimos a aquellos miembros de la Iglesia en un horrible naufragio, en el Perú cuando sufrieron un devastador terremoto, y en Corea durante un golpe de estado.

Él presenció todo eso y ha estado en todas partes y hecho casi cualquier cosa en lo que a la administración de la Iglesia respecta"⁴

A la mañana siguiente de la conferencia de prensa, la nueva Presidencia se reunió por primera vez en su sala de consejo y tal experiencia despertó una variedad de tiernas emociones en el presidente Hinckley, quien después comentó: "En julio próximo se cumplirán sesenta años desde que vine a esta sala al regresar de mi misión para reunirme con la Primera Presidencia a pedido de mi presidente, el élder Joseph F. Merrill, del Consejo de los Doce. Es imposible reconocer todo lo que ha sucedido desde entonces. Pensar que ahora estoy sentando donde el presidente Heber J. Grant se sentaba en aquel momento. Él fue un verdadero gigante a quien amé de todo corazón".⁵

Considerando todas las reuniones a que había asistido en esa sala, muchas de las cuales había dirigido y presidido, las cosas eran muy diferentes ahora. "Previamente había tenido responsabilidades sin autoridad", explicó. "De pronto, tengo responsabilidad y autoridad, y eso de por sí me presenta nuevos desafíos y grandes preocupaciones, aun inquietantes a veces. Hay una enorme diferencia entre ser consejero y ser presidente. Así era cuando fui consejero en una presidencia de estaca y posteriormente se me llamó como presidente de estaca y así es ahora.

Existe un énfasis en el artículo el-el Presidente de la Iglesia, el profeta, vidente y revelador-que es a la vez muy distinto y aterrador. A pesar de haber estado muy cerca del Presidente de la Iglesia, no tenía idea de cuán diferentes resultarían las cosas al ser yo el Presidente".⁶

Una diferencia inmediata fue la reacción que su sola presencia despertaba en los miembros de la Iglesia. Ninguna previa experiencia se comparaba con la atención que generaba doquiera que iba. Aunque agradecía la conmovedora bondad y las expresiones de apoyo [de la gente], se sentía incómodo con las irrepreensibles emociones que rayaban a veces en señales de adoración. Continuamente se recordaba a sí mismo que era su oficio lo que la gente honraba, y no su persona.⁷

No obstante los enormes cambios producidos en su propia vida, su sentido del humor continuaba intacto. Después de que él y su esposa se hubieron mudado a la residencia oficial del Presidente de la Iglesia, su nieto Michael, bromeando, les decía que ahora se hallaban tan incomunicados que ni siquiera un buzón propio de correo tenían. "Ya no son personas. No tienen nombres", a lo que el abuelo replicó: "Y bueno, somos los 'nadies' más trabajadores que conoces".⁸

Debido al momento en que fue ordenado, el presidente Hinckley no pudo darse el lujo de tomar demasiado tiempo para adaptarse a las nuevas circunstancias. Teniendo menos de tres semanas antes de la conferencia general para prepararse para la Asamblea Solemne y hablar a los miembros como Presidente, encaró tales asignaciones con toda seriedad. "Espero que lo que habré de decir en la conferencia general sean palabras inspiradas que representen la voz del Señor a Su pueblo y que las reciba por medio de la inspiración", escribió en su diario personal. "Ésta es una responsabilidad casi aterradora".⁹

Sin embargo, la conferencia general de abril no era la primera oportunidad que tenía como Presidente de dirigir la palabra a una congregación en el Tabernáculo y a una audiencia mundial. El sábado anterior-menos de dos semanas después de su

ordenación-había hablado en una reunión general de las Mujeres Jóvenes. Aunque probablemente muy pocas personas se dieron cuenta del parentesco, quien lo presentó por primera vez en el púlpito como Presidente de la Iglesia fue su hija Virginia, la cual dirigió la reunión de las Mujeres jóvenes y cuya voz se le entrecortó brevemente al anunciar: "Tendremos ahora el privilegio de escuchar al presidente Gordon B. Hinckley, Presidente y Profeta de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los últimos Días". Más tarde, ella dijo: "Ni se me había ocurrido siquiera hasta que llegamos esa noche al Tabernáculo que estaría yo presentando a mi padre en esa ocasión. Pero fue un momento inspirador. Una suele encontrarse en medio de estas pequeñas intersecciones de la vida que en sentido general carecen de significado, pero que personalmente son motivo de mucha satisfacción e importancia. Fue para mí maravilloso poder compartir con él ese momento".¹⁰

Una semana después, el sábado 1° de abril por la mañana, el Tabernáculo estaba nuevamente completamente lleno, mientras que otros miles de personas que no pudieron entrar buscaban un lugar sobre el césped de la Manzana del Templo en tanto que se llevaba a cabo la sesión de Asamblea Solemne de la conferencia general número 165. El presidente Hinckley dirigía la misma pero encomendó al presidente Monson el proceso del sostenimiento de la Primera Presidencia y otros oficiales. A diferencia de lo tradicional, se invitó a las mujeres de la Sociedad de Socorro a que se pusieran de pie y ofrecieran su voto de sostenimiento tal como los miembros de quórumes del sacerdocio lo habían hecho, seguidas entonces por las mujeres jóvenes y finalmente por los miembros en general. La congregación sostuvo también al élder Henry B. Eyring como integrante del Quórum de los Doce.

Después del primer día de la conferencia general, el presidente Hinckley escribió: "Para mí, personalmente, fue una asamblea infinitamente solemne en la que mi alma se llenó de emoción y mi corazón rebotó de gratitud... Cuánto agradezco al Señor por la gran bendición que me ha dado y a la gente que levantó la mano para sostenerme. Es difícil pensar que poseo este oficio al cual se me ha llamado. Ruego que pueda obtener la fortaleza, la guía, la revelación, la fe y la vida que necesito para llevar a cabo lo que el Señor desee realizar. Debemos reconocer que todo esto es resultado de Su voluntad. Tal conocimiento produce en mí un efecto de enorme seriedad... Éste ha sido un día maravilloso. No habrá ningún otro igual en toda mi vida. Me siento casi abrumado por el sentido de responsabilidad para con mi Padre Celestial y mi Señor y Salvador, hacia los miembros de la Iglesia y aun en cuanto al mundo entero".¹¹

En su primer discurso de la conferencia general, el presidente hizo un llamado de atención que reveló su pasión por la obra y anunció un tema que había enseñado muchas veces antes, al decir: "Esta Iglesia no pertenece a su presidente. Es el Señor Jesucristo quien está a la cabeza, cuyo nombre todos hemos tomado sobre nosotros. Todos estamos embarcados juntos en esta obra... Las obligaciones de ustedes en sus correspondientes esferas de responsabilidad son tan serias como las mías en mi propia esfera... La hora ha llegado para que nos pongamos de pie más resueltamente, levantemos la mirada y extendamos nuestra mente hacia una mayor comprensión y entendimiento de la gran misión milenaria de ésta, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los últimos Días. Ésta es la época de ser fuertes. Es hora de seguir avanzando sin vacilar, reconociendo el significado, el alcance y la importancia de nuestra misión. Es el momento de hacer lo que es justo a pesar de las consecuencias que ello traiga aparejadas... No tenemos nada que temer. Dios está al timón" .¹²

Cansado pero entusiasta al terminar la conferencia, el presidente Hinckley escribió en su diario personal: "Creo que todo marcha bien, porque el Señor ha sido muy

bondadoso y generoso con nosotros. Todo honor, alabanza y gloria sea para el Padre y Su Hijo. Cuán agradecido estoy por ser parte de esta obra".¹³

El presidente Hinckley acababa de asumir el liderazgo de la Iglesia, la cual tenía ahora más de 9 millones de miembros, 47.000 misioneros que servían en 303 misiones y abarcaba 156 países y territorios. A fin de mantenerse a la par de tan asombroso crecimiento, anunció en la conferencia el relevo honorable de los Representantes Regionales e indicó que se llamaría a Autoridades de Área para que sirvan bajo la dirección de Presidencias de Área ayudando así a descentralizar la autoridad administrativa y permitir que las Autoridades Generales se mantuvieran más cerca de los miembros .¹⁴

También él deseaba mantenerse cerca de los miembros. Durante la mayor parte de los últimos quince años ningún Presidente de la Iglesia había podido viajar y visitar con comodidad a los santos, así que el presidente Hinckley quiso hacerlo desde el principio. Por lo tanto, adoptó una rigurosa agenda.

Parecía difícil que pudiera abarcar tanto en cada 24 horas. Su entusiasmo en cuanto a la obra y todo lo que acontecía era, en realidad, mayor que nunca. De vez en cuando solía comentar que lo único que lamentaba era ser tan anciano y que había tantas cosas en el futuro que no alcanzaría a ver jamás.

Muchas veces el presidente Hinckley llegaba temprano a su oficina y se quedaba hasta muy tarde, y en la mayoría de los fines de semana se reunía con grandes números de miembros de la Iglesia. Durante los primeros dieciocho meses de su administración, presidió en conferencias regionales o habló ante grandes congregaciones en muchas ciudades estadounidenses, como así también en México.

Dondequiera que iba, buscaba la oportunidad de inspirar a tantas personas como fuera posible-por lo general en congregaciones, pero, si podía, en forma individual. Y casi siempre se reunía con misioneros, saludando uno por uno a tantos de ellos que su mano artrítica le quedaba adomercida. Su táctica con los misioneros solía ser cautivante y un tanto inesperada. "Usted no es muy atractivo", le decía bromeando a alguno, "pero es todo lo que el Señor tiene". Entonces les contaba algunas de sus propias experiencias como misionero, se refería a aquellos que habían dado la vida al establecer los cimientos del actual reino del Evangelio, les enseñaba con las Escrituras y terminaba dándoles así un ferviente testimonio: "Yo los amo. Sé que la obra misional no es fácil. Conozco algo de sus problemas, sus preocupaciones, sus desafíos y sus esperanzas. Sean la clase de misioneros que sus madres piensan que son. Cuando van al campo misional, los misioneros no solamente salvan a otros, sino que se salvan a sí mismos y a veces a sus propias familias. Nunca se olviden de que yo les dije que el Evangelio de Jesucristo es verdadero. Nunca lo olviden".¹⁵

La impresión que tanto los misioneros como los miembros tenían del presidente Hinckley era extraordinaria. Resultaba reconfortante, aun vivificante, tener como Presidente de la Iglesia a un hombre que demostraba ser física y mentalmente vigoroso. Muchos miembros, en realidad, nunca habían experimentado algo tan prodigioso. Los santos parecían adquirir nuevas energías al tener un líder que enmarcaba todo lo que decía y hacía con optimismo y un verdadero sentido visionario. Ante congregaciones numerosas y pequeñas, y aun en conferencias de prensa con reporteros de todo el mundo, el presidente Hinckley siempre ofrecía un mensaje de esperanza, declaraba que no ha habido en la historia del mundo una época mejor que ésta en la cual vivir, y alentaba a todos a que captaran la gran visión milenaria del reino del Evangelio y perseveraran con fe.

Por ejemplo, cuando un periodista del New York Times le preguntó si no era hora de diferir el progreso de la Iglesia a fin de que fuera más fácil administrarla, él le respondió: "¡Oh, no! El progreso es maravilloso. Acarrea grandes desafíos y presenta serios problemas, pero cuán maravilloso es progresar, vivir, tener posibilidades y ser de valor en este mundo. Es algo extraordinario. Creo que es maravilloso ver esta grande y palpitante [organización]. [Querría que pudiera usted] recorrer el mundo como yo tengo la oportunidad de hacerlo y reunirse con nuestra gente y ver lo que está sucediendo-es algo muy alentador y magnífico".

En esa misma entrevista, el presidente Hinckley aprovechó la oportunidad para enumerar algunos de los ambiciosos proyectos de la Iglesia. "Uno de nuestros Artículos de Fe dice, 'Si hay algo virtuoso, o bello, o de buena reputación, o digno de alabanza, a esto aspiramos', comenzó diciendo. "¿Qué es lo que piensa usted que esta pequeña iglesia está tratando de hacer, dando tanto énfasis a la educación? La Universidad Brigham Young es la universidad privada más grande de [Estados Unidos]. Visítela y observe a esos alumnos-¡es algo formidable! Son jóvenes limpios y decentes, hombres y mujeres ejemplares. El programa de seminarios e institutos tiene matriculados a doscientos o trescientos mil [jóvenes] en todo el mundo que asisten por su propia voluntad para estudiar religión. Nosotros tenemos la fuente de historia familiar más grande del mundo a disposición del público. Contamos con unos 47.000 misioneros a través del mundo que pagan sus propios gastos. Estamos construyendo entre trescientos y cuatrocientos edificios por año para atender las necesidades de nuestros miembros en todo el mundo. Ésta no es una organización minúscula. Es una iglesia mundial con una visión universal centrada en el bienestar de cada persona" .¹⁶

Mientras que los pregoneros de tinieblas y tragedias lamentaban el destino de las generaciones adolescentes, el presidente Hinckley proclamaba reiteradamente que la juventud de hoy día representa la más excelente generación en la historia del mundo. Las charlas fogoneras que realizaba durante sus viajes cada vez que le era posible no demoraron en ser un verdadero distintivo suyo. Una escena típica que se reestrenaba muchas veces en otras localidades del país fue ver a más de diez mil jóvenes que formaban fila con varias horas de anticipación para asistir a una charla fogonera en St. George, Utah. El Espíritu se manifestó poderosamente durante el mensaje de una hora que pronunció el presidente Hinckley, el cual empezó relatando una experiencia que tuvo cuando trabajaba para una compañía ferroviaria. Uno de los vagones de carga con destino a Newark, Nueva Jersey, fue a parar a Nueva Orleans debido a que un descuidado operador en la estación de Saint Louis [Misuri] hizo un cambio equivocado en las vías y eso causó que el vagón tomara una dirección equivocada. "Todo empezó con un pequeño movimiento de la palanca en el apartadero", señaló el Profeta. "Y eso suele suceder en nuestra vida. Las cárceles están repletas de personas que movieron apenas un poquito la palanca del apartadero en sus vidas". Exhortaba a todos a que hicieran lo que es justo. "Sus oportunidades son enormes y maravillosas. Ustedes han llegado al escenario del mundo en la época más extraordinaria de la historia de la humanidad. Nadie que haya vivido en esta tierra tuvo jamás tantas ventajas como las que tienen ustedes". Como de costumbre, no terminó su discurso sin expresar antes su confianza, diciendo: "Nunca se olviden, mis queridos jóvenes amigos... que cada uno de ustedes es hijo de Dios y que su Padre Celestial espera mucho de ustedes... Confío en que siempre recordarán esto: que el hermano Hinckley les dijo que pueden lograrlo".¹⁷

Muy raramente hablaba el presidente Hinckley sin compartir su visión, casi con vehemencia, en cuanto al futuro de la obra. Al hacerlo, exponía con frecuencia toda una amalgama de virtudes-su reverencia por los profetas y líderes del pasado y su anhelo por explorar nuevos territorios. En realidad, parecía combinar en uno los

siglos. Era una singular aleación de patrimonio pionero y una visión del siglo veintiuno-todo lo cual sazónaba siempre con increíble optimismo.

En cuanto a las generaciones pasadas, parecía ser apropiado que Gordon B. Hinckley fuera el Presidente de la Iglesia durante un período de significativas conmemoraciones históricas. El 4 de enero de 1996, dirigió la palabra a la concurrencia que llenó el Tabernáculo con motivo del centenario del Estado de Utah. En junio de ese año, dedicó nuevamente el renovado y restaurado monumento "Éste es el Lugar", a la entrada del cañón Emigration, y a principios de julio efectuó una rápida gira por Nauvoo, Palmyra y Council Bluffs, donde participó en celebraciones que conmemoraron la jornada Mormona, y dedicó el reparado Tabernáculo de Kanesville, en el que Brigham Young había sido ordenado Presidente de la Iglesia.

Quienes trabajaban de cerca con el presidente Hinckley, y aun aquellos que tenían un contacto temporario con él, se maravillaban de su energía, vigor y dinamismo. A veces, sin embargo, sus intensas actividades lo agotaban. Después de un viaje de fin de semana para asistir a una conferencia regional en el este del país, regresó a su casa totalmente exhausto. "Me siento terriblemente fatigado", escribió en su diario personal, "tan cansado que apenas pude darme una ducha. Han sido cuatro días muy ocupados, y me siento extenuado. Pero para eso estoy aquí, para fatigarme al servicio del Señor".¹⁸

Ocasionalmente dedicaba tiempo a descansar y su diversión predilecta era permanecer en su pequeña casa de campo. "Pasábamos la mayor parte del día en nuestra cabaña", escribió después de estar allí una tarde. "Me encanta este lugar... Es maravilloso caminar sobre el césped. Me encantan los pastos, los árboles, los arbustos, los pájaros. He realizado algunas faenas y estoy cansado hasta los huesos. Pensé que podría dedicar algunos momentos a prepararme para la conferencia [general], pero no lo hice. Me puse a pensar en otras cosas y a descansar".¹⁹

Solía presentársele alguna que otra oportunidad para aliviarlo de las presiones que ya nunca le faltaban. Como Presidente de la Iglesia, en realidad era algo mucho más que presiones, sino la carga inexorable del manto profético-que a la vez era glorioso y aterrador. Después de haber presidido en junio de 1995 la conferencia regional en Anchorage, Alaska, y de hablar a los miembros en localidades vecinas (algunos habían tenido que viajar diez horas en barco para asistir a dicha conferencia), él y la hermana Hinckley aceptaron la invitación de participar durante tres días en un crucero por los canales del Parque Nacional Glacier Bay-experiencia que les hizo sentirse rejuvenecidos.

"Nos vestimos con ropas cómodas, lo cual fue un gran alivio", escribió luego el presidente Hinckley. "Vinimos a descansar, a contemplar las estrellas, a pescar y a admirar las obras maravillosas del Creador". Al recorrer el parque fueron viendo ballenas y águilas, pescaron y disfrutaron el límpido esplendor de Alaska. En su diario personal escribió él: "Esta mañana me levanté temprano y fui a la cubierta [del barco]. Era difícil arrodillarse a orar en el pequeño camarote, así que fui hasta la proa y allí pronuncié mi oración matinal. Me sentí inspirado por la belleza del panorama-las montañas del alrededor cubiertas de bosques vírgenes que nunca habían visto la sierra o el hacha del leñador. Medité sobre las maravillas de la naturaleza, esos enormes glaciares, congelados y brillantes a la luz del sol". Ese día fue él quien sacó el primer pez, y luego escribió: "Me enfocaron varias cámaras y me gustó mucho, porque así podré mostrarle algunas fotos al presidente Monson,

que va siempre a pescar, para que vea que yo también puedo hacerlo".²⁰ Antes de partir, comentó: "El andar al aire libre es una medicina para el alma" ²¹

Irónicamente, aunque el manto que llevaba como Presidente de la Iglesia era gravoso, ciertas imposiciones del pasado habían desaparecido. "No alcanzo a imaginar", explicó el élder Russell M. Nelson, "cuán dificultoso debe haber sido para el presidente Hinckley saber en épocas anteriores que si la obra había de progresar, él simplemente tenía que moverla en esa dirección. Pero al mismo tiempo necesitaba tener cuidado y subordinarse al Profeta. Durante todos esos años, nunca dio muestras de impaciencia o de sentirse agobiado. Su primera lealtad fue siempre hacia el Presidente de la Iglesia. Supongo, sin embargo, que ninguno de nosotros llegará a saber jamás cuánto tiempo y cuánta energía dedicó a demostrarle respeto y a desempeñar sus funciones de manera que estuvieran de conformidad con los deseos del Presidente. Me reconforta ver que ahora puede promover las cosas sin tener que aguardar a alguien más".²²

Sus colegas entre las Autoridades Generales y otros importantes administradores centrales de las Oficinas de la Iglesia percibieron de inmediato un ritmo acelerado en casi todos los departamentos. "El presidente Hinckley es [una personal progresista]", ha dicho el élder Neal A. Maxwell. "No siempre se embarca en acciones drásticas y arrasadoras. Pero tratándose de tomar una decisión, procede enérgicamente. Consideremos, por ejemplo, la obra misional. Si solamente observamos su influencia en una parte determinada, creo que lo veríamos tomar una serie de decisiones que resultarían en una labor misional más eficaz y que causaría una mayor retención de nuevos conversos. No me sorprendería ver que incluyera una media docena de modificaciones reglamentarias para mejorar significativamente la obra misional".²³

El presidente Hinckley no se deja llevar necesariamente por las tendencias convencionales. Sólo porque algo haya sido hecho siempre de una manera determinada no quiere decir que deba adoptarse para siempre. "[Él] ha estado trabajando en estas oficinas por más de sesenta años", dijo el presidente Packer, "y ha sido capacitado por varios de los grandes hombres de esta dispensación. Es lo que yo llamo 'el orden implícito de las cosas' que se transmite de una generación de líderes a otra. De tales experiencias aquí, entiende dónde se encuentran las facultades propias del Presidente de la Iglesia y también cuáles son sus inherentes limitaciones"²⁴

La comunidad de la Universidad Brigham Young se sorprendió sobremanera cuando, en noviembre de 1995, el presidente Hinckley nombró a una Autoridad General, el obispo presidente Merrill J. Bateman, para que reemplazara a Rex Lee como rector de dicha institución. Y también despertó la curiosidad de la congregación al comenzar la conferencia general de abril de 1996 adelantando que se planeaba construir un salón de asambleas con una capacidad cuatro o cinco veces mayor que la del Tabernáculo.

Cuando la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce emitieron una Proclamación sobre la Familia-la primera proclamación oficial en los últimos dieciséis años-decidió presentarla en una reunión general de la Sociedad de Socorro llevada a cabo el 23 de septiembre de 1995, en lugar de esperar a una oportunidad más pronosticable la semana siguiente en la conferencia general. Anunció el importante documento manifestando que había sido preparado como un mensaje "a la Iglesia y al mundo que expone y reafirma las normas, doctrinas y costumbres concernientes a la familia que los profetas, videntes y reveladores de esta iglesia han declarado

repetidamente a través de su historia". Entonces procedió a leer la declaración, la cual confirmaba la santidad del matrimonio, el significado de la familia y la importancia de la castidad, concluyendo con estas palabras: "Advertimos a las personas que violan los convenios de castidad, que abusan de su cónyuge o de sus hijos, o que no cumplen con sus responsabilidades familiares, que un día deberán responder ante Dios. Aún más, advertimos que la desintegración de la familia traerá sobre el individuo, las comunidades y las naciones las calamidades predichas por los profetas antiguos y modernos. Hacemos un llamado a los ciudadanos responsables y a los representantes de los gobiernos de todo el mundo a fin de que ayuden a promover medidas destinadas a fortalecer la familia y mantenerla como base fundamental de la sociedad".²⁵

Comentando sobre la ocasión, Elaine L. Jack, Presidenta General de la Sociedad de Socorro, dijo: "El presidente Hinckley rindió honores a todas las mujeres de la Iglesia cuando leyó la proclamación en aquella reunión general, porque las mujeres siempre han sido consideradas las guardianas del hogar. Yo no creo que estaba sugiriendo que las madres son más importantes que los padres en el núcleo familiar, sino simplemente reconociendo el valor que adjudica a su papel esencial. Realmente fue una maravillosa declaración para toda la Iglesia, como así también una manifestación de su profundo respeto por la mujer"²⁶

Fue precisamente sobre el tema de la familia y de la proclamación que se basó la conversación que el presidente Hinckley y el élder Neal A. Maxwell tuvieron con el Presidente de los Estados Unidos, Bill Clinton, durante una visita a la Casa Blanca. El presidente Hinckley le dijo al mandatario: "Nosotros creemos que si usted va a componer el país, necesita comenzar por componer las familias. Es ahí donde hay que empezar". Entonces le entregó una copia de la proclamación y dos compendios que contenían seis generaciones de su historia familiar y de la Primera Dama.

Los compromisos de esta clase y otras obligaciones similares le requerían tanto tiempo que, aunque era por naturaleza un eficaz administrador, el presidente Hinckley se vio forzado a delegar a otras personas algunas de las cosas que había hecho por sí mismo durante años. Por ejemplo, en enero de 1996, la Primera Presidencia anunció que, a fin de que pudieran concentrarse más completamente en su ministerio, en adelante no se autorizaría que las Autoridades Generales integraran directorios de corporaciones comerciales, incluso las que fueran propiedad de la Iglesia-lo cual incluía que él mismo abandonara su cargo como presidente del directorio de Bonneville International.²⁷ Asimismo, dejó de integrar varios comités de la Iglesia que por tanto tiempo había dirigido.

Había ciertas responsabilidades, sin embargo, que no quería abandonar-entre ellas la selección de terrenos para templos y otros asuntos relacionados con ellos. Indicó explícitamente a todos los que tenían responsabilidades sobre estos enormes proyectos que debían encontrar la forma de hacer mucho más y de hacerlo más rápidamente. Después de una reunión en la que recomendó que se obtuviera una mayor ayuda en cuanto a la arquitectura para acelerar el diseño y la edificación de nuevos templos, escribió en su diario personal: "Abrigo fuertes sentimientos acerca de esto. Ahora es el momento en que debemos hacer esta obra. Tenemos los recursos para ello. La necesidad es evidente. Creo que tendremos que rendirle cuentas al Señor si no procuramos hacer estas cosas con toda diligencia".²⁸ En cierta ocasión, Ted Simmons, el Director General del Departamento de Propiedades de la Iglesia, dijo en tono de broma que ahora medía una pulgada menos de estatura debido que el presidente Hinckley había estado "aporreándolo" muy duramente para que acelerara la obra de construcción de templos. A esto, el

presidente Hinckley agregó rápidamente: "Sí, y aún perderá otra pulgada más si no se apura en hacerlo".²⁹

En mayo de 1995, el presidente Hinckley y el presidente Faust dirigieron la ceremonia de la "palada inicial" para el templo de Vernal, Utah, que dio comienzo al singular proyecto de renovar y ampliar el Tabernáculo de la Estaca Uintah, señalando la primera vez que un templo habría de construirse utilizando un edificio ya existente. El presidente Hinckley testificó entonces que se había arribado a tal decisión después de deliberar detenidamente sobre ello y bajo la inspiración del Señor.

No era poco común para él viajar por las noches a distintas ciudades de los Estados Unidos y aun a otros países con el fin de inspeccionar posibles lugares donde construir templos. Por cierto tiempo, él y otras personas habían buscado un terreno en los alrededores de Hartford, Connecticut, y aunque ya habían señalado uno, él no estaba muy convencido todavía. Le había implorado al Señor que lo guiara al respecto y al partir en abril de 1995 para asistir a una conferencia regional en el este de los Estados Unidos, decidió que retomaría con una firme decisión en cuanto a la ubicación de ese templo.

Después de pasar todo un día examinando propiedades en Nueva York y en Connecticut, continuaba indeciso. Al día siguiente, durante un almuerzo con los presidentes de estaca del área de Boston (Massachusetts), el presidente Hinckley les habló con toda sinceridad acerca de la dificultad en determinar dónde edificar un templo en esa región. "Hermanos", admitió, "me siento frustrado. Hemos buscado por todos lados en Hartford, Connecticut, tratando de encontrar un terreno y nada hemos conseguido. ¿Tienen ustedes algunas sugerencias?" El presidente Kenneth G. Hutchins, de la Estaca Boston, comentó que creía que la Iglesia tenía una excelente propiedad sobre una colina desde la que se dominaba la ciudad de Boston y que nunca se había aprovechado para nada. Oyendo esto, el presidente Hinckley le pidió al élder Neal A. Maxwell, quien lo acompañaba en ese viaje, que se hiciera cargo de la reunión mientras él iba de inmediato a inspeccionar dicha propiedad. Esa misma noche, describió así en su diario personal lo que aconteció mientras recorría aquel terreno: "Al encontrarme allí tuve el presentimiento de que ése era el lugar, que el Señor había inspirado la adquisición y la conservación de ese terreno. Muy pocas personas parecían estar al tanto de esa propiedad... Creo saber ahora por qué me había resultado tan difícil determinar la situación con respecto a Hartford. Había orado sobre ello. Había venido aquí tres o cuatro veces. Había estudiado los mapas y la demografía de los miembros, y con todo eso no lograba obtener una sólida confirmación. Esta tarde tuve la confirmación al hallarme en ese terreno allí, en Belmont. Éste es el lugar para una Casa del Señor en el área de Nueva Inglaterra".³⁰ En la conferencia general de octubre, durante la sesión del sacerdocio, el presidente Hinckley se disculpó con los santos de Connecticut explicándoles que no se edificaría el templo previamente proyectado para esa localidad y anunció entonces que se construirían templos en Boston y en White Plains, Nueva York. En 1996, la Primera Presidencia anunció también los planes de edificar templos en Monterrey, México, y en Billings, Montana.

La preocupación que el presidente Hinckley sintió en cuanto al lugar donde construir un templo en la costa oriental [de los Estados Unidos] era una indicación de los serios problemas que descansaban sobre sus hombros y los de sus consejeros. Otros problemas no se solucionaban con la misma facilidad. "Algo que me preocupa sobremanera es ver que hay miembros de la Iglesia que están apostatando", explicó al año siguiente de ser llamado como Presidente. "Aprecio enormemente y siento un profundo amor por los miembros que son fieles, pero me

preocupo mucho por los que se inactivan-por lo que podemos hacer para que vuelvan y cómo podemos, en primer lugar, evitar que se alejen".³¹

También le preocupaba el incremento en la administración de la Iglesia y la consecuente burocratización, y desde el principio de su administración pidió al Obispado Presidente que encomendara un estudio con fines de evaluar la eficacia general del desempeño administrativo en la Iglesia. "Me interesa saber", dijo, "si todo lo que estamos haciendo necesita hacerse o no al considerar la gran misión de la Iglesia. ¿Somos acaso tan eficientes como debemos ser? ¿Qué podemos hacer para obtener los mejores frutos en base al dinero de los diezmos que invertimos?"³²

Con frecuencia trataba de que tanto los líderes generales como los líderes locales reconocieran la creciente burocracia de la Iglesia y encontraran la manera de evitar que el desarrollo espiritual de la misma se relegara a un segundo nivel de las funciones administrativas. Aunque creía que se había logrado un cierto progreso en descentralizar la administración de la Iglesia, era mucho lo que restaba por hacerse todavía. Tal como dijo en una ocasión: "Nunca debemos enfrascarnos tanto con los números y el gentío si ello nos hará olvidar el hecho de que es la persona lo que cuenta-sus problemas, sus sueños, sus aspiraciones, sus anhelos, su corazón".³³

"Hemos estado pasando por una época de progreso en que la Iglesia ha podido establecer un sistema administrativo universal ", explicó el presidente Packer, "y el presidente Hinckley ha cumplido una parte vital en todo eso. Pero ahora nos está brindando una clara visión en cuanto a dónde tenemos que ir. Ha dado la señal de que en una Iglesia tan bien organizada debe destacarse el ministerio espiritual y el mensaje de la redención, la Expiación y el ministerio de Jesucristo, y que la consecuencia de ese mensaje es más importante que remodelar el sistema. Ha pedido que nosotros, los Doce, busquemos la manera de presentar el testimonio apostólico a todas las naciones del mundo".³⁴ En diciembre de 1995, la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce dieron a publicidad un nuevo logotipo de la Iglesia, en el cual se da mayor prominencia a la palabra Jesucristo.

El presidente Hinckley también se preocupaba en cuanto al nivel de espiritualidad entre los miembros fieles de la Iglesia. Ante una congregación tras otra daba su testimonio de que el Salvador es la única solución para los problemas del mundo. En la conferencia general de abril de 1996, que coincidió con el Domingo de la Pascua, expresó un ferviente testimonio sobre la gloria del Señor Resucitado, diciendo: "A través de los siglos, muchas personas han pagado con el sacrificio de su comodidad, sus bienes y su vida misma por las convicciones que abrigaban en su corazón de que el Señor resucitado y viviente es real y verdadero. Y entonces se produjo el resonante testimonio del Profeta de esta dispensación con respecto a la maravillosa aparición divina cuando habló con el Padre Todopoderoso y Su Hijo Resucitado. Esa visión, tan gloriosa como indescriptible, pasó a ser el manantial de ésta, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los últimos Días... Imponente sobre toda la humanidad se levanta Jesucristo, el Rey de gloria, el impecable Mesías, el Rey Emanuel... ¡Él vive! Él vive, resplandeciente y magnífico, el Hijo viviente del Dios viviente".³⁵

El presidente Hinckley trató siempre de aprovechar la oportunidad de expresar su agradecimiento por el servicio, la fe y la fidelidad de los miembros de la Iglesia, tanto en forma individual como ante las congregaciones. "Gracias, mis hermanos y hermanas, por la bondad de sus vidas", decía una y otra vez. "Gracias por sus esfuerzos al tratar de cumplir con las normas excelentes de ésta, la Iglesia del

Señor. Gracias por su fe. Gracias por sus manos y corazones de sostenimiento. Gracias por sus oraciones".³⁶

Siempre había sido afectuoso con los miembros de la Iglesia, pero ahora parecía serlo mucho más. Las lágrimas le fluían fácilmente. Quizás era la hermana Hinckley quien más que nadie notaba tal transformación, pues con frecuencia se refería así a su esposo cuando él la llamaba para que hablara. "Yo he conocido a este hombre desde que íbamos a la escuela secundaria y nunca le he oído decir o visto hacer algo que no sea apropiado para un apóstol", dijo en cierta ocasión similar a muchas otras.

"Pero ahora es diferente de lo que era antes de ser ordenado Presidente de la Iglesia. Sé que esto le hace sentirse incómodo y que probablemente me regañe cuando volvamos a casa, pero yo sé que él es un profeta de Dios. He visto que el poder de Dios lo magnifica. Lo he visto resolver problemas que parecían ser casi insolubles porque el Señor le ha dado la inspiración y las respuestas que necesitaba para llevar la obra adelante. Reconozco que él es casi perfecto, no del todo, pero lo más importante es que lleva el manto de Profeta".³⁷

Los colegas del presidente Hinckley en la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce, y también los millones de miembros en todo el mundo, han obtenido un testimonio de su llamamiento divino. El élder Henry B. Eyring expresó de esta manera sus sentimientos: "Uno de los grandes dones de un profeta es el de transmitir revelaciones a la gente. Yo he tenido la oportunidad de salir con él de una reunión, sabiendo haber recibido más de lo que poseía cuando entré porque estuve en su presencia. Eso es un don maravilloso. No solamente hace destacar mis mejores cualidades, sino que también influye en que los cielos hagan resaltar lo mejor que hay en mí. No sé cómo lo hace, pero él posee ese don. Y estoy convencido de que lo transmitirá a toda la Iglesia de tal modo que todos los que realmente quieren ayudar a este profeta descubrirán que son mucho más capaces de hacerlo que nunca antes".³⁸

El élder David B. Haight, que trabajó durante muchos años con el presidente Hinckley como miembro del Directorio de Bonneville International, describió así sus sentimientos: "El mundo está preparado para que sigamos adelante y estamos

entrando en un período de progreso y oportunidades enormes. Las barreras están siendo derribadas y el presidente Hinckley tiene la visión, la experiencia y la inspirada dirección para guiarnos hacia adelante".³⁹

CAPITULO 25

DE LA LUZ A LA OBSCURIDAD

A medida que viajaba a través de la Iglesia reuniéndose con los santos en congregaciones grandes y pequeñas, sus comentarios se relacionaban siempre con un tema característico: que la fe y la fidelidad de cada miembro son esenciales, que la Iglesia no es "una iglesia norteamericana" sino una que progresa de manera extraordinaria doquiera se establece y que su futuro es brillante.

Al concluir la conferencia general de abril de 1996, se refirió a la profecía frecuentemente mencionada comprendida en la oración dedicatoria del Templo de Kirtland: que el reino "llegará a ser una gran montaña y que llenará por completo la

tierra" y que la Iglesia habría de "emerger del desierto de las tinieblas". Entonces terminó diciendo: "Estamos contemplando la respuesta a esa extraordinaria súplica. Más y más, la Iglesia está siendo reconocida en nuestro país y en el extranjero por lo que verdaderamente es".¹

Muchos de sus colegas entre las Autoridades Generales creían que él mismo era parte integral del cumplimiento de esa profecía. "El presidente Hinckley está ayudando a sacar a la Iglesia del anonimato", dijo el élder Neal A. Maxwell. "La Iglesia no puede seguir avanzando como necesita si no nos damos a conocer. Alguien tiene que salir al frente y el presidente Hinckley está dispuesto a hacerlo. Él es un hombre tradicional y moderno a la vez, y posee maravillosos talentos de expresión que le permiten presentar nuestro mensaje de una manera que atrae a la gente de todas partes".²

Verdaderamente, con el correr de los años el presidente Hinckley había aprendido a hablar con soltura acerca del Evangelio, tanto con los ricos como con los pobres, con toda clase de gente, y lo hacía sin condescendencia o presunción. Después de haberlo acompañado durante casi tres semanas en Asia, el élder Joseph B. Wirthlin dijo: "El presidente Hinckley está elevando la Iglesia a un nuevo nivel de admiración en el mundo. Sabe cómo presentar nuestro mensaje a personas que no comparten nuestra fe. Sus instintos le dicen lo que tiene que decir, cómo decirlo y cuándo hacerlo".³ Con frecuencia aconsejaba a los miembros que debían cultivar un espíritu de tolerancia por las personas de otras religiones y convicciones filosóficas, insistiendo en que es posible no estar de acuerdo [con alguien] sin ser antagónico. "Tenemos que cultivar un espíritu de afirmativa gratitud por aquellos que no ven las cosas como nosotros las vemos", dijo a una congregación. "De ningún modo queremos comprometer nuestra teología, nuestras convicciones, nuestro conocimiento de la verdad eterna tal cual nos la ha revelado el Dios de los Cielos. Podemos ofrecer nuestro propio testimonio de la verdad de una manera apacible, sincera, honesta, pero nunca de forma alguna que pueda ofender a los demás" ⁴

También creía que la Iglesia podía aprovechar mejor el empleo de los medios de comunicación para diseminar el mensaje del Evangelio, y durante el primer año de su administración estudió diferentes maneras en que la tecnología de la difusión podría utilizarse para enseñar más eficazmente el Evangelio a un mayor número de personas. "Continuamente me pregunto qué podría hacer para ayudar a los 50.000 misioneros que están sirviendo tan diligentemente en el campo misional", explicó una vez. "Si pudiéramos encontrar maneras en que, en vez de esperar que los misioneros llamen a su puerta, la gente se topara súbitamente con el Evangelio en su vida cotidiana, sería una de las cosas más extraordinarias que pudiéramos lograr".⁵

Durante el primer año de su administración, el presidente Hinckley utilizó con dinamismo los medios de comunicación para difundir el mensaje del Evangelio. En noviembre de 1995, él y el élder Maxwell volaron a la ciudad de Nueva York para ofrecer un almuerzo a algunos de los líderes más influyentes de medios publicitarios y otras instituciones-entre ellos, Mike Wallace, el veterano reportero del programa 60 Minutes de la cadena de televisión CBS.

Después del almuerzo, el presidente Hinckley dio pie a un sociable y por momentos humorístico intercambio. Presentó una reseña del alcance internacional de la Iglesia, comentó en cuanto a sus propósitos misionales, humanitarios y educacionales, y luego contestó preguntas.

Algunas de las indagaciones que siguieron eran fáciles de presagiar. Una pregunta se relacionó con el tema de la mujer y el sacerdocio, otra con el de las excomuniones y las desavenencias en la Iglesia. Otro comentario se refirió al énfasis que la Iglesia pone en la investigación genealógica, y uno de los invitados le pidió al presidente Hinckley que comentara acerca de las ideas falsas que se tienen en cuanto a la Iglesia y sus miembros. Él respondió a cada pregunta con toda candidez y sin vacilación o torpeza. Casi al final de la entrevista, un reportero sugirió: "Presidente Hinckley, es obvio que usted no teme contestar preguntas difíciles... Su sola presencia aquí habla de su sinceridad. ¿Es ésta una nueva franqueza y está tratando la Iglesia de dar a conocer algunas cosas que anteriormente estaban vedadas al público?" El presidente Hinckley respondió: "Hay una sola situación sobre la cual no hablamos y ésta es la sagrada obra que tiene lugar en nuestros templos... En ellos realizamos convenios y ordenanzas que son sagrados y de tal naturaleza que no los comentamos en público... Pero las puertas están completamente abiertas para cualquier otra cosa".⁶

Al concluir el almuerzo, uno tras otro los invitados le dieron la mano y le agradecieron por esa entrevista sin precedentes. Después de lo que demostró ser un evento muy bien recibido, él escribió en su diario personal: "Tuve un profundo sentimiento de aprecio por el Señor, quien me bendijo. Yo sé que me enalteció. Yo sé que Él puso palabras en mi boca... Me atemorizaba tener que enfrentar a toda esa gente. El mérito es del Señor. Lo reconozco con toda sinceridad y placer".⁷

El reportero Mike Wallace había podido verificar que el presidente Hinckley era una persona realmente amable y al terminar el almuerzo dijo que le gustaría producir un programa de televisión sobre él y la Iglesia Mormona. Después de pensarlo por un breve momento, el presidente Hinckley respondió: "Gracias. Estoy dispuesto a aventurarme".

Los reporteros de 60 Minutes son bien conocidos por su agresivo estilo periodístico. Reconociendo que podría haber cierto riesgo en hacerlo y acosado por la idea de pensarlo mejor, procuró la opinión de algunos profesionales en comunicaciones, y escuchó con mucha atención a sus consejeros y otras personas en quienes confiaba. Después de estudiarlo bien, oró con fervor sobre el particular y decidió entonces proceder con ello. Como parte de su preparación, dedicó varias noches a meditar sobre las preguntas que Mike Wallace podría formularle y a escribir detalladamente las respuestas correspondientes. Hizo todo lo que pudo para prepararse personalmente y luego sometió todo a la voluntad del Señor. En diciembre, el presidente Hinckley se sentó ante Mike Wallace y sus ayudantes durante varias horas en una "entrevista cara a cara", como más tarde la describió.

Wallace comenzó preguntándole por qué había aceptado someterse a esa entrevista tan poco común. Su respuesta fue: "Porque me pareció que sería una buena oportunidad para hablarle a la gente sobre algunas cosas de esta gran causa que tanto me interesa".

"Pero eso no es algo tradicional para los mormones", recalcó Wallace. "¿Puede decirnos quién fue el último Presidente de la Iglesia Mormona que consintió en participar en una entrevista televisada sin conocer de antemano las preguntas que se le harían para saber a qué atenerse?" Cuando el presidente Hinckley reconoció que no hubo ninguno, Wallace le dijo: "Así que Gordon Hinckley decidió, aparentemente, que la Iglesia Mormona tiene un mensaje para los Estados Unidos y, al mismo tiempo, para el mundo entero".

"Así es, en realidad", respondió el presidente Hinckley.

"¿Y cuál es el mensaje?", preguntó Wallace.

"Que existe una manera para lograr una paz mayor. Hay una manera de vivir con más armonía. Hay una manera para restablecer los valores que hicieron fuerte a nuestro país. Existe una manera para mejorar las cosas", contestó él.

Ambos hombres disfrutaron desde el principio una particular afinidad. Cuando Wallace le preguntó si el dinámico proselitismo de la Iglesia intentaba "decirnos a nosotros, los paganos, lo que nos estamos perdiendo", el presidente Hinckley respondió: "Sí, es para decirles a todos ustedes lo que se están perdiendo".

"¿Y qué es lo que nos estamos perdiendo?", inquirió Wallace.

"Se están perdiendo el incentivo que proviene de vivir cerca del Señor y de saber que la vida tiene realmente un propósito, y que es una misión y no simplemente una carrera. Es algo maravilloso tener una idea de lo que somos como hijos de Dios con un destino divino, y que podemos hacer de la vida mucho más de lo que hemos estado haciendo".

Cuando Wallace le preguntó si Dios le hablaba como profeta, el presidente Hinckley le respondió refiriéndose a la experiencia que tuvo Elías cuando escuchó una voz apacible y delicada. "Ésa es la voz del Espíritu, y quiero darle a usted mi testimonio de que es algo real". Cuando se le preguntó a qué se debía el rápido progreso de una iglesia que demanda tanto de sus miembros, él respondió con ese tono característico que empleó durante toda la agotadora entrevista: "Esperamos mucho de nuestra gente. Esperamos que observen y mantengan nuestras normas. Sí, son exigentes, y eso es precisamente lo que atrae a la gente a esta Iglesia. Es una fuente de esperanza para un mundo de tan variables valores. Perciben tener algo sólido a lo cual aferrarse aunque todo a su alrededor se derrumbe. La gente está buscando algo substancial y fortalecedor que se base en la verdad eterna y en valores eternos".

Después de que Wallace comparara los comienzos de la Iglesia con el surgimiento de algunos cultos religiosos, el presidente Hinckley le respondió: "Considere sus frutos. Ésa es la prueba. Observe a nuestra Iglesia. Desde que fue organizada en 1830 ha estado progresando firmemente. Nunca ha dado un paso atrás. Su historia es impresionante. La llegada de nuestra gente a los valles de estas montañas es una de las grandes jornadas de América. Dieron su vida por esta causa porque la amaban, porque sabían que era verídica. Eran personas industriosas. Domesticaron el desierto; lo hicieron florecer como la rosa. Ésta no es obra de charlatanes ni de simples soñadores".

Cuando se le preguntó si creía en una vida después de la muerte, el presidente Hinckley contestó: "Por supuesto que sí.

Creo que la vida venidera es tan real como la que estamos viviendo. Creo en que hemos vivido antes de venir aquí y que vivimos con un propósito..."

"Espere, espere", dijo Wallace interrumpiéndolo. "¿Usted cree que vivíamos antes de venir aquí?"

"Oh sí, definitivamente, [vivimos] como inteligencias, como espíritus", respondió el presidente Hinckley.

"¿Existió un espíritu de Gordon Hinckley?", preguntó Wallace.

"Ya lo creo, y también de Mike Wallace".

"Espero que no", dijo Wallace, en tono de broma.

"La vida es algo eterno, Mike", continuó diciendo el presidente Hinckley. "Es parte de un plan eterno, un plan de nuestro Padre para Sus hijos e hijas, a quienes ama. Su obra y Su gloria es llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna de Sus hijos e hijas. Tiene un propósito definido y muy significativo".⁹

Aunque la experiencia fue algo mentalmente exigente y agobiador al considerar las posibles ramificaciones, el presidente Hinckley percibió a Wallace como una persona profesional, bien preparada y respetuosa. A su vez, Wallace describió al presidente Hinckley con palabras de elogio y luego comentó: "Hablando en general, es un hombre excelente, pero en comparación con otras personas de ochenta y cinco años de edad, es increíblemente perspicaz. No hubo pregunta alguna que le pareciera difícil o desagradable. Vino dispuesto a hablar". Wallace agregó que esperaba que ese segmento de 60 Minutes comunicara una historia acerca de la Iglesia que nunca antes había sido relatada por ninguno de sus presidentes en un programa destacado de la televisión.

A pesar de tan positiva experiencia con Wallace, cuando la fecha originalmente proyectada para la transmisión del programa fue postergándose, el presidente Hinckley comenzó a preocuparse sobremanera. En su último discurso de la conferencia general de abril de 1996, se refirió a su entrevista con el "tenaz" reportero de 60 Minutes y reconoció estar un tanto preocupado a causa del programa que se transmitiría esa misma noche. Explicó que había accedido a tener la entrevista porque consideró que ofrecía una oportunidad para comunicar a millones de personas "algunos aspectos afirmativos de nuestra cultura y de nuestro mensaje. "Llegué a la conclusión de que era mejor enfrentar el viento firme de la oportunidad que simplemente encogerme y no hacer nada", dijo, a lo que el auditorio del Tabernáculo respondió con marcado entusiasmo para deleite del Profeta. "No sabemos en qué resultará esto... Si resulta ser algo favorable, estaré muy agradecido. De lo contrario, les prometo que nunca más hede caer en esa clase de trampa".¹⁰

Más tarde esa noche, después de ver finalmente la transmisión de 60 Minutes, quedó gratamente aliviado al descubrir que el programa había sido equitativo y respetuoso, que los temas de controversia fueron tratados sin distorsiones y que por lo general sus comentarios habían sido utilizados debidamente. Wallace había sido, pensó, "muy honrado" para con él y la Iglesia.

La entrevista de 60 Minutes llegó por lo menos a unos cuarenta millones de personas y atrajo una atención inmediata y general. Las oficinas de la Primera Presidencia y las de CBS recibieron un sinnúmero de cartas al respecto. Wallace dijo: "Pienso que Gordon Hinckley quería exponer su Evangelio mormón ante mucha gente y realmente lo consiguió".¹¹ Los miembros de la Iglesia y los que no lo eran respondieron con entusiasmo a ese programa que había presentado a un Presidente que en nada tuvo que disculpar a la organización que dirigía, quien con un tono agradable pero eficaz había explicado los valores intrínsecos del Evangelio a un auditorio compuesto por no miembros de la Iglesia y que tan hábilmente había resistido el fulgor deslumbrante de la atención pública nacional.

La de 60 Minutos fue solamente una de numerosas entrevistas que el presidente Hinckley concedió a periodistas del país e internacionales. Durante los primeros dieciocho meses de su presidencia llevó a cabo importantes conferencias de prensa

en varias ciudades del mundo. Hablaba siempre con soltura y sin temor ni evasivas. Tenía una manera especial de describir con firmeza las virtudes de la Iglesia sin ser arrogante y de explicar los beneficios resultantes de vivir el Evangelio sin menospreciar otras religiones u otros grupos de intereses particulares. Siempre esbozaba un cuadro de esperanzas no sólo en cuanto a la Iglesia sino al mundo en general.

En cada conferencia de prensa comenzaba con una breve declaración acerca de la Iglesia y establecía un ambiente de cordialidad con esa rueda particular de periodistas. A veces apelaba al sentido del humor; con frecuencia demostraba una impresionante familiaridad con el lugar o la gente que estaba visitando, creando de ese modo la sensación de que era "uno de ellos". En un banquete oficial en honor a representantes de trece de los principales periódicos y revistas de Seúl, Corea, por ejemplo, empezó diciendo que había estado visitando ese país por treinta y seis años, que amaba a los coreanos y que admiraba su industriosisidad, su dedicación a los valores de la familia y su interés en la educación. Y también en tono jocoso dijo: "Nosotros tenemos un estricto código para la salud. Nos abstenemos de las bebidas alcohólicas, el tabaco, el café y el té. Como ya se ha dicho, tengo ochenta y cinco años de edad. Disfruto de buena salud y no es porque coma kimchee [comida picante coreana]". Agregó entonces que la Iglesia había invertido en Corea millones de dólares para construir centros de reuniones pero que no había sacado dinero alguno del país, y que en Corea las unidades de la Iglesia eran dirigidas por coreanos. Antes de terminar, dio su testimonio de que Jesucristo es el Hijo de Dios, que José Smith es un Profeta y que el Libro de Mormón es la palabra de Dios.

"El presidente Hinckley respeta mucho los medios de difusión, pero no se siente intimidado por ellos", señaló el élder Neal A. Maxwell, quien había presenciado su actuación en ocasiones similares. "Y posee tal conocimiento tanto de la historia de la Iglesia como de sus estadísticas que es imposible que se lo desconcierte con alguna pregunta que él no haya considerado o analizado mentalmente con anterioridad. Puede responder con extraordinaria concisión toda pregunta importante. Posee una gran rapidez mental y puede ponerse al mismo nivel de cualquier circunstancia que surja. No se siente obligado a disimular ninguna de nuestras imperfecciones como personas. Nunca trata de adornar ni de ocultar nada. Entonces, al percibir cuán genuino es él, los periodistas reaccionan favorablemente. Tiene la capacidad para comunicarse con personas de toda clase y portal motivo está eminentemente preparado para contar al mundo nuestra historia".¹²

El presidente Hinckley anhelaba también acercarse personalmente al mundo y no demoró en distinguirse como un presidente viajero. Durante la conferencia general de abril de 1996, explicó así sus motivos: "He decidido que, mientras tenga la fortaleza necesaria para ello, iré a visitar a la gente en nuestro país y en el extranjero para expresarles mi reconocimiento, alentarlos, cultivarles la fe, enseñarles, agregar mi testimonio al suyo y al mismo tiempo obtener de ellos fortaleza... Tengo la intención de continuar andando con energía por tanto tiempo como pueda. Deseo asociarme con todas las personas a quienes amo".¹³

"El presidente Hinckley es incansable", comentó el presidente Packer. "Nos tiene corriendo a todos para alcanzarlo".¹⁴ El élder Maxwell dijo a un grupo de misioneros en el Lejano Oriente: "El presidente Hinckley tiene una capacidad y una movilidad tan extraordinarias que le permiten abarcar todo el planeta de una manera asombrosa. Ustedes son la primera generación que presencia la obra de expandir la Iglesia en todo el mundo. Nadie hasta ahora había tomado una mayor parte en tal esfuerzo que el presidente Hinckley".¹⁵

Es probable que no haya resultado sorprendente que escogiera a Gran Bretaña como el lugar de su primera visita como Presidente de la Iglesia, puesto que era el lugar por el que sentía un cariño constante. Ya al iniciar su viaje admitió estar tan ansioso por reunirse con los santos allá que quizás su fervor había desplazado su sabiduría en planear su itinerario. Casi todos los días, él y la hermana Hinckley viajaron en automóvil de una ciudad a otra, frecuentemente a más de 150 kilómetros de distancia, y se reunieron con misioneros, inspeccionaron algunas propiedades, concedieron entrevistas con medios de difusión y llevaron a cabo charlas fogoneras para los miembros. En total, el presidente Hinckley pronunció catorce discursos ante unos ocho mil miembros durante su apresurado viaje, lo cual puso de manifiesto el asombroso dinamismo de ese hombre de ochenta y cinco años de edad.

Hablando con los misioneros de la Misión Londres, dijo: "Hoy les está hablando un viejo, gastado y abatido misionero británico". Entonces compartió con ellos algunas de sus propias experiencias en Inglaterra y exhortó a los jóvenes y señoritas a no desalentarse. "Yo sé lo que significa golpear puertas, espantar perros y que les cierren las puertas en la cara. Sé que es muy difícil. Pero, ¿qué importa? ¡Cuánto poder tienen ustedes! ¡Cuánta capacidad tienen para cambiar la vida de las personas!

Quizás no muchas, pero una aquí y otra más allá, les están escuchando. Y con el tiempo, todo un barrio de personas habrán aceptado el Evangelio. Nunca podrán predecir los resultados de lo que hacen cuando están enseñando el Evangelio de Jesucristo. La Iglesia era pequeña y débil cuando yo serví aquí, pero ahora tenemos 160.000 miembros en estas islas".¹⁶

La hermana Hinckley complementaba la labor de su esposo con su característica manera de ser, su sentido del humor y la expresión genuina de su testimonio. Los santos, sin excepción, se deleitaban con el natural intercambio entre los dos. En una reunión, el presidente Hinckley la presentó diciendo: "Haciendo uso de mi prerrogativa, le pediré a la hermana Hinckley que hable. Sé que esto habrá de costarme mucho, pero así sea". Su esposa replicó: "¿Qué harían ustedes si estuvieran casadas con un hombre como éste? Solía haber dos hombres importantes en mi vida-mi esposo y el Presidente de la Iglesia. Ahora, de repente, hay uno solo". Típicamente, su amigable proceder y su ingenio no eran sino un prelude para entonces expresar su sincero testimonio. "Cada día de mi vida voy sabiendo con mayor seguridad que éste es el Evangelio de nuestro Salvador", dijo. "Sólo tengo que pellizcarme para reconocer que he estado presenciando lo que acontece a través de esta maravillosa Iglesia. No puedo decirles cuánto significa para nosotros que ustedes se encuentren aquí. Ustedes fortalecen nuestro testimonio con su sola presencia".¹⁷

La última escala de su viaje antes de regresar a casa fue la ciudad de Dublin, siendo el primer Presidente de la Iglesia, en cuarenta y dos años, que visitaba Irlanda. El Presidente del Área, Graham W. Doxey, describió así la semana que pasó con el Profeta en Gran Bretaña: "Ha sido maravilloso contemplar el rostro de la gente que llega con gran expectativa y se deleita con todo lo que el presidente Hinckley dice. Les encanta su buen humor y el hecho de que sea tan sencillo. Él entiende los problemas de la gente. Les expresa su testimonio y les alienta a seguir adelante. Contemplar cómo responden a un Profeta de Dios ha sido un verdadero deleite".¹⁸

Al mes siguiente de regresar de Gran Bretaña, en la conferencia general de octubre de 1995, el presidente Hinckley anunció que si continuaba el giro actual de las

cosas, la Iglesia iba acelerando un importante acontecimiento aproximadamente en febrero de 1996, cuando llegaría a haber más miembros en el extranjero que en los Estados Unidos. El 26 de febrero de 1996, un artículo publicado en la primera plana del diario Deseret News indicó que tal predicción se había cumplido y que en ese momento la Iglesia estaba recibiendo a un promedio de 950 nuevos miembros por día.¹⁹ "Éste es un logro maravillosamente significativo", explicó el presidente Hinckley. "Representa el fruto de un enorme esfuerzo. El Dios de los Cielos, cuyos siervos somos, nunca propuso que ésta fuera una obra estrecha y parroquial".²⁰

Parecía ser algo natural que tamaño acontecimiento se produjera a principios de la administración del presidente Hinckley, porque él había recorrido el mundo entero de una manera extraordinaria a lo largo de su vida y estaba decidido a continuar haciéndolo. En mayo de 1996, convirtió su viaje a Asia para dedicar el Templo de Hong Kong en una rápida excursión exploratoria del Oriente que duró dieciocho días.

Por doquiera que iba, le esperaban grandes multitudes para saludarlo y escuchar sus palabras. Todos respondían a la visita de no sólo el Presidente de la Iglesia sino del hombre que había pasado mucho tiempo entre ellos en las décadas anteriores. Al hacerlo, fue estableciendo una particular afinidad con los santos en cada país. En casi todas partes a donde iba, la gente confesaba saber íntimamente que el presidente sentía un cariño especial por ellos-y que él era su Presidente.

En Hong Kong presidió y participó en cada una de las siete sesiones dedicatorias del templo de esa ciudad. Se regocijaba de haber comprobado que la mano de obra del edificio como también su arquitectura y su decorado eran de una singular y hermosa naturaleza china. El presidente Hinckley comentó: "Éste es un momento muy emotivo para mí. Este templo representa la cristalización de un sueño y una respuesta a muchas oraciones. Hace treinta y seis años que vine aquí por primera vez, cuando solamente teníamos pequeñas ramas que se reunían en cuartos alquilados. Recuerdo haber tratado de explicarles a un puñado de líderes locales cómo funcionaba la Iglesia empleando diagramas en una pizarra. En esos días difíciles apenas si podía siquiera soñar con que llegaríamos a tener lo que hoy tenemos. Pero ahora la Iglesia ha logrado, con este templo, alcanzar su madurez en Hong Kong. Si alguna vez he sentido en mi vida una fuerte inspiración del Señor, fue con relación a este edificio" .²¹

Desde Hong Kong, el presidente y la hermana Hinckley viajaron a Shenzhen, China, donde fueron objeto de una bienvenida preferencial por parte de dignatarios que representaban la Zona Económica Especial China de Ultramar y las comunidades chinas-asociadas éstas con el Centro Cultural Polinesio de Hawaii. Ésa fue la primera visita de un Presidente de la Iglesia a la China continental.

Desde allí viajó a Camboya y luego a Vietnam. Dedicó la tierra camboyana para la predicación del Evangelio y mientras se encontraba en Hanoi [Vietnam] tuvo la impresión de que debía ofrecer lo que él mismo describió como un "aditamento" a la oración dedicatoria original y dedicó entonces todo el territorio de Vietnam. También se reunió con varios grupos pequeños en ambos países, lo cual le produjo un verdadero oleaje de recuerdos de aquellos días en que había realizado reuniones semejantes a través de Asia.

Estas incursiones por regiones lejanas del mundo le permitían vigorizarles el espíritu a aquellos que estaban colocando los cimientos sobre los que habrían de edificar las generaciones futuras. En áreas donde los bautismos de conversos ocurrían lentamente, él le decía a la gente, una y otra vez, que no había razón para

desalentarse y que la Iglesia progresaría. Desde Hanoi voló a las Filipinas, país que entonces contaba con más de 375.000 miembros de la Iglesia. Ya para la media tarde, el Coliseo Araneta de Manila, donde se llevaría a cabo una charla fogonera, estaba repleto de gente. Cuando entraron al estadio, el presidente y la hermana Hinckley se encontraron con lo que se consideraba el auditorio más numeroso jamás reunido bajo techo para escuchar en persona a un Presidente de la Iglesia. Unos 35.000 miembros se habían aglomerado en los 25.000 asientos y pasillos adyacentes a ese coliseo. Muchos de ellos habían llegado a Manila después de viajar durante veinticuatro horas en barcos y autobuses. Para algunos, el costo del viaje equivalía al salario de varios meses. Como si les hubiera indicado hacerlo, toda la congregación se puso espontáneamente de pie, aplaudió y comenzó a entonar emocionada el himno "Te damos, Señor, nuestras gracias"

El Espíritu fue arrebatador cuando el presidente Hinckley se dirigió a la impresionante multitud. Al finalizar su mensaje, declaró algo que quizás había tenido en su mente durante todo ese viaje por Asia: "No sé si habré de volver aquí otra vez", dijo.

"El mundo es grande y estoy tratando de allegarme a nuestros miembros. Simplemente quiero aprovechar esta ocasión para hablarles de una manera muy personal. Mi corazón abraza un sentimiento muy especial por la gente de esta nación. Ustedes han sufrido mucho en el pasado". Entonces concluyó pronunciando una bendición sobre todos los que se hallaban allí. "Por medio de la autoridad del oficio apostólico, con la autoridad de las llaves de la Presidencia de esta Iglesia, les bendigo para que, si andan en la fe, tengan alimentos en sus mesas, ropa sobre sus espaldas y refugio sobre su cabeza, y que se regocijen constantemente. Tengan a bien aceptar mi amor, mi profundo sentimiento de amor por ustedes".²²

El presidente Hinckley regresó de Asia habiendo hablado ante unos 60.000 miembros de la Iglesia en charlas fogoneras y conferencias especiales, presidido en siete sesiones dedicatorias del Templo de Hong Kong-aparte de la ceremonia de colocación de la piedra angular-y visitado ocho países además de Hong Kong y Saipán. Cuando se le preguntó cómo era que podía mantener un paso tal, él respondió bromeando: "Pues me acuesto todas las noches y me aseguro de levantarme a la mañana siguiente. Y sigo andando". Luego admitió: "El clima en esta parte del mundo es debilitante, pero uno se siente realzado por la gente. Ellos me dan la energía para seguir andando. Me encanta estar entre los santos".²³

Estuvo en su casa apenas una semana antes de partir en otro viaje emprendedor, esta vez a Europa y a la Tierra Santa. Una vez más, el propósito de este viaje se relacionaba con el templo, siendo que dio la palada inicial para uno en Madrid. Pero también visitó a los santos en Bruselas, La Haya, Copenhague, Berlín y la Tierra Santa.

Por dondequiera que iba, su presencia captaba la atención tanto de dignatarios como de la prensa. En Madrid, dos prominentes funcionarios de gobierno asistieron a la ceremonia de la palada inicial, durante la cual el presidente Hinckley concentró sus comentarios en el deseo que la Iglesia tiene de que sus miembros sean buenos ciudadanos de España: "Espero que seamos buenos vecinos de todos los que viven en estos alrededores. Les prometo, a ustedes y a los oficiales de la ciudad de Madrid, que lo que habrá de construirse aquí será hermoso. Edificaremos un templo, un centro de estaca, un centro de capacitación misional y algunas otras instalaciones para satisfacer las necesidades de nuestra gente. La estructura y los jardines serán hermosos. Éste será un lugar santificado y sacrosanto".²⁴ Después de que el presidente y otros oficiales hubieron removido las primeras paladas de tierra,

un jovencito y una jovencita fueron invitados a acercarse y tomar turno con las palas. Al excavar los jóvenes la tierra polvorienta, la multitud estalló en aplausos y un experimentado fotógrafo periodista de la ciudad gritó: "¡Bravo!"

En Bruselas, el presidente Hinckley fue recibido por el Embajador Robert E. Hunter, el representante permanente de los Estados Unidos ante la OTAN, y por Alan John Blinken, Embajador de los Estados Unidos en Bélgica. Cuatro días después, en entrevistas con dos de los principales periódicos de Berlín-el *Berliner Zeitung* y el *Die Welt*-un reportero de este último comenzó indicando que su diario circulaba en unos 130 países. "Nosotros les ganamos. Estamos en 155 [naciones]", respondió bromeando el presidente Hinckley. El artículo resultante lo describió luego como "un hombre encantador que a cualquiera le agradaría tener como vecino", agregando que "el presidente y profeta de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días... causa una cálida y amable impresión". El artículo continuaba con un informe sobre la conferencia regional de Berlín, a la que asistieron más de 3.700 miembros, y decía: "Uno podía ver a muchas familias felices en ropas blancas, muchachas vestidas con faldas hasta el tobillo y hombres jóvenes en camisas con moñito negro que asistían a la reunión. Con frecuencia se refieren a la Iglesia Mormona como 'la Iglesia feliz', lo cual no está muy lejos de ser verdad. Naturalmente, el Sr. Hinckley tenía un mensaje para todos nosotros: Debemos volver a Dios. Él nos da luz y entendimiento en esta época en que todas las normas del pasado se están desmoronando. La familia cabal que vive con amor y comprensión, y la cual practica la oración, es la verdadera fuente de fortaleza para cualquier país".²⁵

Desde Berlín, el presidente y la hermana Hinckley volaron hasta la Tierra Santa, donde nuevamente visitaron los lugares principales de la vida y el ministerio del Salvador. Al término de su estancia allí, él habló a los miembros del Distrito Israel en el auditorio del Centro Jerusalén de la Universidad Brigham Young, mencionando sus visitas a Belén, el Mar de Galilea, el Monte de las Bienaventuranzas, Masada, Meggido, Nazaret, el Aposento Alto, Getsemaní y el Sepulcro del jardín. "Cuando nos hallábamos hoy en Getsemaní", dijo a la congregación, "cruzamos la calle hasta la gruta, nos sentamos en la sombra y leímos las Escrituras. Pienso que Su súplica al Padre, cuando en Su agonía sudó gotas de sangre, fue para que lo librara de ese gran dolor, sufrimiento y aflicción, si era posible. Pero quería que se hiciera la voluntad de Su Padre, no la Suya. Creo que fue algo más que la certidumbre de Su Crucifixión lo que le angustiaba. Era Su función en el plan eterno de crear la tierra, de poblarla, del divino plan por medio del cual el hombre podría ser redimido y progresar hacia la vida eterna, si estuviera dispuesto a aceptar Sus mandamientos y vivir en base a ellos... El Suyo fue un extraordinario mensaje doble de amor y paz en medio del odio y la hostilidad... Por supuesto que existieron otros grandes maestros. Hubo otros que enseñaron la regla de oro. Hubo aún otros que enseñaron los maravillosos conceptos del amor y de la paz. Pero he aquí Uno que enseñaba con gran poder y que luego selló esas enseñanzas con Su propia vida en una ofrenda que escapa toda comprensión".²⁶

Después de dos semanas de viaje, el presidente Hinckley regresó a casa un sábado de noche para reintegrarse a una agenda que parecía no respetar su cansancio ni su edad. Ese domingo, a las 8 de la mañana, habló en el seminario anual para presidentes de misión llevado a cabo en el Centro de Capacitación Misional, en Provo [Utah]; luego regresó a Salt Lake City y pronunció un discurso ante miembros del club internacional Kiwanis que colmaron el Tabernáculo. Al día siguiente, él y la hermana Hinckley viajaron en automóvil hasta Fuerte Cove a fin de presenciar allí la llegada del grupo de carretas del Centenario del Estado de Utah, y habló ante una congregación de casi veinte mil personas que se habían reunido para una "noche de hogar con el Profeta". En su discurso comparó los

viajes que había realizado en las cinco semanas anteriores, en los que visitó diecisiete países, con los problemas que debieron enfrentar los que colonizaron el Oeste y establecieron los cimientos del Evangelio Restaurado. Luego volvió a referirse a un tema familiar, diciendo: "Hemos llegado a ser un pueblo bien conocido. La Iglesia está saliendo del anonimato y de la obscuridad en todo el mundo de una manera notable y maravillosa".²⁷

Fue casi imposible para el presidente Hinckley visitar Fuerte Cove sin pensar en sus antepasados, particularmente en su abuelo y en su padre, quienes habían dejado un legado de fe y devoción que por mucho tiempo había intentado emular. Su abuelo había ayudado a colonizar el Oeste y quizás de ese ejemplo él mismo había adquirido un constante respeto por aquellos que abrieron senderos en tierras desconocidas. Y había sido su padre quien, años antes, le había amonestado a que se olvidara de sí mismo y pusiera manos a la obra. A través de épocas buenas y malas, en momentos de regocijo y de experiencias cargadas de frustración y de congojas, mientras soportaba las escalas en aeropuertos llenos del humo de tabaco y los prolongados y turbulentos vuelos de un continente a otro, había seguido fielmente el consejo de su padre: En verdad, hacía mucho que había dejado de preocuparse principalmente de sus propias necesidades y comodidades, olvidándose de sí mismo y poniendo manos a la obra. En consecuencia, el suyo era un ministerio que había abarcado más de la mitad del siglo veinte y cubierto el globo entero, y que le había requerido una y otra vez proceder él mismo como un pionero moderno. Había muy pocos rincones del mundo en los que no había caminado, hablado, escuchado, enseñado y testificado, y no había literalmente pueblo alguno por el que no sintiera un gran cariño y aprecio.

En sus comentarios finales de la conferencia general de abril de 1996, el presidente Hinckley compartió nuevamente su entusiasmo por la obra en la que había estado embarcado toda su vida y dijo: "Hay todavía algunos, y no son pocos, que critican y se rebelan, que apostatan y levantan la voz en contra de esta obra. Los hemos tenido siempre. Dicen todo lo que quieren en su paso por el escenario de su existencia y poco después se les olvida... [Pero] nosotros seguimos adelante, marchando cual ejército con estandartes de verdades sempiternas. Somos una causa que promueve la verdad y la bondad. Somos soldados cristianos marchando 'con valor... tomando las armas de verdad y luz'... Doquiera que vamos podemos ver la gran vitalidad de esta obra. Dondequiera que se establece, produce entusiasmo. Es la obra del Redentor. Es el Evangelio de las buenas nuevas. Es algo que nos hace felices y nos alienta".²⁸

No reservaba ese entusiasmo y esa visión sólo para cuando estaba detrás del púlpito del Tabernáculo. En cada lugar que visitaba, al hacer oír su voz frente a congregaciones grandes y pequeñas, tanto en circunstancias sociales como religiosas, sus predicciones y su optimismo en cuanto a lo que sucedería en el futuro, su energía y su testimonio del Señor Resucitado y de la Iglesia que lleva Su nombre, eran algo realmente contagioso.

Ante un numeroso auditorio en Londres, dijo: "Lo he visto todo, desde los comienzos cuando sólo contábamos con salalquiladas hasta hoy con esta congregación. Ustedes son esta noche el cumplimiento de las magníficas palabras de Jeremías quien, hablando en el nombre del Señor, dijo: '...Os tomaré uno de cada ciudad, y dos de cada familia, y os introduciré en Sión; y os daré pastores según mi corazón'. (Jeremías 3: 14-15.) Ustedes son el cumplimiento de eso. Esto es Sión para ustedes, y están recibiendo el mensaje del Señor".

Su único interés, como lo explicó, no estaba nunca en el número de conversos, sino en el poder que el mensaje tiene para cambiar la vida de las personas. "¡Cuán maravillosa es esta obra!", dijo. "¡Cuán agradecido estoy por el Evangelio de Jesucristo!... He visto los milagros que el Evangelio ha producido en esta tierra. He conocido a hombres que fueron disolutos en su vida pero que al ser tocados por el Evangelio se convirtieron en gigantes. He visto a sirvientas que se han convertido en reinas de esta obra. Ése es el total propósito de [esta obra]... guiar por el camino, levantarnos, [y] señalar el sendero que conduce a la gloria eterna".²⁹

En ciertos aspectos, él lo había visto todo-desde el personal en las oficinas generales de la Iglesia que una vez podía contarse con los dedos de dos manos, hasta una creciente organización que cubría el mundo con miles de dedicados empleados y voluntarios; desde pequeñas congregaciones de recientes conversos del Oriente, hasta enormes auditorios de miembros capaces y devotos en los amplios salones de aquella tierra; desde un programa misional disminuido por los efectos de la guerra hasta un contingente de más de cincuenta mil misioneros; desde la dedicación del primer templo fuera de los Estados Unidos, hasta la construcción y dedicación de docenas de ellos en todo el mundo; desde una Iglesia que virtualmente no empleaba los medios de difusión, hasta una que podía comunicarse instantáneamente con sus millones de miembros por medio de refinadas redes de satélites y otros elementos modernos.

"Me maravilla lo que está sucediendo hoy en esta Iglesia", dijo en una charla fogonera realizada en Crawley, Inglaterra, como así también en otros lugares. "Pero no me sorprende, porque conozco su misión. Conozco su destino. Sé lo que el Señor ha dicho con respecto ella, que seguirá avanzando y llenará toda la tierra... Mis hermanos y hermanas, no hay nada en todo el mundo que se compare a esta obra. Conozco a mucha gente de otras religiones y tengo amigos en varias iglesias, y los aprecio mucho. Pero sé que ésta es la única iglesia verdadera y viviente en toda la faz de la tierra. El Señor mismo lo ha declarado así y no me disculpo por ello. Podría sonar un tanto egoísta y hasta arrogante, pero no fui yo el autor de esa declaración. El Señor mismo es el autor y así lo creo con todo mi corazón".

Entonces prosiguió con su poderoso testimonio, diciendo: "Dios vive. Él es nuestro Padre Eterno, el Creador y Gobernador del Universo, el Todopoderoso sobre todas las cosas. Él, que está sobre todas las cosas, se dignó a hablar con un jovencito en una arboleda de Nueva York. Él, que está sobre todas las cosas, escuchará las oraciones de ustedes y las mías. Él vive. Jesús es el Cristo, el Hijo preordenado de Dios que consintió en venir a la tierra, que nació en un pesebre en medio de una subyugada nación de vasallos, el Hijo de Dios, el Unigénito del Padre en la carne, el Primogénito del Padre y Autor de nuestra salvación. Él es nuestro Redentor, nuestro Salvador, por medio de cuya Expiación se ha hecho posible la vida eterna para todos los que sean obedientes a Sus enseñanzas. Ruego que aumente en nuestro corazón el testimonio de que ésta es en realidad la Iglesia del Dios viviente y que continuará progresando y avanzando para cumplir su destino divino".³⁰

Desde 1933, cuando aceptó el llamamiento de servir en la Misión Europea, Gordon B. Hinckley ha dedicado esencialmente toda su vida al avance del reino del Evangelio. Todo lo que ha aprendido, todo lo que ha presenciado lo ha colmado de un impenetrable testimonio en cuanto a la obra de Dios. Ahora, como Presidente de la Iglesia, continuará esforzándose hacia adelante, recomendando a todos los que están dentro de su alcance e influencia que sigan lo que él mismo ha determinado que es el único rumbo estrecho y seguro-las inspiradas palabras que su padre le dijo cuando partió para su misión: "No temas, cree solamente".

Yo sé que vive mi Señor,
el Hijo del eterno Dios;
venció la muerte y el dolor,
mi Rey, mi Luz, mi Salvador.

Él vive, roca de mi fe,
la luz de la humanidad.
El faro del camino es,
destello de la eternidad.

Oh, dame siempre esa luz,
la paz que sólo Tú darás,
la fe de andar en soledad,
camino a la eternidad.

Gordon B. Hinckley

Himnos, N°74

APENDICE

RESEÑA HISTORICA

Julio 1, 1843 Ira Nathaniel Hinckley es bautizado en Nauvoo, Illinois.

Julio 9, 1867 Bryant S. Hinckley (padre de Gordon) nace en Coalville, Summit County, Utah. Sus padres: Ira Nathaniel y Angeline W. Hinckley

1867 Brigham Young llama a Ira Nathaniel Hinckley para que construya un fuerte en Cove Creek, Utah

Junio 23, 1910 Gordon B. Hinckley nace en Salt Lake City. Sus padres: Bryant S. y Ada Bitner Hinckley

Noviembre 23, 1911 Marjorie Pay nace en Nephi, Utah. Sus padres: LeRoy y Georgetta Pay

1917 Comienza su educación escolar en Hamilton School

1918 Stanford Hinckley, hermano mayor de Gordon, muere en Francia a causa de pulmonía durante la Primera Guerra Mundial

Abril 28, 1919 Es bautizado por su padre

Junio, 1928 Se gradúa de la Escuela Secundaria LDS

Octubre 29, 1929 El fracaso de Wall Street provoca la Gran Depresión económica de los Estados Unidos.

Noviembre 9, 1930 Fallece Ada Bitner Hinckley

Junio, 1932 Se gradúa de la Universidad de Utah

1933-1935 Sirve como misionero en la Misión Europea, con oficinas centrales en Londres, Inglaterra

Agosto, 1935 Es nombrado secretario ejecutivo del Comité de Radio, Publicidad y Literatura Misional de la Iglesia

1936-1937 Sirve como superintendente de la Escuela Dominical en la Estaca Liberty

Abril 29, 1937 Contrae matrimonio con Marjorie Pay

1937-1946 Sirve en la Mesa Directiva de la Escuela Dominical

1939 Supervisa la producción de la exhibición de la Iglesia en la Feria Mundial de San Francisco en Treasure Island

Marzo 31, 1939 Nace Kathleen Hinckley

Noviembre 1940-Mayo 1941 Construye su hogar en East Millcreek

Mayo 2, 1941 Nace Richard Gordon Hinckley

Diciembre 7, 1941 Japón bombardea Pearl Harbor y provoca así la participación de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial

1943 Acepta el cargo de superintendente ayudante de la Estación y Compañía Ferroviaria de Salt Lake City

Verano de 1944 Es ascendido a gerente asistente del departamento de correos, equipaje y servicios de entrega inmediata del Ferrocarril Denver y Río Grande en la sede central de Denver (Colorado)

Enero, 1945 La familia Hinckley se muda a Denver

Febrero 8, 1945 Nace Virginia Hinckley

Mayo 7, 1945 Se rinde Alemania

Mayo 14, 1945 Fallece el presidente Heber J. Grant

Mayo 21, 1945 George Albert Smith es ordenado como el octavo Presidente de la Iglesia

Septiembre 7, 1945 Se rinde Japon y termina la Segunda Guerra Mundial

Otono de 1945 La familia Hinckley retorna a Salt Lake City

Abril 20, 1946 Es llamado como segundo consejero del presidente Lamont B. Gundersen en la presidencia de la Estaca Salt Lake East Millcreek

Octubre 30, 1947 Nace Clark Bryant Hinckley

Enero 24, 1948 Supervisa la reconstrucción de la cabana de Henry Bigler para conmemorar el centenario del descubrimiento de oro en Coloma, California

Noviembre 14, 1948 Es llamado como primer consejero en la presidencia de la Estaca East Millcreek

Octubre, 1949 Tiene lugar la primera transmisión de una conferencia general a través de la estación de televisión KSL

Junio 25, 1950 Corea del Norte invade Corea del Sur

Abril 4, 1951 Fallece el presidente George Albert Smith

Abril 9, 1951 David O. McKay es sostenido como el noveno Presidente de la Iglesia

1951 Es llamado por el presidente Stephen L. Richards a servir como secretario ejecutivo del Comité General Misional

Julio 27, 1953 Se firma en Panmunjom el pacto que da término a la Guerra de Corea

Agosto 5, 1953 David O. McKay da la palada inicial para un templo en Zollikofen, Suiza

1953 El presidente McKay le pide que ayude a preparar las instrucciones relativas al templo que se presentaran en distintos idiomas en el Templo de Suiza

Febrero 27, 1954 Nace Jane Hinckley

Septiembre 11-15, 1955 Asiste a la dedicación del Templo de Suiza

Marzo 11-14, 1956 Asiste a la dedicación del Templo de Los Angeles

Octubre 28, 1956 Es llamado por los líderes Harold B. Lee y George Q. Morris como presidente de la Estaca Salt Lake East Millcreek

Abril 6, 1958 Es llamado como Ayudante del Quorum de los Doce; los miembros de la Iglesia suman 1.500.00 en 273 estacas y 2.500 barrios y ramas

Abril 20,1958 Asiste a la dedicación del Templo de Nueva Zelanda

Agosto 17,1958 Es relevado como presidente de la Estaca East Millcreek

Septiembre 7-9,1958 Asiste a la dedicación del Templo de Londres

Mayo 17,1959 Dedicación del Centro de la Estaca East Millcreek y la capilla del Barrio 2

Mayo 19,1959 Fallece el presidente Stephen L Richards

Noviembre 13,1959 Efecto es el sellamiento matrimonial de Kathleen y Alan Barnes en el Templo de Salt Lake

Principios de 1960 El presidente Henry D. Moyle le asigna a Gordon la responsabilidad de supervisar las misiones del Lejano Oriente Sur y del Lejano Oriente Norte

Marzo, 1960 La Primera Presidencia pide al Comité General del Sacerdocio, bajo la dirección de Harold B. Lee, que estudie los programas y cursos de estudio de la Iglesia con el objeto de lograr una mejor "correlación"

Abril 29 Junio 18,1960 Realiza su primer viaje a Asia (Japón, Corea, Okinawa, Taiwan, Filipinas, Hong Kong)

Abril 28,1961 Inicia la obra misional en las Filipinas durante un servicio de amanecer en el Cementerio Estadounidense de Manila; al servicio asiste el unico miembro filipino de la Iglesia

Mayo 16,1961 Se encuentra en Seul, Corea, durante un golpe de estado

Junio 5,1961 Fallece Bryant S. Hinckley

Septiembre 30,1961 Es sostenido como miembro del Quórum de los Doce; los miembros de la Iglesia suman 1.800.000, con 345 estacas organizadas

Febrero-Marzo, 1962 Marjorie lo acompaña por primera vez en su viaje a Asia

Marzo, 1962 Se reduce de veinte a diecinueve años la edad en que los hombres jóvenes pueden ser llamados a cumplir una misión

Verano de 1962 Acompaña al presidente Henry D. Moyle en una gira de 21 días por las misiones de Gran Bretaña y Europa

Enero 31, 1963 El presidente David O. McKay reorganiza el Comité Ejecutivo Misional, con Joseph Fielding Smith como director y Marion G. Romney, Gordon B. Hinckley y Boyd K. Packer como miembros

Mayo 22,1963 Dedicación de la Rama Haapu, en Tahiti; un gran número de miembros de la Iglesia mueren a consecuencia del naufragio de su barco al regresar a la Isla Maupiti

Julio, 1963 Richard Hinckley regresa de su misión en Alemania

Septiembre 18,1963 Fallece el presidente Henry D. Moyle

Octubre 4, 1963 Se reorganiza la Primera Presidencia con Hugh B. Brown como primer consejero y N. Eldon Tanner como segundo consejero; a la edad de 36 años, Thomas S. Monson es llamado al Quórum de los Doce

Octubre 6, 1963 Hace use de la palabra en el programa de CBS "Church of the Air"

Octubre 20, 1963 Dedicación del Centro de la Estaca Pearl Harbor

Noviembre 22, 1963 Es asesinado el presidente de Estados Unidos John F. Kennedy

Septiembre, 1964 Se anuncia al público la creación de Bonneville International, con Gordon B. Hinckley como vicepresidente y signatario

Noviembre 17, 1964 Participa en la dedicación del Templo de Oakland, en la cual preside el presidente David O. McKay

Noviembre-Diciembre, 1964 Viaja por el mundo con Marjorie, con escalas en Asia, India, la Tierra Santa, Grecia, Alemania, Bélgica e Inglaterra

Septiembre 10, 1965 Efectúa el sellamiento matrimonial de Virginia y James Pearce en el Templo de Salt Lake

Septiembre 22, 1965 Debido a la Guerra de Vietnam, se establece la cuota de dos misioneros por cada barrio en los Estados Unidos para cumplir con los reglamentos del Servicio Militar

Octubre 28, 1965 Joseph Fielding Smith y Thorpe B. Isaacson son llamados como consejeros en la Primera Presidencia

Enero 29, 1966 Entrega al presidente David O. McKay el primer volumen del Libro de Mormón traducido al idioma chino

Mayo 1, 1966 Se organiza la primera estaca sudamericana en Sao Paulo, Brasil

Verano de 1966 La familia Hinckley visita Nueva York con motivo de la Feria Mundial

Septiembre 30, 1966 Es uno de los tres fundadores de la Corporación Administrativa Deseret

Octubre 9-23, 1966 Dedicación de capillas en Seul (Corea), Naha (Okinawa), Taipei (Taiwan) y Makati (Filipinas)

Octubre 29, 1966 Visita Saigón (Vietnam) con el elder Marion D. Hanks y Keith E. Garner

Octubre 30, 1966 En la terraza del Hotel Caravelle, en Saigón, dedica Vietnam del Sur para la predicación del Evangelio

Noviembre 2, 1966 Junto con el elder Marion D. Hanks, dedica Tailandia en el Parque Lumpini de Bangkok para la predicación del Evangelio

Principios de 1967 Se publica la primera edición del Libro de Mormón en idioma coreano

Marzo, 1967 Clark ingresa en el Centro de Capacitación Misional en camino a la Misión Argentina del Norte

Abril 11-27, 1967 Acompaña al presidente Hugh B. Brown en la primera visita de un miembro de la Primera Presidencia al Oriente

Mayo 11-19, 1967 Realiza su primer viaje a Sudamérica

Julio 28, 1967 Efectúa el sellamiento matrimonial de Richard Hinckley y Jane Everett Freed en el Templo de Salt Lake

Septiembre 29, 1967 Se llama a sesenta y seis hombres como Representantes Regionales

Octubre 30-Noviembre 2, 1967 Asiste a una conferencia para soldados en Berchtesgaden, Alemania

Mayo 12-Noviembre 5, 1968 Participa en la campaña que derrota un referéndum que intentaba permitir en Utah la venta de bebidas alcohólicas al mostrador

Junio 1, 1968 Es relevado de su cargo como supervisor en Asia y recibe la responsabilidad de la obra en Sudamérica

Noviembre 22-Diciembre 3, 1968 Realiza su primer viaje a Sudamérica como supervisor de área

Junio, 1969 Se envían los primeros misioneros a España, entre ellos Clark Hinckley

Noviembre 1, 1969 Se inaugura oficialmente la Misión Asia Sudeste, con oficinas centrales en Singapur

Enero 18, 1970 Fallece el presidente David O. McKay a la edad de 96 años

Enero 23, 1970 Joseph Fielding Smith es ordenado como el décimo Presidente de la Iglesia, con Harold B. Lee y N. Eldon Tanner como consejeros

Febrero 2, 1970 Fallece Sylvia, la hermana menor de Gordon

Febrero 22, 1970 Organiza la Estaca Lima Perú

Marzo 13, 1970 Junto con los líderes Ezra Taft Benson y Hugh B. Brown, dedica el Pabellón Mormón de la Feria Mundial en Osaka (Japón)

Marzo 15, 1970 Junto con el líder Ezra Taft Benson, organiza la primera estaca de Asia en Tokio, Japón

Marzo 16, 1970 Junto con el líder Ezra Taft Benson, organiza la Misión Japón Este

Abril, 1970 Es designado consultor de la Primaria y de la Escuela Dominical; también es director del Comité de Correlación de Programas para Niños

Abril 5, 1970 Boyd K. Packer es llamado al Quórum de los Doce

Mayo 31, 1970 Un devastador terremoto sacude al Peru pocos minutos despues de que saliera de Lima el avión en el que Gordon viajaba; el 4 de junio siguiente, Gordon regresó a ese país para ayudar a los miembros de la Iglesia

Julio 24, 1970 El presidente de los Estados Unidos Richard M. Nixon visits Salt Lake City

Febrero 25, 1971 Recibe de la Asociación de Ex Alumnos de la Universidad de Utah el Premio por Servicios Distinguidos

Mayo 18, 1971 Es designado director del Area Europea-Alemana

Junio 29, 1971 Es nombrado presidente y director del comite ejecutivo de la Compañía Editora Deseret News

Julio 30, 1971 Emprende su primer viaje a Alemania y a Suiza como supervisor de Area

Agosto 27-29, 1971 Asiste a la primera conferencia de Area de la Iglesia en Manchester, Inglaterra

Octubre 19, 1971 Junto con los eldres Thomas S. Monson y Boyd K. Packer, Gordon ayuda a organizar el Grupo Genesis para los miembros de raza negra de la Iglesia

Noviembre 12, 1971 Asiste a la ceremonia de inauguración de Dallin H. Oaks como presidente de la Universidad Brigham Young

Enero 18, 1972 El presidente Joseph Fielding Smith dedica el Templo de Ogden

Febrero 5, 1972 Es relevado del cargo de director del Comité de Correlación de Programas para Niños; es asignado como uno de tres consultores de la Primera Presidencia en cuanto a correlación, doctrina y procedimientos en la Iglesia

Febrero 9, 1972 El presidente Joseph Fielding Smith dedica el Templo de Provo

Febrero 18, 1972 Pasa formar parte del consejo directivo de Utah Power and Light

Julio 2, 1972 Fallece el presidente Joseph Fielding Smith a la edad de 95 años

Julio 7, 1972 Harold B. Lee es ordenado como el undécimo Presidente de la Iglesia; N. Eldon Tanner y Marion G. Romney son llamados como consejeros

Septiembre, 1972 Viaja a la Tierra Santa con el presidente Harold B. Lee

Septiembre 19, 1972 Visita el monte Areópago, en Grecia, y ofrece allí una oración que según el presidente Lee habría de considerarse como la rededicación de la tierra griega

Septiembre 28, 1972 Después de regresar de Europa y la Tierra Santa, Gordon asiste con el presidente Lee a una conferencia de prensa en el hotel Waldorf Astoria, en Nueva York

Mayo 25, 1973 Junto con el presidente Spencer W. Kimball, Gordon habla durante la dedicación del hogar de Brigham Young y otros edificios restaurados en Nauvoo, Illinois

Agosto 25, 1973 Asiste a la Conferencia de Area en Munich, Alemania

Agosto 27, 1973 Recorre Gran Bretaña con el presidente y la hermana Lee

Octubre 8, 1973 Efectúa el sellamiento matrimonial de Clark Hinckley y Kathleen Hansen en el Templo de Salt Lake

Diciembre 26, 1973 Fallece el presidente Harold B. Lee a la edad de 74 años

Diciembre 29, 1973 Pronuncia un discurso en el funeral del presidente Lee

Diciembre 30, 1973 Spencer W. Kimball es ordenado como el duodécimo Presidente de la Iglesia, con N. Eldon Tanner y Marion G. Romney como consejeros

Abril, 1974 En la conferencia general, el presidente Kimball pronuncia un memorable discurso sobre la obra misional ante Representantes Regionales- discurso que Gordon califica como "el más extraordinario que jamás se haya dado en estos seminarios"

Junio 26, 1974 Se reúne en Jerusalén con el alcalde Teddy Kollek para tratar sobre el Jardín Conmemorativo Orson Hyde

Septiembre, 1974 Recibe a invitados especiales, incluso la Primera Dama estadounidense Betty Ford, en casa abierta del Templo de Washington

Septiembre 12, 1974 Ofrece la oración de apertura en el Congreso estadounidense

Noviembre 19, 1974 Participa en la dedicación del Templo de Washington, en la cual preside el presidente Kimball

Febrero 13, 1975 Redbe nuevas asignaciones, siendo relevado por primera vez del comité misional después de servir en él durante cuarenta años

Marzo 17-18, 1975 Conduce visitas exclusivas para ministros religiosos en el Templo de Arizona antes de la dedicación del mismo

Abril 10, 1975 Es llamado como director del comité ejecutivo del consejo fiduciario de la Universidad Brigham Young

Abril 15-16, 1975 El presidente Kimball dedica nuevamente el Templo de Arizona después de la remodelación del mismo; también asiste Gordon y hace uso de la palabra

Mayo 3, 1975 La Primera Presidencia anuncia la creación del programa de supervisores de área; Gordon es designado consultor del Área Atlántico Norte

Junio 10, 1975 Efectúa el sellamiento matrimonial de Jane y Roger Dudley en el Templo de Salt Lake

Junio 27, 1975 Durante la sesión de apertura de la Conferencia de Junio de 1975 se anuncia la abolición de las conferencias de organizaciones auxiliares

Julio 24, 1975 El presidente Kimball dedica el edificio de 28 pisos de las Oficinas Generales de la Iglesia

Agosto, 1975 Asiste a las conferencias de área en Asia, incluyendo reuniones en Tokio, Hong Kong, Taipei, Manila y Sedl; se anuncia la construcción del Templo de Tokio

Octubre 3, 1975 El presidente Kimball anuncia la nueva organización del Primer Quorum de Setenta

Octubre 10, 1975 Se refina con el Emperador de Japón en San Francisco, California

Abril 3, 1976 Los miembros que asisten a la conferencia general aceptan la Visión de José Smith referente al Reino Celestial y la Visión de Joseph F. Smith en cuanto a la Redención de los Muertos para ser agregadas a la Perla de Gran Precio (estas Escrituras pasaron a ser parte de Doctrina y Convenios el 6 de junio de 1979)

Junio, 1976 Todas las estacas y misiones en todo el mundo son puestas bajo la directa supervisión de consultores y supervisores de área; Gordon B. Hinckley es designado a supervisar Japón, Corea, el Sudeste de Asia y las Filipinas

Junio 5, 1976 Se forman cuatro comités ejecutivos dentro del Quorum de los Doce; es designado director del Comité Ejecutivo del Sacerdocio de Melquisedec

Diciembre 15-24, 1977 Viaja a Japón con el equipo de fútbol de la Universidad Brigham Young

Febrero 8, 1978 Es llamado a integrar el comité ejecutivo del consejo directivo del Banco Nacional Zion

Marzo 31, 1978 El presidente Kimball anuncia durante un seminario para Representantes Regionales que en adelante las conferencias de estaca se efectuarán semestralmente en vez de cada tres meses

Primavera de 1978 Juntamente con el elder Boyd K. Packer es designado consultor del Departamento Histórico de la Iglesia

Mayo 28, 1978 Juntamente con el elder David B. Haight preside en las ceremonias en el Royal Albert Hall, en Londres, para organizar allí tres estacas

Junio 1, 1978 Pronuncia fin discurso en los servicios dedicatorios del Centro para Visitantes en el sector sur de la Manzana del Templo

Junio 9, 1978 En una carta fechada el 8 de junio, la Primera Presidencia anuncia la revelación de que todo varón digno podrá recibir el sacerdocio. El 30 de septiembre, en la conferencia general, los santos aceptan esta revelación con voto de sostenimiento

Agosto, 1978 Se refina con el Rey Juan Carlos I de España y José Luis Álvarez, alcalde de Madrid

Septiembre 9, 1978 Se anuncia un nuevo programa de capacitación para misioneros: Los misioneros asignados a misiones de habla inglesa recibirán cuatro semanas de capacitación; los que tengan que aprender otros idiomas recibirán ocho semanas de instrucción en el Centro de Capacitación para Misioneros

Septiembre 30, 1978 James E. Faust es llamado al Quorum de los Doce; se anuncia en la conferencia general la creación de un nuevo estado emérito para Autoridades Generales

Octubre 24, 1978 Asiste a la Conferencia de Área de África del Sur

Octubre 30, 1978 Asiste a la dedicación del Templo de Sao Paulo, en la cual preside el presidente Kimball

Febrero 18, 1979 Se crea la estaca número 1.000 en Nauvoo, Illinois

Marzo 13, 1979 Asiste a la rededicación del Templo de Logan, Utah

Abril 12, 1979 Recibe de la Universidad Brigham Young un diploma honorario de Doctor en Letras

Junio 23-24, 1979 Asiste a la Conferencia de Área de Houston [Texas], la primera que se realiza en los Estados Unidos

Septiembre 7, 1979 El presidente Kimball recibe la primera operación para removerle un tumor cerebral

Octubre 26, 1979 Representando a la Iglesia, recibe el título de propiedad del Almacén de Newell K. Whitney

Noviembre, 1979 El presidente Kimball recibe una segunda operación de cerebro

Marzo 27, 1980 Su obra acerca de José Smith pasa a formar parte del Diario de sesiones del Congreso de los Estados Unidos

Abril 6, 1980 Asiste con el presidente Kimball y el elder Hugh W. Pinnock en la casa de campo de Peter Whitmer, en Fayette, Nueva York, con motivo de la transmisión vía satélite en celebración de su sesquicentenario; lee la proclamación de la Primera Presidencia y el Quorum de los Doce

Abril 7, 1980 Junto con J. Willard Marriott (hijo) es entrevistado por Tom Brokaw en el programa de televisión Today

Mayo 9, 1980 Se anuncia el nombramiento de Jeffrey R. Holland como el nuevo presidente de la Universidad Brigham Young

Mayo 13-27, 1980 Acompaña en fin de viaje a China a la agrupación Young Ambassadors de la Universidad Brigham Young

Octubre 18-Noviembre 1, 1980 Asiste a conferencias de área en Filipinas, Hong Kong, Taiwan y Japón

Octubre 27, 1980 Asiste a la dedicación del Templo de Tokio, en la cual preside el presidente Kimball

Noviembre 17, 1980 Asiste a la dedicación del Templo de Seattle (Washington), en la cual preside el presidente Kimball

Febrero 27, 1981 Lee por primera vez el documento titulado Joseph Smith III

Marzo 13, 1981 Acompaña al presidente Kimball para reunirse con el presidente Ronald Reagan, de los Estados Unidos

Abril, 1981 El presidente Kimball anuncia los planes de construir templos en Chicago (Illinois), Dallas (Texas), Ciudad de Guatemala, Lima (Peru), Frankfurt (Alemania), Estocolmo (Suecia), Seul (Corea), Manila (Filipinas) y Johannesburgo (Africa del Sur)

Mayo, 1981 Acompaña a los grupos artísticos de la Universidad Brigham Young a Yugoslavia, Rumania y Rusia

Mayo 30-31, 1981 En viaje regreso de Rusia hace escala en Japón para organizar la Estaca Tokio Sur y la Estaca Hiroshima

Julio 15, 1981 Es llamado por el presidente Kimball a servir como consejero en la Primera Presidencia

Julio 23, 1981 Es apartado como consejero del presidente Kimball

Agosto 15, 1981 Participa en la instalación de la piedra angular del Templo Jordan River, Utah

Agosto 23, 1981 Dedicación de la sede nacional de los Hijos de los Pioneros de Utah

Septiembre 5, 1981 El presidente Kimball recibe su tercera y más seria operación de cerebro

Octubre 3, 1981 Se anuncia la inauguración de una red de quinientos discos de recepción vía satélite para centros de estaca fuera del estado de Utah

Noviembre 16, 1981 Participa en la dedicación del Templo Jordan River, Utah, en la cual preside el presidente Marion G. Romney

Marzo 18, 1982 Se anuncia la formación de tres comités ejecutivos de la Iglesia: el Comité Ejecutivo Misional, el Comité Ejecutivo del Sacerdocio y el Comité Ejecutivo de Genealogía (denominado más tarde Consejo Ejecutivo sobre la obra del Templo y la Historia Familiar)

Abril, 1982 Se anuncia la construcción de templos en Boise (Idaho), Denver (Colorado), Guayaquil (Ecuador) y Taipei (Taiwan)

Abril 1, 1982 Se anuncia que el número de miembros de la Iglesia es de 5 millones

Abril 2, 1982 En conferencia general se anuncian cambios en el financiamiento de los centros de reuniones, con los costos de construcción a cargo de los fondos generales de la Iglesia y los gastos de operación a cargo de las unidades locales

Abril 2, 1982 Se anuncia que en adelante los misioneros regulares servirán como tales por dieciocho meses en vez de veinticuatro

Mayo 6, 1982 Es internado en el Hospital LDS donde permanece por primera vez de la noche a la mañana

Junio 30, 1982 La Enmienda de Igualdad de Derechos es formalmente rechazada después de diez años de controversia

Agosto 14, 1982 Dedica diecisiete lugares históricos en Nauvoo (Illinois)

Agosto 25, 27, 1982 Preside en la ceremonia de la palada inicial de los templos de Manila (Filipinas) y Taipei (Taiwan)

Septiembre 10, 1982 Acompaña al presidente Ronald Reagan, de los Estados Unidos, en una visita a la planta de envasados de la Iglesia para mostrarle el programa de bienestar en plena actividad

Septiembre 13, 1982 Fallece Ruth Hinckley Willes, hermana de Gordon

Octubre 3, 1982 La Primera Presidencia anuncia el agregado de un subtítulo en el Libro de Mormón: "Otro Testamento de Jesucristo"

Noviembre 27, 1982 Fallece el presidente N. Eldon Tanner

Diciembre 2, 1982 Es reorganizada la Primera Presidencia; Gordon B. Hinckley es llamado como segundo consejero del presidente Kimball

Diciembre 5, 1982 Dirige y habla en una charla fogonera para la juventud de toda la Iglesia sobre el tema de la moral, siendo esa la primera vez que para transmitirla se utiliza la red vía satélite, a excepción de las conferencias generales

Enero 22, 1983 Preside en la ceremonia de la palada inicial del Templo de Dallas (Texas)

Marzo 4, 1983 La Primera Presidencia autoriza la adquisición de un documento que supone ser el acuerdo original entre José Smith y E. B. Grandin para la publicación del Libro de Mormón

Abril 3, 1983 Se dedica nuevamente el renovado Salón de Asambleas en la Manzana del Templo

Junio 14, 1983 Dedica el Templo de Atlanta, Georgia

Agosto 5-7, 1983 Dedica el Templo de Apia, Samoa

Agosto 9, 1983 Dedica el Templo de Nukualofa, Tonga

Agosto 13, 1983 Preside en la ceremonia de la palada inicial del Templo de Chicago, Illinois

Septiembre 15-17, 1983 Dedica el Templo de Santiago, Chile

Octubre 27-29, 1983 Dedica el Templo de Papeete, Tahití

Diciembre 2-4, 1983 Dedica el Templo de la Ciudad de México

Abril 4, 1984 Dedicación del Museo Histórico y de Arte de la Iglesia en Salt Lake City

Abril 7, 1984 Los primeros miembros temporarios del Primer Quórum de Setenta son llamados por períodos de 3 a 5 años

Abril 7, 1984 La Primera Presidencia anuncia los planes de construir templos en Las Vegas (Nevada), Portland (Oregón), San Diego (California), Toronto (Canadá) y Bogotá (Colombia)

Mayo 19, 1984 Preside en la ceremonia de la palada inicial del Templo de Denver, Colorado

Mayo 25-30, 1984 Dedicación del Templo de Boise, Idaho

Junio, 1984 La Primera Presidencia anuncia el llamamiento de miembros del Primer Quórum de Setenta como Presidencias de Área para dirigir trece regiones geográficas en todo el mundo

Septiembre 20-23, 1984 Dedicación del Templo de Sídney, Australia

Septiembre 25-27, 1984 Dedicación del Templo de Manila, Filipinas

Octubre 19, 1984 Dedicación del Templo de Dallas, Texas

Octubre 28, 1984 150 años después de la creación de la primera estaca en Kirtland, Ohio, se organiza la número 1.500: la Estaca de Ciudad Obregón México Yaqui

Noviembre 17-18, 1984 Dedicación del Templo de Taipei, Taiwán

Noviembre 26, 1984 La Primera Presidencia anuncia que, a partir del 1° de enero, 1985, el servicio misionero de los ancianos solteros volverá a ser por veinticuatro meses

Diciembre 14-16, 1984 Dedicación del Templo de la Ciudad de Guatemala

Enero, 1985 Los miembros de la Iglesia en Estados Unidos participan en un ayuno especial a beneficio de las víctimas del hambre existente en África y otras partes del mundo. Dicho ayuno ayuda a recaudar más de 6 millones de dólares

Marzo 10, 1985 Habla en una charla fogonera para toda la Iglesia utilizando las nuevas ediciones de los libros canónicos

Abril 3, 1985 Habla en una histórica reunión de presidentes de misión de todo el mundo

Junio 29-30, 1985 Dedicación del Templo Freiberg, en la República Democrática Alemana

Julio 1, 1985 Preside en la ceremonia de la palada inicial del Templo de Francfort, Alemania

Julio 2-4, 1985 Dedicación del Templo de Estocolmo, Suecia

Julio 28, 1985 Habla en la ceremonia conmemorativa del quincuagésimo aniversario del Monumento del Ángel Moroni en el Cerro Cumora

Agosto 9-13,1985 Dedicación del Templo de Chicago, Illinois

Agosto 24-25, 1985 Dedicación del Templo de Johannesburgo, África del Sur

Octubre 15,1985 Steven F. Christensen y Kathy Sheets mueren víctimas de bombas explosivas

Octubre 16,1985 Mark Hoffman resulta herido a causa de una bomba explosiva

Octubre 23,1985 Juntamente con los líderes Dallin H. Oaks y Hugh W. Pinnock, lleva a cabo una conferencia de prensa acerca de los documentos de Mark Hoffman y los asesinatos correspondientes

Octubre 23,1985 Dedicación de la Biblioteca Genealógica de la Iglesia (nombre a reemplazarse en 1987 como Biblioteca de Historia Familiar)

Noviembre 5,1985 Fallece el presidente Spencer W. Kimball a la edad de noventa años

Noviembre 9,1985 Habla en el funeral del presidente Kimball

Noviembre 10,1985 Ezra Taft Benson es ordenado como el decimotercer Presidente de la Iglesia Gordon B. Hinckley y Thomas S. Monson son nombrados como consejeros

Noviembre 30,1985 Preside en la ceremonia de la palada inicial del Templo de Las Vegas, Nevada

Diciembre 14,1985 Dedicación del Templo de Seul, Corea

Enero 10,1986 Dedicación del Templo de Lima, Perú

Febrero 20,1986 Recibe el Premio "Silver Beaver" del Consejo Great Salt Lake de los Boy Scouts de América

Marzo, 1986 El número de misioneros de la Iglesia excede los 30.000

Abril 6,1986 Se lleva a cabo la asamblea solemne para el presidente Ezra Taft Benson; se sostiene a Gordon B.

Hinckley y a Thomas S. Monson como primer y Hinckley consejero, respectivamente

Abril 19-20,1986 Preside en la conferencia regional de Buenos Aires, Argentina

Abril 30, 1986 Los miembros de la Iglesia suman aproximadamente 6 millones

Mayo 31, 1986 Recibe un doctorado honorario del Colegio Westminster

Junio 7, 1986 Recibe el diploma honorario de Doctor en Letras de la Universidad del Estado de Utah

Septiembre 20,1986 Preside en la ceremonia de la palada inicial del Templo de Portland, Oregon

Octubre 4, 1986 Se anulan los quorumes de setenta de estaca en todo el mundo; la responsabilidad de enseñar el Evangelio se asigna a todos los poseedores del sacerdocio

Octubre 5, 1986 La Primera Presidencia emite una declaración contra la legalización de los juegos de azar y las loterías auspiciados por el gobierno

Octubre 24, 1986 Participa en la dedicación del Templo de Denver, Colorado, en la que preside el presidente Benson

Enero 23, 1987 El traficante de documentos Mark Hoffman es encarcelado después de admitir que fue responsable de los asesinatos causados mediante explosivos; también confesó haber fraguado la "Carta de la Salamandra" y otros documentos relacionados con la Iglesia

Enero 27, 1987 El líder soviético Mikhail Gorbachev propone reformas económicas y sociales que dan comienzo a la llamada "era glasnost" o de acceso a los países comunistas

Marzo 12, 1987 Se anuncia que el Hotel Utah, un lugar histórico en el centro de Salt Lake City durante 76 años, dejará de funcionar como hotel y será renovado como un centro de reuniones y edificio de oficinas

Julio 24-26, 1987 Asiste en Londres, Inglaterra, a la conmemoración del 150 aniversario de la inauguración de la obra misionera en Gran Bretaña

Septiembre 3-14, 1987 Viaja con sus hijos a Hong Kong con motivo de sus bodas de oro

Octubre 15, 1987 El presidente Benson sufre un ligero ataque cardíaco

Mayo 20, 1988 Fallece el presidente Marion G. Romney

Junio 1, 1988 La Iglesia obtiene reconocimiento legal en Hungría

Julio 2, 1988 Se reúne con el presidente José Sarney, de Brasil, a quien le entrega un ejemplar del Libro de Mormón

Octubre 24-28, 1988 El presidente Monson encabeza la delegación de líderes de la Iglesia para reunirse con altos funcionarios de gobierno de la República Democrática Alemana

Noviembre 12, 1988 El presidente Monson anuncia que la República Democrática Alemana ha concedido a la Iglesia el derecho de enviar misioneros a ese país y de que miembros del mismo sirvan como misioneros en otros países

Abril 11, 1989 Se organiza el Segundo Quórum de Setenta; se sostiene como miembros de dicho quórum a todas las Autoridades Generales que estaban sirviendo por cinco años

Mayo 16, 1989 El presidente Howard W. Hunter dedica el Centro Jerusalén de la Universidad Brigham Young

Junio 15, 1989 Se da la palada inicial para el primer centro de reuniones en Polonia

Junio 27, 1989 Con el presidente Benson dedica el centro de visitantes refaccionado en la Cancel de Carthage; se destaca la conmemoración del 150 aniversario de la colonización mormona de Nauvoo, Illinois

Agosto 19, 1989 Dedicar el Templo de Portland, Oregon

Octubre 7, 1989 Dedicar cuatro proyectos finales de restauración en Nauvoo como parte de la celebración sesquicentaria

Octubre 8, 1989 Dedicar la ampliación del Templo de Chicago, Illinois

Octubre 27, 1989 Preside y dirige la convocatoria para confirmar a Rex Lee como el décimo presidente de la Universidad Brigham Young

Noviembre 8, 1989 En Valley Forge (Pensilvania) recibe honores de parte de la Organización Utah de la Fundación Libertades por fomentar el patriotismo

Noviembre 9, 1989 Es derribada la Muralla de Berlín (Alemania)

Noviembre 25, 1989 La Primera Presidencia anuncia un programa de presupuesto para financiar unidades locales de la Iglesia en Estados Unidos y en Canadá

Diciembre 16, 1989 Dedicar el Templo de Las Vegas, Nevada

Abril 27-29, 1990 El embajador de la Unión Soviética ante los Estados Unidos, Yuri V. Dubinin, realiza una histórica visita a Utah y anuncia la admisión de los misioneros de la Iglesia en Rusia

Mayo 4, 1990 Recibe de la organización Hijos de la Revolución Americana el premio a la Ciudadanía Distinguida

Julio, 1990 Las de Checoslovaquia, Hungría y Polonia destacan la creación de un récord de veintinueve nuevas misiones en 1990

Agosto 25, 1990 Dedicar el Templo de Toronto, Ontario (Canadá)

Septiembre 13, 1990 El registro oficial de la Rama Leningrado de la Iglesia es aprobado por el Consejo de Asuntos Religiosos en la Unión Soviética

Septiembre 19, 23, 1990 El presidente Benson es sometido a operaciones quirúrgicas para extirparle algunos hematomas

Noviembre, 1990 La Primera Presidencia anuncia una nueva norma por la que, a partir del 1° de enero de 1991, se equiparan las contribuciones para el mantenimiento de misioneros en los Estados Unidos y Canadá

Mayo 1, 1991 Se llama al misionero regular número 500.000 de esta dispensación

Junio 22-24, 1991 Dedicar nuevamente el Templo de Alberta, Canadá

Junio 24, 1991 La República Rusa, la mayor de toda la Unión

Soviética, concede a la Iglesia su reconocimiento oficial

Septiembre 1, 1991 El numero de miembros de la Iglesia llega a los 8 millones

Marzo 9, 1992 Presenta el Libro de Mormón al Rey Juan Carlos I de España

Abril 4, 1992 Virginia Hinckley Pearce es sostenida como primera consejera en la Presidencia General de las Mujeres Jóvenes

Junio 12, 1992 Recibe un doctorado honorario de la Universidad de Utah

Julio 17, 1992 El presidente de los Estados Unidos George Bush visita a la Primera Presidencia

Agosto 15, 1992 Conmemora el trágico "Segundo Rescate" del grupo Willie y Martin de carretones de mano; dedica tres monumentos en las proximidades de South Pass, Wyoming

Octubre 18, 1992 Durante la dedicación del Templo de Londres anuncia que se ha adquirido el terreno para construir en Preston un segundo templo en Gran Bretaña

Octubre 23-25, 1992 Dedicar nuevamente el Templo de Suiza

Abril 25, 1993 Dedicar el Templo de San Diego, California

Junio 27, 1993 Dedicar el refaccionado Hotel Utah, llamado ahora Edificio Conmemorativo Jose Smith

Octubre 9, 1993 Preside en la ceremonia de la palada inicial para el Templo Mount Timpanogos en American Fork, Utah

Octubre 30, 1993 Preside en la ceremonia de la palada inicial para el Templo de St. Louis, Misuri

Diciembre 4, 1993 Anuncia la construcción de un templo en Santo Domingo, República Dominicana

Febrero 13, 1994 La Primera Presidencia anuncia que el Tabernáculo Uintah en Vernal, Utah, será transformado en un templo

Febrero 19, 1994 La Primera Presidencia emite una declaración en contra de propuestas tendientes a legalizar el matrimonio entre personas del mismo sexo

Marzo 6, 1994 Anuncia que el gobierno de Cambodia ha reconocido oficialmente a la Iglesia; parejas de misioneros serán enviados a Cambodia para efectuar servicios humanitarios

Marzo 10, 1994 Dedicar tres nuevos edificios en el Centro de Capacitación para Misioneros

Mayo 21, 1994 Dedicar el refaccionado reduto en Cove Fort, Utah

Mayo 27, 1994 En la convención anual de los Boy Scouts de América recibe el Premio Bufalo de Plata

Mayo 30, 1994 Fallece el presidente Ezra Taft Benson a la edad de 94 años

Junio 3,1994 Recibe de la Universidad del Sur de Utah, en Cedar City, el diploma honorario de Doctor en Letras

Junio 5,1994 El presidente Howard W. Hunter es ordenado como el decimocuarto Presidente de la Iglesia; Gordon B. Hinckley es apartado como primer consejero y Thomas S. Monson lo es como segundo consejero

Junio 12,1994 Preside en la ceremonia de la palada inicial para el Templo de Preston, Inglaterra

Junio 26, 1994 Juntamente con el presidente Hunter y el elder Ballard pronuncia discursos en tres acontecimientos en Nauvoo y Carthage, Illinois, en conmemoración del 150 aniversario del martirio del profeta José Smith y su hermano Hyrum

Julio 29,1994 Recibe el Premio Minuteman de la Guardia Nacional de Utah

Julio 23,1994 Dedicación en las altiplanicies de Wyoming el monumento y la sepultura de quince pioneros de la compañía Willie de carretones de mano

Agosto 6, 1994 El Departamento Misional anuncia que la tercera parte de los habitantes de Estados Unidos han sido visitados por representantes de la Iglesia y que el 36 por ciento de ellos tienen amigos o familiares Santos de los Últimos Días

Agosto 8-16,1994 El presidente Hunter emprende su primer viaje fuera de los Estados Unidos como Presidente de la Iglesia; se reúne con obreros de templo en el Templo de Suiza y habla ante los miembros del Barrio Lausanne

Octubre 1,1994 Howard W. Hunter es sostenido en solemne asamblea como Presidente de la Iglesia; Gordon B. Hinckley es sostenido como primer consejero y Thomas S. Monson lo es como segundo consejero

Octubre 9-11,1994 Participa en la dedicación del Templo de Orlando, Florida, en la que preside el presidente Hunter

Noviembre, 1994 La Primera Presidencia anuncia la construcción de un templo en Nashville, Tennessee

Diciembre 11, 1994 El presidente Hunter organiza en la Ciudad de México la estaca número 2.000 de la Iglesia

Enero 8-14,1995 Participa en la dedicación del Templo de Bountiful, Utah, en la que preside el presidente Hunter

Enero 12,1995 El presidente Hunter es internado por cuatro días en el hospital para someterse a un tratamiento de cáncer de próstata

Enero 21,1995 La Primera Presidencia anuncia la construcción de templos en Cochabamba, Bolivia, y en Recife, Brasil

Febrero 21,1995 Recibe honores en la Conferencia Nacional de Cristianos y Judíos de la Región Utah

Marzo 3,1995 Fallece el presidente Howard W. Hunter a la edad de 87 años

Marzo 12, 1995 Es ordenado como el decimoquinto Presidente de la Iglesia; los presidentes Thomas S. Monson y James E. Faust son apartados como primer y segundo consejeros, respectivamente

Abril 1, 1995 Es sostenido en solemne asamblea como Presidente de la Iglesia; Henry B. Eyring es llamado al Quorum de los Doce; se releva a todos los Representantes Regionales y se anuncia la creación del cargo de Autoridad de Area

Abril-Agosto, 1995 Preside en conferencias regionales en St. Louis, Misuri; Boston, Massachusetts; Springville y Heber City Utah; Santa Rosa y Vacaville, California; Pocatello, Idaho; Anchorage, Alaska; y Tacoma, Washington

Mayo 13, 1995 Preside en la ceremonia de la palada inicial del Tabernáculo de Vernal a ser transformado en un templo

Agosto 24-Septiembre 2, 1995 Preside en la creación de la Estaca Canterbury, Inglaterra; dedica nuevamente la Capilla Hyde Park, en Londres; se reúne con miembros de la Iglesia en Inglaterra y en Irlanda

Septiembre 23, 1995 Habla en la Reunión General de la Sociedad de Socorro y lee la Proclamación de la Primera Presidencia y el Consejo de los Doce Apóstoles sobre la Familia

Septiembre 30, 1995 Anuncia la construcción de templos en White Plains, Nueva York y en Boston, Massachusetts

Octubre 29, 1995 Preside en la conferencia regional de Rexburg, Idaho

Noviembre 2, 1995 Nombra al Obispo Presidente Merrill J. Bateman como presidente de la Universidad Brigham Young y como miembro del Primer Quórum de Setenta

Noviembre 6, 1995 Pronuncia un discurso en una ceremonia realizada en Salt Lake City para recordación del asesinato del Primer Ministro Israeli Yitzhak Rabin

Noviembre 13, 1995 Se reúne en la Casa Blanca con el presidente de los Estados Unidos Bill Clinton y el vicepresidente Al Gore

Noviembre 13, 1995 Pronuncia un discurso en un almuerzo realizado en el Club Harvard, Ciudad de Nueva York

Diciembre 18, 1995 Es entrevistado por Mike Wallace, del programa 60 Minutes, de la cadena CBS

Diciembre 23, 1995 La Primera Presidencia y el Quorum de los Doce dan a publicidad el nuevo logotipo de la Iglesia que destaca prominentemente la palabra Jesucristo

Diciembre 27, 1995 La Primera Presidencia anuncia la construcción de un templo en Monterrey, Mexico

Enero 4, 1996 Pronuncia un discurso en el Tabernáculo con motivo del centenario del Estado de Utah

Enero 7, 1996 Preside en la conferencia regional de Corpus Christi, Texas

Enero 18, 1996 Anuncia publicamente que las Autoridades Generales de la Iglesia dejaran de formar parte de consejos directivos comerciales a fin de que puedan dedicarse por completo a su ministerio

Enero-Abril 1996 Preside en conferencias regionales en Veracruz, Mexico; Oahu, Hawaii; Charlotte, Carolina del Norte; Fort Worth, Texas; Universidad Brigham Young para alumnos casados; Smithfield y Logan Utah; y Pittsburgh, Pensilvania

Febrero 26, 1996 El periddico Deseret News anuncia que e1 namero de Santos de los Ultimos Dias residentes en pafses extranjeros supera al de quienes viven en Estados Unidos

Febrero 28,1996 La hermana Marjorie Hinckley recibe de la Universidad Brigham Young el Premio a la Femeineidad Ejemplar

Marzo 5,1996 Confiere doctorados honorarios a Lady Margaret Thatcher y a Rex E. Lee en una ceremonia especial realizada en la Universidad Brigham Young

Marzo 10,1996 Es entrevistado por segunda vez por Mike Wallace

Marzo 15, 1996 Habla en los funerales de Rex E. Lee, ex presidente de la Universidad Brigham Young

Marzo 30,1996 Habla en la Reunion General de las Mujeres Jovenes

Abril 7,1996 El programa de television 60 Minutes presenta un bosquejo biogrEfico sobre el presidente Hinckley y la Iglesia

Abril 25,1996 Preside en la ceremonia inaugural de Merrill J. Bateman como presidente de la Universidad Brigham Young

Abril 26,1996 Habla por vfa sat6lite a 18.000 misioneros regulares que sirven en los Estados Unidos y Canada

Mayo 16-Junio 2,1996 Viaja al Oriente para llevar a cabo reuniones en Tokio, Osaka y Fukuoka, Japon; Naha, Okinawa; Pusan y Seal, Corea; Taipei, Taiwan; Hong Kong; Phnom Penh, Cambodia; Ho Chi Minh City y Hanoi, Vietnam; y Manila y Cebil, Filipinas

Mayo 26-27,1996 Dedicar el Templo de Hong Kong

Mayo 27-28,1996 Viaja al continente asiatico, pasando una noche en Shenzhen

Mayo 29,1996 Dedicar Cambodia para la predicacion del Evangelio; en Hanoi ofrece una "adenda" a la oraci6n dedicatoria original para incluir a toda la nation vietnamita

Mayo 30,1996 Habla ante 35.000 miembros Filipinos de la Iglesia en el Coliseo Araneta, en Manila

Junio 11, 19% Preside en la ceremonia de la palada inicial del Templo de Madrid, Espana

Junio 12-14, 1996 Dirige la palabra a misioneros y miembros en Bruselas, La Haya y Copenhagen

Junio 15-16,1996 Preside en la conferencia regional de Berlin, Alemania

Junio 17-22 Visits la Tierra Santa

Junio 23,1996 Habla en un seminario para presidentes de misión en el Centro de Capacitación para Misioneros; habla en el Tabernáculo en una convención de Kiwanis International

Junio 24, 1996 Habla ante una congregación de más de 10.000 personas en una "noche de hogar" realizada en Cove Fort, Utah

Junio 29,1996 Dedicó nuevamente el Monumento " Este es el Lugar" en Salt Lake City y habla ante unas 10.000 personas allí congregadas

Junio 29,1996 Recibe en Sun Valley, Idaho, una Placa de Oro de la Academia Americana de Realizaciones

Julio 11-14,1996 Visits Nauvoo, Palmyra, el Espectáculo del Cerro Cumora, la Arboleda Sagrada y Council Bluffs (incluyendo la dedicación del Tabernáculo de Kanesville), Tulsa (Oklahoma) y Kansas City (Misuri)

Agosto 4, 1996 Pronuncia un discurso en la Charla Fogonera del Centenario de Provo en el Centro Marriott

Agosto 30,1996 Anuncia la construcción de un templo en Billings, Montana

Septiembre 1, 1996 Habla en el Tabernáculo ante la Legión Americana

Septiembre 2, 1996 Recibe de la Legión Americana el "Premio al Buen Hombre"

Septiembre 14-15,1996 Preside en la conferencia regional de Eugene, Oregon

Septiembre 17,1996 Habla ante más de 23.000 estudiantes de la Universidad Brigham Young en el Centro Marriott

NOTAS Y FUENTES

DE INFORMACION

Por falta de espacio adecuado es imposible indicar cada fuente de información consultada para preparar esta biografía. Los artículos publicados, documentos públicos, comentarios y libros acerca de Gordon B. Hinckley son verdaderamente extensos y una lista completa de ellos requeriría una presentación voluminosa. Por consiguiente, he procedido a incluir solamente específicas informaciones para presentar esta biografía.

Aunque el diario personal del presidente Hinckley es un tanto irregular (sus anotaciones en algunos años son extensas y en otros más bien esporádicas), proporciona sin embargo todo un caudal de informaciones, tanto actuales como circunstanciales. También he utilizado bastante material tomado de unas treinta entrevistas que llevé a cabo con él, como asimismo diversas conversaciones personales con la hermana Hinckley cada uno de sus hijos y otros miembros de su familia, incluso con su hermano Sherman Hinckley, su hermana Ramona Sullivan y

varios de sus nietos. Los presidentes Thomas S. Monson y James E. Faust, todos los miembros del Quórum de los Doce y otras Autoridades Generales y Líderes de la Iglesia, como asimismo algunas personas con quienes trabajó a lo largo de los años me concedieron entrevistas. A menos que se especifique de otra manera, todas las entrevistas citadas en las notas fueron efectuadas por mí misma. Existen literalmente miles de artículos de revistas y diarios escritos por el presidente Hinckley o acerca de él, los cuales, juntamente con transcripciones y comentarios publicados en cuanto a centenares de sus discursos, resultaron ser de gran importancia para este libro.

Bryant S. Hinckley, el padre del presidente Hinckley, era un prolífico escritor y algunos de sus escritos fueron muy útiles al ofrecerme antecedentes y circunstancias, incluso: *What of the Mormons?, A Brief Study of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints* (Salt Lake City: Corporation of the President, 1947); *Some Distinctive Features of Mormonism* (Salt Lake City, Deseret Book, 1951); y *The Faith of Our Pioneer Fathers* (Salt Lake City: Deseret Book, 1956). Además, muchos de sus artículos han sido publicados en varios periódicos de la Iglesia. Algunos registros genealógicos y otros materiales me proporcionaron importantes informaciones acerca de su historia familiar, entre ellos "Bryant S. Hinckley", un discurso no publicado que se presentó el 4 de abril de 1955 ante la familia de Ira Nathaniel Hinckley; "Ira Nathaniel Hinckley Biography and Family History", 1957, Biblioteca Harold B. Lee de la Universidad Brigham Young; Larry C. Porter, "A Historical Analysis of Cove Fort, Utah", tesis académica, Universidad Brigham Young, mayo de 1966; Parnell Hinckley, editor, "Ira Nathaniel Hinckley: Some Events of His Life", Biblioteca Harold B. Lee, Universidad Brigham Young; "The Name and Family of Hinckley or Hinkley", compilación por Media Research Bureau, Washington, D.C.; "Ira Nathaniel Hinckley Diary, 1857-1858", Biblioteca J. Reuben Clark, Universidad Brigham Young; "Autobiography of Bryant Stringham Hinckley", arreglo por Ruth Hinckley Willes, manuscrito no publicado; "The Story of Ada Bitner Hinckley", según el relato de Ruth Hinckley Willes, compilada por Joseph Simmons Willes, manuscrito no publicado, 1980; Ruth Willes Hinckley, "Reminiscences", manuscrito no publicado, diciembre de 1972; "Philip LeRoy Pay", historia familiar no publicada; "Georgetta Paxman Pay", historia familiar no publicada; *One Hundred Years of History of Millard County*, compilación por Stella H. Day y Sebrina C. Ekins (Salt Lake City: Daughters of Utah Pioneers, 1951); y *Governors of New Plymouth and Massachusetts Bay Colonies*, publicado aproximadamente en 1851, disponible en la Biblioteca de la Universidad de Harvard.

Las siguientes reseñas biográficas de la vida del presidente Hinckley fueron muy informativas: LaMar S. Williams, "Gordon B. Hinckley: Assistant to the Twelve", *Improvement Era*, junio de 1958, pág. 396; Wendell J. Ashton, "Gordon B. Hinckley of the Quórum of the Twelve", *Improvement Era*, diciembre de 1961, págs. 906-907; Neal A. Maxwell, "President Gordon B. Hinckley: The Spiritual Sculpturing of a Righteous Soul", *Ensign*, enero de 1982, págs. 7-13; Boyd K. Packer, "President Gordon B. Hinckley: First Counselor", *Ensign*, febrero de 1986, págs. 3-9; M. Russell Ballard, "President Gordon B. Hinckley; An Anchor of Faith", *Ensign*, septiembre de 1994, págs. 6-11; Jeffrey R. Holland, "President Gordon B. Hinckley: Stalwart and Brave He Stands", *Ensign*, junio de 1995, págs. 2-13; "Life with Father", manuscrito no publicado, por los hijos de Gordon B. Hinckley, julio de 1980; y "Gordon B. Hinckley: Man of Integrity, Decimoquinto Presidente de la Iglesia", video, Corporación del Presidente, 1995.

Los relatos orales de Dwayne N. Andersen, Paul C. Andrus, el élder Yoshihiko Kikuchi y el élder Adney Y. Komatsu, realizados como parte del Programa de Historia Oral James Moyle y existentes en los Archivos del Departamento Histórico de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los últimos Días (referidos en adelante

como Archivos de la Iglesia), fueron muy útiles como también lo fue la entrevista efectuada el 18 de abril de 1990 por Robert W. Collins como parte del Proyecto Biografías en Video de Autoridades Generales.

Los discursos de conferencias generales que ofrecieron importante información sobre antecedentes en una gran variedad de temas incluyen: *Our Glorious Century* (Pleasantville, Nueva York Reader's Digest Association, Inc., 1994); *Who Built America? Working People & the Nation's Economy, Politics, Culture & Society* (Nueva York: Pantheon Books, 1992); David Halberstam, *The Fifties* (Nueva York: Villard Books, 1993); "British Mission History", Archivos de la Iglesia; James B. Allen and Glen Leonard, *The Story of the Latter-day Saints*, 2a. edición (Salt Lake City: Deseret Book, 1992); John Henry Evans, "Historical Sketches of the Latter-day Saints' University", artículo no publicado, Salt Lake City Utah, 1913; William E. Felt, "The Inception and Growth of the LDS Business College", artículo no publicado, febrero 1, 1982; Conrad H. Thome, "Research Study in Public Relations of the Mormon Church", artículo investigativo no publicado, abril 18, 1966; *Millennial Star*, tomos 95-97, 1934-1935; Heber Grant Wolsey, "The History of Radio Station KSL from 1922 to Television", disertación para Doctorado en Filosofía, Universidad del Estado de Michigan, 1967; W. Dee Halverson, "Bonneville International Corporation Historical Record 1922-1992", documento corporativo interno no publicado, 1992; Robert G. Athearn, *Rebel of the Rockies; A History of the Denver and Rio Grande Western Railroad* (New Haven and London: Yale University Press, 1962); y *Journal History of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, Archivos de la Iglesia.